SIEMPRE ADELANTE

POR O. S. MARDEN

QUINTA EDICIÓN

CULTURA Y CIVISMO

OBRAS DE MARDEN

OBRAS DE TRINE

CULTURA Y CIVISMO

OBRAS DE MARDEN

OBRAS DE TRINE

CULTURA Y CIVISMO

OBRAS DE MARDEN

OBRAS DE TRINE

CULTURA Y CIVISMO

OBRAS DE MARDEN

OBRAS DE TRINE

CULTURA Y CIVISMO

OBRAS DE MARDEN

OBRAS DE TRINE

CULTURA Y CIVISMO

OBRAS DE MARDEN

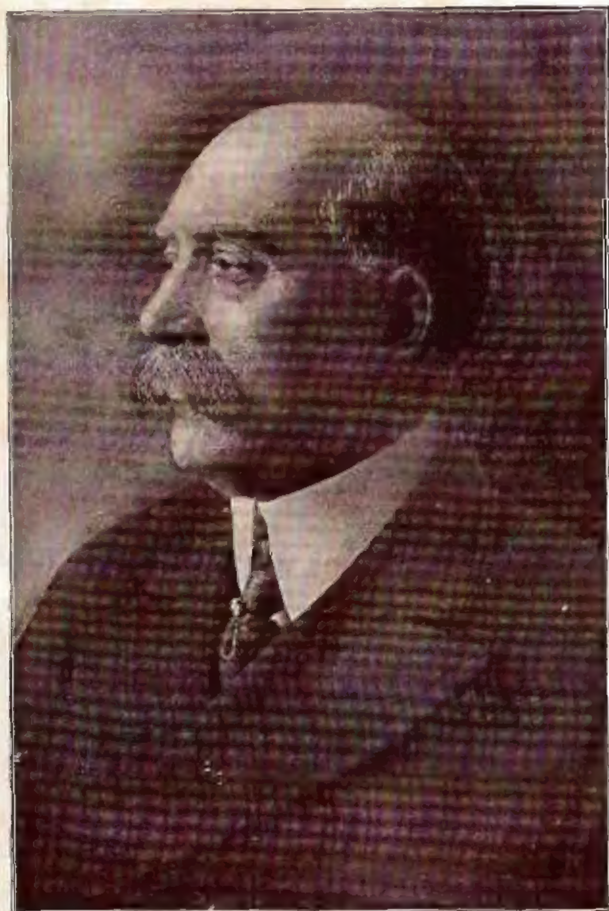
OBRAS DE TRINE

¡SIEMPRE ADELANTE!
POR ORISON SWETT MARDEN

Hermanita muy querida
En este día de
triunfo, para ti recibe
mi abrazo cariñoso con
este libro que en nombre de
nuestro padre pongo en tus manos.

Alfonso

Bogotá, 20/nbre/1925



Orison Swett Marden

Retrato y Autógrafo
del Autor
O. S. MARDEN

...mpre adelante!

...SWETT MARDEN

...ESPAÑOLA TRADUCIDA DIRECTAMENTE
...ÚLTIMA EDICIÓN NORTEAMERICANA

POR

...ICO CLIMENT TERRER

21.000

LIBRERÍA PARERA



Orison Swett Marden

¡Siempre adelante!

OBRA DE INSPIRACIÓN Y ESTÍMULO, DECLARADA DE UTILIDAD PARA LA ENSEÑANZA POR EL MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y BELLAS ARTES POR R. O. DE 2 DE FEBRERO 1914

ESCRITA EN INGLÉS

POR

ORISON SWETT MARDEN

QUINTA EDICIÓN ESPAÑOLA TRADUCIDA DIRECTAMENTE DE LA ÚLTIMA EDICIÓN NORTEAMERICANA

POR

FEDERICO CLIMENT TERRER

CON UNOS APÉNDICES Y EJEMPLOS DE LA VIDA DE CELEBRIDADES ESPAÑOLAS

21.000

BARCELONA

LIBRERÍA PARERA

1918

ESTE LIBRO HA SIDO ESTAMPADO EN LOS TALLERES TIPOGRÁFICOS DE LOS SOBS. DE LÓPEZ ROBERT Y C.ª, SOBRE PAPEL DE LA CASA S. TORRAS DOMÉNECH, DE BONMATÍ (GERONA), HABIÉNDOSE TERMINADO SU IMPRESIÓN EL DÍA 24 DE JULIO DEL AÑO 1918

DEDICATORIA

A los "Exploradores de España", cuyo lema coincide con el título de esta obra, la dedica en aras del robustecimiento de la voluntad y de la formación del carácter de los futuros ciudadanos.

El Editor

Dedicatoria

de los apéndices añadidos a la segunda edición

Atendiendo a las indicaciones de ilustres pedagogos, individuos del Consejo de Instrucción Pública y eruditos sociólogos, he procurado españolizar la obra de Marden añadiéndole unos adicionales en los que se mencionan hechos llevados a cabo por españoles que honran y enaltecen la historia de nuestra patria.

A las Juventudes hispanoamericanas dedico estos modestos apéndices, deseando les sirvan de estímulo para llegar a ser hombres dignos, fuertes y honrados, orgullo de la patria que les vió nacer.

Miguel Parera

OBRAS PUBLICADAS DEL MISMO AUTOR

PRIMERA SERIE

I ¡Siempre Adelante! — 5.ª Edición

II Abrirse Paso y La fuerza de voluntad. — 4.ª Edición

III Poder del Pensamiento y Atractivos personales. — 3.ª Edición

IV Iniciación en los negocios. — 3.ª Edición

V Éxito comercial y Perfecto empleado. — 2.ª Edición

VI Actitud Victoriosa. — 2.ª Edición

VII Paz, poder y abundancia. — 2.ª Edición

VIII Psicología del comerciante. — 1.ª Edición

TERCERA SERIE

XX La alegría del vivir. — 4.ª Edición

EN PRENSA

IX La obra maestra de la vida

ÍNDICE

	Páginas
Dos palabras al lector	11
Advertencia del editor	13
Prólogo del traductor	15
Prefacio de la primera edición	19
Prefacio de la última edición	22
Dictamen del Consejo de Instrucción Pública	24
CAPÍTULO I	
El hombre y la ocasión	25
CAPÍTULO II	
Los niños desvalidos	55
CAPÍTULO III	
El valor del tiempo	99
CAPÍTULO IV	
Vocaciones contrariadas	117
CAPÍTULO V	
Elección de carrera	137
CAPÍTULO VI	
Concentración de la energía	157
CAPÍTULO VII	
El triunfo de la diligencia	175
CAPÍTULO VIII	
Los buenos modales	193

PÁGINAS

CAPÍTULO IX

LOS TRIUNFOS DEL ENTUSIASMO 227

CAPÍTULO X

EL SENTIDO COMÚN 249

CAPÍTULO XI

EL RESPETO PROPIO Y LA CONFIANZA EN SÍ MISMO 271

CAPÍTULO XII

EL VALOR DEL CARÁCTER 283

CAPÍTULO XIII

EXACTITUD Y VERDAD 311

CAPÍTULO XIV

LA PERSEVERANCIA 335

CAPÍTULO XV

BREVEDAD Y CONCISIÓN 359

DOS PALABRAS AL LECTOR

(DE LA TERCERA EDICIÓN)

Al cumplirse el cuarto aniversario de la publicación de este *LIBRO UNICO* y dar al público su cuarta edición, me siento envanecido de haber logrado, con su difusión, despertar anhelos de resurgimiento y contribuído, en lo posible, al enaltecimiento moral de nuestra juventud.

Antiquísimas son las enseñanzas que Marden nos expone. Lo mismo pueden atribuirse a inspiraciones recibidas del *Organon* de Aristóteles, de la *Summa Theologica* de santo Tomás de Aquino, que de *El Criterio* de Balmes; pero, como dice Jordana en su profundo estudio sobre la obra educadora de Marden, expuestas por éste han logrado llegar al alma popular en forma clara, veraz y práctica de la vida, sin mezcla de proselitismo político o religioso.

El estilo de Marden es superior al de cuantos han dedicado sus estudios a la literatura llamada estimulante, mal que pese a ciertos periodistas y autores de libros *parecidos* a los de Marden y a editores que, extranjerizando nombres figurados, ofrecen al público un revoltillo de recortes sin orden ni provecho alguno, vituperando que el Estado español haya declarado de utilidad para la enseñanza la excelsa labor del sabio americano; labor que el maestro de los estilistas, el erudito

Azorín, ha definido al hacer su crítica: *de un Emerson al alcance de todos;* y el insigne estadista Maura: *de medicina para nuestra raza contra sus achaques crónicos;* que el eximio historiador Altamira reconozca necesaria su difusión en España, y el ilustre sociólogo Labra lo llame: *libro moralizador y necesario.*

Siéntome orgulloso, repito, de este despertar provocado por la publicación de las obras de Marden, que, además, ha influído de modo extraordinario en que se vendieran gran número de volúmenes de las obras de Smiles, Roudés, Wagner, Emerson, Spencer y otros sabios educadores de la voluntad, que nadie compraba ni leía. Me envanece que tales campañas hayan inspirado profundos estudios de sana doctrina y hábil desarrollo para educar a la juventud a pensadores como Graell, Cuyás, Abenza y el Padre Suárez; pero apena mi espíritu el espectáculo de esos editores que, sin escrúpulo ni conciencia, lanzan al mercado, amparados por rumbosos títulos y fiados en el simplicismo de nuestro pueblo, amalgamas insubstanciales, hijas de la tijera y no del estudio, con las que sólo logran que el lector, llamado a engaño, crea fruto del charlatanismo las sanas predicaciones llevadas a cabo en favor de los buenos libros.

MIGUEL PARERA

Barcelona, 20 de enero de 1917.

ADVERTENCIA DEL EDITOR

(DE LA 1.ª EDICIÓN)

Era verdaderamente deplorable que no se hubiese traducido todavía a nuestro idioma una obra conocida ya por más de 150 ediciones en todos los países de lengua sabia y de cuyo intrínseco mérito dan prueba los sinceros elogios de monarcas y estadistas, pedagogos y pensadores, sociólogos y políticos que, sin distinción de escuela, partido ni creencia religiosa, la conceptúan unánimemente como una de las más provechosas para el progreso moral de la humanidad y educación de la juventud, de cuantas con tan levantado propósito se han escrito en estos últimos años. En varios países, entre ellos el Japón, sirve de texto de lectura en las escuelas oficiales y sin duda alguna cuando el ilustrado magisterio hispano-americano la conozca, no vacilará en seguir el ejemplo de sus comprofesores extranjeros.

Ciertamente que los editores de nuestro país habrán repugnado acometer la publicación de esta obra en versión española, por temor de que el fruto no correspondiera a la alteza del empeño, pues, desgraciadamente, el estragado gusto literario de la mayoría de nuestro público prefiere las ramplonerías, insulseces y extravagancias modernistas del galicismo imperante, tan frívolo como desconcertado, a las obras de enjundia y consistencia que sirven

de alimento a la mente, de fortaleza al espíritu y de provechosa ocupación al ocio.

Más idealista que positivista en este punto y satisfecho del bien ocasionado por la divulgación de las obras de Trine, no vacilo en dar a conocer al público de España y América las no menos beneficiosas obras de Marden, que sin menoscabo de las de su compatriota Trine, tan ventajosamente estimado en ambos países, están destinadas a iniciar una nueva evolución educativa de la voluntad.

Animado por sentimientos altruistas, cuya naturaleza se antepone inevitablemente a la idea de lucro, confié al concienzudo y erudito publicista don Federico Climent Terrer la traducción española de ¡SIEMPRE ADELANTE!, *convencido de que ha de ser un poderoso auxilio para la emulación al estudio, para estimular a los rezagados y para la formación del carácter, tan descuidada; por desgracia; en nuestro país.*

Con ello creo beneficiar a mi patria y a mis conciudadanos.

MIGUEL PARERA

Barcelona, septiembre de 1912.

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

Leída detenidamente la obra de Orison Swett Marden, antes de verterla al idioma hispanoamericano, me vi solicitado por misterioso impulso para no comenzar la tarea sin decir de antemano algunas palabras a manera de comentario que sirvieran de introito a la obra sin el acostumbrado encomio, pues si quien la leyere es de temperamento psíquico incompatible con su índole, de nada valdrán cuantas ponderaciones ponga el entusiasmo en los puntos de la pluma para que en aquiescencia y conformidad se trueque la repugnancia; mientras que si el lector entra, como suele decirse, en la obra y la obra en el lector, de modo que le parezca escrita en ígneos caracteres que a un tiempo inflamen e iluminen su mente, de poco servirían los elogios para señalar méritos que por sí mismos resplandecen. Pero no estará de más advertir al lector de la índole, plan y finalidad de esta obra, con mayor detenimiento que el autor en su prefacio, pues no consiente la modestia que el padre pondere al hijo, aunque muchas y muy buenas prendas verdaderamente le adornen. No presume el autor de originalidad; y si bien estoy de acuerdo con él por lo que toca a la absoluta acepción de la palabra, pues nada nuevo hay en torno del sol ni nada puede decirse que diversamente no se haya dicho en otro tiempo, justo

es convenir en que la obra de Marden tiene relativa originalidad en su plan eminentemente educativo y de mucha más positiva eficacia que los tratados de moral práctica cuyos ejemplos presentan la vida de relación social y las porfías del intensivo trabajo cotidiano como desdeñables empeños de gentes sumidas en los cenagales del mundo.

Pero he aquí que, desbaratando el armatoste artificiosamente construído por la mojigatería para espantajo de la impiedad, arremete Marden con igual empuje contra entrambos extremos, y al amparo de las incontrovertibles pruebas presentadas por la realidad de la vida, demuestra que la suerte, la fortuna, la prosperidad, la dicha, la riqueza, el talento, la virtud, el poderío, la fama, el éxito ó cuantos bienes anhela poseer el hombre, no están, como creen la generalidad de las gentes, fuera de nosotros, sino que de nosotros dependen y a nuestro albedrío se sujetan, con tal de que debidamente actualicemos, dirijamos y apliquemos las fuerzas componentes cuya magnitud, intensidad y sentido dan por resultante el bien anhelado.

Tal vez le parezcan al lector en demasía copiosas las citas biográficas que de ejemplo sirven a las quince tesis constitutivas de la obra; pero valga la consideración de que en estas citas, entresacadas de las vidas de hombres célebres o de obras de insignes autores, se cumple a maravilla la ley de la unidad en la variedad; y en vez de resultar monótonas y fatigosas repeticiones de un mismo hecho, nos muestran cuán variados y diversos son los caminos del éxito y cuán múltiples las posibilidades del hombre para llegar a ser lo que quiera ser, a despecho de la adversidad y del infortunio.

Otros tal vez diputen esta obra por manojo de excelentes consejos y nobilísimos estímulos que, a su entender, no basten para dar efectividad a los propósitos y realizar el ideal tan cumplidamente, que deje de serlo por concretarse en hecho.

Sin embargo, estas posibles prevenciones contra la eficacia educativa de la obra de Marden, se desvanecen con sólo tener en cuenta que no todo el que dice: ¡Señor! ¡Señor! entrará en el reino de los cielos, ni tampoco logra su objeto quien se contrae a desearlo sin desplegar en línea de combate las internas fuerzas de su ser.

El desaliento, la desesperación, el pesimismo, la duda, la vacilación, la pereza y demás fuerzas negativas que se oponen y resisten a la acción de la voluntad y sus aliadas son precisamente los factores del fracaso que el hombre atrasado en su evolución achaca a influjo de las circunstancias, a caprichos de la suerte y fatalidad del destino. Cuando no ponemos nuestra actividad a servicio de un ideal, el trabajo es pena aflictiva, labor de ergástula y fatiga de bestia. En cambio, cuando el tra-

bajo nos sirve de medio para educir nuestras facultades, actualizar nuestras potencias y dilatar nuestras posibilidades, de suerte que no sólo nos allegue provecho a nosotros, sino a la humanidad de que somos infinitesimal parte, entonces es gozo, recreo y natural función de la mente sana en cuerpo sano de que, por añadidura, deriva el bienestar material.

¡SIEMPRE ADELANTE! *es el título de esta obra, y en verdad que ningún otro cuadraría mejor a su índole; porque de la voluntad trata en su fondo y la voluntad es fuerza impelente pero no impulsiva, que hacia adelante nos lleva con movimiento uniformemente acelerado, sin apresuramientos atolondrados ni retardaciones perezosas. De cómo se actualizan, educen y convierten a definidos propósitos las fuerzas volitivas trata Marden en esta obra con tanta claridad, precisión y acierto, que únicamente los abúlicos e mentecatos dejarán de sentir su estimuladora influencia.*

Voluntad, inteligencia y laboriosidad. Querer, saber y hacer. Tales son las verdaderas ruedas de la fortuna, que no es loca ni ciega ni voluble, como por refleja alucinación les parece a los locos, ciegos y volubles, sino fiel y escrupulosa ministro de la justicia distributiva.

FEDERICO CLIMENT TERRER

Barcelona, septiembre de 1912.

PREFACIO DE LA PRIMERA EDICIÓN

Pocas palabras bastarán para declarar el propósito del autor al componer esta obra. Su primera determinación fué que, en caso de verse capaz, hubiera escrito un libro para alentar, inspirar y estimular a los jóvenes que, anhelosos de ser algo y de hacer algo en el mundo, no aciertan con los caminos del éxito. Entre los centenares de libros que en Europa y América pretenden trazarlos, tan sólo unos cuantos satisfacen el ansia de la juventud, siempre hambrienta de lecturas biográficas de hombres eminentes cuyo ejemplo les anime a abrirse paso en el mundo. Opinamos que la eficacia de un libro ideal para la juventud estriba en la abundancia de ejemplos concretos, como fundamento de la inspiración y de la firmeza de carácter; en su alentadora, enérgica y sugestiva fuerza, más bien que en la robustez de la argumentación; en que por igual se distancie de la impiedad y de la mojigatería, y en la copiosa y conmovedora relación de acciones memorables.

Diez años había empleado el autor en la preparación de un libro de esta índole, cuando el fuego consumió el manuscrito con las notas complementarias. El recuerdo de otros casos análogos en que la voluntad prevaleció contra las dificultades, le estimularon a recomenzar la obra y de nuevo

logró ordenar en las siguientes páginas el fruto cosechado a ratos perdidos durante muchos años.

El objeto de este libro no es otro que espolear la perplejidad de los jóvenes para que sean los Colones de sus todavía no descubiertas posibilidades, e incitarles a que no se detengan a contemplar el pasado ni a soñar en el porvenir, sino a aprender las lecciones del presente. Nos proponemos estimularlos al aprovechamiento y revalidación de todas las ocasiones, pues no saben de cierto cuál será la más oportuna para su adelanto. Queremos demostrarles que no deben esperar la ocasión, sino provocarla de modo que logren sobreponerse a las desfavorables circunstancias en que errores de conducta les hubiesen colocado y encontrar su verdadera posición en la vida. Deseamos enseñar a la vacilante juventud que en un país donde zapateros y labradores tienen asiento en el Congreso, no cabe limitar las aspiraciones de los jóvenes que sepan siquiera leer y escribir. Porque este libro no justiprecia a los hombres por la riqueza, sino por el carácter; no por su posición en sociedad, sino por su personal valía; y demuestra que un voluminoso talonario de banca no podrá formar jamás un hombre eminente. Comparados con el carácter de un Washington, son despreciables los millones de un Creso, porque un hombre puede ser rico sin dinero y lograr éxito en la vida, aunque no llegue a ejercer

el cargo de diputado ni la presidencia de la República. Y quien tenga en sus manos las llaves del poder, debe superar la dignidad de su magistratura y resistir el aplauso del vulgo que retrolleva a la barbarie. Hay algo más valioso que la riqueza y que la fama. El *carácter* es *éxito* y *no ha otro* elemento de éxito.

Con largueza verá el autor recompensado su trabajo, si este libro abre de par en par las puertas de alguna angosta existencia y actualiza potencialidades antes ignoradas.

No presume esta obra de originalidad. El autor la escribió a intervalos substraídos a las ordinarias ocupaciones de la vida y es sencillamente un nuevo procedimiento de referir casos, representar ejemplos y enseñar lecciones que muchos otros refirieron, representaron y enseñaron desde Salomón hasta nuestros días. Estos vulgares y rebosados tópicos encierran el meollo de la humana sabiduría.

ORISON SWETT MARDEN

Aunque la idea sea vieja y a menudo repetida, no hay otra que la supere y aventaje.

El autor agradece la valiosa cooperación que le prestó el Sr. Arturo W. Brown, de West Kingston.

Al cabo de muchos años de labor en el manuscrito de esta obra, se quemó en un incendio y con muchas dificultades lo reprodujo el autor, pues también consumió el fuego todas las notas que había ido coleccionando durante largo tiempo. Como era la primera obra que escribía para la publicidad, recelaba que la casa editorial de los Sres. Houghton, Mifflin y Compañía, de Boston, a quienes había presentado el manuscrito, se negarían a publicarlo; pero, contra este recelo, aceptaron los editores la obra, de la que en aquel primer año salieron a luz dos ediciones, y desde entonces ha llegado su número a más de cien en varios idiomas.

El autor ha recibido miles de cartas de todas las partes del mundo, manifestándole cuánto había removido el libro sus aspiraciones, cambiado sus ideales y propósitos, acrecentado su confianza y estimuládoles con esperanza de éxito a empresas que antes diputaban por imposibles.

Muchas de estas cartas eran de jóvenes que declaraban cómo la lectura del libro les había inducido a reanudar estudios abandonados con desaliento, a reabrazar vocaciones dejadas en un instante de flaqueza y a reemprender, con mayor fe y renovados propósitos, negligenciadas tareas, hasta conducirlos por los caminos del éxito.

Esta obra se ha traducido con lisonjero éxito a diversas lenguas, sobre todo en el Japón, donde desde hace tiempo sirve de libro de lectura comparada una edición de texto inglés y japonés.

Eminentes educacionistas de varios países han reconocido la relevante eficacia de este libro, por lo que recomendaron su adopción en los establecimientos docentes; y en algunos Estados de la Unión, los inspectores oficiales de enseñanza han incluído esta obra en el catálogo de las bibliotecas escolares. El notable pedagogo italiano Alejandro Rossi publicó un opúsculo en que recomendaba la lectura obligatoria de esta obra en las escuelas públicas de Italia.

La reina Victoria de Inglaterra escribió al autor una carta de felicitación, y el estadista Gladstone se había interesado tanto en la lectura de esta obra, que preparaba un prólogo a la edición inglesa cuando le sobrevino la muerte.

El rey Humberto, el presidente Mac-Kinley, magistrados del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, senadores, diputados, ministros, parlamentarios ingleses y de otros países, escritores famosos, universitarios y multitud de personas conspicuas en las diversas modalidades de la vida social en todo el orbe felicitaron al autor de esta obra por haberla dado al mundo.

LOS EDITORES

MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA
Y BELLAS ARTES

Ilmo. Sr.:

En el expediente promovido por don Miguel Parera solicitando que se declare útil para poder servir de texto de lectura en las Escuelas Nacionales el libro titulado ¡Siempre Adelante!, *escrito por Orison Swett Marden y traducido por F. Climent y Terrer, la Sección primera del Consejo de Instrucción Pública ha informado lo siguiente:*

«Esta Sección ha examinado el libro de Orison Swett Marden, titulado ¡Siempre Adelante!, *traducción española de F. Climent y Terrer, publicado en Barcelona en 1913 por la Librería Parera, y es de parecer que reúne dicho libro las circunstancias precisas para que pueda ser utilizado con provecho como obra de lectura escolar.»*

Y S. M. el Rey (q. D. g.), de conformidad con el preinserto dictamen, se ha servido resolver como en el mismo se propone.

De Real Orden lo digo a V. I. para su conocimiento y demás efectos. Dios guarde a V. I. muchos años. Madrid, 2 de febrero de 1914.

BERGAMÍN

Señor Director General de Primera Enseñanza

I. EL HOMBRE Y LA OCASIÓN

I. EL HOMBRE Y LA OCASIÓN

Todo hombre nace con el germen de la obra que ha de cumplir en esta vida. — LOWELL.

Las cosas del mundo no varían hasta que alguien las hace variar.—GARFIELD.

Acechar la ocasión, asirla con audaz habilidad y aprovecharla con enérgica perseverancia; tales son las virtuales condiciones del éxito. — AGUSTÍN PHELPS.

Encontraré mi camino o me lo abriré yo mismo.

No hay día que no traiga consigo la ocasión de hacer un bien nunca hecho hasta entonces, y que ya jamás podrá hacerse.— W. H. BURLEIGH.

¿Tienes algún anhelo? Pues aprovecha este *mismo instante* y *comienza* al punto lo que puedas o lo que pienses hacer.



UÉ dirá el mundo si triunfamos? —preguntó el capitán Berry cuando Nelson hubo explicado al consejo de oficiales su plan antes de la batalla de Abukir.

— No hay que decir *si* triunfamos — replicó Nelson —, porque nuestra victoria es segura. Pero quién sobrevivirá para contarla ya es otra cosa. Después, cuando terminado el Consejo se disponían los oficiales a tomar el

mando de sus respectivos buques, añadió: Mañana a estas horas habré ganado la dignidad de par o una tumba en Westminster. Su sagaz y osado espíritu vió la oportunidad de victoria donde los demás tan sólo veían probabilidades de derrota.

— *¿Es posible* pasar por ahí? —preguntó Napoleón a los ingenieros que había enviado a explorar el paso de San Bernardo.

—Tal vez, porque está en los límites de lo posible — respondieron vacilantemente.

— Pues adelante — repuso Bonaparte sin reparar en las, al parecer, insuperables dificultades. Inglaterra y Austria sonrieron despectivamente al saber que su enemigo proyectaba llevar a través de los Alpes, no rodados todavía por rueda alguna ni con probabilidad de que los rodara, un ejército de seiscientos mil hombres con poderosa artillería y toneladas de municiones, bagajes e impedimenta. Pero Masena estaba sitiado en Génova, los victoriosos austriacos amenazaban a Niza y no era Napoleón capaz de olvidarse de los suyos en la hora del peligro.

Una vez cumplida esta proeza, que parecía imposible, echaron de ver muchos que hubiera podido realizarse largo tiempo antes. Otros se excusaron de arremeter contra tan enormes obstáculos, diputándolos por insuperables. Algunos caudillos

dispusieron de los elementos necesarios, de herramientas a propósito y de robustos soldados; pero no tenían la resolución de Bonaparte, que no se dejó atemorizar por las dificultades, aunque parecieran graves, sino que transmutó la necesidad en dominada coyuntura.

Acababa de lastimarse gravemente el general Grant al caer del caballo en Nueva Orleans, cuando recibió la orden de tomar el mando de la guarnición de Chattanooga, tan estrechamente cercada por los confederados, que de allí a pocos días no hubiera tenido más remedio que rendirse, pues en las colinas circundantes brillaban las luces del campamento enemigo que había cortado el aprovisionamiento de la ciudad. Aunque resentido de la caída, tomó Grant sin tardanza las disposiciones necesarias para trasladarse al nuevo campo de acción. En transportes cruza el Misisipí, el Ohio y uno de sus afluentes; en una litera arrastrada por caballos atraviesa muchas millas de yermo, hasta que, por fin, logra entrar en la ciudad a hombros de cuatro soldados y asume el mando de las tropas sitiadas. De pronto muda el aspecto de las cosas. Ha llegado un *gobernador equivalente a la situación*. Las tropas notan su influjo. Antes de poder montar de nuevo a caballo, ordena una salida; y aunque los sitiadores defienden el terreno palmo a palmo, muy luego co-

ronan *las colinas los* soldados de la Unión.

¿Determinó este éxito la casualidad o fué provocado por la indómita resolución del herido general?

De la propia suerte obtuvieron éxito cuantos de las circunstancias se adueñaron para conseguirlo.

Horacio Cocles y sus dos compañeros cierran el paso a noventa mil etruscos, hasta destruir el puente del Tíber; Leónidas estorba en las Termópilas la marcha de Jerjes; Temístocles desbarata en las costas de Grecia la escuadra persa; César, al ver el desaliento de sus tropas, empuña la lanza, embraza el escudo, y poniéndose a su frente, las rehace y muda la derrota en victoria; Vinkelried agolpa en su torno un puñado de lanzas austriacas, y, arremetiendo contra el enemigo, abre paso a sus cercados compañeros; Napoleón gana año tras año cuantas batallas dirige en persona; Wellington pelea en diversos climas sin sufrir una derrota; Perry desecha el inútil *Lawrence* para embarcar en el *Niágara* y vencer a los ingleses; Sheridan llega a Winchester a punto que la retirada de los unionistas iniciaba la derrota, y con fogosa arenga enardece a las tropas; Sherman avisa a sus soldados que se mantengan firmes en la resistencia y ellos resisten valerosamente al saber que se acercaba su caudillo.

La historia nos ofrece mil ejemplos de hombres que aprovecharon la ocasión de realizar hazañas que los irresolutos hubieran tenido por imposibles.

Bien es verdad que tan sólo hubo un Napoleón; pero también es cierto que los Alpes, cuya mole cierra el camino de la mayor parte de la juventud, no son tan altos ni tan peligrosos como las cumbres atravesadas por el gran corso. Así es que no hemos de esperar ocasiones extraordinarias, sino *acrecentar por el aprovechamiento las ordinarias.*

En la madrugada del 6 de septiembre de 1838, la torrera del faro de Longstone, en la frontera de Inglaterra y Escocia, se despertó sobresaltada por gritos de angustia que resonaban entre el fragor del viento y de las olas. La furiosa tempestad no dejaba entender las voces; pero el catalejo descubrió nueve náufragos asidos al molinete de un desmantelado buque, cuya proa se había hendido entre las rocas. El torrero, que se llamaba Guillermo Darling, exclamó:

— Nada podemos hacer por salvarlos.

Pero su hija repuso, suplicante:

— ¡Oh sí! tenemos el deber de intentarlo.

Entonces, conmovido el padre por las lágrimas de la muchacha, le dijo:

— Bien; me dejaré persuadir, aunque vaya contra mi opinión.

Padre e hija embarcaron en un bote que, ligero como pluma arrastrada por el torbellino, se inter-

nó en el tumultuoso mar cuyas embravecidas olas amenazaban volcarlo; pero los angustiosos gritos de los náufragos parecían convertir los débiles nervios de la joven en aceradas cuerdas que, sin saber de dónde, recibieron inesperado vigor, y entre ella y su padre salvaron a los nueve náufragos. Uno de éstos miró asombrado a la heroica doncella, y le dijo:

— Dios te bendiga. Eres una excelente inglesa.

Aquel día la hija del torrero de Longstone realizó una proeza mucho más valiosa para Inglaterra que las hazañas de sus reyes.

Cuenta Jorge Cary Eggleston que cierto día un rico caballero veneciano, llamado Faliero, había dispuesto en su casa un suntuoso convite. Poco antes de la hora señalada, el confitero encargado de confeccionar el adorno central de la mesa mandó aviso diciendo que se le había estropeado la pieza. Entonces el marmitón de la cocina, muchacho de poca edad, se adelantó al maestresala y le dijo:

— Si usted me lo permite, me parece que podré hacer algo a propósito.

— ¡Tú! — exclamó el maestresala con aire de asombro. — ¿Y quién eres tú?

— Soy Antonio Canova, nieto del escultor Pisano.

— ¿Y qué vas a hacer?

— Si usted me lo permite, haré un adorno para el centro de la mesa.

El maestresala, que ya no sabía cómo salir del apuro, le dijo al muchacho que hiciera según le pareciese, y al punto modeló con mantequilla un hermoso león agachado, que el atónito maestresala colocó en el centro de la mesa.

Llegada la hora del festín, entraron en el comedor los convidados, entre quienes había ricos mercaderes y príncipes de la nobleza veneciana, muy entendidos algunos de ellos en obras de arte. Al ver el león de mantequilla, olvidaron los convidados el objeto que allí les congregaba y se absorbieron en la admiración de tan genial obra de arte, preguntando después al dueño de la casa qué famoso escultor se había entretenido en emplear su habilidad en material de tan fugaz consistencia. Respondió Faliero que lo ignoraba; pero preguntado por ello el maestresala, presentó ante los comensales al marmitón autor de la escultura, en cuyo obsequio prosiguió la fiesta desde aquel punto, por la admiración que en todos produjo el insólito caso de haber modelado en tan poco tiempo, un humilde marmitón, la magnífica figura. El dueño de la casa prometió costear los estudios del muchacho bajo la dirección de los mejores maestros, y cumplió su palabra. Antonio Canova no se ufanó de tan buena fortuna, sino que siempre fué

el modesto, aplicado y fiel chicuelo que no había tenido ocasión de explayar sus facultades artísticas en el taller de Pisano. Tal vez algunos no supieran cómo aprovechó el niño Antonio la primera ocasión que se le deparaba; pero todos sabemos que Canova fué uno de los escultores más eminentes del mundo.

Los débiles esperan la ocasión; los fuertes la provocan. Dice a este propósito E. H. Chapin:

Los hombres de más valer no son quienes esperaron la oportunidad, sino quienes la acecharon, cercaron y rindieron a su servicio.

Seguramente que, entre un millón de probabilidades, no habrá una favorable; pero a menudo se nos deparan ocasiones que podríamos aprovechar ventajosamente con sólo resolvernos a la obra. La falta de ocasión es la sempiterna excusa de los débiles y vacilantes ánimos. ¡Ocasiones! De ellas está llena la vida de todo hombre. Lo son las lecciones recibidas primero en la escuela y después en la vida. Lo son los artículos periodísticos, el trato de gentes, las conferencias oídas, los negocios concluídos. Ocasiones nos depara el ser corteses, valerosos, honrados y afables. Toda muestra de confianza que recibimos es una ocasión. Toda responsabilidad cargada sobre nuestras fuerzas y nuestro honor es de inestimable valía.

La vida es el privilegio del esfuerzo, y cuando este privilegio se concentra en un hombre digno de él, las ocasiones se van sucediendo, en correspondencia con sus aptitudes, más rápidamente de lo que le cabe aprovecharlas. Si un esclavo como Federico Douglass, que ni tan sólo era dueño de su cuerpo, logró merecer fama de orador, publicista y político ¿qué no podrá hacer el niño de raza blanca cuyas oportunidades exceden a las de que dispuso Douglass?

El hombre perezoso, no el trabajador infatigable, se está quejando siempre de falta de ocasión y de tiempo. Algunos jóvenes cosecharán más fruto de ratos substraídos a la ociosidad y de ocasiones incompletas, pero cuidadosamente aprovechadas, que otros en toda su vida. Como las abejas, liban miel de todas las flores. Cada persona a quien tratan, cada circunstancia cotidiana añade algo al caudal de conocimientos útiles y potencias personales.

Dijo cierto purpurado que la Fortuna visita a todos los hombres una vez en la vida; pero si ve que no están en disposición de recibirla, entra por la puerta y sale por la ventana.

Cornelio Vanderbilt echó de ver que el buque de vapor le deparaba ocasión favorable, y determinóse a emplear su actividad en la navegación transatlántica. Con mucha sorpresa de sus amigos,

dió de mano a los negocios en que prosperaba y se encargó del mando de uno de los primeros vapores botados al agua, con mil dólares de sueldo anual. Por entonces, Livingston y Fulton habían obtenido el privilegio exclusivo de la navegación a vapor en aguas de Nueva York; pero Vanderbilt opinaba que este privilegio era contrario a la ley constitucional y no cesó en el empeño hasta lograr su abrogación. Pronto fué propietario de un buque, y cuando el gobierno sacó a concurso la conducción del correo, ofrecióse Vanderbilt sin subvención alguna y en mejores condiciones que los demás solicitantes. Aceptó el gobierno la oferta y con ello vió el armador aumentar enormemente la carga y pasajeros en su nave.

Previó Vanderbilt el hermoso porvenir reservado a los ferrocarriles en un país como los Estados Unidos, y se lanzó a empresas ferroviarias, cuya organización lleva todavía el nombre de Vanderbilt.

El joven Felipe Armour atravesó los yermos americanos con toda su hacienda metida en un carromato tirado por mulas. Durante mucho tiempo trabajó de firme en las minas y con sus ahorros pudo emprender seis años después, en Milwaukee, negocios por su cuenta, que al cabo de nueve años le agenciaron un capital de 500.000 dólares. Pero vió favorable coyuntura de lucro en la orden que

de ir contra la ciudad de Richmond dió el general Grant, pues si la tomaba quedaría casi vencida la rebelión y la cecina de cerdo bajaría hasta doce dólares la barrica. Previendo esta contingencia, se presentó una mañana de 1864 en casa de su socio Plankinton y le dijo:

—Salgo para Nueva York en el primer tren, con propósito de liquidar las existencias.

En efecto, apenas llegado a Nueva York, ofreció grandes cantidades de cecina a cuarenta dólares la barrica, que los negociantes le aceptaron sin regatear, burlándose de él porque, como se figuraban que la guerra iba para largo, le pronosticaron la próxima alza de la cecina hasta sesenta dólares la barrica. Sin embargo, Armour siguió vendiendo. Grant prosiguió su marcha y se apoderó de Richmond; la cecina bajó a doce dólares la barrica y Armour hizo un bonito negocio de dos millones de dólares.

Juan D. Rockefeller halló la ocasión en el petróleo al ver la escasez de alumbrado doméstico en los Estados Unidos, pues aunque el petróleo abundaba, era todavía tan imperfecta su refinación, que el producto salía de inferior calidad y de uso muy arriesgado. Aquí de la suerte de Rockefeller. Se asoció con Samuel Andrews, mozo de la tienda de máquinas donde ambos habían trabajado, y gracias al procedimiento de refinación

descubierto por éste, lanzaron al mercado, en 1870, el primer barril de petróleo destilado. Así elaboraron un aceite mineral de superior calidad y prosperaron rápidamente. Después admitieron por tercer socio a Flagler, de quien disgustado por último Andrews, trató de separarse de la compañía. Entonces le preguntó Rockefeller:

— ¿Cuánto quiere usted por su parte?

Andrews anotó cuidadosamente en un pedazo de papel: «Un millón de dólares». Al cabo de veinticuatro horas Rockefeller le entregó la cantidad pedida, diciéndole:

—Más barato es un millón que diez.

En veinte años los negocios de la modesta refinería, apenas evaluada en mil dólares entre edificio e instalación, la convirtieron en la poderosa compañía *Standard Oil Trust* con capital de noventa millones de dólares, existencias por valor de 170 y giro por 150.

Algunos otros ejemplos podríamos citar del aprovechamiento de ocasiones para acumular capitales; pero por fortuna hay una nueva generación de ingenieros, intelectuales, artistas, escritores y poetas que encuentran ocasiones, bastante espinosas por cierto, *de algo más noble que amontonar riquezas*. La opulencia no es un fin por el que se haya de luchar, sino un medio aprovechable; no es la cumbre, sino un incidente en la vida del hombre.

Una señora cuáquera, llamada Isabel Fry, halló favorable ocasión en las cárceles de Inglaterra. Por los años de 1813 yacían amontonadas de trescientas a cuatrocientas mujeres en la cárcel de Newgate, en Londres, en espera de que se viera su causa. Como no había camas, dormían niñas, jóvenes y viejas revueltas en el suelo sobre inmundos andrajos, pues nadie cuidaba de ellas y el gobierno inglés tan sólo les proporcionaba el sustento indispensable para no morir de hambre. La señora Fry visitó la cárcel de Newgate y consoló a la quejumbrosa turba de mujeres, diciéndoles que tenía el propósito de establecer una escuela para jóvenes y niñas con maestra elegida de entre las mismas presas, quienes celebraron el pensamiento y eligieron para el cargo a una joven procesada por haber hurtado un reloj. Al cabo de tres meses aquellas «bestias salvajes», como se las solía llamar, se tornaron inofensivas y cariñosas. La reforma tuvo tal éxito, que el Gobierno le dió carácter oficial y buen número de señoras se interesaron en la obra de educar y vestir a aquellas desdichadas. En ochenta años las escuelas carcelarias se difundieron por el orbe civilizado.

Cierta vez atropelló un carro a un niño en la calle. La sangre brotaba de la rota arteria. Nadie sabía qué hacer en socorro del herido, hasta que otro niño, Astley Cooper, vendó con su pañuelo

la herida y contuvo la hemorragia. Las alabanzas que recibió por haber salvado de este modo la vida de aquel muchacho, le estimularon para llegar a ser famoso cirujano.

Dice a este propósito Arnold:

Ya le llegará a todo cirujano novicio la hora de hallarse frente a frente de su primera operación peligrosa. El cirujano de nombradía está ausente. El tiempo apremia. Vida y muerte penden de la balanza. ¿Está el joven cirujano al nivel de la contingencia? ¿Puede substituir al cirujano de fama? Si así es, ningún otro hará falta. *La ocasión le da en rostro.* Están frente a frente. ¿Confesará su ineptitud o dirigirá el paso hacia la gloria y la fortuna? A él le toca decirlo.

¿Estáis preparados para las grandes ocasiones? Cuenta James T. Fields el siguiente caso:

Fué Hawthorne cierto día a comer en casa de Longfellow acompañado de un amigo de Salem. De sobremesa, dijo el amigo que le había propuesto a Hawthorne la idea de escribir una novela basada en una leyenda acadiana, cuyo argumento era que, cuando la dispersión de la raza, una muchacha quedó separada violentamente de su novio y pasó la vida buscándolo por todas partes hasta que, ya vieja, lo encontró moribundo en un hospital. Longfellow se admiró de que este argumento no hubiese estimulado la imaginación de Hawthorne y le dijo a su vez que si no pensaba utilizarlo le consintiese componer un poema sobre el mismo tema. Accedió Hawthorne, con promesa de no tratar el asunto en prosa hasta que Longfellow lo hubiese compuesto en verso. Longfellow aprovechó esta ocasión para dar al mundo su *Evangelina o el destierro de los acadianos.*

El ojo avizor descubre ocasiones por doquiera; los oídos atentos no desoyen jamás el clamor de los necesitados de auxilio; los corazones levantados nunca exigen prendas valiosas sobre que prestar sus dones; las manos generosas jamás dejan de ocuparse en alguna noble tarea.

Todo el mundo había echado de ver que el agua de una vasija sube de nivel cuando se introduce en ella un cuerpo sólido, sin que nadie advirtiese que el sólido desaloja exactamente su mismo volumen de líquido; pero al observar Arquímedes el fenómeno, le reveló un fácil procedimiento de medir el volumen de los cuerpos geométricamente irregulares.

Todo el mundo había notado que al impulsar un peso suspendido, seguía moviéndose hasta que la resistencia del aire anulaba el movimiento; pero nadie dió la más leve importancia a este fenómeno, hasta que el joven Galileo, al ver oscilar una lámpara en la catedral de Pisa, indujo de la regularidad de aquellas oscilaciones el utilísimo principio del péndulo. Ni aun las estrecheces de una cárcel fueron parte a debilitar sus ansias de investigación, porque experimentando con las pajas del jergón aprendió valiosas lecciones sobre

la resistencia comparativa de los tubos y varillas del mismo diámetro. Durante siglos habían considerado los astrónomos los anillos de Saturno como extraña excepción de las leyes a que atribuían el origen de los planetas; pero Laplace vió que en vez de ser excepción eran las únicas pruebas de las etapas de la evolución estelar, y con este mudo testimonio añadió un capítulo a la historia científica de la creación.

No había marino en Europa que dejase de sospechar la existencia de tierras más allá del Atlántico; pero le estaba reservado a Colón surcar el ignoto piélago y descubrir un nuevo mundo.

Innumerables manzanas habían caído del árbol sobre la cabeza de gentes distraídas, como para incitarlas a pensar. Sin embargo, Newton advirtió que la manzana caía al suelo por la misma ley que mantiene los astros en sus órbitas y retiene en cohesión los átomos.

El relámpago había deslumbrado los ojos y el trueno desgarrado los oídos del hombre desde los días de Adán, con el vano intento de revelarle la tremenda energía de la electricidad; pero Franklin escuchó las descargas de la celeste artillería que hasta entonces infundieran terror y demostró que el rayo es la manifestación de una irresistible y, sin embargo, regulable fuerza, tan abundante como el aire y el agua.

A semejanza de otros, estos hombres fueron diputados por eminentes, sencillamente porque aprovecharon ocasiones puestas al alcance de toda la raza humana. En la biografía de los hombres ilustres resplandece aquel proverbio de Salomón que dice:

¿Ves al hombre diligente en sus negocios? Pues se erguirá frente a frente de los reyes.

Ejemplo de este proverbio nos da la vida del laborioso Franklin, que tuvo amistoso trato con cinco reyes y se sentó a la mesa con dos de ellos.

Quien aprovecha la ocasión siembra una simiente que a su tiempo fructificará con provecho para él y para los demás. Todo el que honradamente trabajó en el pasado contribuyó con ello a mejorar las condiciones intelectuales y materiales de cada vez mayor número de gentes.

Al operario sobrio, frugal y hábil, al joven bien educado, al meritorio y al dependiente de oficina se les abren múltiples y amplios senderos de fácil acceso, cual nunca se conocieron hasta ahora, por donde alcanzar éxitos que la historia del mundo no había puesto aún al alcance de las clases modestas. Hace poco era muy escaso el número de profesiones. Hoy han aumentado de cuatro a cincuenta y de uno a ciento.

Entró cierto sujeto en el estudio de un escultor,

y al ver la estatua de una diosa cuyo rostro velaba la cabellera y tenía alas en los pies, preguntó:

—¿Qué estatua es ésta?

—La de la ocasión.

—¿Porqué tiene velado el rostro?

—Porque los hombres raras veces la conocen cuando se les pone delante.

—¿Y por qué lleva alas en los pies?

—Porque se va en seguida y ya nadie la alcanza.

Dijo un autor latino que la ocasión es calva, con un solo cabello en la frente, por el que pueden asirla los avisados; pero que si se escapa, ni el mismo Júpiter es capaz de volver a asirla.

Pero, ¿qué ocasión le valdrá a quien no pueda o no quiera aprovecharla?

Decía a este propósito el capitán de un buque:

Quiso la suerte que encontrara en mi ruta al infortunado vapor *América Central*. Caía la noche y el mar estaba muy alborotado, pero yo me puse al habla con el barco por si necesitaba auxilio. Su capitán, llamado Herndon, me dijo que hacía agua, y yo le pregunté si no sería mejor que los pasajeros vinieran desde luego a bordo de mi buque. Respondióme él diciendo que si podría yo escoltarle hasta el amanecer, y repuse que lo procuraría, aunque era mejor que *en aquel mismo punto* me enviase los pasajeros. Insistió Herndon en que lo escoltara hasta el amanecer; pero durante la noche se encrespó el mar de tal manera, que no pude mantenerme en la situación requerida y perdí de vista el barco. Hora y media después de haber insistido el capitán en que lo escoltase hasta el amanecer se hundió el buque, y el capitán, la tripulación y la mayoría de pasajeros quedaron sepultados en los abismos del mar.

El capitán Herndon apreciaría, sin duda, en sus últimos momentos el valor de la ocasión desperdiciada; pero, ¿de qué le sirvió dolerse de su yerro? ¡Cuántas vidas sacrificadas a la vana esperanza de su indecisión! Como el capitán Herndon, los débiles, perezosos e indecisos no advierten el valor de las ocasiones hasta que la experiencia les enseña que agua pasada no muele molino.

Estos tales siempre yerran por demasiado presurosos o demasiado tardíos en cuanto emprenden. De ellos dice John B. Gough que tienen tres manos: la derecha, la izquierda y otra más pequeña que a las dos estorba. Cuando niños, fueron tarde a la escuela y no cumplieron sus deberes domésticos. De este modo contrajeron un hábito vicioso; y cuando, ya hombres, la responsabilidad los llama a capítulo, se figuran que mañana podrán resarcirse de la ocasión que no estuvieron ayer a tiempo de aprovechar. Explicarán mil maneras de ganar dinero en cualquier tiempo menos *ahora*, y también prevén cómo prosperar ellos y los demás en el porvenir, sin que sepan hallar la ocasión presente. *No saben aprovechar la ocasión.*

José Stoker era guardafreno de furgón en la línea de * y todos sus compañeros le querían en extremo por la jovialidad de su carácter y su afable trato con los pasajeros. Sin embargo, no comprendía la grave responsabilidad de su cargo y tomaba las cosas por el lado alegre, pues bebía más de lo regular y si alguien le reconvenía por ello, replicaba sonriendo con tanta amabilidad, que el otro creía haberse excedido en la reprimenda, porque le decía:

—Estoy perfectamente bien; no se preocupe usted.

Una tarde sobrevino una violenta tempestad de nieve que retrasó la marcha del tren. Stoker se quejó del trabajo extraordinario que se le venía encima e iba dando tientos al licor hasta ponerse un mucho alegre. Pero el maquinista y el conductor estaban alerta. Entre dos estaciones se detuvo bruscamente el tren por haber estallado un cilindro de la locomotora, y precisamente un expreso iba a llegar pocos minutos después por la misma línea. El conductor mandó a Stoker que diese la señal de peligro con el farol rojo; pero el guardafreno se echó a reir diciendo:

—No hay prisa. Voy a ponerme el gabán.

El conductor replicó severamente:

—No hay que perder ni un instante, porque va a llegar el expreso.

—Muy bien —repuso Stoker sonriendo.

El conductor saltó presuroso a la locomotora; pero el guardafreno se entretuvo en ponerse el gabán y echar otro trago para resguardarse del frío antes de tomar pausadamente el farol y dirigirse silbando con aire lento hacia el furgón. No había dado aún diez pasos, cuando oyó el resoplido del expreso. Quiso entonces precipitarse hacia la curva, pero ya era demasiado tarde. En un minuto de trágica brevedad la máquina del expreso embistió al tren parado y los escapes de vapor confundieron su estruendo con los gritos de angustia de los pasajeros.

Pasada la turbación del accidente, nadie pudo encontrar al guardafreno; pero al otro día lo hallaron en un pajar, balanceando en alto el farol apagado, ante un tren imaginario, y gritando con todas sus fuerzas: «¡Alto, que estoy aquí!»

Lleváronle a su casa y después a un manicomio, donde las más tristes voces que se oyen son las de: «¡Alto, que estoy aquí! ¡alto, que estoy aquí!», del infortunado guardafreno cuya negligencia ocasionó tantas víctimas. Muchos hombres darían años de vida por enmendar pasados yerros.

Dice a este propósito *Alford*:

> Hay momentos de más valía que años enteros, porque no podemos recuperarlos. Los intervalos de tiempo no guardan proporción ni en su importancia ni en su valor.

En cinco minutos se puede mudar impensadamente el destino de toda una vida. ¿Y quién sabe cuándo tendrá a su disposición este decisivo instante?

Dice Arnold sobre el particular:

Lo que llamamos puntos de conversión no son ni más ni menos que ocasiones de efectos previamente determinados. Las circunstancias accidentales de nada sirven a los hombres que no saben aprovecharse de ellas.

El mayor inconveniente es que siempre andamos en acecho de una ocasión excepcional para allegar riquezas, fama y honores. Queremos maestría sin aprendizaje, conocimiento sin estudio y riquezas a crédito.

¿Qué hacéis ahí, ¡oh! gentes perezosas? ¿Acaso estaba ya toda la tierra ocupada antes de que nacieseis? ¿Ya no se deja cultivar la tierra? ¿Están tomados todos los puestos? ¿No hay ninguna ocupación vacante? ¿Se agotaron las ocasiones? ¿Están aprovechados ya todos los recursos de vuestro país? ¿Reveló la naturaleza todos sus secretos? ¿No hay medio de que utilicéis tan breves pero propicios momentos en vuestro propio progreso o en beneficio del prójimo? ¿Es tan violenta la lucha por la vida moderna que hayáis de contentaros con un modesto pasar? ¿Habéis tenido la dicha de nacer en esta progresiva época que en vuestro provecho acopia las experiencias

pretéritas, tan sólo para acrecentar vuestra vida puramente animal? Si nacisteis en una época y en un país donde la ciencia y el trabajo culminan como nunca ¿cómo podéis permanecer sentados con las manos cruzadas, pidiendo el auxilio de Dios en una obra para la cual os dió ya el necesario vigor y las requeridas facultades?

Cuando las aguas del mar Rojo detuvieron los pasos del pueblo escogido, impetró Moisés el divino auxilio y respondióle el Señor: ¿Por qué me llamas? Diles a los hijos de Israel *que sigan adelante*.

Con tanto como hay todavía por hacer en el mundo, que a veces una palabra cariñosa o un auxilio al parecer insignificante pueden librar del desastre a nuestros prójimos o alumbrarles el sendero del éxito; con la seguridad de que el honrado y perseverante esfuerzo nos ha de allegar los mayores bienes, y con la multitud de ejemplos que nos estimulan a la acción, cada momento nos coloca en el dintel de una nueva coyuntura.

No esperéis la ocasión. Determinadla vosotros mismos como la determinó Jorge Stephenson al aprender las cuatro reglas con un pedazo de yeso y por pizarra los mugrientos costados de las vagonetas de las minas de hulla. Determinadla como la determinó Napoleón en cien circunstancias al parecer «imposibles». Determinadla como en gue-

rra y en paz la determinaron *todos los caudillos de hombres*. El oro de nada sirve en manos de la pereza; pero el trabajo industrioso es el más abundante yacimiento aurífero.

En los negocios humanos hay un flujo cuyo bien aprovechado empuje lleva a la fortuna; pero si se desperdicia, todo es frivolidad y miseria. Hemos de seguir la corriente cuando nos podamos valer de ella, o resignarnos a perder nuestra ventura. Pero este flujo sólo crece una vez. Por lo tanto, aprovechad el momento en que os sonría la fortuna y os muestre el seguro camino que, si no os apartáis a un lado temerosos ni os detenéis, aunque el placer intente atajaros, os conducirá derechamente a la meta.

ADICIÓN DEL EDITOR

Aunque para la finalidad de esta obra bastarían los ejemplos con que el autor corrobora sus doctrinas, nos ha parecido conveniente añadir algunos casos históricos privativos de nuestra patria, en demostración de que también la raza ibérica ha dado al mundo hombres de carácter entero y recia voluntad, cuya vida estuvo iluminada por las más excelsas cualidades, a pesar de las adversas circunstancias que parecían oponerse a la actualización de sus fuerzas interiores.

La historia de España no cede a la de otros países en episodios dignos de servir de aliciente al robustecimiento de la voluntad humana; pero no es maravilla que los autores extranjeros omitan el referirlos, por cuanto España es una de las naciones menos conocidas de los publicistas europeos y americanos, con excepción de unos cuantos que, por haberse dedicado al estudio de nuestro país, merecieron el título de hispanófilos.

También hubo y hay en España hombres ilustres que nada debieron al favor y todo lo edujeron de sí mismos con su acierto en valerse de las ocasiones que el curso de la vida va deparando a todos los hombres, aunque pocos tengan la suficiente claridad de juicio y resolución de ánimo para determinarse a la obra en el momento más oportuno para el vencimiento. Porque así como, según cuenta Navarrete, mudó Colón de rumbo en su primer viaje movido por el vuelo de unas aves marinas y aquella mudanza alteró en un instante los destinos de todo un continente, así también en la vida de los individuos y las colectividades basta un momento de resolución

o de perplejidad para decidir el éxito o el fracaso, la gloria o la ignominia.

Durante la primera guerra civil dinástica defendían los carlistas con fuerzas formidables el paso del puente de Luchana, que trataban de forzar las tropas isabelinas mandadas por el general Espartero. El ímpetu de los regimientos liberales se estrellaba contra la impenetrable coraza que formaban los batallones del pretendiente. Espartero yacía en su tienda de campaña aquejado de un fortísimo ataque de uremia, cuando un ayudante le trajo la noticia de que empezaban a flaquear las tropas. El heroico caudillo abarca de una ojeada la gravedad de las circunstancias y echa de ver la ocasión que se le depara de acrecentar su fama o impedir con una muerte gloriosa el oprobio de la derrota. Espartero sabe aprovechar la ocasión, y como si el espíritu se sobrepusiera a la materia, salta de la cama, se ciñe el uniforme, prorrumpe en enérgicas exclamaciones que denotan la sobreexcitación de su ánimo, empuña la espada, monta a caballo y poniéndose como César en Munda al frente de las tropas, las enardece y entusiasma de modo que al ver a su caudillo se creen invencibles y arremeten contra el enemigo con tan brioso empuje, que al cabo de unas cuantas horas invaden el puente cual desbordado río y, sin detenerse en la acometida, llegan hasta el campamento enemigo, donde encuentran todavía humeantes los manjares con que, ya confiados en su triunfo, se aprestaban los carlistas a celebrar la Nochebuena.

No eran los somatenes catalanes en 1808 tropas disciplinadas y aguerridas como las que Napoleón I destinó a invadir el territorio español; pero conocían

palmo a palmo el terreno que pisaban y supieron aprovecharse de la ocasión para ser los primeros en derrotar a las hasta entonces siempre victoriosas armas napoleónicas.

Aunque de nacionalidad suiza, estuvo el general Reding al servicio de España durante la guerra de la Independencia y militó a las órdenes de Castaños en la famosa batalla de Bailén. Pero si la disciplina militar y los relatos oficiales atribuyen la gloria del vencimiento al general en jefe que en el campo de batalla ilustró su apellido con la corona ducal, la verdadera historia, la historia interna de los acontecimientos públicos, afirma que el ruidoso triunfo de las armas españolas en aquella memorable jornada se debió a la clarividencia estratégica de Reding, que supo aprovechar la ocasión que los errores del general francés Dupont le ofrecieron para ilustrar su nombre con una de las más esplendorosas glorias militares de su patria adoptiva.

También Juan Martín el Empecinado, el famoso guerrillero de la Independencia, demostró en cien aprovechadas coyunturas sus admirables cualidades de táctico y estratega, que hubieran quedado latentes a no actualizarlas la ocasión deparada por el glorioso alzamiento contra los invasores.

Pero no sólo el ejercicio de las armas y el heroísmo militar nos ofrecen ejemplos de cómo la ocasión hace, o mejor dicho, revela al hombre que no la desperdicia. En los nobles empeños de la paz hallamos casos análogos que pueden igualmente servir de estímulo a cuantos dan los primeros pasos en la vida. El famoso alienista Esquerdo, cuya carrera profesional estuvo empleada por entero en beneficio de los dementes, contaba apenas diez años cuando un

pariente suyo le llevó consigo de visita al manicomio de Valencia, y al ver cómo un loquero azotaba brutalmente a un infeliz orate, conmovióse de manera que hizo voto en su corazón de consagrarse de por vida a la abolición de tan inhumano régimen. El niño Esquerdo aprovechó la ocasión que las contingencias le ofrecían en los albores de la vida y fué en España el redentor de los dementes hasta entonces esclavizados por el bárbaro adagio de: el loco por la pena es cuerdo.

No creemos que haya necesidad de aumentar el número de ejemplos, pues por muchos que añadiéramos, siempre quedaría en la memoria del lector alguno todavía más digno de mención. Por otra parte, es necesario tener en cuenta que de poco serviría la alteza del ejemplo si quien hubiere de imitarlo careciese de las condiciones de carácter y circunstancias personales que concurrieron en los héroes cuyas proezas admira y celebra la posteridad. No logran aprovechar la ocasión cuantos la acechan o provocan, como tampoco cobran la res todos los cazadores que la esperan o levantan. El único cabello de la ocasión es muy escurridizo y únicamente consigue asirla por él quien tiene la mente tan despierta, el juicio tan claro, el criterio tan fino, la vista tan segura y las manos tan diestras que, al dispararse a la acción, dé precisamente en la diana del blanco y prenda la ocasión por el arranque del cabello.

II. LOS NIÑOS DESVALIDOS

II. LOS NIÑOS DESVALIDOS

En el suelo más cenagoso crecen las más hermosas flores. De entre las rocas brotan los gigantescos y poderosos árboles que parecen escalar el cielo.—J. G. HOLLAND.

Muy terrible es la pobreza y a menudo abate el ánimo; pero también es el furioso aquilón que azota a los hombres y el suave céfiro que les incita al ensueño.—OUIDA.

La pobreza es el sexto sentido. — *Proverbio alemán.*

No todos los infortunios son una maldición, pues con frecuencia es bendición la adversidad. Los obstáculos vencidos no sólo nos enseñan, sino que nos fortalecen para futuras luchas. — SHARPE.

No hay duda de que los próceres de la industria contemporánea fueron niños pobres. — SETH LOW.

Está probado que la pobreza es la escala de las juveniles ambiciones.—SHAKESPEARE.



N una fiesta infantil celebrada en Dinamarca, decía una chicuela:

—Mi padre está empleado en el Parlamento y tiene un oficio muy noble. En cambio, los de apellido acabado en «sen» no llegan nunca a nada. Hemos de arquear los brazos y darles con el codo para que no se nos acerquen.

A esto replicó enojada la hija de un rico mercader llamado Petersen:

— Pues mi papá puede comprar cien dólares de confites para repartirlos entre los niños. ¿Puede tu papá hacer lo mismo?

—Sí, mujer, sí — dijo mezclándose en la conversación la hija de un editor. — Mi papá puede poner a tu papá y a todos los papás en el periódico. Dice mi papá que todo el mundo le respeta porque puede hacer lo que quiere con su periódico.

A la sazón asomó las narices por la puerta un muchacho a quien el cocinero le había dado permiso de atisbar la fiesta, en premio de haber estado dando vueltas al asador. El muchacho exclamó:

— ¡Oh! quién fuera uno de ellos. Pero, no; mis padres no pueden gastar ni un céntimo y, además, mi apellido acaba en «sen».

Años después, cuando los concurrentes a la fiesta infantil eran ya hombres y mujeres, algunos de ellos asistieron a otra fiesta en una morada repleta de hermosos objetos de arte.

En el propietario de aquella casa reconocieron al muchacho que había atisbado por la entornada puerta mientras ellos se divertían. Era el insigne escultor Thorwardsen (1).

(1) Entresacado de una narración de Juan Cristián Andersen, hijo de un zapatero remendón cuyo apellido no fué obstáculo para la celebridad.

El sabio teólogo Kitto, sordo desde su niñez, quería que su padre le diese licencia para dejar la casa y hacerse hombre. A este propósito le dijo:

— No se preocupe usted por mi manutención, porque conozco el medio de evitar el hambre. Los hotentotes pasan mucho tiempo sin más alimento que un poco de goma y cuando el hambre les cosquillea se atan el cuerpo con cuerdas. ¿No podré yo hacer lo mismo? Los setos ofrecen moras y nueces, nabos los campos y cama el heno.

Este pobre niño sordo, cuyo beodo padre sólo le creía capaz de aprender el oficio de zapatero, llegó a ser el más famoso hermenéutico del mundo, y en el taller escribió su primera obra.

Creón era esclavo griego, pero también era esclavo del genio del Arte y tenía por dios la Belleza, a que tributaba extática adoración. Después de la gloriosa guerra contra Persia, se promulgó una ley que castigaba con pena de muerte a los esclavos que osaran exponer obras de arte, y por entonces se hallaba Creón atareado en un grupo escultórico, del que esperaba obtener, no sólo la aprobación de Fidias, el más eminente escultor de la época, sino también los plácemes de Pericles. ¿Qué hacer? En el bloque de mármol había infundido Creón su mente, su corazón, su vida, su alma toda. Día tras día había impetrado del cielo siempre renovada inspiración, y agradecido

creía que el mismo Apolo, movido de sus ruegos, había infundido en las figuras el aliento de vida que parecía animarlas; pero ahora pensaba como si todos los dioses le hubiesen abandonado.

Cleona, su hermana, sintió el infortunio tan hondamente como él y clamó al cielo diciendo:

«¡Oh, Afrodita, inmortal Afrodita, excelsa hija de Zeus, mi reina, mi diosa, mi abogada! En tu santuario dejé cotidianamente mis ofrendas. Muéstrate ahora propicia y protege a mi hermano.»

Al punto le dijo a éste:

«¡Oh, Creón! Vete a la cueva de la casa. Aunque está obscura, yo te proporcionaré luz y alimento. Prosigue tu obra. Los dioses nos protegen.»

Fuese Creón a la cueva, donde asistido y celado día y noche por su hermana prosiguió la gloriosa y arriesgada tarea.

Por entonces toda Grecia fué invitada a visitar una exposición de obras de arte en el Agora de Atenas, inaugurada bajo la presidencia de Pericles, en compañía de Aspasia y rodeado de Fidias, Sócrates, Sófocles y otras celebridades de la época. Allí estaban expuestas las obras de los más famosos maestros, entre las que, por su belleza, sobresalía un grupo escultórico que parecía cincelado por el mismo Apolo y llamó la general atención, con envidia de los expositores. El jurado preguntó por el autor de aquel grupo, pero no

tuvo respuesta la pregunta ni aun después de repetirla los heraldos. Excitada la curiosidad por aquel misterio, sospechaban ya algunos si sería obra de un esclavo, cuando entre la admiración general trajeron los oficiales de la ciudad a una joven de mirada viva, cabellera al aire y descompuesto el vestido. Los oficiales dijeron:

— Estamos seguros de que esta mujer conoce al escultor, pero calla su nombre.

Cleona no respondió a las preguntas que se le hicieron, ni aun cuando la conminaron con la penalidad en que incurría por su silencio.

Entonces dijo Pericles:

— La ley es inexorable, y yo soy ministro de la ley. Llevad a esta mujer a la cárcel.

Pero antes de que Pericles acabase de hablar, adelantóse un joven con los cabellos ondeantes, en cuya mirada fulguraba la lumbre del genio, quien prosternándose ante Pericles, exclamó:

— ¡Oh! Pericles. Perdona y salva a esta doncella. Es mi hermana. Yo soy el culpable. El grupo es obra de mis manos.

La muchedumbre interrumpió vociferando:

—¡A la cárcel el esclavo, a la cárcel el esclavo!

Erguido en su sitial, repuso Pericles:

— ¡No en mis días! ¡Contemplad la escultura! Por ella resuelve Apolo que en Grecia hay algo superior a una ley injusta. El más alto propósito

de la ley debe ser el fomento de la belleza. Si Atenas ha de vivir eternamente en la memoria de los hombres, ha de ser por su amor al arte. No a la cárcel vaya, sino junto a mí venga este joven.

Y en presencia de la congregada multitud, la misma Aspasia ciñó en las sienes de Creón la corona de olivo, y al mismo tiempo, entre los estrepitosos aplausos del pueblo, besaba tiernamente a la abnegada y amante hermana del esclavo.

Los atenienses, que levantaron una estatua al esclavo Esopo, sabían que el camino del honor está abierto para todos los hombres. En Grecia, la riqueza y la inmortalidad eran segura recompensa de los que se distinguían en arte, letras o armas. Ningún otro país se esforzó tanto en estimular el animoso mérito.

Decía Enrique Wilson:

Nací en la pobreza y la necesidad meció mi cuna. Supe lo que es pedir pan a una madre sin él. Salí de mi casa a los diez años y pasé once de aprendizaje sin poder ir a la escuela más que un mes cada año, y al cabo de once de duro trabajo me gratificaron con una yunta de bueyes y seis ovejas, que vendí por ochenta y cuatro dólares. Jamás gasté ni un dólar en diversiones, sino que escatimé centavo por centavo hasta cumplir los veintiún años. Entonces fuí al bosque para cortar leña, que arrastraba una carreta de bueyes. Me levantaba antes del alba y me ponía a trabajar hasta mucho después de puesto el sol, por el exiguo salario de seis dólares al mes. Cada dólar me parecía tan grande como la luna llena.

Wilson no desperdició ninguna ocasión de instruirse y educarse. Pocos hombres supieron aprovechar tan bien el tiempo, pues consideraba los instantes cual si fuesen de oro y no paraba hasta sacar de ellos todo el partido posible. Se las arregló de suerte que pudo leer buena porción de excelentes libros, con lo que dió hermoso ejemplo a los jóvenes campesinos de las haciendas. Al salir de la granja en que servía se marchó a pie a Natick (Mass.), que caía a unas cien millas de distancia, con objeto de aprender el comercio de cabotaje, y su primer ensayo no le costó más que un dólar y seis centavos. Al cabo del año era presidente de un centro político de Natick y ocho más tarde pronunció su famoso discurso contra la esclavitud en el Parlamento de Massachusets. Doce después, se sentaba junto al atildado Sumner en el Congreso de Washington. De todas las circunstancias de su vida se aprovechó para prosperar.

Horacio Greeley estaba de suplente en la *Gaceta de Erie*, propiedad de Sterret, cuando un día le dijo éste:

— No quiero que salgas más a la calle con ese traje tan estropeado, o si no que te den uno en el

almacén. Has de arreglarte un poco mejor, Horacio.

El muchacho se miró el traje como si hasta entonces no hubiese reparado en su facha, y repuso:

—Ya verá usted, señor Sterret, mi padre ha tenido que marcharse del pueblo y me es preciso ayudarle en cuanto pueda.

Horacio Greeley ganaba al año 135 dólares y sólo había gastado seis en siete meses para sus necesidades personales, pues del salario reservaba cincuenta y enviaba el resto a su padre, que de Vermont hubo de emigrar a Pennsylvania. En su infancia pasó Greeley muchas noches al raso en la guarda del rebaño y después entró en la imprenta de Sterret. Cerca ya de los veintiún años, y aunque su aspecto no le favorecía gran cosa, pues era grandullón, de rostro macilento, voz lastimera y pelo de color de estopa, resolvió irse a Nueva York en busca de fortuna. Hizo con sus ropas un envoltorio, que colgó de la punta de un cayado puesto al hombro, y a través de los bosques de Búffalo anduvo sesenta millas, cruzó en bote el canal para ir a Albany, de donde bajó por el Hudson en falúa hasta llegar a Nueva York al amanecer del 1.º de agosto de 1831. Se abonó a un refectorio público por dos dólares y medio a la semana, después de haber gastado tan sólo

cinco en su viaje de 600 millas. Durante muchos días trotó Horacio por las calles de Nueva York y asomóse a infinidad de tiendas y despachos preguntando si necesitaban dependiente, pero todos le respondían con invariable negativa. Su catadura infundía sospechas de que fuese algún mancebo escapado de otra parte. Un domingo, mientras comía en el refectorio, oyó decir que se necesitaban cajistas en una imprenta. A las cinco de la mañana del día siguiente se presentó allí Greeley en solicitud de una de las vacantes; pero como el regente no creyese al inexperto forastero bastante capaz para manejar los tipos de la Biblia Políglota, para cuya composición se necesitaban los cajistas, le respondió:

—Le daremos a usted una caja y veremos qué *puede* usted hacer.

Al llegar el dueño de la imprenta se disgustó de ver al nuevo operario y le dijo al regente que lo despidiera en cuanto concluyese el jornal. Pero aquella noche sacó Horacio unas pruebas tan limpias y correctas como ningún cajista había presentado hasta entonces.

A los diez años era ya socio de una modesta imprenta y fundó el *New Yorker*, el mejor semanario de los Estados Unidos que, sin embargo, no le dió ganancias; pero cuando en 1840 fué elegido Harrison presidente de la república, pu-

blicó Greeley el periódico titulado: *The Log-Cabin*, que llegó a la entonces fabulosa tirada de 90.000 ejemplares, a centavo el número suelto, aunque tampoco tuvo éxito de administración. Probó nueva fortuna con *The New York Tribune*, a centavo el número, y para publicarlo tomó a préstamo mil dólares y tiró cinco mil ejemplares del primer número, que le fué imposible colocar por completo. Empezó con 600 subscriptores, que en seis semanas aumentaron hasta 11.000 y aun más cuando con nueva máquina facilitó la tirada.

Por otra parte, Jaime Gordon Bennett había fracasado en su *New York Courier* el año 1825, en *The Globe* en 1832 y en el *Pennsylvania* poco más tarde. Tenía fama de hábil periodista que había ahorrado unos cuantos cientos de dólares tras ruda labor y rigurosas economías de catorce años. En 1835 propuso a Horacio Greeley la fundación comanditaria de un nuevo diario que titularían: *The New York Herald*. Greeley rehusó la proposición, pero le dijo a Bennett que podía asociarse para el caso con dos jóvenes impresores recomendados por él. Aceptada la contraposición, se publicó el primer número de *The New York Herald* con tan exiguo capital, que sólo bastaba a cubrir los gastos de *diez* días. Bennett alquiló entonces en *Wall Street* un pequeño sótano que amuebló con una silla y una mesa compuesta

de una tabla sostenida por dos toneles, y allí puso la redacción decidido a que su diario sobrepujara a cuantos se habían publicado hasta entonces y se publicaban a la sazón en América. Resueltamente se aplicó el joven periodista al logro de su ideal, y al efecto dió las noticias más recientes y emocionantes, hasta que su periódico se hizo famoso por contener la cotidiana historia del mundo con mayor rapidez y exactitud que todos sus colegas. No perdonó trabajo ni dinero para obtener pronta y verídica información de todos los asuntos de interés general. Finalmente, vió recompensados sus afanes con la inauguración de las más completas oficinas periodísticas de su tiempo.

Una de las cosas que primeramente llamaban la atención al entrar en el despacho particular de Jorge W. Childs era el siguiente mote: *Nada se logra sin trabajo*. Esto cuadraba cumplidamente al éxito de un hombre de niñez desvalida. Su juvenil anhelo fué ser propietario del *Philadelphia Ledger* y del vasto edificio en que se publicaba; pero ¿cómo podía un pobre muchacho que sólo ganaba dos dólares a la semana ni siquiera forjarse la ilusión de ser propietario de tan importante periódico? Sin embargo, tuvo poderosa resolución para ahorrar unos cuantos cientos de dólares mientras estuvo de dependiente en un al-

macén de libros, y emprender el negocio editorial cuyo éxito estuvo en la publicación de algunas obras como la *Expedición Artica de Kane*, pues acertó los gustos del público y obtuvo de esta suerte sus favores.

Aunque el *Ledger* se publicaba con crecientes pérdidas, no consiguieron los amigos de Childs disuadirle del propósito que de comprarlo tenía, como en efecto lo hizo en 1864, cumpliendo así sus sueños de muchacho. Con asombro de todos duplicó Childs el precio de subscripción, al paso que rebajaba el de los anuncios, y el periódico entró en notoria prosperidad, hasta el punto de redituarle unos 400.000 dólares al año.

Cosa de siglo y medio atrás, los comensales de un banquete dado en Lyón discutían sobre el significado de un cuadro de asunto mitológico de Grecia. Al ver que la discusión se acaloraba, el dueño de la casa preguntó a uno de los criados si sabía lo que representaba el cuadro; pero, contra lo supuesto por los convidados, dió el sirviente tan clara explicación del caso, que todos se convencieron y cesó la disputa.

Uno de los comensales dijo al criado:

— ¿En qué escuela ha estudiado usted?

— En muchas, señor; pero en la de la adversidad aprendí las más útiles lecciones.

Aquel pobre criado, que había aprovechado las lecciones de la desgracia, llenó de allí a poco la Europa entera con la fama de sus obras, y la historia lo diputa por el más poderoso talento de su época. Era Juan Jacobo Rousseau.

A falta de mejor medio, las menudas arenas de la playa del lago Eries sirvieron de pizarra al andrajoso muchacho P. R. Spencer para establecer los principios fundamentales del sistema de escritura que lleva su nombre, una de las más hermosas manifestaciones del arte gráfico.

Durante ocho años había estado Guillermo Cobbett manejando el azadón y el arado, cuando marchó a Londres para copiar pliegos judiciales, hasta que, al cabo de nueve meses, sentó plaza en un regimiento de infantería. Durante el primer año de servicio se subscribió en Chatham a una biblioteca ambulante cuyos libros todos leyó y se puso a estudiar. Pero escuchemos sus propias palabras:

Aprendí gramática de soldado raso, con el haber de seis peniques diarios. Mi banco de escuela eran las tablas de la cama; mi bolsa, la mochila, y un pedazo de poste, mi mesa. Al cabo del año sabía gramática. Como no me era posible comprar aceite ni velas, aprovechaba la luz de la lumbre en invierno, cuando me tocaba el turno de calentarme, y para adquirir una pluma o un pliego de papel me era preciso cercenar la manutención. No tuve ni un momento libre y había de leer y escribir entre las conversaciones, risotadas, cantos, silbidos y

pataleos de los demás soldados, gente zafia en su mayoría, y aun en horas libres de servicio. El gasto de plumas, papel y tinta era muy crecido para mí. Gracias que no me faltaba salud. Recuerdo que en una ocasión, de los *dos peniques por semana* que importaban las sobras del haber, reservé medio penique con intento de comprar un arenque para el almuerzo del otro día; pero al desnudarme por la noche noté que había perdido la moneda. Hundí la cabeza entre la miserable manta y me eché a llorar como un niño.

Si en tan adversas circunstancias pude llevar a cabo la tarea emprendida, no creo que haya en el mundo entero un joven con excusa legítima de su impotencia.

Véase cómo convirtió Cobbett en su fav r la contrariedad de circunstancias.

Humphry Davy tuvo escasos medios de estudio, pero se aplicó a él con ahinco, utilizando los viejos botes, cacerolas y botellas del desván de la botica en donde servía.

Una tarde de agosto le preguntó Teodoro Parker a su padre:

—¿Podré guardar fiesta mañana?

El pobre molinero de Lexington miró sorprendido a su hijo menor, pues el trabajo arreciaba en aquellos días; pero descubriendo algún extraordinario propósito en el animado semblante del muchacho, le concedió el permiso.

Teodoro se levantó muy temprano al día siguiente y anduvo las diez millas que distaba de

allí el Colegio Harvard, donde al llegar se presentó a examen de ingreso. Desde los ocho años ya no había podido asistir diariamente a la escuela; pero se las compuso de modo que cada invierno iba durante tres meses y repasaba las lecciones mientras estaba ocupado en las tareas del campo. Aprovechó todos los ratos perdidos para leer libros instructivos, que pedía prestados, y cuando no le era posible adquirir alguno muy necesario, se levantaba de madrugada en verano para recoger fruta que, vendida luego en Boston, le proporcionaba el dinero suficiente para comprar el codiciado volumen. Cuando por la noche de aquel día volvió Teodoro a casa con la noticia de que había salido airoso del examen, le dijo su padre:

—¡Muy bien hecho, hijo mío! Pero ya sabes que no puedo costearte la estancia en el colegio.

—Es verdad, padre. No iré al colegio, sino que estudiaré en casa a ratos perdidos para examinarme después y obtener el título.

Así lo hizo; y ya mayorcito, con lecciones dadas en la escuela, ganó el dinero suficiente para seguir dos años de estudios en Harvard, donde se graduó lucidamente. Años después, cuando era el amigo de confianza y consejero de Seward, Chase, Sumner, Garrison, Horacio Mann y Wendell Phillips, todos sus compatriotas sintieron la benéfica

influencia del que se gozaba en recordar sus primeras luchas y triunfos entre las rocas y matorrales de Lexington.

Decía Elihu Burritt que el momento más feliz de su vida había sido el en que logró desentrañar el verdadero significado de los quince primeros versos de la Iliada. Murió el padre de Elihu Burritt cuando éste tenía diez y seis años, y entró el muchacho de aprendiz en el taller de un herrero de su aldea. Trabajaba en la fragua de diez a doce horas diarias, pero mientras soplaba el fuelle, resolvía mentalmente problemas de aritmética. En un dietario que de él se conserva en Worcester, hay anotaciones tan curiosas como las siguientes:

Lunes, 18 de junio. — Dolor de cabeza, 40 páginas de *La teoría de la tierra*, por Cuvier; 64 páginas de francés; 11 horas de fragua.

Martes, 19 de junio. — 60 líneas de hebreo; 30 de danés; 10 de bohemio; 9 de polaco; 15 nombres de estrellas; 10 horas de fragua.

Miércoles, 20 de junio. — 25 líneas de hebreo; 8 de siríaco; 11 horas de fragua.

Llegó a poseer Burritt 18 idiomas y 32 dialectos y le llamaron el herrero erudito, con fama, no sólo por su saber, sino por sus nobles tareas en servicio de la humanidad. Eduardo Everett nos cuenta cómo este niño desvalido adquirió tan copioso caudal de conocimientos y dice que su ejemplo avergonzaría a quienes disponen de favorables ocasiones para su educación.

La famosa cantante Cristina Nilsson anduvo descalza en su niñez, y sin embargo, conquistóse la admiración del mundo por su maestría en el canto y su extraordinaria gracia femenina.

Dice el Dr. Talmage a los jóvenes:

Permitidme advertiros, con respecto a las adversas circunstancias sociales, que estáis ahora en el mismo nivel en que estuvieron cuantos al fin vencieron en la vida. Escuchad lo que os digo y acordaos de ello dentro de treinta años. Entonces veréis que los millonarios, los oradores, los poetas, los comerciantes, los filántropos, los personajes eminentes de la Iglesia y la sociedad, estuvieron en idénticas circunstancias. *Porque el más mísero muchacho está dotado como el solo Dios del universo es capaz de dotarle.*

Parece que los chiquillos vendedores de periódicos no han de esperar honra y provecho en ninguna modalidad de la vida, pues ocupación es de irrisorio porvenir. Sin embargo, Tomás Alva Edisson, el hombre a quien principalmente debe América su regeneración industrial, fué de niño vendedor de periódicos en la línea férrea de *Grand Trunk*. Tenía unos quince años y ya empezaba a mostrar afición a las manipulaciones químicas, de modo que se había formado un diminuto laboratorio ambulante. En cierta ocasión, mien-

tras a escondidas efectuaba un experimento, pasó el tren por una curva de la vía y se le hizo pedazos al muchacho el frasco de ácido sulfúrico. Fácil es imaginar las desagradables consecuencias de este incidente. El conductor del tren, uno de los perjudicados por el estallido, arremetió contra Edisson y al expulsarle de allí añadió al procedimiento químico una sonora bofetada. Pasó el abochornado muchacho por difíciles circunstancias, que dominó una tras otra, hasta alcanzar en edad temprana el trono del mundo científico. Cuando posteriormente se le preguntaba el secreto de sus éxitos, respondía que había sido siempre moderado en todo, menos en el trabajo.

Daniel Manning, el director de la primera campaña del presidente Cleveland y después ministro de Hacienda, también fué en su niñez vendedor de periódicos. Lo mismo les sucedió a Thurlow Weed y a David B. Hill. La ciudad de Nueva York ha sido prolífica en vendedores de periódicos que se abrieron paso en la vida.

Locura parecía que dos jóvenes sin letras ni nombradía se concertasen en un modesto pupilaje de Boston contra una institución arraigadísima en el país que defendían catedráticos, estadistas, clérigos, potentados y aristócratas sin distinción de partido político ni secta religiosa. ¿Qué probabilidades tenían de triunfo contra los pre-

juicios y el sentir unánime de la nación? Uno de estos jóvenes, Benjamín Lundy, había ya publicado en Ohío un periódico mensual con el título de *El genio de la libertad universal*, con cuya entera edición cargaba a cuestas desde la imprenta, que caía a veinte millas de allí, y para aumentar la subscripción no tuvo reparo en recorrer las cuatrocientas millas que le separaban de Tennessee.

Asociado a Guillermo Lloyd Garrison, prosiguieron ambos su empresa con más ardimiento en Baltimore. La vista de las jaulas llenas de esclavos que los traficantes llevaban por las calles y de buques cargados de infelices que la esclavitud arrancaba de sus familias para enviarlos a los puertos del Sur, aparte de las lacerantes escenas de la venta de seres humanos en pública almoneda, conmovieron tan hondamente a Garrison que, como su madre era demasiado pobre para costearle una carrera, resolvió dedicar su vida a la magna empresa de redimir a aquellos infelices, sin más armas que el odio a la esclavitud, aprendido de los maternos labios.

En el primer número de su periódico defendía Garrison la urgencia de la emancipación de los esclavos y por ello concentró sobre su cabeza las iras de la sociedad en masa. Fué detenido y preso. Un amigo suyo residente en el Norte, Juan G. Whittier sintió muchísimo el contratiempo de Ga-

rrison; pero como tampoco era rico, escribió a Enrique Clay en solicitud de que pusiera fianza para obtener la libertad del preso, como así lo lograron al cabo de cuarenta y nueve días de encarcelamiento. A propósito de Garrison, dice Wendell Phillips que «a los veinticuatro años perdió la libertad por mantener sus opiniones y se puso frente a frente del país entero».

Sin amigos ni dinero ni valimiento emprendió Garrison en Boston la publicación del *Liberator*, cuyas oficinas puso en una buhardilla. En el primer número decía este pobre joven sin fortuna: «Seré tan áspero como la verdad y tan rígido como la justicia. Tengo entusiasmo. Tengo razón. No retrocederé ni un solo paso ni daré la más leve excusa. Al fin me oirán». ¡Hermoso ejemplo de audacia en un joven que había de luchar contra el mundo entero!

El honorable Roberto I. Hayne, de la Carolina del Sur, escribió una carta al señor Otis, alcalde de Boston, diciéndole que alguien le había enviado un número del *Liberator*, y en consecuencia, le suplicaba que averiguase el nombre del editor. Respondió Otis que, según sus informes, un joven imprimía aquella insignificante hoja en una tenebrosa zahurda con un muchacho negro por único ayudante, sin que lo alentasen en el empeño más que unas cuantas personas de escasa influencia.

Pero el pobre joven, no obstante su modesta vida en la «tenebrosa zahurda», empezaba a despertar el sentido mental de las gentes y era necesario sellarle los labios. La «Asociación de Vigilancia» de la Carolina del Sur ofreció 1.500 dólares de recompensa a quien hallase medio de procesar al propietario del *Liberator* e impedir su publicación. Dos gobernadores de Estado llegaron a pregonar la cabeza del editor y el Parlamento de Georgia ofreció 5.000 dólares por su prisión.

En todas partes menudearon las amenazas contra Garrison y sus partidarios. El clérigo Lovejoy murió a manos de las turbas en Illinois por defender la abolición de la esclavitud, y en la vieja cuna de la libertad americana, en Massachusetts, todas las fuerzas vivas del país arremetieron tan violentamente contra los abolicionistas, que un mero espectador, joven abogado de lisonjero porvenir, solicitó subir a la tribuna y pronunció un discurso cual hasta entonces no se había oído otro en Boston. De él dijo Wendell Phillips:

Cuando el orador comparaba a los asesinos de Lovejoy con Otis, Hancok, Quincy y Adams, cuyos retratos pendían de la pared, pensé que sus pintados labios se abrirían para apostrofar a los falsos americanos que infaman a la muerte. Porque los sentimientos que ha expresado en este suelo bendito por las plegarias de los puritanos y regado por la sangre de los patriotas, bastaban para que la tierra se abriese y los tragara.

La nación entera se vió acometida de altísima fiebre. Los plebeyos del Norte y los aristócratas del Sur chocaron en larga y enconada lucha, que repercutió aun en la lejana California. La contienda culminó en guerra civil, y al terminar, después de treinta y cinco años de infatigable porfía, cuando el presidente Lincoln invitó a Garrison a que, como huésped de la nación, presenciara el izamiento de la bandera estelar en la fortaleza de Sumter, un esclavo emancipado pronunció el discurso de bienvenida, y sus hijas, que ya no podían ser objeto de tráfico, ciñeron a las sienes de Garrison una guirnalda de flores.

Por aquel tiempo moría en Londres Ricardo Cobden, otro esforzado amigo de los oprimidos. Su padre había dejado al morir nueve hijos en estrechez lindante con la miseria. El niño Ricardo se puso a guardar las reses de un vecino y no tuvo ocasión de ir a la escuela hasta los diez años. Pusiéronle en un internado donde sufrió muchas penalidades por lo rígido de la disciplina y sólo se le permitía escribir a su casa cada trimestre. A los quince años entró de dependiente en el almacén de un tío suyo de Londres, y aprendió la lengua francesa por las madrugadas, mientras dormían sus compañeros. Al poco tiempo le destinó su tío a viajante de la casa.

Más tarde recabó el auxilio de Juan Bright para

combatir la inicua ley de los trigos, que favorecía a los ricos en perjuicio de los pobres; pero a la sazón estaba Bright muy apesadumbrado, porque tenía a su esposa de cuerpo presente. En defensa de sus opiniones le decía Ricardo Cobden:

Hay actualmente en Inglaterra miles de hogares donde las esposas, las madres y los niños mueren de hambre. Cuando hayan pasado los primeros transportes de tu dolor, te aconsejo vengas conmigo y no cejaremos hasta conseguir la derogación de la ley de los trigos.

No podía ver Cobden por más tiempo el pan del pobre detenido en las aduanas y gravado en beneficio de los propietarios rurales, por lo que puso toda su alma en la realización de aquella radical reforma. Decía a este propósito:

No es cuestión política, porque la defienden hombres de todos los partidos. Es una cuestión de despensa entre la aristocracia y la enorme masa del proletariado.

Cobden y Bright formaron la «Liga contra la ley de los trigos» que, favorecida por el hambre de Irlanda, consiguió en 1846 la derogación de la ley. Entonces dijo Bright:

Gracias a la perseverante labor de Ricardo Cobden todos los hogares míseros de Inglaterra tienen ya mejor, mayor y más barata hogaza de pan.

También Juan Bright era hijo de un pobre trabajador y no pudo ir a la escuela porque sus puertas estaban en aquella época cerradas para los niños de su clase. Sin embargo, el sensible corazón de este animoso joven se conmovió de piedad ante el espectáculo de millones de ingleses e irlandeses sumidos en penuria por la injusta ley de los trigos. Durante la horrorosa hambre que en un año arrebató en Irlanda dos millones de vidas, Juan Bright amedrentó con su vehemente e irrebatible palabra y su firmeza de carácter a toda la nobleza de Inglaterra. Excepto Cobden, nadie aventajó a Bright en sus esfuerzos para que el proletariado viese disminuídas las horas de jornada con aumento de jornal.

En una caballeriza de Londres tenía su albergue un pobre muchacho repartidor de periódicos llamado Miguel Faraday, que después entró de aprendiz en el taller de encuadernación de una librería. Estaba encuadernando cierta vez la *Enciclopedia Británica*, cuando toparon sus ojos con el artículo *Electricidad* y no pudo por menos de leerlo de cabo a rabo. Procuróse entonces un matraz, una tartera vieja y unos cuantos ingredientes y comenzó a experimentar. Un parroquiano se interesó por el muchacho y llevóle a oir una conferencia de sir Humphry Davy sobre química. Faraday no vaciló en escribir al ilustre físico, mandándole los apuntes que de su conferencia había tomado. De allí a pocas noches, cuando Faraday se iba a la cama, paró a la puerta del humilde albergue el carruaje de sir Humphry Davy, del que bajó un criado para entregarle una esquela en la que el ilustre científico le invitaba a pasar por su casa al día siguiente. Creyó Faraday soñar al enterarse de la esquela, y al otro día por la mañana acudió a la invitación, cuyo objeto era contratarle como ayudante del laboratorio para limpiar los instrumentos y traerlos y llevarlos a la sala de conferencias. El joven Faraday, durante las horas de experimentación, seguía anhelosamente los movimientos de Davy, que con una careta de vidrio manejaba peligrosos explosivos para demostrar la eficacia de su lámpara de seguridad. Estudió Faraday experimentalmente con tanta aplicación y aprovechamiento, que al cabo de algún tiempo fué invitado a dar conferencias ante la sociedad intelectual de Londres. Después le nombraron catedrático de la Real Academia de Woolwich y llegó a ser el portento científico de su época. Tyndall dijo de él que era el más insigne filósofo experimental que se había conocido hasta entonces, y cuando a sir Humphry Davy le preguntaron una vez cuál era su mayor descubrimiento, respondió: Miguel Faraday.

El desvalido niño Disraeli, que con el tiempo

llegó a llamarse lord Beaconsfield y fué primer ministro de Inglaterra, decía: «No soy esclavo ni estoy cautivo, y, por lo tanto, con energía puedo vencer poderosos obstáculos. Circulaba por sus venas sangre israelita y todo parecía revolverse al principio en contra suya; pero recordaba el ejemplo de José, que cuatro mil años antes había sido primer ministro de Faraón, y el de Daniel, que desempeñó igual cargo en el reinado del mayor déspota del mundo, cinco siglos antes de J. C. Se abrió camino a través de la clase baja, de la clase media y de la clase alta, hasta que llegó a verse por su propio esfuerzo en la cumbre del poder social y político. Cuando en la Cámara de los Comunes le escarnecieron y silbaron con despectivos vituperios, respondió tranquilamente: «Tiempo llegará en que me escuchéis». Y el niño desvalido pero de recia voluntad, empuñó el timón de Inglaterra durante un cuarto de siglo.

Enrique Clay era uno de los siete hijos de una viuda demasiado pobre para mandarlo a otra escuela que a la municipal, donde le enseñaron tan sólo a conocer las letras; pero él aprovechó todos los momentos para estudiar sin maestro, y al cabo de algunos años fué un dechado de autoeducación. Aprendió a pronunciar discursos en un establo sin otro auditorio que una vaca y un caballo, y más tarde fué uno de los más insignes oradores y estadistas americanos.

Ved a Kepler luchando con la pobreza y la penuria, mientras sus obras eran quemadas por mano del verdugo, su biblioteca expurgada por la censura y él mismo desterrado por las iras populares. Durante diez y siete años trabajó silenciosamente en la demostración de que las órbitas de los planetas son elípticas con el sol en uno de sus focos; que las áreas descritas por los rayos vectores son proporcionales a los tiempos; y que los cuadrados de los tiempos de la revolución de los planetas alrededor del sol son proporcionales al cubo del eje mayor de sus órbitas. Este niño sin valedores llegó a ser uno de los más famosos astrónomos del mundo.

Dijo Alejandro Dumas (1):

> Cuando eché de ver que era negro, resolví vivir como si hubiese sido blanco y obligar de este modo a las gentes a que mirasen por debajo de mi piel.

El célebre forjador inglés Jaime Sharples no tuvo en su primera infancia ningún camino abierto. Era su familia muy pobre, pero solía él levantarse a las tres de la mañana para copiar libros que no podía comprar. En cierta ocasión, después

(1) Se refiere el autor al padre del primer novelista de este nombre. — (*N. del T.*)

de haber estado trabajando todo el día, anduvo en ida y vuelta las diez y ocho millas que distaba su pueblo de Manchester, con objeto de comprar materiales artísticos por valor de un chelín. Siempre solicitaba los trabajos de mayor empeño en la herrería, porque así necesitaba más tiempo para calentar la fragua y disponía de ratos perdidos que aprovechar en la lectura de libros útiles, con tal ardor como si no hubiese de repetirse la coyuntura. Durante cinco años empleó sus horas de descanso en la composición de la admirable obra titulada: *La Forja*, de la que en toda biblioteca doméstica de la Gran Bretaña se ve un ejemplar.

Tampoco favorecían las circunstancias a Galileo para ser famoso en física y astronomía, cuando sus padres le inclinaron a estudiar la carrera de medicina. Sin embargo, mientras Venecia estaba entregada al sueño, él descubría desde la torre de San Marcos los satélites de Júpiter y las fases de Venus con el telescopio construído de su propia mano. Y cuando forzado por los terrores inquisitoriales a doblar la rodilla en pública abjuración de la entonces herética doctrina del movimiento de la tierra, aquel débil anciano de setenta años no pudo por menos de exclamar: *Y sin embargo, se mueve.* Era tanto su ardimiento por las investigaciones científicas, que mientras

estuvo preso halló en las pajas de su lecho la demostración de que un tubo hueco ofrece relativamente mayor resistencia que una barra maciza del mismo diámetro. A pesar de haberse quedado ciego en los últimos años de su vida, no perdió por ello su amor al estudio y al trabajo.

Imaginemos cuál sería la sorpresa de la Real Sociedad de Londres cuando, el hasta entonces desconocido Herschel, le envió la memoria sobre el descubrimiento de Urano y de los anillos y satélites de Saturno. El pobre niño, que había tenido que tocar el oboe para ganarse el sustento, construyó con sus propias manos el telescopio que le sirvió para descubrir lo que desconocían los astrónomos mejor provistos de su época. Le fué preciso probar doscientos objetivos antes de adquirir el conveniente para sus observaciones.

Jorge Stephenson era uno de los ocho hijos de una familia tan pobre, que todos dormían en un mismo aposento. Jorge guardaba las vacas de un vecino, pero se las compuso de modo que tenía tiempo de modelar máquinas de arcilla con tallos de cicuta en vez de tubos. A los diez y siete años estaba ya al cuidado de la máquina de vapor de que su padre era fogonero. No sabía leer ni escribir, pero la máquina fué el maestro y él aplicado discípulo. Mientras los demás operarios pasaban jugando y bebiendo los días de fiesta, Jorge

se entretenía en desmontar la máquina para limpiarla, examinarla cuidadosamente y experimentar diversas combinaciones con sus órganos. Cuando cobró fama de inventor con los perfeccionamientos introducidos en las máquinas, los compañeros, que mientras él trabajaba bebían y se solazaban, le tuvieron por hombre de suerte.

Sin que la naturaleza la dotara de hermosura ni arrogancia, resolvió Carlota Cushman dedicarse a la escena con esperanza de sobresalir en este arte, aun en papeles de tanto empeño como los de Rosalinda y la reina Catalina, que la primera actriz de la compañía no se atrevió a desempeñar. Aquella noche subyugó Carlota al público con tan avasalladora soberanía, por su talento dramático y férrea voluntad, que nadie echó de ver las vulgares líneas de su rostro. Aunque pobre, sin valimiento y desconocida hasta entonces, había logrado imperecedera fama en el momento de caer el telón, después de su primera salida en el teatro de Londres. Al cabo de algunos años, los médicos le dijeron que estaba atacada de terrible e incurable dolencia; pero ella, sin desmayar en lo más mínimo, respondióles tranquilamente:

— He aprendido a vivir con mi enfermedad.

Una pobre negra que con tres hijos moraba en una choza de los Estados del Sur era tan pobre que sólo tenía un par de pantalones para los tres,

y así los mandaba por turno a la escuela maternal con la prenda puesta. Advirtió la maestra que cada uno de los tres niños sólo iba a la escuela de tres en tres días y todos con los mismos pantalones, por lo que vino a saber que la pobre madre educaba a sus hijos cuanto mejor podía. Pero de aquellos tres muchachos uno llegó a ser profesor de colegio, el otro médico y el tercero sacerdote. ¡Hermoso ejemplo para los niños que alegan su mala suerte, en excusa de vidas malogradas!

Samuel Cunard, el muchacho afilador de Glasgow, probó infructuosamente varias mañas, sin honra ni provecho, hasta que la compañía Burns y Mac-Ivor le consultó sobre su propósito de dar mayor impulso a la navegación de altura. Samuel Cunard trazó al efecto un modelo de buque transatlántico, que fué el prototipo de cuantos más tarde formaron la flota de la famosa compañía Cunard.

Cornelio Vanderbilt tuvo por únicos libros de escuela el silabario y el *Nuevo Testamento;* pero aprendió por sí mismo a escribir y contar. Anhelaba comprar un barco y no tenía dinero, por lo que ya desesperanzaba de satisfacer sus aficiones marinas, cuando su madre le dijo que le prestaría la suma necesaria, con tal que, en veintisiete días roturase y cultivara un yermo de diez áreas, que era lo peor de la heredad paterna.

Antes del plazo estaba airosamente terminada la tarea, y el día en que cumplió diez y siete años pudo comprar el barco, que desgraciadamente se fué a pique en la primera prueba.

Pero no era Cornelio Vanderbilt de apocado ánimo, y de nuevo se puso a la obra con tal ahinco, que en tres años había ahorrado tres mil dólares a copia de trabajar aun por las noches. Pronto fué patrón de otro buque, y durante la guerra de 1812 le confirió el gobierno el servicio de aprovisionamiento de los puertos militares cercanos a la capital. Cumplía de noche las obligaciones del contrato y durante el día efectuaba el servicio público de pasaje entre Nueva York y Brooklyn.

El joven que había trabajado ardientemente para sus padres día y noche, contaba a los 35 años treinta mil dólares de capital, y al morir en edad provecta legó a sus trece hijos una de las más pingües fortunas de América.

Lord Eldon hubiera podido quejarse de su adversa suerte en la niñez, porque su pobreza no le consentía comprar libros ni tampoco ir a la escuela, pero resolvióse con esperanzado ánimo a abrirse paso en el mundo. Levantábase a las cuatro de la madrugada para copiar tratados de jurisprudencia, y tal afición cobró al estudio, que cuando se le cargaba la cabeza se la envolvía en una

toalla húmeda para refrescársela y seguir estudiando. Concluída la carrera, el primer año de ejercicio sólo le redituó nueve chelines; pero no por ello decayó su ánimo, aunque al cobrar los emolumentos el procurador le golpeó en la espalda, diciéndole con sorna: «Joven, tenéis el pan asegurado de por vida». Pero aquel joven sin porvenir llegó a ser ministro de Justicia y uno de los más famosos jurisconsultos de su época.

Tampoco tuvo suerte en su niñez Esteban Girard. A los diez años emigró de Francia a América en calidad de marmitón de buque, pero tenía resuelto hacerse hombre a toda costa. No hubo trabajo, por duro que fuese, en que no se empleara, y, como el rey Midas, convertía en oro cuanto caía en sus manos, hasta ser uno de los más opulentos comerciantes de Filadelfia. Si censurable es en verdad el desmedido amor que tuvo al dinero, en cambio, son rasgos ejemplares de su carácter la perfección con que lo hizo todo, los abnegados servicios que prestó durante la fiebre amarilla con riesgo de la vida y el patriotismo de que dió pruebas en ocasiones críticas para el país.

Juan Wanamaker recorría diariamente cuatro millas para trabajar en una librería por 1'25 $ de salario semanal. Después pasó a un almacén de ropas, donde le dieron veinticinco centavos más a la semana, y de allí fué mudando de acomodo

hasta ser riquísimo comerciante. En 1889, el presidente Harrison le confirió el cargo de director general de Correos, desempeñándolo con suma habilidad.

Los prejuicios dominantes contra su raza y sexo no le impidieron a la negra Edmonia Lewis sobresalir en el arte escultórico con honrosa nombradía.

Federico Douglass empezó su carrera con menos que nada, pues no era dueño ni de su persona, porque antes de nacer ya le empeñaron sus padres en pago de las deudas contraídas con el dueño. Así es que estaba más lejos del nivel del más miserable niño blanco, que lo estaba éste de la presidencia de la república norteamericana. Sólo pudo ver a su madre dos o tres veces y aun de noche una sola hora, porque le era forzoso a ella estar en el trabajo al amanecer y distaba el campo doce millas. No tuvo Douglass abierta ocasión de estudiar, ni aunque la tuviera le aprovechara, pues la ley prohibía terminantemente que los esclavos aprendieran a leer y escribir; pero, no obstante, a escondidas de su amo, en pedazos de periódicos y hojas de almanaque, consiguió conocer por su propio esfuerzo el alfabeto y desde entonces ya no tuvo impedimento su aspiración. Aventajó en el estudio a miles de niños blancos y al cumplir veintiún años se escapó de la negrada,

refugiándose en los Estados del Norte para trabajar en la carga y descarga marítima en los muelles de Nueva York y Nueva Bedford. En Nantucket se le deparó coyuntura de hablar en una asamblea abolicionista con tal acierto y elocuencia, que le nombraron agente de la Asociación antiesclavista de Massachusetts con encargo de propagar los comunes ideales. Mientras peregrinaba de sitio en sitio dando conferencias públicas, seguía dedicado al estudio con todos los ardores de su voluntad. Le comisionó la Asociación para dar conferencias en Inglaterra, donde varios entusiastas abolicionistas le pagaron la redención (1). Vuelto a los Estados Unidos, publicó un periódico en Rochester y después dirigió la *Nueva Era* de Washington. Además, desempeñó durante algunos años la intendencia del distrito de Columbia.

El famoso actor Enrique E. Dixey comenzó su carrera escénica simulando las patas traseras de

(1) Los Estados del Norte habían abolido ya la esclavitud, que, contra toda razón, perduraba en los del Sur. Esta rivalidad de que más tarde derivó la famosa guerra separatista o de secesión, justificaba la cariñosa acogida que tenían en el Norte los esclavos fugitivos del Sur sin que cupiera extradición. No obstante, no perdían los fugitivos su carácter de esclavos y les era, por lo tanto, imposible desempeñar cargos públicos. He aquí el motivo de que Douglass hubiese de redimirse para disfrutar de los derechos de ciudadanía. — *(N. del T.)*

una vaca de guardarropía, y el después famoso empresario P. T. Barnum cuidaba de niño un caballo por diez centavos al día.

Abrahán Lincoln se abrió paso en la vida sin más suerte que su infatigable perseverancia y rectitud de conducta. Nació en una cabaña y no tuvo de niño maestros ni libros ni ocasión alguna de revelar por entonces la admirable sabiduría práctica que más tarde iba a explayar en la presidencia de la república el hombre que redimió a cuatro millones de esclavos. Durante su fatigosa juventud todo parecía contrariar sus aspiraciones, y sin embargo, tuvo suficiente tesón para aprender por sí mismo aritmética y gramática a la luz de los faroles de la calle, pues tan miserable era su choza que no tenía ventanas. Cierta vez anduvo cuarenta y cuatro millas para procurarse un ejemplar de los Comentarios de Blackstone, que de tiempo atrás ardía en deseos de leer. La suerte de Lincoln consistió en su indomable voluntad.

Ejemplo igualmente admirable tenemos en Jaime A. Garfield que, nacido en solitaria choza de los bosques de Ohío, quedó huérfano de padre al año y medio, sin que su madre supiera cómo arreglárselas para vivir y evitar al propio tiempo las acometidas de los lobos en aquel selvático paraje. Pero el niño ya es adolescente, y empuñando la segur abate los árboles del bosque para

mantener a su madre con el cultivo de la clara, y además, emplea los descansos en la lectura de libros que pide prestados porque no los puede comprar. A los diez y seis años acepta gozoso el servicio de guiar las mulas de arrastre de los botes dragueros de un canal, pero muy luego deja esta ocupación para entrar de criado en el Colegio Hiram, donde por salario le dan sustento y enseñanza primaria. En cuanto estuvo debidamente preparado, se matriculó en el Instituto de Geauga. El primer curso le costó diez y siete dólares, pero al comenzar el segundo sólo disponía de una moneda de seis dineros, que echó en el cepillo de la iglesia. Para salir airoso de su empeño, contrató trabajo en el taller de un carpintero por un dólar y seis centavos a la semana.

Al terminar el curso le sobraban tres dólares, después de pagar todos los gastos. En el curso siguiente ya pudo colocarse de ayudante en una escuela por doce dólares al mes y la manutención, de modo que al llegar la primavera había ahorrado cuarenta y ocho dólares, con lo que en el siguiente curso tuvo bastante para hospedarse por su cuenta a razón de 31 centavos semanales. Terminados los estudios en el Instituto, pasó al Colegio Williams, donde al cabo de dos años le vemos graduado honrosamente. A los veintiséis años era senador en el Parlamento local, a los

treinta y tres se sentaba en el Congreso, y veintisiete después de empuñar la escoba y tocar la campana en el Colegio Hiram llega a la presidencia de la república. El ejemplo de tan admirable vida es mucho más estimulante para la juventud que cuantas riquezas puedan atesorar Astor, Vanderbilt y Gould.

Muchos otros héroes y bienhechores de la humanidad tuvieron su cuna mecida por la estrechez en rústicas aldeas, y sin embargo, resistieron victoriosamente los embates del hado, sin otro auxilio que la misericordia divina y sus personales energías. Un escritor inglés exclamó, después de leer una colección de biografías de personajes norteamericanos: «Parece que todos vuestros grandes hombres han nacido en chozas».

Con cinco dedos en cada mano y *un propósito invariable*, ningún niño, por menesteroso que sea, debe desmayar. Pan y fortuna hay bajo el manto del cielo azul para todo joven que con habilidad y energía sepa *aprovechar las ocasiones*. No importa que haya nacido en choza o en palacio, porque si firmísimamente se resuelve a un propósito, ni hombres ni diablos serán capaces de vencerle.

ADICIÓN DEL EDITOR

Uno de los espíritus más cultos y de más exquisito criterio de cuantos en el pasado siglo restauraron las decaídas letras españolas fué Juan Eugenio Hartzenbusch, cuya infancia y mocedad transcurrieron en las más desfavorables circunstancias. Era hijo de un carpintero alemán naturalizado en España y casado con española. El niño Eugenio libó en los maternos labios las dulzuras del habla castellana, y a pesar de su apellido paterno, fué siempre español de cuna y de corazón. Dedicáronle a la carrera eclesiástica, que abandonó por falta de vocación, y entonces se puso a estudiar pintura. Quiso la suerte que cayera en manos de Hartzenbusch un tratado de poética del P. Losada y la lectura de sus páginas despertó en el muchacho las poderosas aptitudes literarias que dormitaban en el fondo de su ser y desde aquel punto se dedicó a componer versos de todo metro y rima. Perseguido y emigrado su padre por liberal, se vió Hartzenbusch en la precisión de trabajar de ebanista para mantener a la familia; pero tan adversas circunstancias no pudieron entibiar siquiera la poética inspiración del insigne vate que había de conquistar los entusiastas aplausos del público y merecer los elogios de la crítica con su hermosísimo drama Los amantes de Teruel, *que ha sobrevivido a la radicalísima variación sufrida de entonces acá por el gusto de las gentes y los cánones de la preceptiva dramatúrgica.*

Tampoco nació en ricos pañales ni tuvo quien le orientara en su niñez otro poeta no menos insigne, Antonio García Gutiérrez, cuya pobreza no le consintió redimirse del servicio militar. En los ratos que

le dejaba libre el servicio escribió a hurtadillas su drama El Trovador, *que la empresa del Teatro Español se apresuró a estrenar, segura del éxito que sus bellezas prometían. La noche del estreno fué tan ruidoso y espontáneo el entusiasmo del público, que no cesaba de llamar al autor a las tablas anheloso de conocerlo y saber su nombre. Mas como a pesar de la insistencia de los espectadores no saliese, fué preciso que uno de los cómicos declarara el motivo diciendo que el autor era el joven soldado de caballería Antonio García Gutiérrez, a la sazón retenido en el cuartel por exigencias de la disciplina militar. El público persistió entonces con mayor entusiasmo en las aclamaciones y no hubo más remedio que, con anuencia de la autoridad militar, viniera García Gutiérrez del cuartel a las tablas, donde se presentó vestido de uniforme para recibir la ovación más calurosa que jamás presenciaron bastidores y alumbraron candilejas.*

El insigne alienista Esquerdo, que tan resueltamente aprovechó la ocasión hallada en el manicomio de Valencia, según vimos en el adicional del capítulo anterior, no tuvo de quien valerse cuando niño, pues ni siquiera pudo asistir a una escuela gratuita; pero tan poderosa era su voluntad y tan resuelto estaba a seguir adelante en el camino de la vida, que aprendió a leer por sí solo y una vez encendida así la chispa de su mente perseveró en los estudios con aplicación bastante para cursar la carrera de medicina, sin más que oír las explicaciones de los catedráticos, pues no podía comprar libros de texto.

El célebre tenor Gayarre era hijo de un herrero del valle del Roncal y entre el yunque y la fragua pasó la niñez, sin que ni su familia ni sus convecinos sospecharan que aquella garganta escondía la más refinada laringe de cuantas en muchos siglos creara Dios para embeleso de oídos humanos. En Pamplona, siendo obrero de la fundición de Pinaqui y Varvi, entró a formar parte del Orfeón Pamplonés. Quiso la fortuna que el célebre compositor Eslava le oyera una noche, y comprendiendo el valor de aquella voz dulcísima y potente, llamó al modesto obrero, le prestó su consejo y su apoyo; y de esta suerte empezó su gloriosa carrera artística el rey de los tenores.

Hija de un modesto estanquero de Barcelona es la célebre tiple María Barrientos, cuya hermosísima voz y maestría en el canto le han dado merecido renombre. De humilde cuna han sido casi todos los artistas líricos que honraron el nombre español en los escenarios del mundo.

Y en otras modalidades de la actividad humana ofrecen también los españoles admirables ejemplos de voluntad sostenida y vocaciones afirmadas. Huérfano y hospiciano era Salvador Casañas, que llegó a ocupar la sede episcopal de Barcelona y recibir, en premio de su virtud y talento, la púrpura cardenalicia. Trabajosos fueron los primeros pasos que en su carrera dió el doctor Cajal, cuyo nombre aclaman hoy los primeros histólogos del mundo. Muchos otros científicos españoles, honra de la cátedra, la academia y el laboratorio, hubieron de costearse con el fruto de su trabajo personal los gastos de la carrera en que tan lucidamente desplegaron su talento.

Ahí tenemos el admirable ejemplo de Cánovas, hijo de un humilde maestro de escuela, que muerto su padre se marcha a Madrid en busca de posición

y nombradía. Sin otro valedor que su talento ni otra protección que la de un tío suyo, estudia con notable aprovechamiento la carrera de jurisprudencia y llega a regir durante seis años consecutivos los destinos de su país, logrando enlazar, con insuperable habilidad, el pasado de la tradición con el porvenir del progreso. El joven que a su llegada a la corte tuvo por único lecho un banco de piedra, según cuentan sus biógrafos, llegó a ejercer omnímoda influencia en el ánimo de los reyes y a su voluntad de plebeyo se rindieron las aristocracias.

Pero acaso en ninguna otra esfera de la acción humana abundan tanto como en la industria los ejemplos de niños que, nacidos y criados en ambientes lastimosamente adversos y sin otro valimiento que la confianza en sí mismos, pasaron al cabo de algunos años de desmantelada casucha a suntuoso palacio. No sería prudente citar nombres propios, pero baste decir que la moderna aristocracia fabril e industrial, cuyas riquezas dieron a la capital de Cataluña categoría de urbe europea, tiene por raíces de su árbol genealógico los oficios más humildes de cuantos abarca la ordenación del trabajo humano.

Un repartidor de entregas y un dependiente de escritorio fundan en Barcelona una casa editorial que con los años había de divulgar su nombre por todos los países de habla española. Un mozo de taberna, a copia de laboriosidad, economía y perseverancia, inicia con progresivo éxito la exportación de vinos que hasta entonces nadie creyera posible.

Los fracasados atribuyen a la suerte el éxito feliz de los vencedores; pero como corrobora la experiencia, no tanto depende el éxito de las condiciones externas como de las cualidades internas.

III. EL VALOR DEL TIEMPO

III. EL VALOR DEL TIEMPO

¿Amas la vida? Pues no malgastes el tiempo, porque es la tela de la vida. — FRANKLIN.

Ni toda la eternidad basta para resarcir la pérdida de un instante. — ANÓNIMO.

Pereunt et imputantur. (Las horas pasan y caen en nuestra cuenta). — INSCRIPCIÓN DE UN RELOJ DE SOL EN OXFORD.

Malgasté el tiempo y ahora el tiempo me malgasta a mí. — SHAKESPEARE.

¡Pérdida! No se sabe dónde, entre el alba y el ocaso se han perdido dos horas de oro con juego de sesenta minutos de diamante. No se ofrece gratificación porque se perdieron para siempre. — HORACIO MANN.



UN hombre que se había pasado una hora frente al escaparete de la librería de Benjamín Franklin, entró por último y le preguntó al dependiente:

— ¿Cuánto vale este libro?

— Un dólar.

— ¿No me lo puede usted dar por menos?

— Vale un dólar.

Echó perezosamente nuestro hombre una mirada sobre los libros puestos a la venta y volvió a preguntar:

— ¿Está el señor Franklin?

— Sí, señor; pero tiene mucho que hacer en las prensas.

— Es que desearía hablar con él.

Avisó el dependiente a su principal y le preguntó el comprador:

— Señor Franklin, ¿cuál es el último precio de este libro?

— Dólar y cuarto.

— ¡Pero si el dependiente me acaba de pedir tan sólo un dólar!

— Es verdad; porque hubiera preferido entonces un dólar a dejar mi trabajo.

Pareció el hombre sorprendido de la réplica y deseoso de cerrar el trato repuso:

— Bien; pero dígame el último precio.

— Dólar y medio.

— ¡Cómo! ¡Si acaba usted de decirme dólar y cuarto!

— Es verdad; pero antes me era más ventajoso el dólar y cuarto que ahora el dólar y medio.

Dejó silenciosamente el hombre las monedas sobre el mostrador, y salióse de la tienda con el libro y la saludable lección recibida del maestro en el arte de transmutar a voluntad el tiempo en riqueza o en sabiduría.

Por doquiera hay malgastadores de tiempo.

Un taller de tirador de oro, en Filadelfia, tiene

el entarimado de quitaipón, para de este modo aprovechar al barrerlo el finísimo polvo de oro, cuyo valor importa miles de dólares al año. De la propia suerte, todo hombre anheloso de éxito ha de tener una redecilla donde guardar «las raeduras y migajas de existencia y los pedacitos de hora» que la mayoría de las gentes barren en el taller de la vida. Quien va acumulando y poniendo en cuenta minutos sueltos, medias horas descabaladas, ratos ociosos y esperas de gentes impuntuales obtiene resultados que maravillan a cuantos no conocen este preciosísimo secreto.

Decía Elihu Burritt:

Todo lo que hice y lo que espero hacer lo hice y lo haré pensamiento por pensamiento y acto por acto, según aquel laborioso, paciente y perseverante procedimiento con que la hormiga avitualla su nido. Y si alguna vez obré por ambición, no fué otra que la ardentísima de enseñar a la juventud de mi país cómo es posible aprovechar los insignificantes pedacitos de tiempo que llamamos momentos.

Un hermano de Eduardo Burke, después de oirle hablar en el Parlamento, cayó en sombría meditación y dijo al cabo: «Me admira que Ned (1) haya logrado monopolizar todo el talento de la

(1) Diminutivo familiar de Eduardo. — *(N. del T.)*

familia; pero bien recuerdo que cuando nosotros jugábamos, él estudiaba».

Los días llegan a nosotros como encubiertos amigos que en visibles manos nos traen dones de subidísimo valor; pero si no sabemos aprovecharlos nos los arrebatan silenciosamente para no devolvérnoslos más. Cada aurora trae en sus arreboles nuevas dádivas que, si desdeñamos, menguan de día en día hasta extinguir en nosotros la capacidad de recibirlas. Sabiamente se ha dicho que las perdidas riquezas pueden recuperarlas el trabajo y el ahorro; los conocimientos olvidados, renovarse por el estudio; la salud quebrantada, reponerse por la moderación y las medicinas; pero que el tiempo no se recupera jamás.

En el seno de las familias se oyen generalmente expresiones como ésta: «Sólo faltan diez minutos para ir a comer y no hay tiempo de hacer nada». Sin embargo, con los momentos que el común de las gentes desperdicia, labraron su porvenir los niños desvalidos. Si aprovecháramos el tiempo que malgastamos, bastaría para asegurarnos el éxito.

María Harland llevó a cabo maravillas en este particular, pues aprovechaba el tiempo que sus hijos estaban en la cama y todo instante de ocio, para escribir sus artículos y novelas, sin descorazonarse por las interrupciones de la tarea, que

hubieran disuadido a muchísimas mujeres de cumplir deberes añadidos a los de la familia. Sin embargo, pocas amas de casa honraron como ella el dietario doméstico.

Enriqueta Beecher Stowe escribió su obra maestra *La cabaña de Tom* entre los cotidianos apremios de la vida de familia, y leía diariamente una página de la *Inglaterra*, de Froude, mientras ponían la mesa para comer.

Longfellow tradujo el *Infierno* del Dante a intervalos de diez minutos, mientras se calentaba el café, y en esta tarea perseveró años enteros, hasta terminarla.

Hugo Miller tuvo tiempo de leer obras científicas mientras trabajaba de cantero, y en los bloques de piedra que labraba transcribía las lecciones aprendidas.

La señora de Genlis, institutora de la futura reina de Francia, compuso varias de sus lindas obras entretanto esperaba que la princesa viniese a dar la lección diaria.

Burns escribió sus más hermosos poemas durante el tiempo que trabajó en una granja.

El autor del *Paraíso perdido* fué maestro de escuela, secretario municipal y después del Lord Protector, y escribió el sublime poema a ratos substraídos a su atareada vida.

Stuart Mill era dependiente de la «Casa de la

India Oriental» cuando escribió sus más celebradas obras.

Galileo había de ganarse la vida con la profesión de cirujano, y no obstante, al aprovechamiento de intervalos sueltos debe el mundo algunas de sus admirables invenciones.

Si un hombre tan genial como Gladstone llevaba siempre a prevención un libro en el bolsillo para no tener instante ocioso, ¿qué no habrán de hacer las medianías para aprovechar el tiempo? La vida de Gladstone sirve de áspera reconvención a multitud de jóvenes que malgastan meses y aun años del tiempo que el *insigne viejo* acopiaba en menudísimas partículas. Muchos hombres ilustres levantaron su fama con desmenuzados fragmentos de tiempo que otros no supieron aprovechar. En la época del Dante todos los literatos de Italia tenían ocupación social en el comercio, la medicina, la política, la magistratura o la milicia.

Cuando Miguel Faraday trabajaba en el oficio de encuadernador empleaba los descansos en experimentos científicos. Cierta vez escribió a un amigo suyo: «Lo que yo necesito es tiempo y ¡ojalá! pudiese comprar por poco precio las horas, o mejor dicho, los días que los modernos caballeretes malgastan en la ociosidad».

La constante labor opera milagros.

Alejandro de Humbold estuvo tan atareado durante toda su vida, que le era preciso ocuparse por la noche y de madrugada en sus trabajos científicos, mientras los demás dormían.

Una hora substraída diariamente a frívolos pasatiempos bastaría para que un joven de mediana disposición dominase cualquiera ciencia. Una hora diariamente aprovechada convertiría al cabo del año en instruído al ignorante y sería suficiente para la lectura de dos diarios, dos semanarios, dos revistas ilustradas y una docena de libros instructivos. En una hora diaria puede un adolescente leer con provecho veinte páginas o sean siete mil en un año, equivalentes a diez y ocho gruesos volúmenes. Una hora diaria puede establecer la diferencia entre una existencia tediosa y una vida útil y feliz. Una hora diaria puede dar, como en efecto dió, fama al desconocido y convertir, como convirtió, a un hombre inútil en bienhechor del género humano. Consideremos, por lo tanto, cuán potentes han de ser las posibilidades deparadas, por no ya una, sino dos, tres, cuatro y aun seis horas que la juventud suele malgastar diariamente en su loco afán de diversiones.

Para emplear en ellas los ratos perdidos, todo joven habría de tener suplementarias tareas, a la par útiles y agradables, en las que *pusiera todo su corazón* sin importar que fuesen o no aná-

logas a sus *ordinarias* ocupaciones, pues elegidas acertadamente acrecentarán y transformarán el carácter, gracias al ejercicio intelectual que su cumplimiento demande.

Decía Burke:

De nada hemos de precavernos tanto como de la ociosidad, porque absorbe el tiempo mayormente que cualquiera ocupación y nos impide ser dueños de nosotros mismos.

De la propia suerte que algunos hombres amasan una fortuna a copia de ahorros que los dilapidadores desdeñan, así también algunos jóvenes pueden adquirir una buena educación aprovechando los intervalos de tiempo que otros desperdician. ¿Qué joven está tan ocupado que no pueda emplear una hora diaria en su perfeccionamiento individual?

Carlos C. Frost, el famoso zapatero de Vermont, resolvió dedicar una hora diaria al estudio y llegó a ser uno de los más notables matemáticos de los Estados Unidos, aparte de cobrar no menor reputación en otras ramas de la ciencia.

Juan Hunter, como Napoleón, sólo dormía cuatro horas y coleccionó veinticuatro mil ejemplares de anatomía comparada, que el profesor Owen tardó diez años en clasificar ordenadamente. Fué la de Hunter una proeza científica casi increíble

en un joven que, al propio tiempo, trabajaba en el oficio de carpintero.

Juan Q. Adams lamentaba amargamente que vinieran los importunos a robarle el tiempo. Un estudiante italiano puso sobre la puerta de su cuarto el siguiente letrero: «Quienquiera que se detenga aquí me ha de ayudar en el trabajo». Carlyle, Tennyson, Browning y Dickens se enojaban contra los desocupados que iban a estorbar su labor.

Gran número de hombres insignes en la historia adquirieron celebridad por obras cumplidas en los momentos que les dejaba libres la ordinaria profesión y que otros no supieron aprovechar.

Spenser era secretario del virrey de Irlanda y a ratos perdidos escribió las obras en que cimentó su fama. La celebridad adquirida por Lubbock en sus estudios de prehistoria tuvo por apoyo las horas que no estaba ocupado en el escritorio de la banca. Southey no perdió ni un minuto de su vida y así pudo escribir cien volúmenes. El libro de memorias de Hawthorne nos muestra que jamás dejó de aprovechar idea ni circunstancia favorable. Franklin fué trabajador infatigable que pasaba en la mesa y en la cama el menor tiempo posible a fin de disponer de más para el estudio. De niño le impacientaba el mucho rato que su padre le tenía en la mesa, y cierto día le dijo si no

sería mejor comerlo todo de una vez para ganar tiempo. Escribió a bordo de un buque algunas de sus mejores obras, tales como *Perfeccionamientos de la navegación* y *Chimeneas humeantes.* ¡Qué ejemplo tan admirable ofrece la breve vida de Rafael Szancio a los que se lamentan de no tener tiempo para nada, en tanto que malogran su existencia!

Los hombres célebres han sido todos muy avaros del tiempo.

Cicerón decía:

Yo dedico al estudio de la filosofía el tiempo que otros emplean en públicas diversiones y aun en el descanso de cuerpo y mente.

La fama de Francisco Bacon tuvo su capullo en las horas cercenadas a su cargo de canciller de Inglaterra. Durante una entrevista de Goethe con un gran monarca, excusóse de repente el ilustre poeta y fuese al aposento inmediato para anotar, antes que se le olvidase, una idea que se le había ocurrido para el *Fausto*. Humphry Davy adquirió su nombradía a favor de los momentos ahorrados en la oficina de farmacia donde servía. Pope se levantaba a menudo por la noche para estampar las ideas que no se le ocurrían entre el tumulto de las diurnas ocupaciones. Grote escribió su magistral *Historia de Grecia* durante las

horas que le dejaban libre sus ocupaciones bancarias.

Jorge Stephenson aprovechaba los instantes como si fuesen granos de oro. Se educó a sí mismo y muchos de sus mejores inventos se engendraron en ratos hurtados al ocio y aprendió por las noches la aritmética cuando era maquinista. Mozart no malgastaba ni un momento y a veces proseguía el trabajo dos noches y un día sin interrupción. Compuso en su lecho de muerte el famoso *Requiem*.

César decía que en su tienda de campaña, en las más empeñadas vicisitudes de la guerra, tuvo tiempo de pensar en muchas otras cosas. En cierta ocasión naufragó, salvándose a nado con una mano, mientras que en la otra sostenía sus *Comentarios*, en que estaba trabajando a bordo cuando sobrevino el naufragio.

El médico Mason Good tradujo a Lucrecio mientras iba en su mula a visitar a los enfermos. Darwin aprovechó para la mayor parte de sus obras los pensamientos que escribía en pedacitos de papel doquiera que se encontrase. Watt aprendió química y matemáticas mientras estuvo de operario en el taller de un fabricante de instrumentos de precisión. Enrique Kirke White aprendió griego por la calle, aprovechando el tiempo en que iba y volvía del bufete de abogado donde

estaba de pasante. El doctor Burney estudió los idiomas italiano y francés yendo a caballo. Mateo Hale escribió sus *Contemplaciones* en los ratos que le dejaban libre las ocupaciones de juez.

El tiempo es una materia prima de la que podemos hacer cuanto nos acomode. No vale recordar el pasado ni soñar en el porvenir, sino aprovechar el presente con las lecciones que nos da la hora sonante. Todavía ha de nacer el hombre que sepa aquilatar el verdadero valor de una hora. Como dijo Fenelon: Dios sólo da un momento a la vez y no nos deja disponer del segundo hasta pasado el primero.

Lord Brougham no desperdiciaba ni un instante, y sin embargo era tan metódico, que le parecía disponer de menos tiempo que otros, ni de mucho tan laboriosos. Se distinguió en política, jurisprudencia, ciencias y literatura.

El doctor Johnson escribió su obra *Rasselas* en las siete tardes de una sola semana, para costear las exequias de su madre.

Lincoln estudió leyes en los descansos de sus tareas de agrimensor, sin necesidad de maestro alguno. La señora de Somerville aprendió botánica y astronomía mientras sus compañeras y vecinas pasaban el tiempo en conversaciones ociosas. A los ochenta años publicaba la obra *Ciencia molecular y microscópica*.

El perjuicio de una hora perdida no está tanto en el tiempo malgastado como en la fuerza desperdiciada. La pereza enmohece los nervios y debilita los músculos. El trabajo tiene uno u otro método; la ociosidad no tiene ninguno.

El presidente Quincy nunca se iba a la cama sin haber dispuesto la tarea para el día siguiente. Dalton registró durante su vida doscientas mil observaciones meteorológicas.

En las fábricas de tejidos un solo hilo que se rompa echa a perder la pieza entera y el importe del perjuicio se le descuenta de su salario a la operaria que lo causó; pero ¿quién pagará los hilos rotos en el lienzo de la vida? No podemos mover atrás y adelante una lanzadera vacía, porque unos u otros hilos deshilvanarán su hebra mientras tejemos la tela de nuestro destino, que echarán a perder los hilos de horas malgastadas o coyunturas fallidas en perjuicio del tejedor, o por el contrario, estará formada de hilos de oro que acrecienten su brillo y su hermosura. No podemos detener la lanzadera ni expurgar el hilo inconveniente que se cruza en nuestra tela como perpetuo testimonio de nuestra locura.

Nadie se preocupa de un joven mientras está ocupado en útiles quehaceres. Pero ¿dónde va después del trabajo? ¿en dónde pasa las noches? ¿en dónde los domingos y fiestas de guardar? El

empleo que dé a estos intervalos de tiempo ocioso nos revelará su carácter. La gran mayoría de jóvenes descarriados empezaron a dar los malos pasos por salir de noche después de la cena. En cambio, la mayor parte de cuantos lograron honra y fama emplearon las veladas en el estudio, en el trabajo o en la compañía de quienes podían ayudarles a mejorar. Cada prima noche equivale a una crisis en la vida de los jóvenes, y así lo da a entender el profundo significado de estos versos de Whittier:

Cada día modelamos nuestro destino y urdimos la tela de nuestro hado.

Desde este día podemos escoger entre la virtud y el vicio.

El tiempo es dinero. No hemos de ser tacaños o mezquinos con el tiempo; pero tampoco hemos de malgastar las horas, como no malgastaríamos un billete de banco. Malgastar tiempo equivale a disipar energías, vitalidad y carácter. Equivale a desperdiciar coyunturas que jamás volverán a presentarse. Cuidad de cómo matáis el tiempo, porque en el tiempo se encierra todo vuestro porvenir.

Dice Eduardo Everett:

A cada cual le toca ser útil, honrado y dichoso por la educación de sus talentos, el aprovechamiento de las ocasiones descubiertas con mirada de águila, el escrupuloso empleo del tiempo, la repulsión de las tentaciones y el desprecio de los placeres sensuales.

ADICIÓN DEL EDITOR

Por más que a los exageradores del patriotismo les parezca maledicencia, valga decir, a instigación de la verdad, que los españoles tienen por punto general, entre otros vicios de raza, el de malgastar el tiempo tan lastimosamente como el heroísmo. En conversaciones frívolas y palabras ociosas consumimos mucho más tiempo del necesario para hacer lo que solemos demorar de un día a otro.

Sin embargo, hay entre nosotros quienes aprovechan el tiempo tan escrupulosamente como el más laborioso anglosajón, y aparte de las ordinarias tareas de su habitual profesión, dedican las horas libres a obras de provecho para la sociedad en sus diversas modalidades de cultura, higiene, beneficencia, sociología, etc.

El insigne Pi y Margall trabajaba diez y seis horas diarias, y además de ganarse la subsistencia en el ejercicio de la abogacía, pues jamás quiso cobrar la cesantía de exministro, tomaba parte activa en la política como jefe del partido republicano federal y desempeñaba a satisfacción de sus electores el cargo de diputado.

Por punto general, los políticos españoles, tan desgraciados en su colectiva labor de gobernantes, son individualmente hombres muy activos y de claro talento, que saben aprovechar todos los instantes del día. Labra, Maura, Dato, Sanz Escartín, Azcárate, están ya en su despacho a las ocho de la mañana y no gustan de importunos que les hagan perder el tiempo en fruslerías. Moret era infatigable en el trabajo, y a pesar de sus apremiantes ocupaciones

políticas, mantenía correspondencia con los hombres más ilustres de Europa y dictaba simultáneamente cinco o seis cartas sobre materias distintas a los taquígrafos que redactaban las minutas.

Un activísimo editor barcelonés tiene en tan alta estima el tiempo, que, para gobierno de los visitantes, ha puesto sobre su mesa de trabajo un sencillo marco que encuadra la siguiente advertencia: «Sea usted lo más breve posible». Si por desgracia el visitante no hace caso de la advertencia, se expone a no ser recibido cuando vuelva.

Pero el aprovechamiento del tiempo no consiste en destinar muchas horas al trabajo y efectuar escasa labor positiva. La intensidad es, respecto al valor del tiempo, mucho más conveniente que la amplitud y siempre obtendremos mejores resultados de cinco horas de labor sostenidas con todo nuestro ser enfocado en ella, que diez horas de trabajo difusamente esparcido con intervalos de ocio que reduplican el esfuerzo necesario para vencer la inercia mental ocasionada por las frecuentes alternativas de trabajo y descanso.

IV. VOCACIONES CONTRARIADAS

IV. VOCACIONES CONTRARIADAS

La mayor valía de la vida y el pináculo de la fortuna de un hombre es haber nacido con vocación hacia un estado cuyo logro colme su dicha. — EMERSON.

Pocos son los poetas, artistas, filósofos o científicos ilustres cuya genial vocación no se viera contrariada por los padres, tutores o maestros. En estos casos, la naturaleza triunfó por interposición directa de sus derechos al estimular la desobediencia, el disimulo, la rebelión y aun el rompimiento definitivo con el hogar doméstico, antes de permitir que perdiese el mundo lo que tanto esfuerzo le había costado a ella engendrar. — WHIPPLE.

Oigo una voz que vosotros no oís y me dice que no me quede aquí. Veo una mano que vosotros no veis y me hace señas de que vaya. — TICKELL.



EN cierta ocasión la abuela de Jaime Watt le reprendió así:

—Vaya, hijo, que en mi vida he visto muchacho tan perezoso como tú para tomar un libro y estudiar. Hace media hora que no se te oye palabra. ¿Se puede saber qué has hecho en todo este tiempo? Te vi tapar y destapar la tetera y poner al vaho del agua, primero la salvilla y después la cuchara, para recoger y observar las gotitas que dejaba en la loza y en la plata. ¿No te avergüenzas de malgastar el tiempo en esas tonterías?

Ciertamente que el mundo salió ganando con el fracaso de la buena señora en el intento de enseñarle a su nieto la manera de aprovechar el tiempo.

Entre un comerciante y un dependiente se entabló el siguiente diálogo:

— No seas tan estúpido.
— Pero es que para algo sirvo.
— No para vender tras el mostrador.
— Pues seguro estoy de que para algo sirvo.
— Me gustaría saberlo.
— No sé explicarlo.
— Ni yo tampoco.
— Pero le suplico que no me despida usted. Pruébeme en algo que no sea la venta. No sé vender. Confieso que no sé vender.
— Demasiado lo veo. De eso me quejo precisamente.
— Pues le aseguro a usted que en algo puedo serle útil, aunque no acierte a decir cómo.

Colocó el comerciante al dependiente en el escritorio, donde muy luego demostró insospechadas aptitudes para el cálculo, hasta llegar a ser, al cabo de pocos años, cajero de la casa.

Al mirar a un recién nacido en su cuna no es posible leer el secreto destino envuelto en aquel pedazo de arcilla, como podemos ver la estrella polar indicada por la brújula; pero Dios ha orientado la brújula de aquella naciente vida hacia la estrella de su individual destino; y aunque nos

empeñemos en desviarla por artificiosos medios y torcida educación hacia las estrellas que respectivamente presiden la poesía, el arte, la jurisprudencia, la medicina o cualquiera que sea la profesión preferida para vuestro elegido, sólo conseguiréis malgastar preciosos años de su vida hasta que la brújula se oriente hacia su estrella.

Dice Roberto Waters:

Entre pesares y arrepentimientos se ve inclinado e hombre de genio por irresistible impulso a la profesión para que naciera. A pesar de las dificultades con que tropiece y de los pocos indicios de éxito, esta profesión es la única que seguirá con interés y gusto. Cuando sus esfuerzos no basten a procurarle la subsistencia y se encuentre pobre y despreciado, mirará hacia atrás, como Burns, para considerar cuánto más hubiera medrado de seguir otra profesión; pero, no obstante, persiste sin desmayo en su predilecta.

La civilización llegará a su apogeo cuando cada hombre emplee su actividad en el trabajo para que ha nacido, pues nadie triunfa hasta que en él se coloca. Son los hombres como las locomotoras: seguras y rápidas sobre carriles; torpes y perezosas en cualquier otro camino. Dice Emerson:

A la manera de un barco en el río, tropieza el niño con obstáculos por todos lados, menos por el que serenamente avanza hacia el inmenso mar.

Únicamente Dickens era capaz de escribir la novela *El niño esclavo*, en que representa a los niños de vocaciones malogradas para siempre por padres ignorantes que les tildaban de perezosos, estúpidos o volubles, sencillamente porque estaban fuera de su centro; niños de natural talento, colocados en adverso ambiente y oprimidos porque no mostraban aptitud para el estudio de la teología, cuando la interna voz les llamaba a la jurisprudencia, la medicina, el arte, la ciencia o la industria; niños torturados porque no se entusiasmaban con tareas a que sentían aversión y contra las que se rebelaban las fibras de su ser.

Suelen pecar de egoísmo los padres que desean ver en los hijos una reproducción de sí mismos, sin advertir que, como dice Emerson, hay bastante con un ejemplar de cada hombre. El padre de Juan Jacobo Astor quería que su hijo le sucediera en el oficio de carnicero, y tal hubiese logrado, de no apuntar con tan poderosa violencia las aptitudes emprendedoras del futuro comerciante.

La naturaleza nunca duplica a los hombres. Rompe el molde a cada nacimiento y sólo una vez emplea la mágica combinación de que para formarlo se vale. Por ser Federico el Grande muy aficionado a las artes y a la música, con desdén de las cosas militares, se vió castigado duramente por su padre, quien de seguro hubiera visto

gustoso la muerte de su hijo si la propia no elevara a éste al trono. Sin embargo, aquel niño a quien, por su amor a las artes, nadie sospechaba bueno para nada, colocó a su patria entre las primeras potencias de Europa.

El águila parece estúpida y torpe cuando parpadea en la pértiga; pero ¡cuán aguda y penetrante es su vista y cuán raudo y firme su vuelo al remontarse al firmamento!

Padres ignorantes forzaron al niño Arkwright a ser aprendiz de barbero; y no obstante, la naturaleza había encerrado en su cerebro un ingenioso proyecto que había de redimir de la miseria a millones de menesterosos. Así se vió precisado a emanciparse de sus padres y decirles, como Cristo a su madre: «¿No ves que estoy ocupado en las tareas de mi Padre?»

Galileo estaba destinado a ser médico; pero en vez de estudiar anatomía y fisiología hojeaba a hurtadillas las páginas de Euclides y Arquímedes y resolvía furtivamente abstrusos problemas matemáticos. A los diez y ocho años descubrió las leyes del péndulo al observar las oscilaciones de una lámpara en la catedral de Pisa. Inventó el microscopio y el telescopio para con ellos dilatar igualmente lo máximo y lo mínimo.

Los padres de Miguel Angel habían jurado que ningún hijo suyo seguiría la desconceptuada pro-

fesión de artista, y aun le castigaban porque cubría de dibujos muebles y paredes; pero el divino Artista avivó el fuego que ardía en el pecho de aquel niño, hasta inmortalizar su nombre en la cúpula de san Pedro, en la estatua de Moisés y en los frescos de la Sixtina.

El padre de Pascal quiso que su hijo estudiara lenguas muertas; pero la voz de las matemáticas sofocó toda otra, hasta determinar al niño al estudio de la geometría.

El padre de Josué Reynolds contrariaba continuamente la afición de su hijo a dibujar, y puso debajo de uno de los dibujos: «Hecho por el perezoso Josué». Sin embargo, aquel «perezoso» llegó a ser uno de los fundadores de la Real Academia de Londres.

Turner estaba destinado por sus padres al oficio de barbero; y no obstante, fué el más eminente paisajista de su época.

El pintor Claudio de Lorena estuvo de aprendiz en una pastelería; Molière, en el taller de un tapicero; y Guido, el famoso pintor de la *Aurora*, en una escuela de música.

Schiller ingresó en la Academia de Sanidad militar de Stuttgart y allí compuso en secreto su primer drama *Los ladrones*, cuyo estreno presenció de incógnito. Le repugnaba tanto la Academia y le seducía de tal modo la dramaturgia, que se aventuró, sin recurso alguno, en el inhospitalario mundo de las letras. Protegióle una compasiva señora y muy luego compuso los dramas que inmortalizaron su nombre.

El médico Händel quería que su hijo fuese abogado, y a tal propósito trató de contrariar su afición a la música; pero el muchacho pudo adquirir una vieja espineta, que escondió en el pajar, a donde iba en secreto a ejercitarse en el divino arte. Cierto día fué el padre de Händel a visitar a un hermano suyo que estaba al servicio del duque de Weisenfelds, y llevóse consigo al chico, quien, sin que nadie lo advirtiera, se corrió hasta la capilla de palacio y se puso a tocar el órgano. Admiróse el duque al oirlo de que fuera posible arrancar tan dulces melodías sin estar familiarizado con el instrumento, y quiso que le presentaran al muchacho para elogiarle por su habilidad, de paso que aconsejaba al padre la conveniencia de dejarle libre la inclinación a la música.

Daniel Foe había sido comerciante, militar, escribiente, mayordomo de fábrica, comisionista, viajante y autor de libros sin importancia, antes de componer su magistral obra *Robinson Crusoe*.

El ornitólogo Wilson fracasó en cinco profesiones antes de encontrar la de su aptitud.

Erskine estuvo cuatro años en la marina, de donde pasó al ejército, con esperanza de más rá-

pido ascenso; al cabo de dos años de servicio, asistió por curiosidad a un consejo de guerra cuyo presidente, amigo suyo, le invitó a sentarse a su lado en consideración a que los defensores eran los más eminentes criminalistas de Inglaterra. Erskine escuchó los alegatos, y convencido de que podía superarlos, se puso a estudiar leyes y llegó a ser uno de los más insignes oradores forenses de su país.

A. T. Stewart estudió para sacerdote y fué maestro de escuela antes de advertir plenamente sus aptitudes de comerciante, con ocasión de haber prestado dinero a un su amigo que, no pudiendo devolvérselo, le traspasó la tienda en pago.

Jonatás Chase declaró a su padre que deseaba seguir una carrera; a lo que repuso aquél diciéndole: «Pues el lunes por la mañana te vienes conmigo a la tienda». Pero el joven Jonatás se escapó de la tienda para seguir su camino y ser personaje influyente en el Senado de Rhode Island.

Con razón se ha dicho que si Dios ordenara a un ángel que barriese una calle y a otro que gobernase un imperio, nadie podría persuadirles a cambiar de tarea. No menos cierto es que quien advierte la particular labor que Dios le ha señalado encuentra la dicha en su diligente cumplimiento. ¡Feliz el joven que puede responder sin estorbos a su vocación! Si no desempeña bien el

destino adecuado a sus aptitudes, no espere desempeñar otro a satisfacción propia ni de los demás. La naturaleza nunca deja descansar a un hombre hasta que encuentra su lugar propio, pues le empuja y le espolea hacia el sitio donde le han de colocar sus explayadas facultades. Los padres no pueden prestablecer la profesión de sus hijos, como tampoco lograrían que la brújula se orientase hacia Venus o Júpiter.

La vulgar opinión de que las únicas profesiones valiosas son las de médico, abogado o sacerdote, es tan ridícula como el papel que desempeñaría un jamelgo en una carrera de caballos.

Igualmente ridículo es que el 82 % de los estudiantes se dediquen a dichas carreras. ¡Cuántos jóvenes son medianos médicos por imitar a sus padres que lo fueron excelentes! Lo mismo cabe decir de muchos ingenieros y abogados. El mundo está lleno de hombres sin oficio ni beneficio, ni crédito ni aliento, con los codos al aire y el frío entre piel y huesos.

Lo cierto es que casi todos los titulares universitarios que al fin vencieron en sus carreras se formaron por sí mismos, previa la preparación recibida en las aulas. Lo mejor que pueden enseñarles sus maestros es a *estudiar*, para que apenas reciban el título se apliquen a la práctica de su profesión.

Si un hombre fracasa en la tarea que emprendió con todo su entendimiento y voluntad, no hemos de inferir la errónea conclusión de que ha de fracasar en todo. Mirad el pez que desesperadamente se debate en la arena de la playa como si en pedazos se desgarrase. Volved a mirar y veréis que una ola lo ha cubierto súbitamente, y en cuanto sus aletas sienten el refrigerio del agua, desaparece como una flecha entre la líquida masa. Las aletas son eficaz instrumento en su apropiado ambiente, mientras que en la tierra y aire le eran estorbo en vez de ayuda. Si fracasáis en vuestra obra, examinad detenidamente el propósito que os determinó a realizarla, por ver si en efecto estaba a vuestro alcance. Cowper fracasó en la profesión de abogado, pues tan tímido era que no podía defender una causa; y sin embargo, compuso hermosos poemas. Tampoco Molière se vió con aptitud para ejercer la abogacía, pero su nombre es célebre en la historia de la literatura. Voltaire y el Petrarca desistieron de estudiar jurisprudencia, y la posteridad los aclama como filósofo al primero y al otro como poeta. Cromwell fué agricultor hasta los cuarenta años cumplidos.

Pocos niños revelan especial aptitud para determinada profesión antes de la adolescencia, pues la mayor parte, aun con todo su buen deseo, se ven perplejos para decidir qué empleo han de dar

a su vida. Todos ponen a prueba su inteligencia en demanda de sobresalientes aptitudes para determinada profesión; pero no está la aptitud en la mente. Ninguna razón abona la negligencia del deber que entre manos se tiene, ni hay motivo de no cumplir acabadamente la tarea que por naturales medios viene a nuestro cargo. El destino llevó a Samuel Smiles a una profesión muy de su disgusto; y sin embargo, la desempeñó tan escrupulosamente, que le sirvió de apoyo para llegar a ser escritor de nota, según su vocación primitiva.

Si fielmente cumplimos los cotidianos deberes de nuestro estado, no será difícil vernos a su debido tiempo en el lugar adecuado a nuestras aptitudes.

No hubiese sido Garfield presidente de la república si antes no fuera celoso maestro, fiel soldado y consciente político. Tampoco Lincoln y Grant mostraron de niños sus eminentes dotes de gobernantes ni entraron de rondón en la Casa Blanca. Nadie desmaye por no haber sido dotado de maravillosas aptitudes congénitas. Su labor consiste en cumplir cuanto mejor pueda los deberes de la situación en que le colocó el destino y aprovechar todas las ocasiones que se le ofrezcan para dar un paso adelante en la dirección trazada por el interno consiliario, que será la estrella indica-

dora de los caminos del éxito con el pleno coronamiento de la valía de cada cual.

¿Qué carrera o qué profesión ha de ocupar mi vida? Si la voz interior te llama al oficio de carpintero, sé carpintero; si a la profesión de la medicina, sé medico. Cuando el joven elige resueltamente y con ardor se aplica al trabajo, no puede por menos de triunfar. Pero si no hay vocación, o si es débil o desmayada, conviene elegir la especialidad más adecuada a la ocasión y circunstancias de cada caso, pues todos los hombres han de estar convencidos de que para algo sirven en el mundo. El verdadero éxito consiste en cumplir escrupulosamente nuestros deberes, pues siempre vale más ser cabeza de ratón que cola de león.

El mundo aplaude y alaba después del triunfo a los que tildara de estúpidos y zotes mientras lucharon con el desaliento y la incomprensión. Facilitad a los niños favorables ocasiones que les alienten, y no los menospreciéis aunque parezcan tontos, torpes, desmañados o perezosos, porque son niños faltos de ambiente propicio o puestos por equivocación en situación adversa a sus aptitudes.

La madre de Wellington le tenía por zoquete, y en el colegio de Eton era siempre el último de la clase, de modo que sus condiscípulos le motejaban de perezoso y estúpido, que no servía para

maldita la cosa. En efecto, no revelaba aptitud alguna ni tenía deseos de ingresar en el Ejército. Únicamente por su asiduidad y perseverancia le consideraban algún tanto sus padres y maestros. Sin embargo, a los cuarenta y seis años había vencido al vencedor de Europa.

Goldsmith fué el hazmereír de sus maestros, que le pusieron el apodo de «cuchara de madera», equivalente a pedazo de alcornoque. Quiso estudiar medicina y le suspendieron, por lo que se dedicó a las letras, y el inepto para médico admiró al mundo con su inimitable *Vicario de Wakefield* y *La aldea abandonada*. El doctor Johnson conoció a Goldsmith en ocasión en que le iban a encarcelar por deudas, y cuando hubo leído el original de su famosa novela, se lo tomó para venderlo a un editor y pagarlas.

Roberto Clive no pudo salir airoso de ningún examen de colegio; pero a los treinta y dos años derrotó con tres mil hombres a cincuenta mil en la batalla de Plassey, cimentando de este modo el imperio británico de la India.

A Walter Scott le llamaba estúpido su maestro; y cuando Byron pasaba delante de toda la clase, el suyo le decía: «Pronto volverás a estar en la cola».

Los maestros de Linneo le tuvieron poco menos que por zote, y como no le descubriesen disposi-

ción alguna para la carrera eclesiástica, sus padres le enviaron a estudiar medicina; pero el silencioso maestro interior, mucho más sabio y entendido que los otros, le condujo a los campos donde le llamaba su vocación, y llegó a ser el más insigne naturalista de su siglo.

La madre de Ricardo Sheridan trató en vano de enseñarle rudimentarios conocimientos; pero muerta ella se despertaron los dormidos talentos del joven, y llegó a ser uno de los hombres más ilustres de su tiempo.

Samuel Drew era muchacho de, al parecer, cortos alcances; y sin embargo, después de un accidente que por poco le cuesta la vida y luego de muerto su hermano, se aplicó con tal asiduidad al estudio, que no perdía ni un momento en el ocio. Aprovechaba los intervalos entre plato y plato de comida para leer libros instructivos. Decía que la lectura de *La edad de la razón*, de Paine, le estimuló a ser escritor, con propósito de refutar, como vigorosamente lo hizo, los argumentos expuestos en dicha obra.

Mucha verdad es que luce su talento todo hombre que sabe aprovecharlo.

ADICIÓN DEL EDITOR

Si conociéramos la vida de los hombres célebres más íntimamente de lo que nos descubren las biografías, seguramente viéramos en cada uno de ellos un ejemplo de vocación contrariada, porque raros son los padres que no se adelanten al tiempo con la pretensión de disponer a su antojo del porvenir de sus hijos, sin tener para nada en cuenta las cualidades congénitamente recibidas para cumplir, a despecho de toda contrariedad, su individual destino en este mundo. El juro, juro, pater nunquam facere versus, *del inmortal autor de las* Metamorfosis, *se repite continuamente en diversidad de frases.*

Curioso ejemplo de vocación contrariada nos da el insigne actor español Isidoro Máiquez. Era su padre pasamanero cuando, llevado de viva afición al teatro, dejó el oficio para alistarse en una compañía de cómicos, donde con el tiempo hizo papeles de galán y barba. El niño Isidoro cobró mucha afición al teatro, entre cuyos bastidores se criaba; pero el padre, por una de esas rarezas tan frecuentes en los cabezas de familia, no quería de ningún modo que su hijo fuese cómico, y para desviar sus tempranas inclinaciones, le prohibió que asistiera a los espectáculos. Sin embargo, la voz interior le decía al joven Máiquez que no desmayara en su propósito, y firme en él, burló la prohibición paterna recurriendo al ingenioso procedimiento de llevar sillas de alquiler a los palcos, según era costumbre en aquella época. Tan resuelto estaba Isidoro a pisar las tablas, y con tan vehementes razones se lo declaró a su padre, que cediendo éste en la resistencia, puso de su parte cuanto pudo para que el joven debutara en el teatro

de Cartagena, su ciudad natal. Pero había de cumplirse el proverbio de que nadie es, no sólo profeta, sino tampoco actor en su patria, porque los paisanos del debutante le zarandearon con el más espantoso abucheo de que hay memoria en las crónicas teatrales.

Y aquí viene de propósito considerar que, aparte de los padres, también contrarían la vocación los primeros fracasos, cuyo escozor desanima a los débiles tanto como estimula a los fuertes. De éstos era Máiquez, que de Cartagena pasó a Málaga en busca de mejor fortuna, sin lograr encontrarla, porque el público malagueño fué de la misma opinión que el cartagenero, sin sospechar siquiera que silbaban al futuro embeleso de la corte de España. Esta nueva contrariedad hubiera sofocado la vocación de quien no la tuviese tan firme como Máiquez; pero algo habría en él por educir y actualizar de lo que en su interior alentaba, cuando ya dos veces había fracasado en el intento, pues en verdad que su voz era obscura y no sabía moverse en escena. Sin desmayar ante los obstáculos que de tal manera contrariaban su vocación y le entorpecían el camino del éxito, se resolvió a trabajar internamente hasta asimilarse los elementos estéticos del arte escénico. Durante muchos años desempeñó partes secundarias en las compañías de verso, y aunque el mal gusto del público prefería la declamación ampulosa con mucho manoteo y latiguillo en los galanes, jamás quiso Máiquez rendirse a la imitación de tan chabacanos modelos, porque, contra los convencionalismos de la época, sostenía que el teatro debe ser imagen fiel de la sociedad, y que los actores han de moverse, gesticular y accionar como los demás hombres.

Por fin, triunfó la vocación de las contrariedades que, primero su padre y después la rutina y los prejuicios, habían opuesto al joven Máiquez, quien, como veremos más adelante, fué también admirable ejemplo de perseverancia.

Asimismo vió contrariada su vocación, no tanto por la ignorancia de sus padres como por la adversidad de las circunstancias, el glorioso pintor Murillo, que ya de muy chiquitín recibió no pocos pescozones de su padre por su empeño en trazar en las paredes de la casa con el carbón de la cocina figuras que a los progenitores del incipiente artista les parecían monigotes, pero en las que un pariente de la familia, el pintor Juan del Castillo, supo descubrir las felices disposiciones del niño Bartolomé Esteban, a quien ya en edad conveniente admitió en su taller, del que fué el más sobresaliente discípulo.

Pero Castillo hubo de trasladarse a Cádiz, y como las circunstancias de orfandad y pobreza en que Murillo se encontraba le impidieran irse con su maestro, no tuvo otro remedio que dedicarse a pintar cuadros para las ferias. De este modo la vocación pura del amor desinteresado al arte vióse contrariada por las rugosidades de la realidad, y en vez del estudio de pintor con que soñaba, quedó preso por hambre en un taller destajero, donde tenía cotidiana aplicación el conocido adagio de si sale con barbas san Antón y si no la Purísima Concepción; porque, según las exigencias de los compradores, metamorfoseaba con cuatro pinceladas una Magdalena en una Verónica y una Concepción en un san Pablo. Pero la llama del genio ardía tan luminosa como antes en lo más hondo de su ser, cual luz velada por em-

pañadas y polvorientas pantallas. La vista de unas copias de Van-Dyck que le enseñó el pintor sevillano Pedro Moya, recién venido del extranjero, fué para Murillo como espoleadura de su alma que le determinó a vencer a toda costa cuantos obstáculos contrariasen la congénita vocación que había estado a punto de sofocar. También veremos en otro capítulo cómo dió Murillo al mundo un admirable ejemplo de carácter enérgico y perseverante. Aunque no resulte que al famoso rey Carlos III le contrariara la vocación su padre Felipe V, ni tampoco su madre, la no menos famosa Isabel Farnesio, es de presumir que hubiera sobresalido tanto en el arte de la cerámica como en el ejercicio de la realeza, pues mientras fué rey de Nápoles estableció una fábrica de porcelana, cuya traza y régimen dió él mismo, trabajando con sus propias manos en el modelado de piezas y lo mismo hizo cuando ya rey de España, por muerte de su hermano Fernando VI, fundó la fábrica del Retiro en Madrid. ¿A qué multiplicar los ejemplos cuando precisamente la vida nos los ofrece a diario en todos los tiempos y épocas de la historia y en todos los países del mundo?

Los picachos de las montañas que alisa el persistente golpeteo del viento conservan en alguna escondida hendidura un poco de tierra vegetal, donde al punto medra un brinquillo de pinabete o de romero. Así la vocación aprovecha la más leve coyuntura para echar raíces aun en medio de los más desfavorables ambientes.

V. ELECCIÓN DE CARRERA

V. ELECCIÓN DE CARRERA

Los brutos no van más allá de sus posibilidades. El oso no intenta volar. El caballo titubea antes de saltar la triple valla. El perro retrocede instintivamente ante una zanja demasiado ancha y profunda. Tan sólo el hombre, en su locura, se rebela obstinadamente contra las prohibiciones de la naturaleza y se empeña en oponerse a sus planes. — SWIFT.

La mayor fortuna de un hombre es hallar para su actividad el empleo más apropiado a sus congénitas aptitudes. Con tal que a ellas responda su tarea, lo mismo da que haga cestos, espadas, canales, estatuas o versos. — EMERSON.

Doquiera que la naturaleza te haya colocado, mantente allí. No te separes jamás de la profesión adecuada a tus aptitudes y lograrás éxito. Si a otra te inclinas, serás en ella mil veces peor que nada. — SYDNEY SMITH.



DECÍA Artemio Ward que todo hombre sirve para algo y en algo aventaja a los demás, aunque hay gentes cuya versatililidad de criterio les lleva de un lado a otro sin servir para cosa alguna. En dos ocasiones trató Ward de hacer lo que no era propio de sus aptitudes, y en ambas fracasó ruidosamente, de lo que indujo la conve-

niencia de no ocuparse jamás en trabajos ajenos a las propias facultades.

Un periódico insertó el siguiente anuncio:

Se ofrece un impresor capaz de ponerse al frente de la sección de cajas de una casa editorial. También aceptaría cargo de profesor en una academia para enseñar caligrafía, dibujo ornamental, geometría, trigonometría y varias otras ciencias. Tiene práctica en dar conferencias públicas y se encargaría de regentar una clase de enseñanza superior para señoritas y caballeros. Sería, además, de mucha utilidad en el gabinete de un dentista o de un manipedicuro. Asimismo aceptaría colocación de tenor o bajo en un coro.

Nadie respondió a un anuncio que delataba tan extravagante mezcolanza de aptitudes, hasta que volvió a aparecer en el periódico con la siguiente coletilla:

En todo caso, se ofrece para aserrar madera a precios económicos.

Esto parece que aseguró la colocación del anunciante, porque ya no volvió a salir el anuncio.

Vuestro talento está en vuestra vocación. Vuestro carácter revela vuestro destino. Si lo halláis, se acomodará a las facultades de vuestro ser.

Si es posible, escoged la ocupación más en armonía con vuestras aficiones, pues aprovecharéis más ampliamente vuestra habilidad y conocimien-

to del asunto, en que consiste vuestro verdadero capital.

Seguid vuestra inclinación, porque difícilmente lograréis éxito si la contrariáis. Los padres, los amigos o el infortunio podrán sofocar los anhelos de vuestro corazón y compeleros a tareas que repugnéis; pero, tarde o temprano, el interno fuego que en vosotros arda errumpirá como el de un volcán, y desbaratando cuantos obstáculos se opongan a su erupción, se desbordará en la oratoria, en el canto, en el arte o en vuestra industria predilecta. Sin embargo, precaveos contra el talento que no esperéis actualizar con toda perfección, porque la naturaleza aborrece las chapucerías o las obras incompletas.

Más vale ser el Napoleón de los limpiabotas o el Alejandro de los deshollinadores, como dice Mateo Arnold, que un leguleyo ignorante de la jurisprudencia.

La mitad de las gentes ejercen profesiones o desempeñan cargos para que no nacieron, como si al género humano lo hubiesen sacudido violentamente, hasta el punto de trocar unos en otros los destinos de sus individuos. Muchas que fueran excelentes criadas estudian para maestras, y en cambio, hay maestras por naturaleza que sirven de criadas. Buenos labriegos andan por ahí asesinando leyes, mientras que eminen-

tes jurisconsultos ruedan por las granjas, bajo la tortura unos y otros de su no logrado destino. En las fábricas languidecen muchos niños que estarían mejor bregando con el latín y el griego, al paso que a otros les abruma la sobrecarga de los colegios, cuando pudieran desahogarlos la granja o el buque. Artistas hay que pintarrajean lienzos y debieran enjalbegar fachadas. Tras los mostradores abundan los dependientes que odian la cinta métrica y descuidan su trabajo al soñar en otros más de su gusto. Sucede a veces que un hábil zapatero publica unos versos en el periódico local, y sus amigos le llaman poeta y engreído trueca la lezna, que manejaba bien, por la pluma que ha de manejar torpemente. Otros zapateros se sientan en el Parlamento, mientras que hay estadistas remendones. Abogadillos sin pleitos o de malas causas ruedan por el mundo, mientras jurisconsultos de nacimiento fracasan en el comercio. Al niño que siempre está entretenido con herramientas lo mandan a la universidad para que sea una medianía en cualquiera de las llamadas «profesiones honrosas». Hábiles cirujanos hubieran sido algunos que manejan la media luna en las tablajerías, al paso que no pocos carniceros malogran sus aptitudes quirúrgicas

Como dijo el poeta:

Hay una divinidad que modela nuestro destino según la plantilla que le proporcionamos.

Y añade Franklin:

El que menosprecia un oficio, menosprecia un estado social; y quien desoye una vocación, desperdicia un provechoso y honrado empleo de actividad. Un labriego de pie es más alto que un caballero de rodillas.

El trabajo no es tan sólo trabajo para el hombre, pues vigoriza sus músculos, fortalece su cuerpo, fluidifica su sangre, sutiliza su mente, perfecciona su criterio, estimula su inventiva, aviva su ingenio, le incita a la porfía de la vida, espolea su ambición y le advierte que es hombre y como tal debe portarse en todas ocasiones. Nadie puede sentirse hombre si no lleva a cabo tareas de hombre. Un hombre sin profesión no es hombre, pues no prueba con sus obras que es hombre. Ni unos cuantos kilogramos de carne y huesos ni tampoco un espacioso cráneo relleno de mollera bastan para formar un hombre. Los huesos, los músculos y el cerebro deben saber cómo trabaja, cómo piensa y cómo se porta un hombre, para que por la firmeza de su carácter y el cumplimiento de sus deberes merezca el título de hombre. La primera condición del éxito es la perspicacia; la segunda, la perseverancia. Por lo general, quien

reúne estas dos condiciones bajo la guía del sentido común, no fracasa jamás.

Nunca ambicionéis más elevada posición ni mayor sueldo, si antes no mejoráis la en que ya os veis, mediante la originalidad en su desempeño, de modo que superéis a cuantos en ella os precedieron. Sed más activos, más enérgicos, más cabales, más pulcros que vuestros antecesores o que vuestros compañeros. Estudiad la índole de vuestro cargo, de modo que satisfagáis a vuestro principal con numerosos procedimientos de trabajo, no precisamente por satisfacción propia, sino más bien con la mira puesta en el debido desempeño del cargo, pues al ver vuestro principal que lo desempeñáis cumplidamente, os confiará otro de mayor honra y provecho.

En las horas libres, aceptad alguna tarea suplementaria, y si con acierto la cumplís, veréis cómo muy luego se os ofrecen otras más ventajosas.

El problema de encontrar adecuada ocupación en la vida ha llegado a ser uno de los más arduos de nuestra conturbada época. No hay tal problema cuando se trata del hijo de un zulú o de un beduino, pues la condición del salvaje no le permite elegir entre diversidad de profesiones; pero según el hombre asciende en la escala de la civilización y está más próximo a los grandes centros

de actividad, es proporcionalmente más difícil acertar en la elección por los obstáculos que opone la concurrencia. El desperdicio de fuerzas o de esperanzas es fatal para la prosperidad, aun en los más fecundos campos de acción.

Dijo Gladstone que tiene su límite el trabajo exigible de un cuerpo o de un cerebro humanos; y por lo tanto, con prudencia obra quien no malgasta energías en tareas para las que no es apto.

Sobre esto dice Carlyle:

> Feliz quien halla apropiado empleo a su actividad. No necesita otra bendición. Tiene en el trabajo el ideal de su vida. Lo ha encontrado y lo sigue.

Al elegir una profesión no penséis en la que os parezca más lucrativa o más brillante, sino inclinaos a la que sea capaz de educir equilibradamente todas vuestras facultades en el mayor grado posible. No necesitáis dinero ni notoriedad ni fama, sino talento, habilidad y energía, que valen más que riqueza y fama. El carácter aventaja de por sí a cualquier carrera. Es preciso educar todas las facultades, porque en cuanto hagáis se echarán de ver las deficiencias de vuestra educación. Conviene educar la mano para darle agilidad, gracia y destreza. Conviene educar la vista para que sea perspicaz, avizora y circunspecta. Debemos educar el corazón en la

simpatía, la ternura y la fidelidad. Preciso es ejercitar durante mucho tiempo la memoria, para que abarque y retenga con precisión los recuerdos. El mundo no exige *que seáis* precisamente científicos o comerciantes, ni os dicta lo que debéis hacer, sino que tan sólo os pide que lo hagáis cumplidamente. Si sois maestros en vuestra especialidad, os aplaudirá el mundo y se abrirán las puertas a vuestro paso.

Dice Rousseau a este propósito:

Quien recibe educación apropiada para cumplir los deberes de hombre, no puede estar mal dispuesto para desempeñar cualquier oficio relacionado con estos deberes. Poco me importa que mis discípulos estén destinados al *ejército*, al *púlpito* o al *foro*. La naturaleza nos ha destinado a los oficios de la vida humana, con anterioridad a los oficios sociales. Primero he de enseñar a mis discípulos a vivir. No he de hacer de ellos ni soldados ni jurisconsultos ni teólogos, sino hombres; y de esta suerte, aunque la fortuna les lleve de una a otra categoría social, siempre estarán en su lugar.

En las *porfías* de la vida, el sentido común tiene el derecho de guiarnos. Las riquezas, los diplomas, el abolengo, el talento, el genio, apenas serían capaces de modelar una pigmea figura sin el tacto y el sentido común. Los ineptos y desmañados quedan a la zaga, por muchos diplomas y títulos que ostenten. Nuestra época no le pre-

gunta a nadie *quién* es, sino *qué* es; ni tampoco le pregunta *qué* sabe, sino *qué puede hacer*.

Así dijo muy bien Jorge Herbert, que más nos pagamos de quienes somos que de lo que hacemos. Todo propósito manchado con la más leve sospecha de injusticia o deshonra debe quedar abandonado al instante. Nunca como en nuestros días ha llegado a tanta perfección el arte de aderezar la injusticia de modo que tome aspecto y aires de justicia, porque es curioso fenómeno psicológico que la razón, llevada al extremo, sofoca el natural sentimiento de justicia; y así sucede que, cuando tenemos ante nosotros un lisonjero y seguro porvenir, corremos el riesgo de escamotear la injusticia de modo que parezca justicia. Un psicólogo eminente ha dicho que no sólo la injusticia, sino aun la misma deshonestidad podría cohonestar falazmente el hombre, con sólo esforzarse de firme en razonar sobre ella. Pero todo propósito inmoral lleva en sí el germen del fracaso.

No hay duda de que toda persona humana sirve para algo en esta vida; pero unas cuantas, a que llamamos genios, explayan sus congénitas cualidades con extraordinaria pujanza. La señora de Stael estaba ya versada en filosofía política a la edad en que casi todas las niñas juegan con muñecas. Mozart a los cuatro años tocaba el

piano y componía bailables y otras piezas de perdurable mérito. El chiquitín Chalmers, con reposada voz y vehemente mímica, pronunciaba discursos subido a un banco del cuarto de crianza. Goethe escribió tragedias a los doce años, y Grotio publicó un notable tratado de filosofía antes de cumplir los quince. Pope contaba ya los números al romper a hablar. Chatterton compuso excelentes poemas a los once años, y Cowley publicó un tomo de poesías a los diez y seis. Tomás Lawrence y Benjamín West dibujaron retratos cuando apenas empezaban a andar. Listz era concertista a los doce años. Canova se entretenía desde muy niño en modelar figuras de arcilla. Bacon señaló a los diez y seis años los errores de la filosofía aristotélica. A la misma edad construyó Napoleón fortificaciones con la nieve del patio de la escuela de Brienne.

Todos estos hombres célebres mostraron su inclinación desde edad temprana y la siguieron durante toda su vida. Pero la precocidad no es común y, excepto en casos muy raros, es preciso descubrir el sesgo de nuestra naturaleza y no esperar a que la inclinación se manifieste tardíamente por sí misma.

Un obispo le decía a un joven sacerdote: «No te prohibo yo predicar, sino la naturaleza».

Lowell declaraba que en vano nos esforzamos en

ser lo que la naturaleza no ha querido que seamos, como así lo demuestra la historia con tanto propósito fracasado y tanta vida malograda.

Nadie encuentra su verdadero lugar hasta que tiene del todo educidas sus facultades, de suerte que pueda realizar la obra emprendida con tal entusiasmo, que a toda hora piense en ella. Tal vez haya de afrontar adversas circunstancias, pero pronto sacudirá el yugo. Carey era un zapatero remendón de oficio que llegó a recibir órdenes sagradas, y cuando le enviaron a las misiones, exclamó: «Mi deber es predicar el Evangelio; pero remendaré zapatos para sufragar los gastos».

Si vuestra vocación os llama a un oficio humilde, ennoblecedlo con vuestra conducta de modo que pongáis en él más habilidad que otros. Poned inteligencia, sentimiento, energía y solicitud. Dilatadlo con procedimientos originales. Extendedlo mediante laboriosas iniciativas. Estudiadlo como si fuese una profesión intelectual. Aprended todo cuanto de él se sabe. Concentrad en él todas vuestras facultades, porque las altas proezas están reservadas a los hombres que enfocan todas sus energías en un solo ideal, sin que ninguna atención extraña comparta el imperio de su alma. *Más te vale honrar tu oficio que codiciar el ajeno.*

Has de bajar hasta el fondo de tu ocupación

si quieres ascender hasta la cumbre. Nada es insignificante para ti de cuanto a tu oficio concierne. Has de dominar los pormenores. Tal fué el secreto del glorioso éxito de Stewart y de Astor, que sabían todo lo relativo a sus negocios.

De la propia manera que el amor es el único fundamento del matrimonio y lo único que puede guiarnos con seguridad entre los escollos y tribulaciones de la vida conyugal, así también el amor a una profesión es lo único que nos puede guiar a través de los obstáculos.

En cierta ocasión exclamó Whittier: «Yo sentía que estaba en el mundo para hacer algo y pensé que debía hacerlo». En esto consistió el secreto de su poder. Necesariamente ha de triunfar el hombre que en leyes, literatura, medicina o teología se aplica al estudio con ardor y ama su profesión y por entero a ella se dedica; pero el que sin gusto la abraza, tan sólo porque su abuelo cobró fama en ella o porque su madre lo quiere, más le valiera ser conductor de tranvía, pues pudiera sobresalir en cualquier humilde oficio, al paso que en la carrera contraria a sus aptitudes será como terraplén derrumbado sobre la vía, con peligro de que descarrilen los trenes.

Hace pocos años, el matrimonio era el único camino abierto a las jóvenes, y la solterona era muy mal vista por sus amigas. Sobre este particular dijo Lessing que, para el común de las gentes, la muchacha pensadora es tan ridícula como un joven tímido. Tiempo atrás, toda mujer que osaba estudiar o escribir había de tener a prevención una pieza de bordado para tapar con ella el libro o el manuscrito cuando entraba alguna visita. El doctor Gregory les decía a sus hijas: «Si por acaso llegáis a tener alguna erudición, guardaos de alardear de ella delante de los hombres, pues miran con envidiosos ojos a las mujeres de cultivado entendimiento». Las mujeres que en aquel tiempo componían libros estaban precisadas a negarlo en público, como si se tratase de un crimen.

Todo esto ha cambiado ¡y de qué manera! Bien dijo Francisco Willard que el descubrimiento más prodigioso del siglo había sido el descubrimiento de la mujer. La hemos emancipado de modo, que ya tienen las jóvenes innumerables oportunidades, aparte del matrimonio. Antes sólo los jóvenes podían seguir carrera. Hoy pueden imitarlos sus hermanas. Esta libertad es una de las mayores glorias del siglo xx. Pero a la libertad va unida la responsabilidad, y toda joven ha de tener un propósito definido.

Dice el doctor Hall, que el mundo está necesitado de jóvenes que sean la mano derecha de su madre y casi mejor que ella sepan cuidar de los

pequeñuelos y resolver las ordinarias dificultades de la vida doméstica. Necesita el mundo jóvenes de quienes el padre esté satisfecho por algo más valioso que su hermosura y cuyos hermanos estén de ellas orgullosos por algo más que por su habilidad en la danza y su brillo en los salones. Necesitamos jóvenes de buen sentido, que tengan norma propia de conducta y sean lo bastante independientes para vivir por su cuenta. Jóvenes cuyo único ideal no sea estrenar vestidos, lucir enormes sombreros en el teatro, lacerar sus pies con tacones altos y torturar su cuerpo con ceñidísimos corpiños. Jóvenes que vistan con elegante decencia y repudien las modas necias y grotescas. Necesitamos jóvenes bondadosas, afables, con el corazón en los labios, inocentes, puras y modestas, con menos malicia y picardía a los veinte años, que las colegialas de hoy suelen tener a los diez Necesitamos jóvenes laboriosas, solícitas y prudentes, que reconozcan los sacrificios de su padre para rodearlas de comodidades y la abnegación de la madre que se abstiene de muchos goces lícitos para que ellas satisfagan su gusto. Jóvenes que sepan trazar la línea fronteriza entre lo necesario y lo superfluo; que se acostumbren al ahorro y repugnen la dilapidación; que sean la alegría y la ayuda del hogar, en vez de penoso estorbo e inútil carga. Necesi-

tamos jóvenes de corazón henchido de ternura y simpatía, cuyos ojos arrase en lágrimas el infortunio ajeno y cuyos labios mueva la sonrisa iluminadora de sus hermosos pensamientos. Abundan las jóvenes de chispeante y agudo ingenio, pero nos faltan las de carácter placentero y amable, corazón vibrante y vehemente, más gustosas de la apacible vida de familia que del ofuscante brillo de la sociedad mundana. Con unas cuantas jóvenes de este temple, la vida cobraría nuevos atractivos, como se refrigera la tierra al beso de la lluvia.

Algunos quieren limitar la acción de la mujer, sin advertir que no hay lugar en el cielo ni en la tierra, ni labor humana, ni bendición ni maldición, ni vida ni muerte en que no intervenga la mujer.

Dice Emerson:

Cumple tu destino sin vanas esperanzas ni temerarios engreimientos. El momento presente es para ti de tanta trascendencia como el mágico cincel de Fidias o la llana de los egipcios o la pluma de Moisés o del Dante, aunque distinto de todos ellos.

A esto añade Russell Sage:

El joven que sin valedores ha de abrirse paso necesita, ante todo, obtener una colocación; después sellar los labios; lo tercero observar cuidadosamente a su al

rededor; lo cuarto, ser fiel; lo quinto, hacerse necesario a su principal; y por último, guardar exquisita corrección.

Wanamaker, cuyo lema era: *No dejéis nada por hacer*, señaló las siguientes condiciones del éxito:

Asidua aplicación; honradez integérrima; estudio de los pormenores y discreción.

La mayor parte de las gentes consideran su profesión como medio de vivir; pero el hombre verdaderamente equilibrado no tiene tan mezquino concepto de la vida, sino que ve en el empleo de su actividad el medio de explayar las potencias del alma.

No hemos de repugnar el trabajo ni eludir las lecciones cuyo objeto es multiplicar las posibilidades de nuestra vida, como el sol despliega los pétalos de la flor.

Dice Juan Ingelow:

Me gusta pensar que no estoy obligado a poner en orden la marcha del mundo, sino tan sólo a cumplir solícitamente la tarea que Dios me señaló.

¿Qué haré yo para ganar imperecedera fama?
Cumple siempre con tu deber.

Así lo hicieron muchos que, sin embargo, yacen olvidados.

¿Acaso crees que nadie los recuerda? Los ángeles pregonan sus alabanzas en el cielo. ¡Divina suerte la suya!

ADICIÓN DEL EDITOR

Entiéndese por carrera, toda profesión, oficio o empleo que ofrezca campo de actividad al hombre laborioso, y se da el nombre de oficio a las profesiones manuales, única puerta por donde entran en la vida los hijos de familias menesterosas. Así no hay pocos de entre estos últimos cuya colocación hubiese estado más ajustada en el banco del aula que en el del cerrajero, si la pobreza no les atrancara las puertas de las universidades.

No suelen advertir los padres que de todos los deberes de la vida de familia es la elección de la carrera de sus hijos el de más difícil cumplimiento, pues requiere mayor cordura que años adelante exigirá la elección de estado.

Como dice muy oportunamente Marden, parece que la juventud no tiene más carreras abiertas que las de abogado y médico, a las cuales se inclinan por rutina la mitad más tercio de los estudiantes. Sin embargo, aunque hay jurisconsultos cuyo bufete supera en renta a la de un senador por derecho propio, abogados hay que para vivir han de vegetar subalternamente en un despacho o arrimarse a una pasantía. Médicos hay también de visita pesetera y mantel homeopático que recibirían como llovida del cielo una iguala campesina, y otros, cuya antesala parece iglesia en día de jubileo, que no cambiarían su balance anual por el del más aparroquianado comerciante. Con todo, unos y otros estudiaron respectivamente la misma carrera. ¿Por qué unos llegaron a vencer y los otros desmayaron en el camino hasta fracasar? ¿Fué la suerte? ¡Pobre suerte! ¡Cuántos te maldicen por culpable en la hora del vencimiento! ¡Cuán pocos te bendicen

por bienhechora en el instante del triunfo! No fué la suerte, sino el tino en elegir una profesión adecuada a sus aptitudes. El médico de nombradía y provecho trajo consigo al nacer lo que naturaleza no quiso darle al intruso titulado, porque le dió otro tesoro que no acertó a descubrir. Trajo el médico de fama y mérito lo que en vano buscara el estudiante en las aulas, en los hospitales y en los textos: ojo clínico, acierto en el diagnóstico, clarividencia en el pronóstico y habilidad en el tratamiento. Sus aptitudes, actualizadas por el estudio y mantenidas por la perseverancia, hicieron para él lucrativa la misma profesión de que abominan los no nacidos para ella.

Unicamente parecen acertar los padres en la elección de carrera cuando la naturaleza la señala con el firme dedo de la precocidad acompañada de la vocación definida. Moratín dió a los nueve años indicio de su talento poético y antes de los veinte obtuvo el accésit al premio ofrecido por la Academia Española al mejor canto sobre la Toma de Granada. *El famoso concertista Pepito Arriola tocaba el piano a los tres años y cinco más tarde maravillaba a los públicos de Europa y América con su interpretación de los grandes maestros. La famosa actriz Jerónima Llorente distinguióse desde muy niña por la magistral entonación con que recitaba las composiciones poéticas. El célebre violinista Jesús de Monasterio dió el primer concierto de violín a los cinco años, en presencia del regente del reino, general Espartero, quien tomó a su cargo la carrera del precoz artista. Dicen de Monasterio, que cuando le llevaban a palacio y el general quería que tocase el violín, accedía a cambio de que aquél jugara después con él a los soldados.*

VI. CONCENTRACIÓN DE LA ENERGÍA

VI. CONCENTRACIÓN DE LA ENERGÍA

Esto hago yo. — SAN PABLO.

La mayor prudencia de la vida es la concentración; la mayor locura es la disipación. No importa que la disipación sea grosera o elegante. — EMERSON.

El hombre que se esfuerza en realizar un propósito, y sólo uno, puede abrigar la esperanza de realizarlo antes de que se le acabe la vida. Pero el que todo quiere alcanzarlo, doquiera que vaya sólo cosecha estériles remordimientos de las esperanzas que en su torno siembra. — OWEN MEREDITH.

Cada día es mayor mi convencimiento de que la diferencia entre unos y otros hombres, entre el débil y el fuerte, el sobresaliente y el insignificante, es la enérgica e invencible resolución de llevar a cabo el propósito formado y vencer o morir en la demanda. — FOWELL BUXTON.



ATHAN Mayer Rotschild le decía en cierta ocasión a un cervecero:

No se ocupe usted más que en un negocio. Atienda usted a su cervecería y será usted el cervecero más importante de Londres. Pero si quiere ser usted al mismo tiempo cervecero, mercader, banquero y fabricante, pronto se verá usted en la ruina.

Lo importante es dedicarse á una sola ocupación y no a varias a la vez, pues quien disemina sus esfuerzos en esta nuestra intensiva época, no espere lograr éxito.

Había en Londres un sujeto con despacho abierto, cuya muestra decía:

Se trasladan muebles, se llevan recados, se sacuden alfombras y se componen versos sobre cualquier tema.

El buen hombre no sobresalía en ninguno de tan distintos menesteres, cuya incongruencia recuerda la de un señor Kenard, que en París escribía folletines, explicaba el lenguaje de las flores y vendía patatas fritas.

La inmensa diferencia entre los victoriosos y los fracasados consiste en la cantidad de trabajo inteligente que cada cual lleva a cabo. Muchos fracasados realizaron esfuerzos bastantes para triunfar, pero su labor fué azarosa, de modo que deshacían con una mano lo hecho con la otra. No supieron aprovecharse de las circunstancias ni acertaron a transmutar las honradas derrotas en gloriosas victorias. Con tiempo y habilidad suficientes, siempre fueron atrás y adelante con la lanzadera vacía, sin tejer jamás el lienzo de la vida.

Si preguntamos a uno de estos fracasados cuáles fueron su ideal y su propósito, responderá:

«No tenía conciencia de mis aptitudes, pero sí mucha confianza en la eficacia del trabajo intensivo, y en consecuencia, me determiné a trabajar sin descanso toda mi vida, como si cavara en las entrañas de la tierra, con la seguridad de que, si no oro ni plata, por lo menos encontraría hierro».

A esto responderíamos rotundamente que no, pues ni el hombre más zahorí fuera capaz de encontrar filones de oro y plata con sólo excavar al acaso, aunque excavara todo un continente. Quien siempre anda ansioso de encontrar mucho, nunca encuentra nada; pero si buscamos algo en particular, hallaremos precisamente aquello y no más, porque siempre halla el hombre lo que busca de todo corazón. No es la abeja el único insecto que se posa en las flores, y sin embargo, ningún otro liba la miel en su polen. Por ricos que sean los materiales acopiados en los estudios de la juventud, de nada nos servirán si no entramos en la vida con el propósito de nuestra labor, pues no hay tan feliz combinación de circunstancias que por sí mismas deparen el éxito.

Dice Isabel Estuardo Phelps Ward:

El propósito definido es de incalculable fuerza en la vida. En la voz, en el traje, en la mirada y actitudes, se conoce cuando una persona comienza a vivir por un ideal. Creo que entre el gentío que invade las calles podría descubrir a las abnegadas mujeres entregadas al bendito

trabajo, que no pueden ocultar su aire de dignidad y resignación bajo el modesto mantón de alpaca, ni tampoco realzarlo el sombrero lujoso, ni siquiera encubrirlo la enfermedad ni la penuria.

Bien dicen que nunca sopla viento favorable para el marino que no sabe en qué puerto fondear.

A este propósito añade Carlyle:

La más débil criatura puede llevar a cabo determinada empresa, con tal que en ella concentre todas sus fuerzas; mientras que la más fuerte fracasa si desperdiga las suyas. La gota horada la piedra, no por su fuerza, sino por la continuada caída, al paso que el impetuoso torrente salta sobre ella sin dejar rastro.

Muy significativa es también la siguiente frase de un ingenioso predicador:

Cuando era yo niño, creía que el trueno mataba a los hombres; pero después supe que no los mata el trueno, sino el rayo. Desde entonces resolví tronar menos e irradiar más.

El hombre que conoce a fondo una cosa, aunque sea el arte de cultivar nabos, recibe el merecido premio, porque si en el cultivo de esta raíz concentra todas sus energías, le bendecirán las gentes como bienhechor de la especie humana.

Si partimos una salamandra en dos trozos, uno se moverá hacia adelante y otro hacia atrás. Tal les sucede a quienes fraccionan su ideal.

Nadie que firme y perseverantemente enfoque todas sus potencias mentales en un ideal elevado fracasará en el empeño de su vida. Los rayos del sol invernal, debidamente enfocados, encienden con facilidad una hoguera.

Las eminencias de la especie humana fueron hombres que no se cansaron de descargar martillazos sobre un mismo yunque hasta lograr su propósito. Los triunfadores de hoy día tienen una sola idea predominante y un ideal fijo, al que se encaminan con inquebrantable resolución. La vida de negocios en los Estados Unidos anatematiza toda subdivisión de energías. Muchos hay que se parecen en este particular a un amigo de Jerrold Douglass, que sabía treinta y cuatro idiomas, pero no tenía ideas que expresar en ellos.

Dice Sydney Smith:

El único estudio provechoso es aquel en que la atención se fija tan intensamente, que llega la hora de comer mucho antes de lo que esperábamos. Sentados con nuestro Tito Livio delante, oiríamos el graznido de los gansos que salvaron el Capitolio y veríamos con nuestros propios ojos a los merodeadores cartagineses que en los campos de Cannas llenaron varios talegos con los anillos de los patricios romanos muertos en la batalla. Quedaríamos tan absortos en la lectura, que si alguien nos viese no advertiría de pronto si estábamos en el gabinete de estudio o transportados mentalmente a las planicies de Lombardía en contemplación del curtido rostro de Aníbal y de su mirada de águila.

Decía Carlos Dickens que la atención es la única facultad verdaderamente útil, por lo seguro de sus efectos, pues el talento y la imaginación de nada aprovechan cuando no los acompaña la constante atención. El insigne novelista atribuía el éxito de su labor a que siempre puso todo su ser en cuanto hizo.

Así escribía José Gurney a su hijo, diciéndole: «Has de ser hombre completo en todas tus cosas: en el estudio, en el trabajo y en el recreo».

No toméis a la ligera ni difiráis vuestro propósito. Sobre esto decía Carlos Kingsley:

Voy en derechura a lo que me he resuelto, como si ninguna otra cosa hubiese en el mundo. Tal es el secreto de los laboriosos que no desperdician tiempo.

Y Eduardo Bulwer Lytton añade por su parte:

Al verme tan metido en la vida de sociedad y en las reuniones mundanas, como si no me ocupara del estudio, me dijeron algunos: «¿De dónde saca usted el tiempo para escribir sus libros?» Y les respondí: «Pues procuro no trabajar mucho de una vez, porque el hombre verdaderamente laborioso no trabaja más allá de sus fuerzas, pues si trabajara hoy demasiado, la fatiga le obligaría a trabajar menos al día siguiente. Empecé a estudiar con ardor al salir del colegio y puedo decir que he leído tanto como el que más de mis contemporáneos. He viajado mucho y visto muchas cosas; me he mezclado bastante en política y en distintos negocios de la vida, sin que esto

me haya impedido publicar unos sesenta volúmenes, algunos de ellos sobre asuntos que requirieron especial investigación. Sin embargo, en mi labor literaria no empleé más allá de tres horas diarias y ni aun tanto con el Parlamento abierto. Pero durante esas tres horas puse toda mi atención en lo que hacía.

Estaba dotado Coleridge de maravilloso talento, pero no tenía propósito definido, pues actuaba en una atmósfera de disipación mental que consumía sus energías y le llevaba de fracaso en fracaso. Vivió soñando y murió iluso. Sin cesar forjaba planes y formaba resoluciones que el día de su muerte estaban aún en proyecto. Siempre anduvo en vías de hacer algo que nunca hizo, por lo que un amigo suyo, Carlos Lamb, pudo decir de él: «Ha muerto Coleridge y se cuenta que ha dejado sin terminar cerca de cuarenta mil tratados de metafísica».

Todo hombre insigne alcanzó la grandeza y todo vencedor el éxito, en la medida en que aplicó sus fuerzas a determinado punto. Hogarth fijaba su atención en el objeto de estudio hasta fotografiarlo, por decirlo así, en su mente, de modo que pudiera reproducirlo a voluntad. Estudiaba cada cosa con tanto ardor, como si jamás hubiera de hallar otra ocasión para ello; y este hábito de atender al objeto de estudio, le capacitó para cuajar sus obras de maravillosos porme-

nores y reflejar en ellas el pensamiento de su época. Aunque su cultura no era muy vasta, sobresalía por su exquisita potencia de observación.

Horacio Greeley, director-propietario de *La Tribuna*, de Nueva York, escribió un celebrado artículo de fondo valiéndose de la copa del sombrero como de pupitre, desde la escalinata del palacio de Astor, mientras desfilaba por las calles una imponentísima manifestación.

Ofendido cierta vez un particular por un cáustico artículo inserto en dicho periódico, se presentó en la redacción preguntando por el director. Le introdujeron en un apartado gabinete donde Greeley estaba con la cabeza gacha emborronando cuartillas. El enojado visitante le preguntó si era el señor Greeley, y éste respondió, sin levantar la vista del papel: «Sí, señor; ¿qué deseaba usted?» El iracundo caballero se desató entonces en improperios. Entretanto seguía Greeley escribiendo cuartilla tras cuartilla, sin alterarse en lo más mínimo ni mirar siquièra al vociferador. Finalmente, al cabo de veinte minutos de apasionados desahogos, como jamás cayeran sobre periodista alguno, el colérico caballero se cansó de tanto gritar y dió repentinamente media vuelta en actitud de marcharse. Entonces miró Greeley por primera vez al visitante, se levantó de la silla y acercándosele golpeóle familiarmente

en el hombro, y con amistoso acento le dijo: «No se vaya usted, amigo; siéntese usted y tranquilice el ánimo. Le será a usted muy provechoso, y después se encontrará mucho mejor. Además, así me ayudará usted a reflexionar sobre lo que estaba escribiendo. No se vaya usted».

El propósito fijamente definido ha caracterizado siempre a los hombres afortunados.

De Daniel Webster decía Sydney Smith, que se le antojaba una máquina de vapor con pantalones. Lord Brougham tenía un talento muy dúctil, y aunque su bufete era de los más lucrativos y sus méritos le llevaron a la Cancillería del Reino Unido y obtuvo el aplauso de los doctos por sus investigaciones científicas, su vida fué en conjunto un completo fracaso, pues todo lo hacía a saltos y nada continuadamente, hasta el punto de no dejar huella que sobreviviese a su fama.

Dice de él la señorita Martineau:

> Estaba lord Brougham en su castillo de Cannes cuando empezó a cundir el daguerreotipo. Un profesional de este nuevo procedimiento tomó una vista del castillo con un grupo de moradores asomados al balcón, entre ellos el lord, a quien el artista rogó que se mantuviera sin moverse durante cinco segundos. Así lo prometió Brougham, pero no pudo cumplirlo, y en consecuencia, salió un manchurrón en vez de su imagen. Esto es muy significativo si se tiene en cuenta que la figura de lord Brougham hubiera podido destacarse en el centro del cuadro

de nuestro siglo, de no estarse moviendo sin cesar de uno a otro lado, de suerte que siempre aparece un borrón donde debiera verse la figura de lord Brougham. ¡Cuántas vidas quedan borrosas por falta de propósito!

Fowell Buxton atribuía sus éxitos a la entereza con que se aplicaba cada vez a un solo objeto, pues siempre triunfa la inquebrantable persecución de un solo ideal. *Non multa sed multum:* no muchas cosas, sino mucho de una sola vez, fué el lema de Coke.

La casi invisible punta de una aguja y el agudo y sutilísimo corte de la segur abren el camino por donde pasa lo más recio de su masa, que sin la punta o el filo quedaría embotada e inútil. Así el hombre de una sola modalidad de actuación, el hombre agudo, se abre camino a través de los obstáculos y logra éxitos brillantes. Mientras por una parte hemos de evitar la limitación de nuestra actividad a un objeto tan mezquino que nos impida ejercitar todas nuestras facultades, por otra parte hemos de precavernos contra la versatilidad de mente y ánimo.

Dice Praed de un hombre veleidoso:

Es su hablar como corriente que fluye con variable curso de peñas a flores y resbala de la política al retruécano y se desliza de Mahoma a Moisés. Empieza tratando de las leyes a que los planetas obedecen en sus radiantes cursos y acaba explicando el modo de desollar anguilas y de herrar caballos.

Si a un niño se le enseña a andar con la vista atenta a determinado punto, no vacilará en la marcha, mientras que si distrae la atención se caerá muy fácilmente. Al joven que hoy día solicita un empleo, no se le pregunta en qué colegio se ha educado ni quiénes fueron sus ascendientes, sino *qué sabe hacer*. Se exige de él una aptitud especializada. La mayor parte de los gerentes de las grandes casas de comercio ascendieron a tan elevado puesto desde la ínfima condición de meritorios.

Por regla general, todo cuanto anhela el corazón pueden lograrlo la cabeza y las manos. En quien lleva a cabo una empresa afortunada echamos de ver la intensa fuerza de concentración que enfoca todas las facultades anímicas en un invariable propósito y a realizarlo se encamina perseverantemente contra cualquiera dificultad, con energía bastante para sobreponerse a todas las pruebas, desalientos y tentaciones.

Nos dicen los químicos que una hectárea de hierba tendría fuerza sobrada para mover todos los molinos del mundo, con tal de concentrarla sobre el pistón de una máquina de vapor; pero, como está latente, no tiene valor dinámico.

Dice el doctor Mathews que el hombre cuya atención se divierte a distintos objetos, muy pronto pierde sus energías y con ellas el entusiasmo. A esto añade Waters:

No os entretengáis jamás en especulaciones, porque vana será vuestra labor. Trazaos un plan, tened un objeto, estudiadlo bajo todos sus aspectos y el trabajo os conducirá al éxito. Al decir que no os entretengáis en especulaciones, me refiero al estudio de materias sin aplicación inmediata, pues fuera lo mismo que comprar en almoneda una placa de puerta con determinado nombre, en espera de aprovecharla algún día.

El propósito definido es la característica de todas las artes. No hay pintor tan hábil que pueda trasladar al lienzo multitud de escenas con figuras del mismo relieve pictórico. El artista verdaderamente genial sabe expresar la más sintética unidad en la más dilatada variedad y entre luces y sombras concentra la idea capital del tema en la figura dominante, a la que subordina todas las demás. De la propia suerte, el hombre equilibrado se forma un propósito capital donde enfoca todas las potencias anímicas que en él hallan adecuada expresión. La naturaleza no desperdicia ni una dina de energía ni deja nada a la casualidad. Desde que el mundo objetivo surgió del caos, todos los elementos cósmicos tienen delimitado el campo de su acción. Cada hoja, cada flor, cada piedra, cada átomo entraña en sí las definidas funciones de su naturaleza, que necesariamente culminan en el hombre, corona de la creación terrestre.

A los jóvenes se les suele enseñar a poner la voluntad en elevados ideales; pero, ante todo, debemos aspirar a lo que nuestra mirada alcance. No basta la generalización del propósito. La saeta disparada del arco no se desvía para ver en dónde podrá dar, sino que derechamente se dirige al blanco. La brújula no va señalando uno tras otro los astros en busca del que más le agrade; y aunque todos tratan de atraerla y el sol fulgura y el meteoro resplandece y la estrella centellea para aquistar su magnético amor, la brújula, fiel a su instinto, se inclina infaliblemente hacia la polar estrella, como dedo que sin engaño señala al Norte entre los fragores de la tempestad y las serenidades de la calma. ¿Por qué esta preferencia? Porque mientras las demás estrellas se mueven aparentemente en su celeste circuito, la polar no muda su posición respecto de la tierra. Así en el sendero de la vida encontraremos luminosos atractivos que intentarán desviarnos de nuestro ideal y apartarnos de la verdad y del deber; pero ni los satélites de prestada luz ni los resplandecientes meteoros desviarán la brújula de nuestro propósito de la estrella polar de su esperanza.

ADICIÓN DEL EDITOR

El breve pero exquisito capítulo en que Marden trata de la concentración de la energía nos mueve a considerar que si bien el autor no interpola entre los ejemplos y citas ninguno que a España se refiera, no es porque nuestra nación no haya tenido hombres que supieran concentrar toda la energía de su ser en determinado propósito. Cataluña, dicho sea sin asomo de ultrapatriotismo, es una de las regiones españolas que mayormente ofrece tan admirables aunque no ruidosos ejemplos de hombres que triunfaron de la adversidad y rindieron a la voluble fortuna por haber concentrado sus energías en un solo propósito. Ya dicen los catalanes que no pasa de pobre el hombre de muchos oficios, y así es que en Cataluña, con mayor intensidad acaso que en los Estados de la Unión norteamericana, resplandece el amor al trabajo perseverante y sostenido que se concentra en una sola modalidad activa.

Un viajante catalán, cuyo nombre poco importa, aunque bien lo recordamos, no quiso ocuparse en su vida comercial de otro artículo que el de abanicos, y a pesar de ser objeto de temporada, y, por lo tanto, no muy lucrativo en apariencia, logró agenciar en pocos años sobrada fortuna para vivir en desahogada independencia. Pero nuestro hombre no pensaba ni hablaba en las veinticuatro horas del día de otra cosa que de abanicos, fuese quien fuese su interlocutor. Para él no tenía interés la política, ni los teatros, ni las murmuraciones sociales, ni conmovía su ánimo acontecimiento alguno. La pasión de su vida fué la venta de abanicos, como intermediario entre el fabricante y el mercader, y en aquella labor concentró de tal manera su energía, que en el

promedio de su carrera conocía el artículo bajo todos sus aspectos tan acabadamente como el buen sastre pueda conocer el paño, y de este modo logró que los fabricantes japoneses y valencianos se disputaran sus servicios.

Maravilla el incremento que, en menos de un siglo, han tomado en Cataluña las manufacturas textiles, con vastas fábricas cuyo infatigable traqueteo no cesa ni de día ni de noche. Pues si indagáramos el origen de esas poderosas firmas fabriles capaces de valerse de sus talonarios como de ariete para debelar los más importantes establecimientos bancarios, veríamos en sus fundadores otros tantos ejemplos del hombre de condición humilde que, sin más bienes de fortuna que sus aptitudes congénitas ni más capital que su férrea voluntad, concentró sus energías en el telar, y tras persistentes esfuerzos acabó por dar a su patria un potísimo elemento de riqueza. Pero aquellos hombres no se ocuparon a la vez en dos negocios dispares ni fraccionaron sus energías en labores antagónicas. A una sola se dedicaron con la firmeza del mártir, la fe del apóstol y el convencimiento del confesor, y al concentrar en ella todas las potencias de su ser fueron como espejos ustorios capaces de convertir en lumbre viva los dispersos rayos solares.

También echamos de ver análogas cualidades de laboriosidad, perseverancia y concentración de la energía en Basconia, cuya metrópoli industrial, Bilbao, ha dado hermoso ejemplo de virilidad desarrollando sus industrias en pocos años. Por otra parte, algunas poblaciones de Valencia, Asturias, Galicia y Andalucía despiertan y concentran sus energías en estas corrientes de afirmación social.

VII. EL TRIUNFO DE LA DILIGENCIA

VII. EL TRIUNFO DE LA DILIGENCIA

En el gran reloj del tiempo sólo hay una palabra: *ahora.*

Notad la sublime exactitud con que la tierra recorre una órbita de 936 millones de kilómetros y llega al solsticio en el preciso momento, sin un segundo, ¡qué digo un segundo! sin una millonésima de segundo de retraso, a pesar de que siglos y siglos ha se mueve en tan arriesgado camino.—EDUARDO EVERETT.

¿Quién no ve cuán singularmente se desenhebran los hilos de nuestro destino? A veces la ocasión propicia sólo dura un instante. Por desaprovecharla perdemos meses y años.

Por la calle del ya voy se va a la casa del nunca.—CERVANTES.

Si perdemos el día de hoy en la holganza, lo mismo nos sucederá mañana y peor todavía pasado mañana. Agarremos los instantes por la punta. —SHAKESPEARE.



N tiempo de Enrique VIII de Inglaterra no había oficinas de Correos y se mandaban las cartas por mano de postillones del rey, so pena de horca si se entretenían por el camino. Así es que en los mensajes se acostumbraba a dibujar un postillón ahorcado, con este letrero: «Date prisa, postillón, porque te va la vida».

También era un crimen la innecesaria demora en tiempo de las galeras y diligencias, cuando se empleaba un mes de fatigoso viaje en recorrer distancias que hoy salvamos en pocas horas.

Las dilaciones producen perjudiciales efectos. A Julio César le costó la vida el haberse detenido a leer un parte antes de entrar en el Senado. El Coronel Rahl, que mandaba las tropas en Trenton, estaba jugando a los naipes cuando recibió un parte con el aviso de que Washington cruzaba el Delaware; pero se guardó el parte en el bolsillo para leerlo luego de terminada la partida, y cuando reunió a sus soldados era demasiado tarde. Murió en la acción y toda su gente quedó prisionera. Unos cuantos minutos de demora bastaron para la pérdida del honor y la vida.

El éxito es hijo de la exactitud. Hay circunstancias de la vida en que si la mente titubea y los nervios se relajan todo está perdido.

El 3 de mayo de 1861 escribía Andrew, gobernador de Massachusetts, al presidente Lincoln:

Al punto de recibir vuestra orden hemos proseguido la guerra con el espíritu de que creemos poseído al gobierno y al pueblo americano, es decir, como si en el mundo no hubiese una pulgada de galón rojo.

La orden de Lincoln, expedida desde Washington el lunes 15 de abril de 1861, le pedía todas las

tropas disponibles, y a las nueve de la mañana del siguiente lunes, respondió Andrew:

Todos los regimientos de Massachusetts están ya o en Washington o en la fortaleza de Monroe o en camino para defender el Capitolio. Lo único que me interesa es lo que debo hacer, y una vez hecho, qué más he de hacer.

Dice Ruskin:

La edad juvenil es esencialmente de formación, edificación e instrucción. No hay en esta edad ni una hora que no influya en nuestro destino, ni un momento que, una vez pasado, nos permita dar en hierro caliente el martillazo que a su debido tiempo descuidamos.

Napoleón daba capital importancia al momento decisivo, al instante crítico que bien aprovechado en las batallas determina la victoria y perdido en vacilaciones ocasiona la derrota. Declaraba que había vencido a los austriacos porque desperdiciaron cinco minutos, y que entre los menudos contratiempos convergentes a la rota de Waterloo fué el de mayor monta el retraso en iniciar el ataque y la incomparecencia de Grouchy en el campo de batalla. Aquella demora fué suficiente para deportar a Napoleón a Santa Elena y alterar el destino de millones de hombres.

Muy conocido es el axioma de que cuanto puede hacerse en cualquiera ocasión suele no hacerse en ninguna. La «Sociedad Africanista», de

Londres, acordó enviar al África al viajero Ledyard, y como le preguntaran cuándo estaría dispuesto a partir, respondió: «Mañana por la mañana».

Juan Jervis, después conde de San Vicente, dijo en ocasión memorable que *inmediatamente* podía tomar el mando de su buque. Colín Campbell, nombrado general en jefe del ejército de la India, respondió también al recibir el nombramiento que marcharía al día siguiente.

La energía malgastada en demorar para mañana el deber del día bastaría a cumplirlo en la mayor parte de los casos. Además, ¡cuán penosas y repulsivas son las tareas atrasadas! Lo que hubiera podido hacerse a su tiempo con placer y aun con entusiasmo, se convierte en labor ingrata por demorarlo días y semanas. Nunca es más fácil contestar una carta que luego de recibida. Muchas casas comerciales de importancia tienen por ley no aplazar hasta el otro día el despacho de la correspondencia.

La presteza en la acción elimina el aburrimiento en toda labor emprendida. Toda dilación equivale a no hacer lo que se difiere, y en cambio, toda tarea comenzada está ya medio hecha.

Las acciones son como las semillas, que para fructificar requieren oportunidad de siembra. El verano de la eternidad no tendría fuerza suficiente para madurar el fruto de una labor demorada. Si un astro se retrasara un segundo en su carrera, quedaría roto el concierto del universo.

Confesaba Cobbett que debía sus éxitos a la diligencia, en mayor grado que a todas sus demás cualidades reunidas. A la prontitud en la acción debió sus adelantos en la carrera militar, pues si había de entrar de guardia a las diez, estaba ya dispuesto a las nueve y nunca hubo de esperar nadie ni un minuto por su tardanza.

Le preguntaron a sir Walter Raleigh: «¿Cómo se las arregla usted para hacer tantas cosas en tan poco tiempo?» A lo que respondió: «Cuando he de hacer algo, lo hago».

Un estadista francés decía a los que se admiraban de verle cumplir sus deberes políticos sin menoscabo de los sociales: «Nunca dejo para mañana lo que puedo hacer hoy». Precisamente por «no hacer hoy lo que podía dejar para mañana», fracasó en sus planes otro hombre público.

Decía Cotton sobre este propósito:

¡Mañana! Es un fullero que apuesta su penuria contra la abundancia; un ladrón que asalta tu caja y te paga después con deseos, esperanzas y promesas, caudal de los mentecatos. ¡Mañana! Es un período que no se halla en ningún cómputo de tiempo y si acaso en el almanaque del loco. La prudencia repugna la palabra ¡mañana! y se aparta de los que la patrocinan. Está tejida con

el hilo de los sueños y tiene tan deleznable fundamento omo las fantásticas visiones del anochecer. ¡Oh! cuántos fracasados podrían decir: «pasé la vida en espera del mañana».

Cuenta Carlos Reade el caso de Noé Skinner, un empleado infiel que, después de resolverse a la restitución de la cantidad desfalcada, cayó en sopor, y al despertar echó la última mirada a los billetes y murmuró: «¡Por mi vida, que pesan en la conciencia!» Pero de pronto, le vino la idea de dilatar la restitución hasta el otro día y dió con ello tiempo a que le prendieran.

Mañana es el mote del diablo; el favorito refugio de la pereza y la inepcia; la sima que se traga los proyectos esbozados y las resoluciones demoradas. Hay dos sapientísimos proverbios que dicen: «Machacad el hierro mientras esté caliente». «Segad el heno mientras brille el sol». Pocos advierten el momento en que les acomete la pereza. A unos les invade después de comer; a otros después de almorzar; a algunos después de la cena. Todos tenemos cotidianamente una hora crítica que es preciso emplear, en vez de malgastarla, si queremos aprovechar bien el día. En la mayor parte de las gentes, las primeras horas de la mañana determinan el éxito diario.

En cierta ocasión ponderaba un sujeto la habilidad y valor de Mayenne en presencia de Henry, quien respondió al interlocutor: «Tenéis razón; es un valeroso capitán, pero yo siempre me levanté cinco horas antes que él». En efecto, Henry se levantaba a las cuatro de la mañana y Mayenne a las diez. Esta era la diferencia entre ambos.

La indecisión suele tomar caracteres morbosos y la negligencia es su preludio. El único remedio de la indecisión es la inmediata decisión. De donde no, la indolencia es fatal para el éxito de toda empresa. Quien vacila, está perdido.

Dice un notable escritor que la cama es como un haz de paradojas, porque nos metemos en ella de mala gana y nos levantamos de peor. Todas las noches resolvemos levantarnos tempranito al otro día; pero siempre se opone el cuerpo a la realización del propósito.

Sin embargo, la mayor parte de los hombres eminentes fueron muy madrugadores. Pedro el Grande se levantaba antes del alba, porque quería vivir todo lo más, y por lo tanto, dormir todo lo menos posible. Alfredo el Grande se levantaba antes de amanecer. En las primeras horas de la mañana trazaba Colón el plan de sus viajes y Napoleón el de sus campañas. Copérnico madrugaba con el día y lo mismo hicieron los más famosos astrónomos antiguos y modernos. Bryant se levantaba a las cinco; Bancroft con el alba; y

también fueron madrugadores Washington, Jefferson, Webster, Clay y Calhoun. Daniel Webster solía contestar de veinte a treinta cartas antes del almuerzo. Walter Scott fué muy puntual en todas sus cosas y en esto estuvo el secreto de su prodigiosa labor. Se levantaba a las cinco, y a la hora de almorzar tenía ya agarrada por el cuello la tarea de aquel día. Cierta vez, un joven que acababa de obtener un empleo escribió al ilustre novelista pidiéndole consejo, y le respondió: «Sobre todo, evite usted el vicio de perder el tiempo. Haga usted al punto lo que haya de hacer y no descanse hasta que lo haya hecho».

Poco más pudiera decirse sobre la costumbre de levantarse temprano. Con ocho horas de sueño hay de sobra y muchas veces bastan siete. El hombre laborioso tiene por primera ocupación saltar de la cama y ponerse al trabajo.

Dice Hamilton acerca del particular:

Cuando Dios dió la existencia al hombre, le dió también una labor que realizar, con el tiempo necesario para cumplirla, de modo que, si oportunamente la comenzara, no le faltaría ni sobraría tiempo para concluirla. La labor y el tiempo van como dos líneas paralelas, una más corta que otra, con la particularidad de que el trabajo adelanta al tiempo. Hay hombres que si no desarreglados en sus cosas, tampoco se distinguen por su diligencia. Echan las cartas al correo precisamente después del cierre. Llegan al muelle cuando el buque acaba de zarpar y a la estación cuando el tren acaba de salir. No faltan a sus compromisos ni a sus deberes; pero, desgraciadamente, son tardíos en su cumplimiento.

Una cita es tan sagrada como palabra de casamiento. El que falta a ella sin fuerza mayor es un mentiroso y como tal ha de mirarle el mundo.

Dice sobre este particular Horacio Greeley:

Si un hombre no tiene miramiento alguno por el tiempo de los demás, ¿cómo podrá tenerlo por su dinero? ¿qué diferencia hay entre quien roba el tiempo y quien roba el dinero? Hay hombres para quienes cada hora de labor es más valiosa que cinco dólares.

El presidente Washington acostumbraba a comer a las cuatro, y en cierta ocasión convidó en la Casa Blanca a los diputados recién elegidos, quienes se molestaron de que al llegar estuviese ya el presidente sentado a la mesa; pero Washington les dijo: «Mi cocinero nunca pregunta si han llegado los convidados, sino si ya es hora de comer». En otra ocasión, como su secretario excusara la tardanza en llegar a la oficina diciendo que se le había atrasado el reloj, repuso· «Pues entonces se ha de comprar usted otro reloj o yo habré de tomar otro secretario».

Franklin le dijo a un criado tardío en el servicio, pero con la excusa siempre a punto: «El hombre hábil en excusarse no sirve para otra cosa».

Napoleón convidó una vez a sus mariscales a comer; pero como tardaran en venir se sentó a la mesa y precisamente llegaron cuando él acababa. Entonces les dijo: «Señores, ya hemos comido y vamos ahora a trabajar».

Blücher era uno de los hombres más activos de su época y los soldados le apellidaron e general Adelante.

Juan Quincy Adams llegaba siempre con puntualidad a sus obligaciones, y el presidente de la Cámara de Diputados abría la sesión en cuanto Adams ocupaba su escaño. En cierta ocasión dijo un diputado que ya era hora de empezar la sesión, a lo que repuso otro: «No, porque el señor Adams no está todavía en su asiento». En efecto, se vió que el reloj adelantaba tres minutos, y al dar la hora llegó el diputado Adams.

La misma puntualidad observaba Webster en el colegio, en el foro, en el congreso y en sociedad.

Entre los cuidados de su atareada vida, acudía Horacio Greeley puntualísimamente a las citas que se le daban, y escribió más de un suelto de *La Tribuna* mientras esperaba a los tardíos.

La puntualidad es el alma del trabajo, como la concisión lo es del ingenio.

Durante el primer septenario de su carrera mercantil no consintió Amós Lawrence que ni una sola nota quedara en suspenso de sábado a lunes. Dícese que la puntualidad es la cortesía de los reyes. Algunos hombres van siempre a la zaga del negocio y se les ve de continuo azacanados como si se les escapara el tren. Estos tales carecen de método y rara vez llevan a cabo labores intensas. Todos los hombres activos saben que hay momentos de que depende la suerte de años enteros. Algunos minutos de retraso en llegar al Banco puede ocasionar el protesto de una letra con quebranto de vuestro crédito.

Una de las mayores ventajas de la vida escolar en los internados e que el toque de campana establece en el colegial hábitos de diligencia para acudir con puntualidad a los actos del servicio docente. Todo joven debiera tener un cronómetro para distribuir con exactitud el tiempo, pues los relojes imprecisos fomentan la negligencia y resultan caros por baratos que sean.

Dice H. C. Brown:

¡Cuán estimable es el joven puntual! ¡Cuán fácilmente nos acostumbramos a servirnos de él y a confiarle asuntos de importancia! El joven que cobra fama de puntualidad coloca el primer plazo del capital que años más tarde ha de asegurarle el éxito.

La actividad, madre de la confianza y nodriza del crédito, demuestra la ordenación de nuestros negocios y despierta en los demás confianza en nuestra aptitud.

El retraso de un conductor puede determinar un terrible choque. La tardanza de un agente en colocar fondos puede producir la quiebra de una razón social. Un inocente puede morir en el patíbulo por la demora del mensajero que lleva la orden de indulto. Un pasajero se detiene cinco minutos a oir una conversación frívola y pierde el tren o el buque por un minuto de retraso. Grant resolvió ponerse en marcha apenas se rindiese la fortaleza de Sumter, y cuando Buckner le envió parlamentarios con objeto de estipular la capitulación, repuso resueltamente: «No cabe otra condición que la entrega inmediata sin condiciones, so pena de atacar sin pérdida de tiempo». Buckner respondió diciendo que las circunstancias le obligaban a someterse al vencedor.

Los hombres que, como Napoleón, saben discernir en los momentos críticos las cosas de capital importancia y sacrifican a ellas las subalternas, están seguros del triunfo.

Muchos fracasados lo fueron por no saber aprovechar el minuto. «Demasiado tarde» debiera ser el epitafio de los vencidos en las batallas de la vida. Pocos minutos median entre la victoria y la derrota, entre el éxito y el fracaso.

ADICIÓN DEL EDITOR

Aprovechar el minuto, pero aprovecharlo de modo que la diligencia no degenere en precipitación, es verdaderamente muy valioso elemento de éxito cuando le acompañan otros tan necesarios como éste. La diligencia de Lope de Vega en llevar comedias al teatro en horas veinticuatro *no puede servir de ejemplo a nuestro propósito, sino que hemos de encomiar aquella diligencia enemiga y contraria de la pereza que tiene muchos puntos de contacto con el espíritu de continuidad y recibe el poderoso auxilio de la perseverancia. Dice Marden que pocos minutos median entre la victoria y la derrota, entre el éxito y el fracaso; pero como, por las razones ya expuestas en otro lugar, sólo nos ofrece ejemplos entresacados de la vida de hombres nacidos en tierra extraña, justo es recordar un episodio de la historia de España, del que fueron protagonistas los generales Prim y O'Donell en la inolvidable campaña de Africa de 1860.*

Un pulquérrimo escritor, Pedro Antonio de Alarcón, relata dicho episodio en su Diario de un testigo de la guerra de Africa *en estos términos, extractados lo más concisamente posible:*

«Falto de fuerzas el general Prim, pues la línea de combate se había hecho más extensa, apeló a todos los recursos para contener al enemigo, cada vez mayor en número. Por fortuna, el general O'Donell, que seguía desde el Morabito las vicisitudes de la batalla, comprendió el comprometido trance en que se encontraba Prim, y le envió el regimiento de Córdoba. Este refuerzo no pudo llegar más a tiempo, *pues los españoles se replegaban ya al empuje ap*

los moros. Prim ordena a los soldados de Córdoba que suelten en tierra las mochilas, deja un batallón de reserva, pónese a la cabeza del otro y avanza a contener el alud de enemigos que amenaza sepultar bajo su mole los restos del regimiento del Príncipe.

¡Inútiles esfuerzos! ¿Qué son quinientos hombres más cuando se trata de resistir a miles y miles de bestias feroces que se descuelgan de las cumbres de la montaña? El batallón de Córdoba cedió también ante las huestes africanas sin ganar una línea de terreno. El que lo intentaba moría. Los jefes y oficiales, puestos a la cabeza de sus tropas, pugnaban por arrastrarlas en pos de sí; pero al primer paso caían atravesados por las balas enemigas y su heroico denuedo servía solamente para demostrar más y más la inutilidad de la resistencia.

Yo vi a Prim en aquel supremo instante. Es preciso conocer a aquel hijo de la guerra, a aquel fiero catalán, a aquel ardiente soldado, para imaginarlo en tan crítica situación. Estaba pálido y casi verdoso. Sus ojos lanzaban rayos; su boca, contraída, dejaba escapar una especie de rugido, que lo mismo parecía lamento que histérica carcajada. Hallábase al frente de los de Córdoba, delante de todos, con el caballo vuelto hacia ellos, la espada desnuda, retorcido el musculoso cuerpo bajo el holgado uniforme, tranquilo y arrebatado a un mismo tiempo su corazón, como debe de estarlo el del hombre que va a atentar contra su vida.

Ya lo había apurado todo; arengas, amenazas, órdenes, palabras de camarada y amigo. Por segunda vez había intentado aquella arremetida dificultosa y por segunda vez el regimiento de Córdoba se

había estrellado contra una bocanada de viento cuajado de mortífero plomo.

Y el enemigo avanzaba entretanto y las posiciones conquistadas a precio de tanta sangre española iban a quedar por suyas.

Prim ve ondear el estandarte de España en manos del abanderado de Córdoba. El semblante del general se ilumina con el fuego de súbita inspiración. Lánzase sobre la bandera, la toma en sus manos, tremólala en torno suyo como si quisiera identificarse con ella, y rigiendo su caballo hacia las balas enemigas y volviendo la cabeza a los batallones que deja atrás, exclama con tremebundo acento:

¡Soldados! Vosotros podéis abandonar esas mochilas porque son vuestras; pero no podéis abandonar esta bandera, porque es de la patria. Yo voy a meterme con ella en las filas enemigas. ¿Permitiréis que el estandarte de España caiga en poder de los moros? ¿Dejaréis morir solo a vuestro general? Soldados... ¡viva la reina!

Dice, espolea el caballo, y sin reparar en si va solo o le sigue la infantería, cierra contra las huestes contrarias con la bandera amarilla y roja desplegada al viento, suspendiendo por un instante la furia de los marroquíes, que contemplan asombrados tan grandiosa e impávida figura.

Los batallones de Córdoba no han sido sordos a aquella voz irresistible. ¡Viva nuestro general!, *gritan vigorosamente, y se abalanzan en pos de él sobre los moros y caen cadáveres sobre cadáveres y las bayonetas se cruzan con las gumías y mézclase la sangre infiel con la cristiana y la victoria ciérnese indecisa sobre los revueltos combatientes.*

Las cornetas siguen tocando ataque; los marro-

quies asordan el espacio con sus gritos; el arma blanca y la de fuego juegan indistintamente; el humo es tan denso, que no permite distinguir al amigo del adversario; pero la bandera española reluce siempre sobre la tormenta y siempre en manos de nuestro afortunado caudillo. ¡Las balas que silban y cruzan a su alrededor, que siembran la muerte por todos lados, que hieren a sus ayudantes, que alcanzan a su caballo, respetan la vida de aquel soldado vestido de general, del que sobresale entre todos y ostenta en su mano nuestra adorada y venerable enseña!

Aunque tan superiores en número, los marroquíes, que habían empezado por detenerse ante aquellos mil hombres resueltos todos a morir o vencer, concluyeron por aterrarse, por abandonarnos armas, cadáveres y prisioneros, por apelar a la fuga y desaparecer en las fragosidades del monte.»

La presteza en la acción dió a Prim el triunfo en aquella inolvidable jornada, cuyo ejemplo no podía faltar entre los que sirven de estímulo a la diligencia.

VIII. LOS BUENOS MODALES

VIII. LOS BUENOS MODALES

Acostumbrad a un niño a la finura de trato y hábitos urbanos y le haréis dueño de palacios y riquezas doquiera que vaya. No ha de afanarse en poseerlos, porque ellos solicitarán que los posea. — EMERSON.

Sombrero en mano se conquista el mundo. — *Proverbio alemán.*

Para conseguir lo que quieras te valdrá más la sonrisa que la espada.—SHAKESPEARE.

La urbanidad puede compararse a un cojín neumático, que parece fofo y, sin embargo, sirve admirablemente para recostarnos. —JORGE L. CAREY.

Por buena que sea la cuna, mejor es la buena crianza. — *Proverbio escocés.*

La conducta equivale a las tres cuartas partes de la vida. — MATEO ARNOLD.



UN jefe militar reprendía severamente a un soldado por ciertas faltas de comportamiento, diciéndole que se había de conducir en todo como si ya llevase las insignias de oficial. Y en verdad que los buenos modales nos son necesarios en todas las profesiones y circunstancias de la vida.

Le decía el aquilón al céfiro:

¿No quisieras igualarme en poder? Levanto la tempestad a lo largo de la costa. Troncho el mástil de un buque con tanta facilidad como tú doblas un cardo. De un aletazo siembro de añicos de buque el mar costero desde el Labrador al cabo de Hornos. Sublevo el Atlántico. Soy el terror de los valetudinarios que para precaverse de mí y evitar que les cale la medula de los huesos devastan los bosques y explotan la hulla para alimentar sus hornos. Mi aliento empuja a las gentes al sepulcro. ¿No quisieras mi poderío?

Sin responder, el céfiro batió alas desde las bóvedas del firmamento, y ríos, lagos, mares, selvas, campos, brutos, aves y hombres sonrieron a su paso. Florecieron los jardines, maduraron los vergeles, doraron las mieses, navegaron bajo el azul del cielo las avellocinadas nubes, se hinchieron las alas de las aves y las velas de los buques y por doquiera rebosó todo de salud y dicha. Hojas, flores y frutos respondieron por el céfiro, alegres y hermosos y de cálida vida henchidos, a la pregunta del soberbio aquilón.

Cuenta la historia que cierta vez la reina Victoria de Inglaterra habló altaneramente a su esposo el príncipe Alberto, quien resentido se encerró en su cuarto. A poco llamaron a la puerta.

— ¿Quién es? — preguntó el príncipe.

— Soy yo. Abrid a la reina de Inglaterra.

No hubo respuesta. Al cabo de un buen rato

oyó el príncipe suaves golpecitos, seguidos de estas cariñosas palabras:

— Soy Victoria, tu esposa.

No es necesario añadir que abrió al punto la puerta el ya desenojado príncipe. Se ha dicho que la cortesía es al hombre lo que la hermosura a la mujer: dispone desde luego a su favor.

El duque de Marlborough escribía muy mal y hablaba peor; y sin embargo, fué árbitro de los destinos de las naciones. El irresistible hechizo de sus modales influyó en toda Europa. Su fascinadora sonrisa y atractiva palabra desvanecían los odios y mudaban en amigo al enemigo.

Cierta vez, llevó un caballero a su hija, joven de diez y seis años, a presenciar en Richmond el juicio oral de su acérrimo enemigo Aarón Burr, acusado de alta traición. Pero la joven quedó tan prendada de los distinguidos modales de Burr, que fué a sentarse entre sus amigos, sin ocultar el deseo de que lo absolvieran, a pesar de la contrariedad de su padre por ello. Cincuenta años después, decía, la ya señora mayor, que en aquella ocasión sintió la magia de los buenos modales.

La señora Récamier tenía tanto ángel, que cuando en la iglesia de san Roque de París le tocaba hacer la colecta, caían veinte mil francos en el cepillo. Era tal su popularidad, que al entrar Napoleón en París de vuelta de la campaña de

Italia, la multitud se fijaba en ella de modo que parecía olvidar al victorioso general.

La señora de Maintenon era de tan afable trato, que sus convidados olvidaban las tribulaciones de la vida oyendo embelesados su conversación.

Cuenta Sainte Beuve que, al regresar de Chambery, unos excursionistas se acomodaron en dos coches. Los del primero refirieron al llegar que les había sorprendido una espantosa tormenta; pero los del segundo coche escucharon el relato con extrañeza, pues no habían notado nada anormal durante el viaje, porque abstraídos del mundo, vinieron embelesados en la conversación sostenida entre la señora Stael, la señora Récamier, Benjamín Constant y Schlegel. El deleite de la conversación les había hecho insensibles al contacto del mundo exterior. Decía la señora de Tesse: «Si yo fuese reina, mandaría a la señora Stael que diariamente departiese conmigo». Como dice Longfellow de *Evangelina:* «Cuando acababa de pasar, parecía como si cesase arrobadora música».

La señora Stael no era hermosa ni muchos menos, pero tenía aquel algo inexplicable que confunde a la belleza convencional. Su influjo entre los hombres cultos era admirable y el mismo Napoleón temió la influencia que ejercía en la sociedad de su época, hasta el punto de prohibir sus obras y desterrarla de Francia.

Arturo M. Cavanaugh no tenía brazos ni piernas, y un huésped que en su casa estuvo durante dos semanas, mostraba curiosidad por notar cómo se las compondría para comer; pero la conversación y trato de Cavanaugh eran tan atrayentes, que el forastero apenas se daba cuenta de la lisiadura de su hospedero.

De Dickens cuenta uno de sus íntimos, que cuando entraba en un salón parecía como si de repente brotara viva llama cuyo ardor se comunicase a los circunstantes.

De Goethe se dice, que cuando entraba en un restaurán, los comensales soltaban tenedor y cuchillo para mirarle con respetuosa curiosidad.

Cuando a Filipo de Macedonia le informaron del famoso discurso de Demóstenes, dijo: «Si yo hubiese estado allí, de seguro me persuadiera a tomar las armas contra mí mismo».

Enrique Clay era tan simpático y agradable, que mientras viajaba con un matrimonio de Pennsylvania le rogaron ambos cónyuges que les pronunciara un discurso.

La dialéctica del famoso jurisconsulto Choate era tan irresistible como sus modales, y a propósito de él decía un candoroso miembro del jurado: «No me parece Choate muy elo uente, sino más bien un juris onsulto de suerte, porque en las

cinco causas a que asistí como jurado, se mantuvo en irreprensible corrección».

Cuando Eduardo Everett tomó posesión de su cátedra de Harvard, después de cinco años de estudios en el continente, llegaron los estudiantes a venerarle con adoración, por la exquisita finura de sus modales y la mágica atracción de su carácter, cuya influencia todos sentían y nadie era capaz de explicarse.

Una señora neoyorquina se acomodó en un coche del tren que iba a salir para Filadelfia, cuando un caballero que frente a ella se sentaba encendió el cigarro. La señora se puso a toser con muestras de viva agitación para significar tamaña inconveniencia al caballero que, sin embargo, no se dió por entendido. La señora, entonces, exclamó agriamente: «Sin duda es usted forastero y no sabe que hay en el tren un coche reservado para los fumadores. Aquí no se permite fumar». El caballero tiró el cigarro sin responder palabra; pero ¡cuál sería la sorpresa de la señora cuando el conductor le dijo que inadvertidamente había subido al coche particular del general Grant! Quedóse confusa, sin saber qué decir; pero el general, con la misma caballerosidad que le había movido a tirar el cigarro, no hizo ademán ni dirigió mirada alguna que pudiese mortificarla.

Después de telegrafiar una noticia que le había

encargado el presidente Arthur, regresó Julián Ralph al hotel en compañía de dos amigos, a las dos de la madrugada, encontrando todas las puertas cerradas. Llamó a la trasera con objeto de despertar a los criados, cuando se vió sorprendido por el mismo presidente de la república que le abría la puerta. Al excusarse Ralph, le respondió el presidente Arthur: «Es la cosa más natural. Si yo no hubiera abierto, hubiese tenido usted que esperar hasta mañana, porque nadie está levantado en casa sino yo. Hubiera podido mandar a mi lacayo negro, pero se durmió y no quise despertarlo».

Cuando Eduardo VII de Inglaterra era príncipe de Gales y el primer caballero de Europa, invitó a su mesa a un hombre eminente, quien al tomarse el café sorbió el que había quedado en el platillo. Los demás comensales se miraron con aire entre consternado y risueño; pero el príncipe, con la mayor naturalidad del mundo vertió en el platillo el café de la taza y lo sorbió tal como hiciera el inadvertido convidado. Avergonzados y silenciosos los demás, no tuvieron más remedio que seguir el ejemplo del príncipe.

La reina Victoria ofreció un título de nobleza a Carlyle, que era de estirpe plebeya. El ilustre pensador rehusó el ofrecimiento, diciendo que siempre se había conducido noblemente en todos sus

actos. Tan extraño era a la etiqueta palatina que, cuando fué presentado a la reina, exclamó a los pocos minutos de estar en pie hablando con ella: «Sentémonos, señora». Los cortesanos por poco cayeron de espaldas al oir tan insólita ocurrencia; pero una mirada de la soberana los contuvo. La suspensión de las reglas de etiqueta cortesana en este caso, tiene su explicación en que, según decía uno de sus amigos, refiriéndose a la primera vez que le vió, «había en Carlyle tan poderoso atractivo, que subyugaba al interlocutor con efecto parecido al de un hechizo o de una sugestión magnética.

Hay personas en cuyas manos parece como si vibrara un cetro, ante el cual las demás se inclinaran en gozosa obediencia. Pero, ¿de dónde les viene tan mágico poder? ¿Cuál es el secreto de la hipnótica influencia de esas personas a quienes daríamos cuanto poseemos?

No siempre son corteses los potentados. Todas las cortes reales ofrecen ejemplos de modales bruscos. En una reunión dada hace años por los príncipes de Gales, a la que sólo asistió lo más selecto de la aristocracia, al pasar la princesa Alejandra, a la sazón recién casada, por los salones de recepción, cayóse al suelo un busto de mármol de ella misma, dejando en su sitio el pedestal, sobre el que subieron algunas damas.

Catalina de Rusia ponía en las invitaciones a las veladas de palacio la siguiente advertencia:

Los caballeros no podrán beber hasta terminado el festín. Queda prohibido que los nobles maltraten a sus esposas. Las señoras no se enjuagarán la boca en la mesa ni se limpiarán los labios en los manteles ni se mondarán los dientes con el tenedor.

Sin embargo, no hay quien aventaje hoy en exquisitos modales a los nobles rusos.

La palabra etiqueta significó en un principio el marbete o tarjetilla atada a un saco de mano para indicar su contenido, y el saco que llevaba marbete pasaba sin más indagación. Posteriormente se aplicó el nombre a las tarjetas en que se anotaban las reglas que habían de observar los convidados. Estas reglas se llamaron metonímicamente la «etiqueta»; y de aquí que la manera de obrar y hablar de conformidad con ellas tomase el nombre genérico de etiqueta.

Suerte fué la de Napoleón al casarse con Josefina antes de que se le confiriese el mando superior del ejército de Italia, porque sus encantadores modales y su admirable fuerza persuasiva tuvieron más influencia que la lealtad de unos cuantos amigos para acrecentar el número de sus partidarios. Josefina era en los salones lo que su esposo en el campo de batalla. Ella misma revela el se-

creto que la erigió en emperadora, no sólo del corazón de los franceses, sino también de los países conquistados por su marido, y dice a este propósito que únicamente pronunció la palabra *quiero* para exclamar: «Quiero que a mi alrededor sean todos felices»

La finura de modales es cualidad que con ventaja compensa los defectos congénitos. La persona más atractiva es la de modales más seductores y no precisamente la de más deslumbradora hermosura. Diputaban los griegos la belleza por singular don de los dioses; pero únicamente la consideraban digna de estima cuando no la deslucían perversos o malignos sentimientos. Según el concepto helénico, la belleza debe ser síntesis de las cualidades placenteras.

Mirabeau era uno de los hombres más feos de Francia, hasta el punto de que se dijo de él que tenía cara de tigre picado de viruelas; pero su porte y actitudes eran irresistibles.

La hermosura de carácter, como la belleza artística, es incompatible con las angulosidades, y requiere, por el contrario, suavidad de líneas, de modo que airosamente se continúen en graciosas ondulaciones. Las angulosidades afean a muchas personas, que sin ellas fueran agradables, porque desmerecen nuestras buenas cualidades cuando se entreveran de rudeza, brusquedad y descom-

postura. No pocas mujeres podrían reduplicar su influencia con algo más de amable cortesía.

Según tradición, antes de pintar Apeles su admirable diosa de la Belleza, que pasmó a Grecia entera, quiso recorrer el país y observar los rasgos más sobresalientes de las mujeres hermosas, de suerte que le sirvieran de modelo para su incomparable Venus. Asimismo hemos de observar, estudiar e imitar los modales y actitudes que más nos cautiven en cuantas personas cultas tratemos. Arrojad despectivamente un hueso a un perro, y el animal se lo llevará a la boca sin la más leve señal de agradecimiento; pero si le llamáis y acariciáis para dárselo con vuestra propia mano, meneará la cola con vivas muestras de contento. El perro conoce la buena acción que con él se hace y la gentil manera de hacerla. Los que arrojan los beneficios como si fuesen huesos, no esperen sonrisas de gratitud.

Dice el doctor Guthrie de Edimburgo:

Si en Roma rogáis a un transeúnte que os oriente, os complacerá con exquisita cortesía; pero en Escocia os dirán que sigáis el viento con las narices. La culpa está en las clases superiores, cuya falta de educación malea a las inferiores. Recuerdo que durante mi estancia en París, me acompañó un banquero a una casa de huéspedes y mucho fué mi asombro al ver que el banquero saludaba sombrero en mano y llamaba señorita a la cria-

da que nos abrió la puerta. Las clases populares de París tienen modales urbanos, porque les dan ejemplos las superiores.

La cortesía vale tanto como las riquezas, y no es necesario ser rico para estar bien criado. Al hombre cortés le acogen placenteramente en todos los hogares con tanto gozo como a la luz del sol, porque en sí lleva el contento y la alegría, y desarma el recelo y la envidia con la benevolencia que por doquiera distribuye. Las abejas no clavarían su aguijón en un hombre untado de miel.

Dice sobre el caso Chesterfield:

Un hombre de buena crianza es la mejor defensa contra las impertinencias de los groseros, porque lleva en sí un aire de dignidad que aun los más petulantes respetan. La mala educación estimula, alienta y justifica la familiaridad de los tímidos. Nadie dijo jamás una inconveniencia al duque de Marlborough ni tampoco trató urbanamente a sir Roberto Walpole.

El bien nacido caballero nunca alimenta pasiones de aquellas que, como la venganza, el odio, la malicia, la envidia y la suspicacia, excitan la animosidad ajena, porque estos siniestros sentimientos encogen el ánimo y envenenan las fuentes de la vida espiritual. La generosidad y la benevolencia son cualidades inseparables de la buena crianza. Ved ahí a un hombre desabrido,

ceñudo, antojadizo, obstinado, huraño, quisquilloso y mezquino con su familia y criados, que niega a su mujer lo necesario para vestirse modestamente y la acusa de extravagancias capaces de arruinar a un millonario. Pero llaman a la puerta, entra visita y ¡oh prodigio! el tigre de poco ha se convierte en mansísimo cordero. Como por arte mágica, se muestra comunicativo, cortés y generoso. Despedidas las visitas, la hija menor de nuestro hombre le suplica que se porte siempre como durante aquel rato; pero la brusquedad renace en él y la cortesía se desvanece tan rápidamente como vino. Vuelve a ser el antipático, arrogante y fiero tigre de antes.

Los amigos del famoso doctor Johnson se apenaron de verle comer al estilo de los esquimales y oirle llamar embusteros a todos los hombres, tan sólo porque no asentían a su modo de pensar. Le pusieron por mote la Osa Mayor. Sobre esto dice Benjamín Rush que, en un banquete celebrado en Londres, preguntó Goldsmith algo relativo a los indios de América y que el doctor Johnson exclamó: «No hay en América un indio bastante loco para hacer semejante pregunta». A lo que repuso Goldsmith: «Señor mío, no hay en América un salvaje lo bastante rudo para hablar de este modo a un caballero».

Al verse ofendido Esteban A. Douglass en el

Senado, levantóse y dijo: «Un caballero no ha de responder a expresiones que un caballero no fuera capaz de proferir».

Hace dos mil años describía Aristóteles al caballero en estas palabras:

El hombre magnánimo se ha de portar con moderación en próspera y adversa fortuna. No se ha de ensalzar ni se ha de humillar. No le ha de alegrar el éxito ni apesadumbrarle el fracaso. No ha de importarle que le alaben ni que le vituperen los demás.

Un caballero es un héroe o señor cabal. Ni más ni menos. Un diamante tallado que antes estuvo en bruto. El caballero es gentil, modesto, cortés, parco en ofenderse y jamás ofensor. No es propenso a la sospecha, ni nunca piensa mal de nadie. Domina sus apetitos, refina sus gustos, avasalla sus sentimientos, refrena su palabra y juzga de los demás como de sí mismo. A semejanza de las vasijas de porcelana, necesita el caballero el esmalte antes de que por el fuego adquiera inalterable ornamento, pues todo cuanto después se añada lo desvanecerá el agua con que se lave. Quien todo lo pierde menos el valor, la jovialidad, la esperanza, la virtud y la dignidad personal es un perfecto caballero, a pesar de su pobreza.

El conde de Vergennes, ministro del gabinete de París, le decía a Jefferson, enviado a substituir a Franklin en la corte de Francia:

— ¿Viene usted a substituir a Franklin?

— No le substituyo; le sucedo. Nadie podría substituirle.

Tal fué la feliz respuesta del hombre que pronto se aquistó la estimación de la más refinada corte de Europa.

Cuando la elevación de Clemente XIV al solio pontificio, acudió el Cuerpo diplomático a felicitarle; y como el nuevo Papa correspondiese con inclinaciones de cabeza al saludo de los embajadores, el maestro de ceremonias le advirtió después que no lo debía haber devuelto. Pero Clemente XIV respondió:

— Sírvame de disculpa que hace muy pocos días que soy Papa, para olvidar las reglas de buena educación.

Decía Cowper:

Un hombre bien criado, modesto y sensible, no será capaz de insultarme; y los demás no lo conseguirían aunque lo intentaran.

Por su parte, dice Montesquieu:

Nunca hago caso de las murmuraciones, porque si resultan calumniosas corro el riesgo de engañarme, y si son verdaderas no merecen las gentes aborrecibles que piense en ellas.

A su vez, añade Emerson:

El famoso cuento en que Andersen viste a un rey con un traje de tan sutilísimo tejido que resultaba invisible, alude, sin duda, a la exquisita cortesanía que debe constituir como la vestidura moral de los monarcas.

Nadie puede estimar debidamente la importancia de los buenos modales como factores de la vida, ni suponer cuán copiosamente mana de ellos la simpatía humana. Son sazonado fruto de un temperamento exquisito y el abierto sésamo de la más distinguida sociedad. Los modales nos bastardean o legitiman, nos ensalzan o deprimen, nos barbarizan o refinan por una acción tan constante, firme, uniforme e inevitable como la del aire que respiramos. Ni el mismo poderío tiene aquel delicadísimo lubrificante con que los buenos modales suavizan las relaciones entre los hombres y ponen la máquina social en disposición de funcionar sin rozamientos.

Decía Emerson:

¿No habéis visto en el bosque, en las últimas mañanas de otoño, el débil hongo que al principio parece de inconsistente gelatina y que por su perseverante crecimiento llega a vencer los rigores del escarchado suelo y se corona de sólida caperuza? Tal es el símbolo del poder de la amabilidad.

A esto añade Magoon:

No hay mejor política que los buenos modales, pues a menudo triunfan donde la elocuencia fracasa.

El arte de agradar es el arte de abrirse paso en el mundo.

En opinión de muchos observadores, los judíos son las gentes más corteses del mundo. En todo tiempo sufrieron persecuciones y despojos y se les negaron los derechos de ciudadanía y trato social; pero, con todo, se han mantenido por doquiera circunspectos y afables. No son propensos a la recriminación; conservan fielmente las viejas amistades; toleran los prejuicios ajenos con mayor paciencia que ven tolerados los suyos; su afición a los negocios y afán de lucro no supera al de los demás hombres; y en cambio, aventajan a todo otro pueblo en cortesía, afabilidad y paciencia.

Decía Richter que los hombres son como las balas, que cuanto mejor pulimentadas más lejos alcanzan.

Disgustóse Napoleón de que, según le dijeron, Josefina hubiese permitido que el joven y apuesto general Lorges se sentara a su lado en el sofá. Josefina explicó el caso diciendo que no había sido el general Lorges, sino uno de los más viejos del ejército, desconocedor de las costumbres cortesanas, a quien, por no ofender su delicadeza, permitió que se sentara a su lado. Napoleón, entonces, la felicitó por su tan exquisita cortesía.

Paseaba una vez a caballo el presidente Jef-

ferson con su nieto, cuando encontraron a un esclavo que respetuosamente saludó, sombrero en mano. El presidente le devolvió el saludo en la misma forma, pero su nieto no hizo ademán alguno de correspondencia, por lo que le dijo Jefferson: «¿Permitirás que un esclavo sea más caballero que tú?»

Decía el negro Federico Douglass:

Lincoln fué el primer personaje de los Estados Unidos con quien pude hablar libremente sin que me echase en cara la diferencia de color.

Confucio aconsejaba a sus discípulos:

Comed en vuestra mesa como si comierais en la del rey.

Si los padres cuidaran con mayor solicitud de dar buenos modales a sus hijos, no se verían éstos tan embarazados cuando hombres en su trato social.

Jaime Russell Lowell era tan cortés con los mendigos como con los caballeros, y una vez se le vió conversar con un organillero italiano acerca de las escenas y costumbres de Italia.

Al volver rápidamente la esquina de una tortuosa calle de Londres, tropezó una señorita con un chicuelo mendigo a quien por poco derriba

en el suelo. La señorita se repuso tan luego como le fué posible, y volviéndose hacia el muchacho, le dijo con mimoso cariño: «Dispénsame, amiguito. Siento haberte tropezado». El atónito mendiguillo se quedó mirando a la señorita, y después de saludarla con profunda cortesía, le dijo: «Está usted dispensada, señorita; y si otra vez tropieza usted conmigo, no diré palabra, aunque me eche al suelo». Después que la señorita hubo seguido su camino, le dijo el chicuelo a un compañero: «Te digo que es la primera vez que alguien se me disculpa».

En Santa Elena estaba Napoleón hablando con una señora que pareció no fijarse en un labrador que, con su carga a cuestas, venía hacia ellos por un estrecho sendero. Napoleón se apartó a un lado; pero como su interlocutora no se moviera del sitio, exclamó el ilustre cautivo: «Señora, respetad la carga».

Un político de Washington fué a visitar a Daniel Webster, que residía en Marshfield (Massachusetts), y con intento de llegar más pronto a la casa atajó el camino de modo que sin advertirlo se vió junto a una torrentera que le cerraba el paso. En tal apuro solicitó el auxilio de un robusto colono de las inmediaciones, a quien ofreció buena recompensa si le pasaba a la otra margen. El labriego tomó al político en sus membrudos

brazos y lo llevó sano y salvo al opuesto lado del torrente, pero no quiso recibir estipendio alguno por el servicio. El robusto labriego se presentó en la casa pocos minutos después, y ¡cuál sería la sorpresa del político al saber que era el propio Daniel Webster!

Garrison fué tan comedido y de ánimo tan sereno aun en medio de las turbas iracundas, que sin temor arrostraba su furia descubriéndose ceremoniosamente ante ellas, como si estuviera delente de un rey.

El mismo Cristo fué apacible y dulce con sus propios enemigos, exclamando desde lo alto de la cruz: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

El discurso de san Pablo ante Agripa es un modelo de cortesía, y de persuasiva elocuencia.

Los buenos modales determinaron a veces la fortuna de algunos jóvenes. Un comerciante de Providencia (Rhode Island), llamado Butler, acababa de cerrar aquella noche la tienda y se iba camino de su casa, cuando encontró en la calle a una muchacha que necesitaba un carrete de hilo. Volvió Butler sobre sus pasos, abrió la tienda y dió el carrete a la muchacha. Este al parecer frívolo incidente se divulgó por la ciudad y fué causa de que aumentaran a centenares los parroquianos, de modo que le hizo rico su amable deferencia con aquella niña.

Ross Winans, de Baltimore, debió en gran parte su fortuna a la cortesía con que recibió en cierta ocasión a dos extranjeros, explicándoles minuciosamente todo lo relativo a su establecimiento. Los extranjeros quedaron tanto más complacidos de la fina atención de Winans, cuanto en otros establecimientos de mayor importancia no habían tenido tan afable acogida. Resultó que los extranjeros eran dos rusos comisionados por el Czar para adquirir informes de la industria norteamericana, y años después recibió Winans la imperial oferta de establecer en Rusia un taller de construcción de locomotoras que le redituó más de 100.000 dólares al año.

Un modesto sacerdote vió cierta vez un tropel de hombres y muchachos mal criados, que se reían y mofaban de dos solteronas vestidas con trajes anticuados. Las dos mujeres estaban avergonzadas y no se atrevían a entrar en la iglesia; pero el sacerdote, metiéndose por entre la turba de chiquillos y grandullones, las condujo hasta la nave central, y las invitó a sentarse donde bien les pareciese. Al morir aquellas dos solteronas legaron toda su fortuna al sacerdote, cuya cortesía recompensaron de este modo.

No hace mucho tiempo, una señora tuvo ocasión de hablar con el profesor Humphrey, director del colegio Amherst, y tan complacida quedó

de las atenciones recibidas, que hizo un cuantioso donativo al colegio.

Un sujeto que tras algunos años de ausencia acababa de regresar de Nueva York, le preguntaba a un su amigo:

— ¿Cómo es que Fulano no prosperó en el negocio? Tenía capital suficiente, sabía lo que llevaba entre manos y no le faltaba ingenio y sagacidad.

— Es cierto; pero era de carácter agrio y bronco; siempre recelaba de que los dependientes le defraudasen y trataba ásperamente a los parroquianos. De aquí que nadie trabajara con energía y buena voluntad a sus órdenes, y la clientela se marchara a otras tiendas donde se la tratase más afablemente.

Hay hombres que, no obstante trabajar a la desesperada y abstenerse de las más inocentes comodidades de la vida en su afán de vencer en la lucha, fracasan por culpa de la desabrida grosería con que ahuyentan a los clientes, y así ven pasar los negocios a otros comerciantes de inferiores condiciones mercantiles, pero más comedidos y atentos con las gentes.

La adustez y bastedad de modales invalidan a veces cualidades sobresalientes de honradez, laboriosidad y energía, mientras que la delicadeza de trato disimula y pone en olvido muchos

defectos. Entre dos hombres de iguales condiciones prevalecerá en el logro de la fortuna el amable, caballeroso, obligado y comedido, contra el brusco, huraño, receloso, grosero e insolente. Hermoso ejemplo de la valía de los buenos modales en el comercio nos da el grandioso establecimiento parisién titulado: *Le Bon Marché*, donde miles de dependientes venden toda clase de mercadería vendible. Las dos principales características de la casa son la baratura de precios y la exquisita cortesía en el trato, porque no basta allí la urbanidad corriente, sino que los empleados tienen el deber de agradar por todos los medios al cliente, de suerte que se crea en su propia casa. Han de hacer en este punto algo más de lo que se hace en otros establecimientos, a fin de que todo visitante recuerde con placer su estancia en *Le Bon Marché*. De esta manera han prosperado los negocios de estos ejemplares almacenes, hasta el punto de superar en extensión a todos los de su índole en el mundo entero.

A muchas personas de esmerada educación se las juzga orgullosas, altaneras y envaradas, cuando en realidad sólo pecan de tímidas y desconfiadas. Es muy curioso fenómeno que la timidez se traduzca a menudo en descortesía, con mortificante embarazo para el tímido. Así es que debemos rechazar la excesiva timidez como obs-

táculo de la perfecta cortesía. Este defecto es común en ingleses y alemanes y ha sido con frecuencia un impedimento para la superior cultura del individuo. Es una enfermedad de los temperamentos refinados y de los hombres de muy adelantada evolución. La timidez nunca es propia del hombre ordinario y vulgar.

Isaac Newton fué el hombre más tímido de su época y durante muchos años mantuvo reservado su grandioso descubrimiento para no llamar con él la atención sobre su persona, ni tampoco quiso dar su nombre a la hipótesis por él establecida acerca de los movimientos de la luna, temeroso de la popularidad.

Jorge Washington era de aspecto zafio, carácter cauteloso y catadura de labriego. La timidez del arzobispo Wately llegaba al extremo de que rehuía la notoriedad doquiera estuviese. Por fin, se determinó a dominar esta embarazosa cualidad que amenazaba atormentarle de por vida, y con gran sorpresa por su parte desapareció casi completamente. También era Elihu Burritt tan desmedidamente tímido, que se escondía en la bodega cuando entraban visitas en su casa.

Los actores, oradores y conferenciantes no pierden, a pesar de su frecuente presentación en público, la natural timidez si es condición de su carácter. El eminente actor David Garrick fué

citado en cierta ocasión a declarar ante los tribunales, y aunque tenía treinta años de tablas, con pleno dominio de sí mismo en la escena, quedó tan confuso y embarazado, que el juez le hizo gracia del interrogatorio.

Juan B. Gough decía que no le era posible desechar su congénita aversión a la notoriedad, y contaba que siempre subió tembloroso a la tribuna pública con la agravante de que algunas veces quedaba bañado en sudor frío.

Hombres hay valerosos en público, capaces de abrazarse a la boca de un cañón en el campo de batalla, pero tímidos hasta el exceso en una sala de visitas y temerosos de dar su opinión en los círculos sociales. Parece que la tiranía de la etiqueta les ata la lengua y cierra los labios.

Addison fué uno de los más castizos escritores de Inglaterra, que dominaba con pasmosa seguridad la pluma; y sin embargo, apenas podía soltar cuatro palabras en la conversación sin quedarse cortado. Shakespeare era también muy tímido. A los cuarenta años se marchó de Londres y nada hizo para publicar o conservar sus dramas.

Generalmente, la timidez se nota en personas que piensan demasiado en sí mismas, y recelan de lo que los demás pueden opinar de ellas.

Decía sobre el caso Sydney Smith:

Había sido yo años atrás muy tímido, hasta que eché de ver dos cosas igualmente útiles: que no todas las gentes se ocupaban en observarme y que la timidez vergonzosa no era emoción corriente, pues el mundo tiene vista muy perspicaz y sabe apreciar a los hombres en su verdadero valor. Estas consideraciones me curaron de aquella dolencia psíquica.

Gran desgracia es aparentar corazón de hielo, y sin embargo sentir interiormente el fuego de afables y cordiales sentimientos hacia el prójimo. Los tímidos desconfían perpetuamente de sus propias fuerzas y confunden la desconfianza con la ineptitud. Si a los adolescentes les enseñáramos desde luego el arte de alternar en sociedad, con todos sus adyecticios deportes, lograríamos evitar que les sobrecogiera la timidez.

Los tímidos logran ventaja con vestir bien, pues la buena ropa parece estimular la soltura de ademanes y desentumecer la lengua. El convencimiento de ir decentemente vestido favorece la gracia y elegancia de modales, mientras que la desaliñada o astrosa indumentaria induce a la cortedad y al encogimiento. Comoquiera que las particularidades de nuestros trajes han de llamar seguramente la atención, conviene evitar los colores chillones y las exageraciones de la moda, escogiendo prendas lisas y de elegante corte.

La elegancia externa es cualidad muy loable,

aunque no hasta el extremo de que a ella sacrifiquemos la hermosa elegancia interna de nuestra conducta; y así hemos de repugnar el mal ejemplo de quienes al vestido dedican sus primeros pensamientos, la mejor parte del tiempo y la mayor porción de dinero, con menosprecio de la cultura de la mente y del corazón o de las demandas de auxilio que los necesitados imploran; de quienes cuidan más de arreglarse los vestidos que de reformar el carácter y se conturban más hondamente por un traje mal cortado que por un deber incumplido.

Cuando el eminente jurisconsulto Ezequiel Whitman fué elegido diputado al Parlamento de Massachusetts, se hospedó en un hotel de Boston en traje de labriego, acomodándose tranquilamente en el salón. Muy luego echó de ver que algunas señoras y caballeros cuchicheaban mirándole de reojo y decían: «Aquí tenemos un palurdo de pura estirpe. Vamos a divertirnos con él». Después le hicieron toda clase de preguntas burlonas, con propósito de ponerle en ridículo, hasta que Whitman se levantó y les dijo: «Señoras mías y caballeros, permitidme que os desee salud y suerte para allegar más prudencia en años sucesivos, de modo que recordéis que suelen engañar las apariencias. Por el traje me habéis creído un tío del campo; y en cambio, yo, por la misma causa

de superficial apariencia, os tomé por señoras y caballeros. El engaño ha sido recíproco». Precisamente en aquel punto entró en el salón Caleb Strong, el gobernador del Estado, para conferenciar atentamente con Whitman.

Dice Johnson:

En el trato social, las cualidades externas acrecientan el respeto a nuestra persona. El que lleva un buen abrigo tiene mejor acogida que quien lo lleva deshilachado y raído.

No podemos por menos de reconocer que Dios ama la belleza, pues todas las obras de la creación están revestidas de su gloria. Riquísimas galas ostentan las flores; los campos sonríen bajo el espléndido abrigo de su manto; las estrellas están circuídas de lumbre; las aves lucen trajes de insuperable elegancia.

Algunas gentes tildan de afectación la cortesanía y les encantan los caracteres llanos, francotes y abiertos. Lo mismo podrían decir que gustan de los edificios construídos con bloques de piedra sin decoración ni adorno que embellezca la fábrica arquitectónica. La Basílica de san Pedro no es menos firme y sólida porque admiremos en ella la elegancia de sus columnas, la airosa esbeltez de sus arcos y la sorprendente belleza de sus esculturas.

Las personas con quienes tratamos se fijan en nuestros modales tan atentamente como observan nuestro carácter. Cada vez que estamos en sociedad nos ponemos en la balanza de la opinión ajena, que escrupulosamente inquiere si hemos ganado o perdido peso desde el último examen a que nos sometió. Todos juzgan mentalmente si adelantamos o atrasamos, y en cuántos grados de adelanto o atraso. Por ejemplo, entra un joven en el salón, y a poco todos los presentes le juzgan en silencio y dicen para sus adentros: «Este joven progresa. Es más atento, más juicioso, comedido, considerado, hábil y rectilíneo». Junto a él está otro joven en quien todos advierten que va desmereciendo cada vez más, porque es descuidado, grosero, mezquino, y altanero con los criados, al par que servil con los extraños.

Tal vez nos fuera ventajoso adivinar la opinión que a los demás merecemos; pero de todos modos, no podemos engañar por mucho tiempo a las gentes, pues aquel otro yo que cobija nuestra personalidad sostiene la balanza de la justicia y musitando en el alma salta a los ojos y se manifiesta en los modales contra toda simulación hipócrita. Pero las formas urbanas, si bien son ornamento del caballero, no constituyen ni definen su carácter. La mera cortesía no podrá nunca substituir sucedáneamente a la excelencia moral, de la

propia suerte que la corteza no podría nunca reemplazar al meollo del roble. La corteza de un árbol indicará a lo sumo la clase de madera interna, pero no si está sana o carcomida. La sinceridad es la capital condición de la finura de trato.

Terminaremos con una receta para uso de quienes deseen perfeccionarse en el arte de vivir en sociedad

Altruismo 3 dracmas.

Tintura de benevolencia, 1 onza.

Esencia de cordialidad, 3 dracmas.

Extracto de rosas, 4 onzas.

Aceite de caridad, 3 dracmas, sin ningún escrúpulo.

Infusión de tacto y sentido común, 1 onza.

Espíritu de amor, 2 onzas.

Esta pócima debe tomarse siempre que se noten síntomas de egoísmo, mezquindad, altanería engreimiento y exclusivismo.

ADICIÓN DEL EDITOR

Muchos confunden la urbanidad con la educación, sin advertir que aquélla es tan sólo una parte, y no la mayor ni la mejor de ésta, pues hombres hay de exquisitos modales e irreprensible corrección en el trato social, cuya conducta, por lo que a la moralidad se refiere, está en contradicción con las leyes de la caballerosidad y del honor. En cambio, otros hay cuya torpeza de modales les pondría en un salón de visitas como gallina en corral ajeno, y no obstante, fueran incapaces de cometer una villana acción. Bien dice el preclaro Galdós que la aristocracia tiene su plebe y la plebe tiene su aristocracia.

En la aventura de Andresillo, dice Cervantes por boca del muchacho:

«Mire vuestra merced, señor, lo que dice, que este mi amo no es caballero ni ha recibido orden de caballería alguna, que es Juan Haldudo el rico, el vecino de Quintanar.»

A lo que replica Don Quijote:

«Importa poco eso, que Haldudos puede haber caballeros, cuanto más que cada uno es hijo de sus obras.»

Entre los españoles más pulcros y atildados de su época, cita la historia biográfica a Martínez de la Rosa, cuya finura de modales infundió respeto aun a los mismos capataces del presidio en que, por exacerbaciones de la pasión política, sufrió algunos años de injusta condena, como le ocurrió también al divino Argüelles y a otros insignes patricios que, pasada la fiebre del despotismo tiránico, habían de regir los destinos de la patria al consolidarse el régimen constitucional. Ecuánime se mantuvo aquel

hombre insigne en la desgracia y en la prosperidad, sin perder por un momento la afabilidad de trato y los exquisitos modales que fueron la tónica de su carácter. Tan fino, elegante, correcto y amable se mostró en el abyecto ambiente del presidio como en el elevado sitial de la presidencia del Congreso que ejercía al morir en 1862.

A veces, la discreción acude en auxilio de los buenos modales para justificar réplicas que, sin el condimento de la oportunidad ingeniosa, fueran acaso intolerables groserías.

El rey Felipe II envió a Roma, en calidad de embajador extraordinario, al primogénito de una de las familias de la más linajuda nobleza, con el objeto de felicitar al papa Sixto V por su elevación al solio pontificio.

Extrañado Sixto V de que un joven imberbe presidiese la embajada de España en tan alta ocasión, no pudo por menos de preguntarle:

—¿Tan necesitado está vuestro amo de hombres, que me manda un mozo sin barba?

A lo que replicó con respetuosa tranquilidad el embajador:

—Si mi rey creyera que la respetabilidad consiste en la barba, os hubiera enviado un macho cabrío.

IX. LOS TRIUNFOS DEL ENTUSIASMO

IX. LOS TRIUNFOS DEL ENTUSIASMO

El trabajo nos alivia el dolor. — SHAKESPEARE.

La única prueba concluyente de la sinceridad de un hombre es la abnegación con que personalmente se sacrifica por un ideal. Las palabras, el dinero, son cosas relativamente fáciles de dar; pero cuando un hombre se da diariamente a sí mismo, evidencia con ello que la verdad está en él. — LOWELL.

Guardémonos de perder el entusiasmo. Gloriémonos en algo y mantengamos nuestra admiración por cuanto ennoblece y nuestro interés por cuanto acrecienta y hermosea nuestra vida. — FELIPE BROOKS.



EN la *Galería de Bellas Artes* de París hay una hermosa estatua modelada por un escultor que tenía su taller en un zaquizamí. Al acabar el boceto cayó una copiosa nevada, y a fin de que la nieve no estropease la obra, tapó las goteras con la ropa de su cama. Al día siguiente encontraron al pobre escultor muerto de frío; pero su artística concepción quedó salvada y otras manos se encargaron de esculpirla.

Según frase de un eminente economista, ningún establecimiento de crédito prospera hasta que el director se lo lleva a la cama.

El entusiasmo realza la importancia de cosas insignificantes. De la propia suerte que descubren los enamorados en su amada virtudes y encantos invisibles a extraños ojos, así el hombre henchido de entusiasmo siente con mayor penetración que los demás la hermosura de su ideal, que le compensa de penalidades.

Refiere Dickens que le acosaba la imagen de los personajes de sus novelas hasta que les daba cuerpo en el manuscrito.

Un muchacho de doce años, que con mucho lucimiento acababa de tocar el piano en presencia de Mozart, le preguntó:

— Señor maestro, me gustaría componer algo. ¿Cómo he de empezar?

— Poco a poco. Es preciso tener paciencia.

— Pero usted empezó más joven aun que yo.

— Es verdad; pero nunca pregunté cuándo había de empezar, pues la inspiración no se compra.

Decía Gladstone que lo verdaderamente importante es iluminar el espíritu interior de todo niño, pues todos tienen, en grado más o menos efectivo, la posibilidad de hacer algo bueno en el mundo, y no únicamente los agudos y despiertos, sino los que parecen torpes y lerdos. Con tal que tengan buena voluntad, irán sacudiendo poco a poco su torpeza.

La obscura húngara Gerster cobró fama de cantante y labró su fortuna desde la primera noche en que salió a escena. Su entusiasmo electrizó a los espectadores. En menos de una semana alcanzó popularidad. Su alma estaba anhelosa de progreso y puso todas las potencias de su mente al entusiasta servicio del individual perfeccionamiento.

Las supremas obras artísticas nacieron al calor del entusiasmo que por la belleza sentía el artista al plasmar su idea.

Manifestaba un crítico a la Malibrán su admiración de oirle dar el mí sobreagudo, y respondió la insigne cantante:

— Tras él he ido durante un mes. Lo perseguía por todas partes, al vestirme y al peinarme, hasta que, por fin, lo encontré en la punta del zapato al calzarme.

Sobre el particular dice Emerson:

El entusiasmo determina los sucesos culminantes de la historia del mundo. Ejemplo de ello nos dan las victorias de los musulmanes, que en pocos años fundaron un imperio más vasto que el de Roma. Conquistaron el Asia, el Africa y España. El bastón del Califa Omar infundía más terror que la espada de otros caudillos.

El entusiasmo capacitó a Napoleón para llevar a cabo en dos semanas una campaña que otro hubiera tardado un año en concluir.

En Italia ganó Napoleón en quince días seis batallas, tomó al enemigo veintiuna banderas, cincuenta y cinco cañones y quince mil prisioneros. Tras aquel espantoso alud decía un derrotado general austriaco con ridícula jactancia: «Ese joven general no sabe una palabra del arte de la guerra. Es un perfecto ignorante. No se puede con él». Pero los soldados seguían a su «Cabito», con entusiasmo ahuyentador de la derrota.

Dice A. H. K. Boyd:

Hay casos de mucho empeño en que la diferencia entre el ánimo vacilante y el ánimo enteto equivale a la diferencia entre la derrota y la victoria.

En un momento crítico exclamó Nelson: «Si muriera ahora mismo, se encontraría grabado en mi corazón el anhelo de más buques».

La sencilla e ingenua doncella de Orleans, con su sagrada bandera, su bendita espada y su fe en la misión recibida de lo alto, entusiasmó al ejército francés como no consiguieron reyes ni estadistas.

¡Qué obra más eficaz llevaríamos a cabo con sólo convencernos de nuestro congénito poder! Pero, como enfrenado caballo, no conoce el hombre sus fuerzas hasta que se desboca.

Cristóbal Wren, sin haber estudiado arquitec-

tura, edificó en Londres cincuenta y cinco iglesias y treinta y seis salas públicas. Su epitafio dice:

Aquí yace el constructor de esta Iglesia, Cristóbal Wren, que vivió más de noventa años, no en su provecho, sino en el del bien común. Pasajero, si buscas su monumento, mira alrededor.

Cuando Wren estuvo en París con objeto de inspirarse para edificar la catedral de san Pablo, exclamó: «Me dejaría desollar a cambio del trazado del Louvre». Sin embargo, pregonan su habilidad los palacios de Hampton y Kensington, el teatro Drury, la Bolsa, el gran Monumento, los templos y palacios de Oxford y su obra maestra, la catedral de san Pablo, en la que empleó treinta y cinco años. A pesar de su larga vida y de la excelente salud de que disfrutó en sus últimos años, fué Wren sumamente endeble y delicado en la infancia. El entusiasmo vigorizaba su cuerpo.

La indiferencia no conduce los ejércitos a la victoria ni anima el mármol en estatuas ni alienta en sublimes armonías musicales ni subyuga las fuerzas de la naturaleza ni erige grandiosos edificios ni levanta el ánimo a las altezas de la poesía ni llena el mundo con las heroicidades de la confraternidad humana. El entusiasmo, como dice Carlos Bell, fundió la estatua de Memnon, enquició las broncíneas puertas de Tebas, puso sobre su

eje la brújula marina y movió la tremenda palanca de la imprenta. El entusiasmo dilató telescópicamente la mirada de Galileo hasta que los mundos aletearon uno tras otro ante sus ojos; rehizo las velas colombinas en el canal de las Bahamas; blandió la espada de la libertad en cien combates; afiló la segur que a través de los bosques abría los senderos de la civilización y desplegó las místicas hojas en que Milton, Cervantes y Shakespeare estamparon sus vibrantes pensamientos.

Decía Horacio Greeley, que las mejores obras son las del hombre de elevada mente que con entusiasmo se aplica a su labor. Y Salvini añade sobre el particular:

El mejor método es el entusiasmo empleado en una labor. Si infundís en las gentes el convencimiento de que vuestras palabras son sincera expresión de vuestro sentir, os perdonarán muchas incorrecciones. Pero, sobre todo, estudiad, estudiad y estudiad. Todos los genios del mundo serían incapaces de ayudaros en el conocimiento de vuestra profesión, si no la estudiarais con entusiasmo. A mí me costó años enteros dominar tan sólo una parte.

El carácter americano se distingue por el entusiasmo casi frenético con que se determina a un propósito. Esta característica no se halla en los países tropicales ni tampoco los americanos la sentían hace medio siglo; pero la influen-

cia de los Estados Unidos y de Australia, donde el éxito requiere la aplicación de todas las energías a su logro, se ha difundido de tal suerte, que la cualidad propia un tiempo de unos cuantos ha cuajado en el carácter colectivo de las naciones directoras.

El entusiasmo despertador de nuestro ser nos distiende las fibras para realizar la labor anhelada por nuestro corazón. Por el entusiasmo determinóse Víctor Hugo a no salir de su casa hasta concluir *Nuestra Señora de París.*

El insigne actor Garrick respondió a un fracasado predicador que le preguntaba cómo se las componía para subyugar al auditorio:

La diferencia está en que usted habla de verdades eternas como si dudase de ellas, mientras que yo represento ficciones como si fuesen verdades.

Decía la señora Stael a su amigo el señor de Mole:

Si pudiera prescindir del qué dirán, no abriría la ventana de mi aposento para disfrutar por vez primera del espectáculo de la bahía de Nápoles; y en cambio, recorrería quinientas leguas para conversar con un hombre de ingenio a quien todavía no conociese.

El entusiasmo es aquel invisible y armonioso espíritu que cobija las obras del genio y pone a

quien las contempla en la ideal presencia del autor.

Cuenta un biógrafo de Beethoven:

Una noche de invierno paseábamos a la luz de la luna por una estrecha calle de Bona, cuando de pronto se detuvo el gran compositor ante una casa de humilde apariencia, de cuya entreabierta puerta salían las vibraciones de un piano, y exclamó:

—¡Calla! ¡Mi sonata en fa! ¡Y qué bien la tocan!

En pleno final enmudeció el piano y oímos un voz que sollozante decía:

—No puedo tocar más. Es tan hermoso, que no lo interpretaría debidamente. ¡Qué lástima! ¡No poder ir al concierto de Colonia!

A esto respondió otra voz:

—¡Ah! hermana mía. ¿Por qué te afliges de lo que no tiene remedio? Apenas podemos pagar el alquiler.

Repuso el otro interlocutor:

—Tienes razón. Y sin embargo, quisiera, al menos una vez en mi vida, oir música de veras, que no siempre hay ocasión de oir.

Entonces me dijo Beethoven:

—Entremos.

—¡Entrar! ¿Y qué haremos dentro?

—Tocaré el piano. La muchacha tiene sentimiento y talento.

Empujó Beethoven la puerta y nos vimos dentro de la casa, frente a un joven sentado junto a una banqueta de zapatero, pues lo era remendón y tenía una hermana que, al entrar nosotros, estaba tristemente reclinada sobre el piano.

—Perdonadme —dijo Beethoven—, oí música y me vino tentación de entrar. Soy músico y he entreoído algo de lo que decíais. ¿Gustaríais de que tocara el piano?

—Muchas gracias—respondió el zapatero—. Pero nuestro piano es muy viejo y no tenemos papeles de música.

—¡No tenéis música! Pues entonces, ¿cómo toca esta señorita? ¡Ah!, pero perdonadme—repuso Beethoven al reparar en que la joven era ciega—. No me había dado cuenta hasta ahora. Pues así, ¿toca usted de oído? Pero ¿en dónde oye usted música si no va a los conciertos?

—Hemos vivido dos años en Bruhl y tuve ocasión de oir a una señorita vecina. En verano estaban abiertas las ventanas y yo salía a la solana para oirla.

Sentóse Beethoven al piano. Nunca, desde que le conocía, tocó tan magistralmente como aquella noche en presencia del zapatero y su hermana. El viejo instrumento parecía inspirado. Los dos hermanos escuchaban extáticos el raudal de armonías que vibraban con rítmicas cadencias, cuando de pronto se apagó la vela que alumbraba el aposento. Abrió entonces el zapatero la ventana y un brillante flujo de luna invadió la estancia, bañando en luz la figura del maestro quien, como si quedara absorto en altos pensamientos, dejó de pulsar el teclado.

—¡Maravilloso pianista! —exclamó el zapatero—. ¿Quién y qué sois?

—¡Escuchad! —respondió el egregio compositor atacando los primeros compases de la sonata en fa.

—¡Entonces sois Beethoven! —gritaron gozosos los hermanos.—¡Oh! ¡tocad todavía más! ¡Una vez más tan sólo!

Y el maestro, fijando la pensativa mirada en la hermosa claridad de la luna que por la ventana fluía desde las alturas del límpido firmamento en que centelleaban las estrellas, respondió:

—Voy a improvisar una sonata a la luz de la luna. Al punto resonaron las melancólicas notas de infinita dul-

zura del primer pasaje, que parecían derramarse del teclado tan suavemente como la luz de la luna sobre la tierra. Siguió después el segundo pasaje en tres tiempos, semejante a una danza de hadas en la aterciopelada hierba del prado. Y vino el soberano final descriptivo de impelente terror, que a todos nos arrastró en sus alas, dejándonos suspensos de pasmosa admiración.

—Quedad con Dios—dijo Beethoven encaminándose hacia la puerta.

—¿Vendréis otra vez?—preguntaron los hermanos suplicantes.

—Sí, volveré a dar algunas lecciones a esta señorita. Adiós.

Al salir me dijo:

—Vámonos de prisa a casa para transcribir esta sonata antes de que se me olvide.

Fuímonos presurosos; y no había aún amanecido, cuando se levantó el maestro de su mesa de trabajo con la *Sonata a la luna* entre manos.

Durante doce años estudió Miguel Angel anatomía, con menoscabo de su salud; pero este estudio determinó su estilo artístico y fué el principal elemento de su gloria. Dibujaba las figuras en esqueleto, les añadía los músculos, después la piel y, por fin, el ropaje. Con sus propias manos construyó las limas, cinceles y pinzas, y preparaba los colores que usaba en sus trabajos.

El entusiasmo de Rafael contagió a todos los artistas de Italia, y con la modestia de su atractivo trato desarmó la envidia y los recelos.

Desdeñó Bunyan la libertad por no separarse de su hija María que estaba ciega y era carne de sus huesos, ni tampoco quiso abandonar, llevado de locas ambiciones, el entusiasmo que sintió para dar al mundo la inmortal alegoría que ha perpetuado su nombre.

Tan sólo los pensamientos que alientan en las palabras tienen fuego lo bastante vivo para inflamar el corazón de quien las escucha.

Francisco Parkman nos ofrece admirable ejemplo del poder del entusiasmo. Mientras estudiaba en Harvard, concibió el proyecto de escribir la historia de la colonización inglesa y francesa en la América del Norte, y a este propósito dedicó su vida y su fortuna. Aunque la estancia entre los indios dakotas con objeto de recoger materiales para su historia le había quebrantado la salud, hasta el punto de perder la vista, se mantuvo firme en el propósito formado en su juventud y pudo, al cabo de cincuenta años, dar al mundo la mejor monografía histórica sobre el tema propuesto.

En cierta ocasión anduvo Lincoln seis millas para pedir prestada una gramática, y al volver a su casa quemó una vela tras otra mientras estudiaba tan preciosa presea.

El cruzado inglés Gilberto Becket cayó prisionero y fué destinado como esclavo al palacio de

un príncipe sarraceno, cuya confianza supo captarse con el amor de la hija de su dueño. Al cabo de algún tiempo logró fugarse a Inglaterra, a donde la amante doncella fué en su busca; y aunque sólo sabía del idioma inglés las dos palabras: *London* y *Gilbert*, repitiendo la primera pudo embarcarse en un bajel con rumbo a la populosa metrópoli, y repitiendo la segunda de calle en calle al llegar a la capital, encontró, por fin, a su amado.

El entusiasmo es irresistible espoleo de la juventud que se lanza denodadamente a su propósito, que en todo ve salida y no se acuerda de que haya fracasos en el mundo, sino que cree que el linaje humano ha estado esperando largos siglos la llegada hora de libertad.

¿De qué sirvió prohibirle al niño Händel que tocase instrumentos de música ni que fuese a la escuela para que no aprendiera la escala musical? Se levantaba a medianoche para tocar una desvencijada espineta arrinconada en el pajar. El niño Bach copió métodos enteros de solfeo a la luz de la luna, a falta de las velas que brutalmente le negaba su familia, y no se descorazonó cuando le quitaron de entre manos las terminadas copias. El pintor West principió su labor en una buhardilla, y él mismo se fabricaba los pinceles con pelos de gato.

El entusiasmo de la juventud cortó el nudo gordiano que los viejos no podían desatar. Como dice Carlos Kingsley, las gentes menosprecian el entusiasmo de la juventud sin reparar el daño que hacen al enfriarlo con su menosprecio. ¡Cuánto debe el mundo al juvenil entusiasmo de Dante!

Tennyson escribió supri mera obra a los diez y ocho años, y a los diez y nueve ganaba una medalla en Cambridge.

Dice Ruskin que las más bellas obras de arte se deben a los jóvenes y Disraeli añade que casi todo lo magno se hizo en años juveniles.

Joven era Hércules cuando acabó las doce hazañas. La juventud entusiasta mira cara a cara al sol y deja tras sí las sombras. El corazón gobierna en la juventud; el cerebro en la virilidad. Joven era Alejandro cuando desbarató las asiáticas hordas que amenazaban sofocar en su propia cuna a la civilización europea. Napoleón había conquistado a Italia a los veinticinco años. Byron, Rafael y Pope murieron a los treinta y siete, edad fatal para muchos genios. Pitt y Bolingbroke fueron ministros casi antes de ser hombres. Gladstone se sentó muy joven en el Parlamento. Newton hizo algunos de sus más notables descubrimientos antes de cumplir los veinticinco. A esta misma edad moría Keats, y Shelley a los veintinueve. Lutero inició la Reforma a los veinti-

cinco años. A los veintiuno superaba Chatterton a todos los poetas ingleses de su época. Whitefield y Wesley comenzaron su obra reformista cuando todavía estudiaban en la universidad de Oxford, y el primero había influído en toda Inglaterra antes de llegar a los veinticinco. Víctor Hugo escribió una tragedia a los quince y había ganado tres premios académicos con el título de Maestro antes de los veinte.

Muchos genios mundiales no llegaron a los cuarenta años. Nunca como ahora tuvo tan favorable coyuntura de explayamiento el joven entusiasta. Nuestra época es la época de la juventud, ante cuyo culminante ardor se postran la languidez y la pasividad. Pero si el entusiasmo es irresistible en la juventud, mucho le aventaja el que suele animar a la vejez. A los ochenta años tenía Gladstone décuple vigor y fortaleza que un joven de veinticinco. La gloria de la edad se identifica con la gloria del entusiasmo, y el respeto tributado a las canas se transporta al ferviente corazón no vencido por la entorpecedora influencia del achacoso cuerpo. La *Odisea* es hija de un viejo ciego, pero este ciego y viejo se llamaba Homero.

Dándolo, duque de Venecia, ganaba batallas a los noventa y cuatro años y rehusó la corona a los noventa y seis. Bacon y Humboldt fueron infatigables investigadores has a exhalar el último

aliento. El valetudinario Montaigne no interrumpió las tareas intelectuales en medio de sus ataques de gota y otras dolencias igualmente molestas.

Johnson escribió a los setenta y ocho años su obra maestra: *Vidas de Poetas*. Foe publicó a los cincuenta y ocho años el *Robinson Crusoe*. Newton escribió nueve comentarios a sus *Principios* a los ochenta y tres años. Tomás Scott comenzó el estudio de la lengua hebrea a los ochenta y seis. Platón no cesó de escribir hasta su muerte, ocurrida a los ochenta y un años. Galileo rondaba los setenta cuando escribió un tratado sobre las leyes del movimiento. Jaime Watt aprendió el alemán a los ochenta y cinco. La señora Somerville terminó a los ochenta y nueve su obra: *Ciencia molecular y microscópica*. Humboldt completó su *Cosmos* a los noventa, un mes antes de morir. Burke no fué diputado hasta los treinta y cinco años, y sin embargo, dejó sentir en el mundo la influencia de su carácter. A los cuarenta años nadie conocía a Grant, que dos después era ya dechado de generales. Elías Whitney comenzó a estudiar a los veintitrés años y se graduó en Yale a los treinta; pero su máquina algodonera abrió dilatado campo industrial a los Estados del Sur. ¡Qué potencia mental demostraba Bismarck a los ochenta años! Lord Palmerston fué joven

toda su vida y por segunda vez obtuvo la presidencia del gobierno a los setenta y cinco años y primer ministro era al morir a los ochenta y uno. A los setenta y siete trabajaba diariamente Galileo, no obstante estar ciego y sentirse débil, para aplicar a los relojes el principio del péndulo. Jorge Stephenson aprendió a leer y escribir ya muy entrado en la virilidad.

Longfellow, Whittier y Tennyson escribieron sus mejores obras más allá de los setenta. A los sesenta y tres empezó Dryden la traducción de la *Eneida*. Roberto Hall aprendió el italiano a los sesenta con propósito de leer al Dante en el original. Noé Webster estudió diez y siete idiomas después de los cincuenta.

Bien decía Cicerón que los hombres eran como el vino, pues los años avinagran el malo y mejoran el bueno.

El entusiasmo puede mantenernos en constante juventud de espíritu aunque la cabeza blanquee, de la propia suerte que la corriente del golfo templa el invernal rigor en el norte de Europa.

El corazón ha de ser siempre joven para vernos capaces de cumplir nuestra labor.

ADICIÓN DEL EDITOR

Suele confundirse el entusiasmo con el ardimiento de ánimo producido por alguna emoción placentera de extraordinaria intensidad; y así, cuando los arrobadores acentos de un cantante o los trágicos arranques de un actor eminente junta las manos del auditorio en atronador, prolongado y unánime palmoteo, decimos que aplaude con entusiasmo. Sin embargo, no corresponde a esta modalidad de ánimo el verdadero concepto del entusiasmo, aunque ambas emociones sean de la misma condición psíquica, como tampoco cabría confundir la luz del relámpago con la del arco voltaico, no obstante su esencial naturaleza vibratoria. El palmoteo es una sensación momentánea que no trasciende al espíritu, es un estado de morboso entusiasmo que se contagia a las multitudes y nada tiene de común con el entusiasmo nacido de la propia convicción.

Es el entusiasmo una misteriosa combinación de vigor y vehemencia, pero con mucha mayor proporción de vigor que de vehemencia, pues de lo contrario, resultaría la bastarda mezcolanza de sentimientos, a que llaman los psicólogos entusiasmo irreflexivo.

Acaso entre los españoles célebres no haya otro que como Espronceda nos ofrezca tan continuado ejemplo del juvenil entusiasmo en que la fogosidad equivale en el orden emotivo a la intuición en el orden intelectual. A los catorce años era ya Espronceda uno de los más ardientes socios de la sociedad patriótica Los Numantinos; *pero su entusiasmo por las ideas que en aquellos tiempos parecían avanzadísimas y hoy diputan los progresivos por retrógradas, le movió a buscar en tierra extraña el am-*

biente de libertad que para no asfixiarse necesitaba su expansivo ánimo. El entusiasmo patriótico inspiró a Espronceda las vigorosas estrofas en que elegíacamente lamenta la situación de España durante la ominosa década. El entusiasmo amoroso puso en sus labios los apasionados acentos del canto a Teresa. El entusiasmo político le llevó a luchar heroicamente en las barricadas de París en favor de los demócratas franceses tiranizados por Carlos X. El entusiasmo por la libertad movióle a inscribirse en la cruzada abierta por algunos espíritus románticos para redimir a la infeliz Polonia. Pero el entusiasmo de Espronceda fué relampagueante y borrascoso, como de hombre que con todo su espíritu intenta lanzarse a los cielos en pos de su ideal, sin advertir que la materia le retiene encadenado al suelo; y así cuando la realidad le da a entender que también los ideales necesitan para su logro oportunidades de lugar y tiempo, exclama con amargo desconsuelo:

Aquí, para vivir en paz y en calma,
o sobra la materia o sobra el alma.

Al ardoroso entusiasmo del poeta Espronceda podemos oponer el tranquilo, perseverante y reflexivo entusiasmo que sintió Velázquez por el sublime arte pictórico. Nunca consintió que el apasionamiento le nublara el juicio, y así le vemos estudiando en Madrid las obras de sus antecesores y en Italia las de Ticiano, Miguel Angel y Rafael, con el entusiasmo nacido del propósito de perfeccionarse en su profesión. El sostenido entusiasmo con que la ejerció en todas las circunstancias de su vida le movió a producir los admirables lienzos cuyo mérito resplandece con mayor intensidad según pasan los siglos. Sirvióle de mucho para su adelanto la amistad que contrajo con Rubens cuando este incomparable colorista, que, según él mismo decía, dedicaba a la diplomacia los ocios del arte, estuvo en Madrid como embajador extraordinario del rey de Inglaterra para concertar la paz con el de España.

Entusiasmo digno de loa es el que durante su larga vida pública sintió Castelar por la libertad y la democracia; el de Magín Bonet por la química; el de Pi y Margall por la autonomía federal; el de Monturiol y Peral por la navegación submarina. Y aunque a los positivistas recalcitrantes les parezca que estos hombres fracasaron a pesar de su entusiasmo, valga advertir que fueron los precursores y bautistas de quienes, aprovechándose de la labor debida a su entusiasmo, lograron después, sin mucho esfuerzo, encarnar en realidades las ilusiones y convertir en hechos tangibles las quimeras.

X. SENTIDO COMÚN

X. SENTIDO COMÚN

Preguntóle Brahma a la Fuerza: ¿quién más poderosa que tú? Y la Fuerza respondió: la Destreza. — VÍCTOR HUGO.

La destreza improvisa las oportunidades y la necesidad estimula la destreza. — BOVEE.

Según la ocasión hemos de reir, escuchar, aprender o enseñar. — ELISA COOK.

El hombre de mundo no sólo hará casi todo cuanto sepa, sino también algo de lo que no sepa, y cobrará mayor fama con su habilidad en disimular su ignorancia, que el pedante con altaneros alardes de erudición. — COLTON.

La moderada habilidad goza de mayor estima que la relumbrante palabrería. — ROCHEFOUCAULD.



URANTE la guerra de Secesión, un oficial de los confederados se vió perseguido por un negro, a quien el oficial le gritó:

— Nunca me rendiré a un negro.

— Pues entonces—replicó éste —te voy a matar, porque no tendrás tiempo de ir en busca de un blanco.

Y el oficial se rindió.

Cuando Abrahán Lincoln se presentó candidato por vez primera, tenía por programa electoral las

obras hidráulicas del distrito y fué a solicitar los votos de treinta labriegos que estaban segando un campo de trigo. Los electores no le preguntaron nada referente a las mejoras de orden público, sino que tan sólo mostraron curiosidad de saber si el candidato era lo suficiente vigoroso para representarles en el Parlamento. Por toda respuesta empujó Lincoln la carreta con los segadores en ella, y dió una vuelta alrededor del campo. No hay necesidad de añadir que le votaron.

Le decía Napoleón a su cocinero:

— No sé cómo te lo arreglas para tener siempre a punto el asado, pues unas veces te lo pido a las ocho y otras a las once.

— Señor, consiste en que cada cuarto de hora pongo un ave en el asador, de modo que V. M. esté seguro de quedar perfectamente servido.

El talento en nuestra época no corre parejas con el sentido común; y así vemos que de continuo fracasan hombres de talento. El sentido común, que también llamamos tacto, avalora el talento en proporción diez veces mayor que el talento sin tacto. El talento duerme hasta el mediodía; el tacto se levanta a las seis de la mañana. El talento es fuerza; el tacto, maña. El talento sabe qué ha de hacer; el tacto sabe cómo lo ha de hacer.

El talento es algo; el tacto lo es todo. No es el sexto sentido, pero sí la penetración de los cinco.

Es vista perspicaz, oído atento, gusto crítico, olfato agudo y toque delicado. Resuelve los enigmas, vence las dificultades y desbarata los obstáculos.

El mundo está lleno de hombres teóricos y unilaterales que convierten todas las energías a una sola facultad, de suerte que en vez de un hombre entero y equilibrado, resulta una monstruosidad psíquica. A menudo llamamos genios a los hombres unilaterales, y el mundo les perdona su impericia y casi idiótico proceder en muchos asuntos, en gracia a que en el de su especialidad no hay quien les aventaje. Si un comerciante sobresale en su ramo mercantil, nadie le zaherirá porque sea un imbécil en los salones. Adán Smith enseñó al mundo economía política en su obra *La riqueza de las naciones* y no fué capaz de administrar su hacienda doméstica.

Muchos hombres insignes carecieron de sentido práctico en las circunstancias ordinarias de la vida. Isaac Newton descubrió los secretos de la creación; pero, en cambio, sucedióle que cansado de levantarse a cada momento de la butaca para abrir la puerta del gabinete a una gata que de continuo estaba entrando y saliendo con su cría, tuvo la infantil idea de agujerear dos gateras, una mayor para la gata y otra más chica para la cría, sin advertir que la primera hubiera bastado al paso de los dos animales. Beethoven era incomparable

músico, pero no reparó en pagar trescientos florines por seis camisas y media docena de pañuelos. Además, le adelantó al sastre una gran cantidad, que después le hizo falta para el sustento, pues hubo días en que se vió sin más que un pedazo de galleta y un vaso de agua por toda comida. No sabía ordenarse económicamente, y cuando necesitaba dinero, empeñaba el piano.

Swift casi se moría de hambre en una parroquia rural donde otro colega más práctico allegó regular fortuna. Uno de los mariscales de Napoleón era tan entendido estratega como su caudillo, pero no conocía tan bien como él a los hombres ni estaba dotado de tan agudo sentido práctico.

Por la defensa de un pleito recibió Daniel Webster mil dólares en billetes, que le entregaron mientras estaba leyendo en su biblioteca. Al día siguiente necesitó echar mano del dinero y no supo dónde lo había puesto, hasta que años después, al hojear un libro, encontró los billetes entre las páginas.

Buen número de hombres de poderoso talento incurrieron a veces en tales torpezas, que parecía como si estuviesen desprovistos de sentido común.

Una vez volvía Lessing a su casa en noche obscura; y como al mirar la criada por la ventanilla no le reconociese, le dijo:

— El señor profesor no está en casa.

— Pues no importa, ya volveré más tarde — repuso inadvertidamente Lessing.

Lleno está el mundo de hombres que, si bien dotados de cualidades al parecer brillantes y educación esmerada, apenas dan un paso con acierto en la vida.

No hace muchos años trabajaban de operarios en una estancia pecuaria de Australia tres titulares universitarios: uno graduado por Oxford, otro por Cambridge y el tercero por una universidad alemana. Era curioso espectáculo ver a tres intelectuales convertidos en boyeros y ocupados en guiar reses, en vez de conducir hombres, sobre todo porque el dueño de la estancia era hombre zafio e ignorante que nada sabía de libros ni de hipótesis, pero, en cambio, conocía perfectamente la crianza del ganado. Sus titulares dependientes hablaban idiomas extranjeros y contendían sobre temas económicos y filosóficos; pero el hacendado sabía ganar dinero y logró amasar pingüe fortuna sin entender más que en reses, al paso que los universitarios apenas podían ganar lo necesario para la vida. Y es que la universidad no da ni puede dar sentido práctico a quien de él carece, pues no basta oponer la cultura contra la ignorancia y el colegio contra el rancho pampero si el sentido práctico no impide que el rancho se desquite a cada punto.

No esperemos gran provecho de los libros escolares. Bacon decía que de poco sirve estudiar libros, pues sin ellos cabe adquirir por la observación la sabiduría práctica. La utilidad de los libros de texto escolar está de tapas afuera.

De un eminente erudito francés se dijo que le sofocaba su mismo talento. El exceso de cultura debilita al hombre y lo incapacita para las realidades de la vida. La erudición libresca hace al hombre meticulosamente crítico, engreído, pulido en demasía y excesivamente culto para el cotidiano trato de gentes y las ordinarias ocupaciones de la vida.

La cultura libresca de colegio y aula refina la mente a costa del vigor y robustez del cuerpo, sin otro resultado que paralizar las facultades prácticas. El tragalibros pierde su individualidad pensante, porque se le rellena el cerebro de las teorías e ideas de otros hombres y el colegio le chupa la natural savia que hubiera vigorizado su mente. Y cuando el estudiante se gradúa, le sorprende ver que no sabe tratar a los hombres ni conoce las cosas, y queda vencido en la batalla de la vida por el hombre que desvalido en la niñez, luchó por la existencia y edujo sentido práctico y adquirió sabiduría experimentada. El intelectual diplomado confunde las muletas con las piernas y se forja un reino imaginario donde raramente se

avecinda el sentido práctico. El mundo tiene en poco los conocimientos enciclopédicamente teóricos. Nuestra época demanda hombres experimentados.

Disgustado Colón de la conducta de los caciques indios, les dijo un día:

— Hemos permanecido algunas semanas entre vosotros, y aunque al principio nos tratabais como amigos, os habéis vuelto recelosos y queréis que nos vayamos. Antes nos traíais abundantes provisiones todas las mañanas; pero hace tiempo que vais disminuyendo la ración de día en día, y por ello está el Gran Espíritu tan enojado con vosotros que os apagará el sol.

Sabía Colón que de allí a pocos días iba a ocurrir un eclipse total, visible en aquellas latitudes, y predijo el día y hora en que empezaría el fenómeno; pero los indios no le creyeron y continuaron escatimando las provisiones.

El día prefijado salió el sol sin que empañara su luz la más ligera nubecilla, y los indios acentuaron su hostilidad al ver que pasaban las horas sin que se cumpliera el vaticinio, hasta que, por fin, se dibujó en el borde del disco solar una mancha negra que, según crecía, llenaba de pavor el corazón de los indígenas, quienes cayeron rendidos a los pies de Colón impetrando su favor. Retiróse el almirante a su tienda con promesa de salvarles

del peligro si le era posible, y cuando el eclipse alcanzó la última fase, les dijo que el Gran Espíritu les había perdonado y estaba dispuesto a ahuyentar al monstruo que amenazaba devorar al sol, con tal que ellos no reincidiesen en la ofensa. Así lo prometieron de bonísima gana, y en cuanto volvió a lucir el astro en todo su esplendor, bailaron y cantaron de júbilo. Desde entonces tuvieron provisiones los españoles.

Dice Wendell Phillips que el sentido práctico saca el mejor partido posible de lo inevitable, sin resistirlo inútilmente.

Cuando al desembarcar César en las costas británicas cayó al suelo de un tropiezo, levantóse instantáneamente con un puñado de arena en la mano en señal de triunfo, para que su gente no tomase a mal agüero la caída.

Noticioso Goethe de las comparaciones que algunos habían establecido entre él y Shakespeare, exclamó: «Shakespeare acierta siempre en el verdadero clavo; pero yo me detengo a pensar cuál es el verdadero clavo antes de martillarlo».

Más valen unas cuantas guijas de arroyo en la honda de un David experto en su disparo, que la lanza y la fuerza de un Goliat desmañado.

Hace años, un campesino llegó a todo escape a la cabaña de la familia Moore en Ohío, exclamando con voces de alarma:

— ¡Vienen los pieles rojas! Dadme cuanto antes un caballo de refresco. Han asesinado esta noche a toda una familia en la margen del río.

— ¿Qué será de nosotros? — respondió palideciendo la señora Moore —. Mi marido se marchó anteayer a comprar provisiones de invierno.

— ¿El marido está fuera? Mala cosa. Cierre usted la cabaña a piedra y lodo y apague el fuego.

Dicho esto se marchó a dar aviso a otros colonos. La señora Moore se llevó a los niños pequeños al sobradillo de la cabaña y dejó a los dos mayorcitos, Obed y José, quienes, no obstante la repugnancia de su madre, quisieron mantenerse resueltamente en el puesto de peligro.

Al ver Obed unas sombras que cruzaban el campo, murmuró al oído de su hermano:

— Ya están aquí. Ponte junto a la ventana con el hacha, mientras yo les apunto con el fusil.

Pero al cargar el arma advirtió con desaliento que no entraba el cartucho, y al mirar ansiosamente en derredor tropezó con las dos calabazas que a él y a su hermano les habían servido de linternas cuando el campesino llegó con la alarmante noticia. Rápido como el pensamiento, trazó en la superficie de la calabaza una figura horriblemente monstruosa, y con una brasa del rescoldo encendió la candela del interior de la calabaza, que puso en lo alto de la ventana di-

ciendo: «Dentro de un minuto se oirán los gritos de guerra. Ahora, que vengan».

En efecto, cuando los indios vieron el espantable monstruo simulado por la calabaza, huyeron temerosamente a la selva. Entonces exclamó Obed:

— ¡Pronto, José, pronto! Enciende la otra linterna. ¿No ves que esto les amedrenta?

La aparición del segundo espantajo acabó de ahuyentar a los indios, que no volvieron más.

Thurlow Weed ganó el primer dinero llevando a hombros un baúl desde el muelle de Nueva York a un hotel de la calle Ancha. No tuvo las coyunturas que hoy se le deparan al más humilde muchacho, pero estaba dotado de intuición y sentido práctico, de modo que leía en los hombres como en un libro abierto y los acomodaba a su voluntad. Nunca fué egoísta, y con su tacto y sagacidad determinó el triunfo electoral de tres presidentes, quienes le ofrecieron la embajada en Londres y otros elevados cargos, que rehusó invariablemente.

Lincoln eligió a Weed para recabar el apoyo del *New York Herald*, que circulaba mucho por Europa y con sus artículos favorables a los confederados prevenía peligrosamente los ánimos. Aunque Weed y Bennett no se habían vuelto a hablar de treinta años atrás, después de la entrevista que ambos tuvieron se convirtió el famoso diario

a la causa de la Unión. Entonces fué Weed comisionado a Europa con encargo de dar en rostro a la perniciosa influencia de los agentes esclavistas. El emperador Napoleón III simpatizaba con los Estados del Sur y se enojó por el bloqueo de Charleston que privaba a las manufacturas francesas de algodón en rama. Pero el tacto de Weed alteró la disposición de ánimo del emperador y le movió a mudar en amistoso el tono abiertamente hostil del discurso del trono ante la Asamblea nacional. Inglaterra se preparaba afanosamente noche y día para la guerra, cuando la llegada de Weed modificó las corrientes de la opinión pública. Al regresar a su país, la ciudad de Nueva York le dió un voto de gracias por sus inestimables servicios. Igual éxito obtuvo en los negocios, pues acopió una fortuna de un millón de dólares.

Llegó Napoleón I con su estado mayor a orillas de un río y le preguntó al ingeniero en jefe:

— ¿Qué anchura tiene este río?

— No puedo decirlo, señor. Tengo los instrumentos científicos en los bagajes.

— Medid inmediatamente la anchura de este río o quedáis destituído.

Entonces el ingeniero se valió del remate de su casco para establecer la visual coincidente con la margen opuesta, y sin apartar el remate de aquel punto del espacio, giró rápidamente sobre sus talo-

nes y estableció otra visual con la margen en donde se hallaba. Después contó los pasos entre el punto de mira y el de tangencia, y dijo:

— Esta es la anchura aproximada del río.

El emperador le ascendió.

En un juicio por jurados, uno de los testigos ponía particular empeño en dirigirse en tono de confianza a los magistrados al declarar sobre la causa que se veía. El presidente del tribunal le advirtió que se dirigiera al jurado; pero el testigo continuó como antes, sin hacer caso de la advertencia, hasta que de nuevo le conminó el presidente, diciendo:

— Diríjase usted al jurado, señor testigo; a esos caballeros que están sentados tras de usted.

Entonces el testigo se inclinó con torpe ademán, exclamando:

— Buenos días, caballeros.

Un estudiante de la universidad de Brown, decía:

— No creo que los Proverbios de Salomón denoten gran sabiduría.

— Está bien — replicó el rector Wayland; pero mañana tráigame usted dos proverbios.

El joven Enrique Ward Beecher recibió de la Asociación Occidental de la Juventud Cristiana un telegrama en que le decían: «¿Nos dará usted una conferencia sin otro estipendio que la fama?»

La respuesta consistió en un ingenioso acróstico de la palabra *fama*, en que el joven y agudo predicador rehusaba la invitación.

Nos dice Montaigne que cierto monarca proscribió durante quince días de sus estados la religión cristiana, para vengarse de la Providencia por la muerte repentina de su único hijo.

Por doquiera vemos prevalecer el sentido práctico contra el talento y el genio. Walpole era hombre inculto y Carlomagno apenas sabía escribir legiblemente su nombre; pero uno y otro conocieron hombres y cosas con aquella sabiduría práctica que siempre ha sido palanca del mundo.

El sentido práctico, a imitación de Alejandro, corta los nudos que no puede desatar. El hombre práctico no sólo descubre, sino que aprovecha la ocasión. Hay una cualidad positiva muy difícil de definir, que es precisamente la obtentora de los premios de la vida. Napoleón hizo por sí mismo en el arte de la guerra tanto como con auxilio de su entonces poderosa artillería. La palmera, uno de los más esbeltos y fornidos árboles del bosque, trepa por el tronco de su vecino cuando se ve privada de los rayos del sol en las espesas florestas de la América meridional.

Un cortijero que no podía ganarse la vida en la labranza, vendió la mitad del cortijo a un mozo, que obtuvo de su labor lo suficiente para comprar

la otra mitad. Cuando el cortijero le preguntó cómo era posible que hubiese salido airoso en lo mismo que para él fuera un fracaso, respondió el mozo: «Todo lo hizo el sentido práctico que a usted le falta».

Con arreglo a tradicional costumbre, llamaron a un sacerdote para que bendijese un campo, y al ver que era de tierra estéril, exclamó: «Este campo no necesita bendiciones, sino estiércol».

Para conocer a un hombre tal cual es, no hay otro remedio que ir dándole vueltas hasta colocarlo de modo que la luz le hiera con la debida inclinación, como haríamos con un cuadro. Si miramos a un hombre en ángulo recto descubriremos sus cualidades y defectos. ¡Cuántas mudanzas advertimos en nuestros condiscípulos de colegio! El primero de clase, que excitaba la envidia de sus compañeros quedó en la vida a la zaga del pobre zote a quien todos zarandeaban por estúpido, pero que guardaba en su intimidad la energía suficiente para adelantar en el mundo. El sobresaliente en los exámenes tenía tan sólo conocimientos teóricos y no pudo arrostrar las ásperas realidades de nuestro tiempo. Aun el mismo genio, a pesar de su raudo vuelo mental, no ha de prescindir de los pormenores y debe trabajar con energía.

Shakespeare estaba dotado de admirable sentido práctico y cuidaba de los más insignificantes

pormenores escénicos en la representación de sus dramas. Forjó las figuras del rey y del vasallo, del loco y del lechuguino, del príncipe y del labriego, del blanco y del negro, del casto y del libidinoso, del simple y del sabio, con todas las cualidades características de tan variados tipos, que la observación sagaz del dramaturgo trasladó del escenario de la vida a las tablas del teatro.

Algunos delatan su falta de sentido práctico al resentirse de ofensas tan leves que no valen la pena de ofenderse. Otros arremeten como don Quijote contra molinos de viento al enzarzarse en públicas controversias con oradores y escritores que están seguros de dar la última palabra. Uno de los más vigorosos rasgos del carácter de Washington fué la dulce calma con que recibía los ataques injustos y las sátiras frívolas.

Sobre este punto, relata muy agudamente Artemio Ward lo que le sucedió con un editor de cierta ciudad de Virginia, quien, contra la general cortesanía de los de su clase, le recibió de muy mala manera y tuvo con él un violento altercado a propósito de un libro que se había comprometido a publicar. El editor trataba de promover un escándalo público sobre el asunto; pero Ward, con loable sentido práctico, eludió toda controversia que hubiera beneficiado al editor ganoso de la notoriedad que le faltaba.

Juan Jacobo Astor sobresalía por su sentido práctico. Durante un viaje a América sobrevino una tormenta y todos los pasajeros se precipitaron hacia la cubierta llenos de espanto y temerosos de irse a pique de un momento a otro. Pero el joven Astor se fué a su camarote y tranquilamente se vistió en traje de ceremonia, diciendo que si naufragaba el buque y por suerte era él uno de los salvados, quería al menos no perder sus ropas.

En cierta ocasión iban de compañeros de viaje un americano y un judío, a quien el primero le dijo:

— La insuperable habilidad mercantil de los judíos les ha colocado a la cabeza de los comerciantes de Europa y América, hasta el punto de que, por lo menos en ciertas ramas del comercio, nadie puede aventajarlos.

A lo que respondió el judío:

— Verdaderamente, va mi raza a la cabeza del comercio mundial; pero ¿por qué lo atribuye usted a su talento?

— ¿Pues no revela talento cuanto en el comercio llevan a cabo?

— No es talento; es genio. La diferencia entre uno y otro está en que el talento sabe vender a un comerciante lo que le hace falta, y el genio le hace comprar lo que no necesita. Y esto han hecho los de mi raza.

ADICIÓN DEL EDITOR

Infinidad de veces se ha repetido que el sentido común es el menos común de los sentidos, y realmente nunca está demás la repetición de esta verdad experimental.

Muchas veces, la falta de tacto en el trato de gentes, una frase inconveniente o inoportuna, una descomposición impulsiva del ánimo, las que vulgarmente se llaman genialidades nos perjudican moralmente mucho más que la maledicencia ajena y desvían de nuestro camino ocasiones de mejorar de situación y de fortuna.

Hombres de poderoso talento y vastísima cultura o que en determinada modalidad intelectual actuaron en las cumbres del genio son menos que medianías en otros ramos del saber y en el trato de gentes no pueden dar un paso sin tropiezo. De ello nos ha ofrecido Marden variados ejemplos y entre los españoles podemos citar a Cervantes y Lope de Vega, que si dominaron con absoluta soberanía en la república de las letras fueron, como hombres de casa y familia, de lo más torpe, desmañado y ciego que darse pueda en la vida social. Los investigadores contemporáneos han demostrado documentalmente que el insigne autor de Don Quijote *era de carácter inquieto y descontentadizo, poco a propósito para determinarse a una labor continuada, con cuyo fruto hubiese podido formar y mantener una familia. Por el contrario, anduvo siempre de un lado para otro y tan pronto era criado de cardenales en Roma, como soldado voluntario en las galeras reales o recaudador de contribuciones al servicio del Estado. Culpa de su falta de sentido común fué la*

pobreza en que se vió toda su vida, la prisión en que estuvo y la miseria en que le sobrecogió la muerte.

En cuanto a Lope de Vega vale más no entrar en los pormenores de su vida, y baste decir que quien lea las documentadas biografías del fecundísimo autor de La niña boba *advertirá que muy otra y mucho más airosa hubiera sido su posición social si hubiese conocido el sentido común, como le ocurrió también al inmortal poeta Jacinto Verdaguer, que tampoco se distinguió por tener muy desarrollada esta cualidad, a pesar de su preclaro y sin igual talento.*

En cambio, no pocos españoles de escasa cultura escolar y libresca cobraron fama y allegaron fortuna, con sorpresa de los tragalibros que confunden la erudición con la sabiduría.

Sabido es el humilde origen del fundador del famoso diario La Correspondencia de España. *Casi niño, llega a Madrid sin otro capital que su esperanza ni otra recomendación que su maravillosa aptitud para el trato de gentes. La prensa española lo era entonces de partido y ni por asomo vislumbraba su futuro y verdadero carácter de informadora, noticiera y relatora con independencia de servilismos políticos. Manuel María Santa Ana no tenía dinero en el bolsillo, pero en su mente revoloteaba, como pájaro ansioso de escapar de entre barrotes, la feliz idea de enterar a los lectores de algo mucho más interesante para ellos que las violentas diatribas cruzadas a diario entre moderados y progresistas. Santa Ana no tiene imprenta, pero sí manos incansables para lanzar a la calle manuscritos los primeros números de* La Correspondencia *en que, contra la insensata costumbre de zaherir, calumniar y poner en ridículo al adversario político, sólo por*

serlo, quedaban retenidas gráficamente, como las vibraciones de la luz en la placa fotográfica, las vibraciones de la vida social en todas sus modalidades, desde la declaración del personaje político, hasta la boda de la señorita anhelosa de la honesta notoriedad de un día.

Todas las clases sociales se vieron reflejadas en el nuevo diario, que no tardó en popularizarse por la mayor y hasta entonces insospechada ventaja de publicarse por la noche, cuando el término de las cotidianas tareas despierta la curiosidad de saber lo que ha ocurrido durante el día. Con el tiempo, llegó a ser La Correspondencia *el* gorro de dormir *de los madrileños.*

Otro ejemplo de lo que vale y puede el sentido común, cuando le acompaña natural aptitud para determinado negocio, lo tenemos en un traficante de Barcelona que sin saber leer ni escribir, sin sombra de cultura literaria, se sobrepuso a todos sus competidores y allegó muy cuantiosa fortuna.

Vemos con frecuencia tiendas y comercios cuyos dueños conocen a fondo el negocio, pero que faltos del sentido común indispensable para fomentarlo y extenderlo por la atracción y mantenimieto de numerosa clientela, se ven precisados a vender el establecimiento, que es peldaño de prosperidad y escabel de fortuna para el nuevo dueño.

Contra el joven bachiller cargado de sobresalientes y matrículas de honor, pero sin el don de gentes ni claro conocimiento de las cosas, prevalecerá siempre en las contiendas sociales el joven de pocas o ningunas letras, pero de gran talento natural y agudo sentido común, que en cada persona con quien trate sepa encontrar un punto de apoyo para seguir adelante.

XI. EL RESPETO PROPIO Y LA CONFIANZA EN SÍ MISMO

XI. EL RESPETO PROPIO Y LA CONFIANZA EN SÍ MISMO

El hombre que puede, es rey.—CARLYLE.

Sé amigo de ti mismo y lo serán los demás. — *Proverbio escocés.*

El saludo de un caballero es almuerzo para el mentecato. — FRANKLIN.

El respeto de sí mismo es, después de la religión, el principal freno de los vicios. — BACON.

El respeto de sí mismo es la piedra angular de toda virtud. — JUAN HERSCHELL.

Ante todo, respetaos a vosotros mismos. — PITÁGORAS.

Nadie puede perjudicarme sino yo mismo. Llevo conmigo el daño que me causo y sólo sufro por mis propias faltas. — SAN BERNARDO.

La desconfianza personal es la determinante de casi todos nuestros fracasos. La confianza en nuestras fuerzas es ya de por sí una fuerza; y en cambio, es débil el fuerte que desconfía de su fuerza. — BOVEE.



UN pobre tejedor escocés acostumbraba a rogar a Dios diariamente que pudiera tener buena opinión de sí mismo.

Realmente ha de ser así, porque mal podemos esperar que

los demás piensen bien de nosotros si no empezamos por dar ejemplo. Dicen los chinos que nunca respetan a los hombres que no saben respetarse.

Si las gentes ven que no me respeto a mí mismo, tendrán derecho a tratarme de impostor, porque exijo buena opinión por parte de los demás sin tenerla yo de mí propio. El respeto personal se funda en iguales principios que el respeto al prójimo.

Decía Lincoln:

Podréis engañar alguna vez a las gentes y siempre a algunas gentes, pero no siempre engañaréis a todo el mundo.

Sin embargo, nunca nos engañamos a nosotros mismos, y el único medio de lograr nuestro propio respeto es merecerlo.

El mundo tiene derecho a medirnos con nuestro propio rasero. En nosotros estampamos nuestro verdadero valor y nadie lo estimará en más. Al entrar en sociedad, las gentes nos miran a la cara para ver en qué estima nos tenemos. Si es poca, no les incumbe averiguar por qué nos hemos aquilatado tan bajamente, pues saben que hemos vivido con nosotros el tiempo suficiente para justipreciar nuestro valor con más acierto que ellos.

Al enterarse Pitt de las egoístas jactancias del

general Wolfe, la víspera de su embarque para el Canadá, le dijo a Lord Temple: «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Habéis puesto en tales manos los destinos y la administración del país?» El engreído general había golpeado la mesa con su espada, y esgrimiéndola fanfarronamente alrededor del salón enumeró las hazañas que se prometía cumplir. Sin embargo, no era jactancia ni engreimiento ni fanfarronería, sino confianza en sí mismo y como un vaticinio de su labor, pues muy lejos andaba Pitt de figurarse que aquel joven general, a pesar de su aparente egoísmo, sería capaz de levantarse de la cama en que le retenía la fiebre y conducir a sus tropas a la gloriosa victoria de las alturas de Abrahán.

Cuando Esteban de Colonna cayó prisionero, le preguntaron sarcásticamente sus enemigos:

— ¿Dónde está ahora tu fortaleza?

— Aquí — respondió severamente, señalando el corazón.

Decía Washington Irving:

Un talento maduro y disciplinado tiene siempre seguro empleo, pero no debe esperar en casa a que vayan en su busca. Ocurre con frecuencia que los hombres audaces e impudentes logran éxito, mientras que nadie para mientes en la meritoria labor de los hombres retraídos; pero esto tiene su explicación en que los audaces e impudentes se distinguen por su activa diligencia, sin

la cual es el mérito cualidad estéril. Perro despierto es más útil que león dormido.

Juan C. Fremont acabó en casi olvidada obscuridad su carrera política, no obstante haber ocupado por su sabiduría el sillón que dejó Humboldt vacante en las academias europeas y deberse a sus admirables iniciativas la anexión de la California a los Estados Unidos. De él dijo uno de sus adversarios: «Ha muerto ignorado porque nunca tuvo confianza en sí mismo. Tuvo mucho talento para anularse por su propia mano».

Cuando Juan C. Calhoun estudiaba en la universidad de Yale, replicó a un condiscípulo que se burlaba de su asiduidad en el estudio: «No tengo más remedio que aprovechar el tiempo para portarme bien cuando sea diputado». Una carcajada colectiva acogió estas palabras del estudiante, quien repuso: «¿Lo dudáis? Pues os aseguro que si no tuviera la completa confianza de ser representante de la nación de aquí a tres años, ahora mismo saldría de la universidad».

Preguntaba lord Erskine a Curran:

– ¿Qué dice Grattan de sí mismo?

A lo que respondió el interrogado:

— Aunque le pusieran en el tormento, nadie sería capaz de sacarle a Grattan una palabra en su propia alabanza. Ni un tiro de seis caballos

podría arrancarle un concepto de sí mismo. Como todos los hombres superiores, conoce la fuerza de su reputación y no consentiría en pregonarla como titerero de feria. Está en un altar nacional y a los hombres inferiores incumbe manejar el incensario. Nunca verá usted que Grattan sople las brasas ni eche el incienso.

Lo que en los demás nos parece vituperable egoísmo, suele ser vigorosa expresión de la confianza que sienten en el éxito de su labor. Los grandes hombres han tenido siempre confianza en sí mismos. Wordsworth se sentía seguro de su lugar en la historia y nunca titubeó en proclamarlo así. Dante vaticinó su fama. Julio César le dijo a su piloto, que se amedrentaba en medio de la tormenta: «No temas, porque llevas a César con su buena suerte».

El egoísmo puede ser necesidad en los hombres de elevada categoría. La naturaleza infunde al hombre la debida esperanza para que no desmaye antes de llegar al punto que a sí mismo se señala. Por esto intensifica su egoísmo más allá del grado intermedio, de suerte que persista en el empeño hasta salir adelante. La confianza en sí mismo denota energías de reserva.

Desde el punto de vista moral, hay generalmente seguridad de confiar en quienes confían en sí mismos; pero cuando un hombre recela de su propia

integridad, no es extraño que los demás también recelen. La degradación moral empieza siempre por uno mismo.

En nuestra atareada época no tienen tiempo las gentes de andar husmeando por obscuros rincones en busca del mérito, sino que prefieren estimar a un hombre en lo que él se estime, hasta que demuestre que no es digno de estima. El mundo admira el valor y la virilidad y desprecia al joven presuntuoso que siempre va con aire de engreimiento, como si no cupiera en el mundo.

Dice Schelling:

Quien tiene conciencia de lo que es, pronto sabrá lo que debe ser. Si teóricamente se respeta, muy luego se respetará prácticamente.

El que tiene la firme convicción de hallar recursos para su labor, con seguridad los halla.

Decía Kossuth:

La humildad es parte de la sabiduría; pero no ha de oponerse a la confianza propia que, de todas las demás cualidades, es la más conforme a la verdadera virilidad.

A lo que añade Froude:

El árbol ha de arraigar antes de florecer y dar fruto. El hombre ha de aprender a tenerse en pie derecho, respetarse a sí mismo y vivir por su propio esfuerzo. Tan

sólo sobre estos cimientos podrá levantarse el edificio de su cultura intelectual.

Todo joven ha de tener presente que el respeto propio lo elevará por encima de toda mezquindad y evitará muchas reprensiones y desaires.

En uno de sus alegatos forenses decía Curran:

— En ninguna obra de jurisprudencia he visto ejemplo alguno en que se establezca el principio alegado por la parte contraria.

— Me parece — interrumpió el magistrado Robinson (que debía su cargo a la intriga envuelta en unos cuantos libelos) — que no está muy nutrida vuestra biblioteca.

—Verdad es, señor mío, que soy pobre—repuso el joven abogado con calma y mirando serenamente al juez cara a cara —y que las circunstancias no me han permitido fomentar mi biblioteca. No tengo muchos libros, pero son selectos y creo haberlos leído con las debidas disposiciones. Para esta noble profesión me preparé más bien por el estudio de pocos y buenos libros que por la composición de muchos y malos. No me avergüenzo de mi pobreza; pero sí me avergonzaría de riquezas adquiridas por servilismo y cohecho. Aunque no escalé elevadas posiciones, soy honrado, y no dejaré de serlo por más que se me ofrezcan ejemplos de medro, notoriedad y fortuna logradas siniestramente.

El juez Robinson no volvió a zaherir al joven letrado.

Dice Miguel Reynolds:

La confianza en sí mismo es un poderoso elemento del carácter. Gana olímpicas coronas e ístmicos laureles (1), y confiere parigualdad con los hombres que reivindicaron el derecho de mantener su nombre en la memoria de las gentes.

La confianza y el respeto propios dan un sentimiento de poder cual ninguna otra cualidad puede dar.

Como dice Shakespeare, el débil, apocado, vacilante, indeciso y servil no conoce ni puede conacer el generoso impulso que mueve a quien confía en sí mismo y cuyo gozo no es el del que ha logrado el premio, sino el del que se siente capaz de ganarlo. Tan sólo es verdadero lo que nuestro íntimo ser nos sugiere; y si lo seguimos como a la noche el día, nadie verá en nosotros falsedad.

---

(1) Alude el autor a los juegos y deportes atléticos que la antigua Grecia celebraba periódicamente en el istmo de Corinto. —(*N. del T.*)

Muy alerta ha de estar uno consigo mismo para no confundir el engreimiento, la presunción y la jactancia con el respeto de su personalidad y la confianza en su valer. Es achaque muy frecuente presumir de entendidos en cuestiones que sólo conocemos de oídas; pero contiguo a este vicioso extremo está aquel otro en que caen los tímidos, apocados y pusilánimes sin resolución para empresa alguna.

Equidistante de ambos extremos viciosos está la no muy frecuente virtud de la confianza en sí mismo que, acompañada del respeto propio, desembaraza los caminos del éxito. Confianza en sí mismo tenía Prim al pronunciar su famosa frase: faixa o caixa, *que de pronto oída parece denotar descomunal ambición, y sin embargo, expresaba concisa y enérgicamente la confianza que en sí mismo tenía.*

Cuando fracasado el movimiento de Villarejo de Salvanés hubo de refugiarse Prim a todo escape en Portugal, dijo, entre burlas y veras, que por las vecinas tierras se entraba para herrar los caballos, *como dando a entender la plena confianza que de sí mismo tenía y lo resuelto que estaba a derrocar el régimen dominante.*

También Narváez fué hombre que siempre tuvo plena confianza en sí mismo. Mandaba Narváez el regimiento de la Princesa en el ejército liberal que al mando de Fernández de Córdoba estaba a punto de entablar batalla con las tropas carlistas atrincheradas en Mendigurría. El general en jefe revisaba el frente de su ejército arengando a las tropas, cuando al llegar a las líneas de la Princesa y después de repetida la arenga se adelantó impetuosamente Narváez y exclamó:

—¡Mi general, ni mi regimiento ni yo necesitamos que se nos jalee!

En otros labios hubieran merecido estas palabras un Consejo de guerra; pero Fernández de Córdoba honraba con su amistad a Narváez, le conocía el genio y no dudaba de que tan brusca interrupción estaba dictada por la confianza que en sí mismo tenía el valeroso coronel. Así se contentó con replicar firme y reposadamente:

—Señor coronel, usía oirá con respeto y en silencio las palabras de su general.

A lo que, sin poder contenerse, repuso Narváez:

—Y por el general y por el amigo sabré morir.

Poco después de comenzada la famosa batalla caía el coronel Narváez gravemente herido de un balazo en la cabeza al cargar contra el enemigo al frente de su regimiento.

La confianza que en sí mismos tuvieron alentó el heroísmo de Alvarez de Castro en Gerona, al de Daoiz, Velarde y Ruiz en el parque de Monteleón y el de Hernán Cortés al quemar sus naves en las costas mejicanas. La confianza en sí mismos ha dado el triunfo a muchos jóvenes que, desafiando las siniestras influencias de un vergonzoso nepotismo, lucharon en reñidas oposiciones a cátedras, empleos y cargos públicos.

Por lo mismo que en nuestra época de publicidad y gárrula ya no se vende en el arca el buen paño, *es preciso que los jóvenes templen sus armas y su ánimo para entrar en la incruenta batalla de la vida confiados sin jactancia en que el propio respeto y la confianza en sí mismos ha de poner en sus manos las vibrantes y victoriosas palmas.*

XII. EL VALOR DEL CARÁCTER

XII. EL VALOR DEL CARÁCTER

El carácter es fuerza. Es influencia. Gana amigos, allega riquezas, logra independencia y abre fáciles y seguros caminos a la fortuna, el honor y la dicha. — J. HAWES.

Me solicitan determinados negocios; pero mi carácter está siempre tras de mí. — SHERIDAN.

El carácter debe traslucirse en todas las cosas: en el discurso, el poema, el cuadro y el drama. Nada de esto vale un ardite sin el carácter. — J. G. HOLLAND.

El carácter es como el diamante que talla las demás piedras preciosas. — BARTOL.

Sé noble; y la nobleza que dormida, pero nunca muerta, late en los demás, despertará para unirse a la tuya. — LOWELL.



LE decía un patricio a Cicerón:

— Sois plebeyo.

A lo que repuso el insigne orador:

— Soy plebeyo, es verdad. Pero la nobleza de mi familia empieza en mí, y la de la vuestra acabará en vos.

Anistágoras estaba de visita en la corte del rey Cleomenes de Esparta, y convencido de cuán difícil es persuadir a un hombre a que obre mal si con él está un hijo suyo, le rogó que mandase salir de su presencia a su hija Gorgo, de diez años de

edad, pues había de decirle algo que la niña no debía oir. Pero Gorgo se abrazó a los pies de su padre, y al escuchar las proposiciones que a éste le hacía Anistágoras, prometiéndole ricos tesoros si le ayudaba a apoderarse del trono de un país vecino, le tomó de la mano, al verle vacilante e indeciso, y exclamó: «Padre, vámonos de aquí, porque si no, este extranjero te hará cometer una injusticia». El rey Cleomenes se marchó con su hija y pudo librarse de la deshonra en que estaba a punto de caer y arrastrar en ella a su país. Aun en los niños es una fuerza el carácter.

En un periódico inglés, relató el siguiente caso el mismo caballero a quien le había sucedido:

«Iba yo por las calles de Edimburgo, una noche muy fría, cuando se me acercó un muchacho vendedor de fósforos, andrajoso y descalzo, que ofreciéndome su mercancía me dijo:

— Cómpreme usted fósforos, caballero.

— No necesito.

— Nada más que un penique la caja.

— Está bien; pero ya ves que no necesito.

— Le daré a usted dos cajas por un penique.

Accedí por quitármelo de encima; tomé la caja y le puse en la mano un chelín para que me devolviese el cambio; pero como el muchacho no lo tenía, le dije:

— Pues mira, mañana te compraré la caja.

— No, no; cómpremela usted esta noche. Tengo mucha hambre. En seguida traigo la vuelta.

El muchacho desapareció con el chelín y yo me quedé esperándole; pero pasaba tiempo y no venía, por lo que di ya por perdida mi moneda, si bien en el semblante del muchacho había visto yo algo que alejaba de él toda mala sospecha.

Ya muy entrada la noche y vuelto yo a mi casa, vino la criada a decirme que un muchacho deseaba hablarme. Era el hermano menor del fosforero, más andrajoso y paliducho todavía que éste. Por un momento se detuvo a registrar entre sus andrajos como quien busca algo, y dijo al fin:

— ¿Es usted el caballero que le compró fósforos a mi hermano Sandie?

— Sí.

— Pues entonces, aquí tiene usted cuatro peniques de la vuelta del chelín. Sandie no ha podido venir. Le atropelló un carro y le quebró las piernas al ir por el cambio. Perdió la gorra, los fósforos y la moneda. El médico dice que morirá sin remedio. Y aquí tiene usted todo lo que puedo volverle del chelín.

Dicho esto, puso el muchacho los cuatro peniques sobre la mesa y prorrumpió en amargo llanto. Yo tuve compasión y fuíme con él a ver a Sandie.

Vivian los dos hermanos con una mujer aficionada a la bebida que los explotaba a su sabor,

pues no tenían padre ni madre. El pobre Sandie estaba tendido sobre un montón de harapos con las piernas quebradas. Me conoció y me dijo:

— Caballero; ya volvía con el cambio cuando me atropelló el carruaje y me quebró las piernas. Me muero sin remedio. ¿Qué será de mi pobrecito hermano?

Acaricié entonces al infeliz y le prometí no desamparar a su querido Rubén. Me comprendió el moribundo, y como si en la última mirada envolviera la gratitud de su alma, se le apagaron para siempre los ojos.»

Este infeliz muchacho, a pesar de su desnuda miseria, atesoraba en su corazón las celestes cualidades de honradez, nobleza y sinceridad de que tal vez carecían los causantes de su muerte.

Cuando el pánico bursátil de 1857, en Nueva York, reuniéronse los directores de los Bancos para tomar providencias que lo contuviesen, y al preguntarse entre ellos cuántos fondos había retirado el público aquel día, dijeron unos que el cincuenta y otros que el setenta por ciento; pero Moisés Taylor, director del *Banco de la Ciudad*, declaró que había aumentado las imposiciones en setenta mil dólares. Debióse tan extraño contraste a que el escrupuloso carácter de Taylor infundía tal confianza en las gentes, que retiraban sus fondos de los demás Bancos para colocarlos en el suyo.

Durante la epidemia de fiebre amarilla que afligió a Memfis, la Junta de Sanidad no sabía en dónde reclutar enfermeros, cuando se presentó al médico de guardia un hombre de facciones groseras y andares torpes, quien le dijo:

- Desearía colocarme de enfermero.

El médico le miró de pies a cabeza, indujo de la inspección que no servía y le dijo:

— No le necesito a usted.

El hombre repuso insistentemente:

— Deseo colocarme de enfermero. Pruébeme usted una semana. Si no sirvo, me despide y me paga el salario.

Muy bien; le tomaré a usted, aunque, en verdad, no estaba dispuesto a ello.

El médico formó mental propósito de no perder de vista al nuevo enfermero, quien, contra toda sospecha, demostró que no necesitaba vigilancia alguna, pues en pocas semanas llegó a ser uno de los más valiosos de aquella heroica hueste por lo abnegado e incansable. Siempre se le veía en los lugares donde con mayor intensidad arreciaba la epidemia. Los enfermos le adoraban y veían en su basta faz el rostro de un angel.

Pero los días de cobro era tan extraña su conducta, que la Junta de Sanidad mandó seguirle los pasos y le sorprendieron una noche echando todo su salario en el cepillo de la colecta pública

para las atenciones sanitarias. Poco después cayó enfermo y murió del azote; y al disponer el cadáver para la anónima sepultura, pues nunca quiso declarar su nombre, se descubrió que era un presidario marcado en el brazo con hierro candente.

Es muy digno de atención que en esta nuestra época, tan afanosa de lucro monetario, tengan más notoriedad social y de ellos se ocupen con mayor encomio los periódicos, el autor dramático, el artista fecundo y el intelectual científico, que los opulentos millonarios. Tal vez derive esto de la maligna influencia de la ambición de riquezas materiales y los benignos resultados de los desinteresados esfuerzos intelectuales, porque, por lo general, cada éxito en el mundo bursátil significa la ruina y miseria de centenares de antagonistas, al paso que todo éxito en el mundo mental y moral redunda en auxilio y provecho de la sociedad. El carácter es la marca indeleble de toda labor, que determina la valía de quien la lleva a cabo.

Todos confiamos en los hombres de carácter cuyo famoso nombre entraña mágicos poderes. Teodoro Parker decía que un Sócrates era más valioso para una nación que muchos estados tan extensos como la Carolina del Sur.

Según Juan Russell, los partidos políticos de Inglaterra solicitan el concurso de los hombres

de talento, pero siguen el camino que les trazan los hombres de carácter.

Es posible calcular la eficacia de una máquina tan fácilmente como se determina la temperatura de un aposento; pero ¿quién será capaz de medir la energía potencial de un hombre de recio carácter? ¿Quién apreciará la influencia de un solo niño en el carácter colectivo de toda una escuela? Tradiciones, usos y costumbres escolares se han alterado a veces por el influjo de alumnos de vigoroso carácter que, en su modesta, pero importantísima esfera de acción, fueron como locomotoras que tras sí arrastran los pesados vagones de un tren.

Durante la famosa retirada del gran ejército por las nevadas estepas, un general que había sabido infundir en los soldados la energía de su carácter, cobijóse en un arruinado establo, donde su gente, rendida de cansancio, hambre y frío, se tendió para pasar la noche. Al amanecer, despertó el general reanimado por el sueño y llamó a los soldados, sin recibir respuesta. Todos estaban muertos de frío y sus cadáveres cubiertos de nieve. Se habían despojado de los capotes para abrigar con ellos a su general y salvarle la vida a costa de la suya.

Según la mitología, el rey Midas impetró de los dioses la gracia de convertir en oro cuanto tocase, pues de este modo sería completamente fe-

liz. Le fué concedida la solicitada gracia; pero amargamente se arrepintió cuando las ropas, los manjares, las bebidas, las flores que arrancaba y aun su propia hija al besarla se convertían en el amarillo metal. Así supo que hay cosas de muchísimo más valor intrínseco que cuanto oro pueda extraerse de las entrañas de la tierra. La madre de los Gracos llamó a sus hijos para que se presentaran ante la señora de Campania, que había manifestado deseos de ver sus joyas. La respuesta fué digna de la hija de Escipión el Africano y esposa de Tiberio Graco, porque el producto más valioso de un país es la miés humana.

El valor de un hombre debe estimarse por sus actos y no por sus riquezas; y así decía Voltaire que sólo eran grandes hombres los bienhechores del linaje humano.

«La educación es la deuda que la generación presente tiene contraída con la futura.» Tal era el lema de un sobre sellado que hubo de abrirse en Danvers (Massachusetts) cuando las fiestas del centenario. Contenía el sobre un cheque de veinte mil dólares para fundar una biblioteca y un colegio en aquella ciudad, y lo enviaba el un tiempo niño andrajoso y a la sazón millonario banquero, Jorge Peabody. Años después, en ocasión de habérsele agasajado con un banquete, donó ciento cincuenta mil dólares al instituto de

su fundación, diciendo: «El que sin desviarse jamás permanece firme en la fidelidad y avanza en derechura, manteniendo íntegro su honor, alcanza mayor grandeza que pudieran darle los éxitos mundanos».

La honradez integérrima de A. T. Stewart le aquistó sólida reputación al par que saneada fortuna. En su primera juventud fué maestro de escuela con el sueldo de treinta dólares mensuales, y años más tarde poseía cuarenta millones bien ganados.

El 2 de septiembre de 1792 el populacho parisién invadió las cárceles públicas sediento de sangre de nobles y clérigos, que cayeron como espigas ante la hoz del segador. Pero en medio de aquella sangrienta bacanal, un descamisado, de nombre Mounot, reconoció entre los presos al abate Sicard, que había dedicado toda su vida a la enseñanza de los sordomudos, y dirigiéndose a los enfurecidos matadores, exclamó: «Deteneos y no toquéis ni un cabello de este buen ciudadano. No lo conocéis, pero yo os digo que es el abate Sicard, el padre de los sordomudos, uno de los hombres más útiles y beneficiosos a su país. Las turbas no sólo contuvieron su furiosa acometida, sino que, levantando en vilo al abate, lo condujeron a su casa en triunfo por las calles. Contra el furor de aquella desencadenada tormenta po-

pular prevaleció vencedora la firmeza de carácter. ¿Cabe llamar hombre afortunado al que en su cara de perro dogo delata el egoísta proceder de siempre tomar y nunca dar con que acaudaló sus riquezas? ¿No leemos en las ceñudas líneas de aquel sombrío rostro la desgracia de huérfanos y viudas? ¿Es posible decir de un hombre que lo debe todo a sí mismo, cuando ha labrado su posición a costa de los demás y se ha enriquezido con la pobreza ajena? ¿Puede ser feliz quien siempre va tan avaro de ganancia como lobo hambriento? ¡Cuán raras veces resplandecen la dulzura, la serenidad y la simpatía en el semblante de los hombres a quienes el mundo tiene por afortunados! La naturaleza delata en el rostro y en la actitud los sentimientos que gobiernan el corazón.

No merecen la corona de honor los fracasados, y ciertamente fracasa el que sólo vive para comer, beber y ganar dinero. La sociedad no allega beneficio alguno de su vida, porque jamás enjugó una lágrima ni reanimó un hogar desmantelado y frío. Su corazón no tiene más dios que el oro.

Durante el recrudecimiento de la campaña abolicionista, la Junta de la Unión Económica de Nueva York acordó publicar en una lista negra los nombres de los comerciantes que se mostraran favorables a la esclavitud; pero la casa de Bowen y Mac-Namee declaró que esperaba continuar

vendiendo sus géneros sin necesidad de vender sus principios. La actitud independiente de estos comerciantes produjo en el país un movimiento tal de simpatía, que las gentes acudieron presurosas a comprar en el establecimiento de los que no consintieron en venderse.

Dícese que el mundo está siempre en espectativa de hombres incapaces de vender su conciencia; que se mantengan orientados hacia la honradez, como la brújula hacia el polo; que defiendan la justicia, aunque se desplome el cielo y se hunda la tierra; que sean probos e íntegramente sanos hasta el fondo de su corazón; que jamás traicionen a la verdad y den valientemente en rostro à los perversos; que no sean jactanciosos ni petulantes; que den pruebas de valor sin engreimiento; que conozcan sus asuntos y en ellos se ocupen; que no sean embusteros, tramposos ni estafadores; que sepan resistir a la injusticia y negarse a la prevaricación.

Sir Felipe Sidney cayó mortalmente herido en la batalla de Zutfen; y como sintiera sed abrasadora por la mucha pérdida de sangre, le trajeron una botella de agua; pero un soldado, también herido, miraba con tan honda ansiedad la vasija, que Sidney mandó que se la llevaran, diciéndole: «Tu necesidad es mayor que la mía». Sidney murió, y con esta hazaña grabó su nombre en la memoria de las gentes.

Florencia Nightingale nos dice que hubo soldados gravemente enfermos de disentería, cuya abnegación les llevó a olvidarse de su dolencia para ayudar a los compañeros.

El hombre que emplea su tiempo, su energía, su vida, si es necesario, por algo que no sea él mismo, por su país, su bandera o sus conciudadanos, cumple una obra mucho más cristiana que el asceta con sus ayunos y mortificaciones. Dice Emerson que cuando lord Chatham pronunciaba un discurso, advertían los oyentes en el conjunto de su persona algo más insinuante y sugestivo que sus palabras. Asimismo se le achaca a Carlyle no haber podido dar a la figura de Mirabeau todo el relieve de su genio con el relato de sus acciones. Los Gracos, Agis, Cleomenes y otros héroes de Plutarco no igualaron con sus hechos a su fama. Sir Felipe Sidney y Sir Walter Raleigh son figuras de grandeza superior a sus actos. Las hazañas de Washington no le dan ni la más mínima parte de su personal valía. La autoridad del nombre de Schiller excede a sus obras. Esta desigualdad entre la nombradía y la actuación no debe explicarse diciendo que el fulgor del relámpago es más extenso que la chispa de que proviene, sino considerando que en todos aquellos hombres existía algo que engendraba una espectación superior a toda su obra. La mayor parte

de su energía estaba latente. Por esto llamamos carácter a la fuerza almacenada que actúa directamente por acción de presencia y sin necesidad de medios de actualización. Lo que otros llevan a cabo con su talento o elocuencia, el hombre de carácter lo realiza por influjo magnético. La mitad de su fuerza la mantiene en depósito. Logra los triunfos merced a su intrínseca superioridad y no por la fuerza de las bayonetas. Vence porque su sola presencia altera los acontecimientos.

Hay personas que triunfan antes de hablar y ejercen una influencia de mucho superior a su actuación, de modo que las gentes se preguntan cuál es el secreto de su poder sobre los hombres. Nunca ejerció César tan decisiva influencia en el pueblo romano como al caer sobre el pavimento del Senado, herido de muerte por los puñales asesinos cuyas hojas eran otras tantas lenguas que abogaban por la víctima.

Del general Sheridan se dijo que de tener una regla de conducta hubiese gobernado el mundo. ¡Cuán pocos jóvenes se percatan de que su éxito en la vida depende más bien de lo que son que de lo que saben! El carácter, no la intriga, elevó a Washington y Lincoln a la presidencia de la república norteamericana. En cambio, Webster pujó muy alto por ella a costa de su honra y de sus primeras convicciones. Al oír un colono que

Webster había perdido la elección, exclamó: «El Sur nunca pagó a sus esclavos».

¿Qué regla de conducta es esa a que Webster y Napoleón faltaron? ¿No es la imperecedera lealtad al mas elevado ideal que tuvo hasta hoy el mundo? Esto es lo que respetuosamente admiramos en los varones fuertes de arraigadísima convicción, cuyo carácter es lo suficientemente entero para mantenerse erguidos como robles, cuando el torbellino arrasa todo lo que les rodea.

Ofreció el sultán de Turquía su valiosa protección al desterrado Kossuth si abrazaba la fe mahometana, y respondióle el patriota: «Nunca he titubeado entre la muerte y la ignominia. Aunque he sido gobernante de un pueblo generoso, no tengo fortuna que legar a mis hijos; pero lo prefiero así a dejarles un nombre deshonrado. Tengo las manos vacías, pero limpias».

En cierta ocasión, hubo de presentarse el Petrarca ante un tribunal en calidad de testigo, y se disponía a prestar juramento, cuando los jueces le dijeron que, por la confianza que tenían en su palabra, le dispensaban de él.

A Hugo Miller le ofrecieron el cargo de cajero en un importantísimo Banco; pero rehusó diciendo que entendía muy poco de cuentas y no le era posible presentar quien le fiase. El director del Banco le respondió que no le exigía fianza a-l

guna, pues le bastaba con conocerle, aunque Miller ignoraba que ya de antes le conociese. Esto consiste en que nuestras cualidades se muestran siempre a la observación de los capaces de aquilatarlas, nos demos o no cuenta de ello.

Cuando los príncipes de Italia instaban al marido de Victoria Colonna a que abandonase la causa del rey de España, con quien le ligaban lazos de fidelidad, la célebre romana le escribió diciendo: «No te olvides del honor, que te alza por encima de los reyes. Por el honor y no por títulos brillantes se adquiere la gloria, que será tu dicha y orgullo al legarla sin mancilla a tus descendientes».

El presidente Lincoln, no obstante su altísima dignidad, era sujeto de burla en los entonados salones de la aristocracia europea, y los periódicos satíricos ridiculizaban en punzantes caricaturas la tosquedad y ordinariez de aquel patán doctorado en leyes. Los políticos se extrañaban de la sencillez de sus disposiciones presidenciales y le inducían a redactarlas con mayor ceremonia; pero Lincoln replicaba invariablemente: «El pueblo ya las entenderá». En el mismo Washington le satirizaron con punzantes caricaturas, y al enterarse de tan tremenda chacota se preguntó: «Bien, Abrahán Lincoln, ¿eres un hombre o eres un perro?» Al recibir el desaire de Fredericksburgo,

exclamó: «Si fuera del infierno hay hombre que sufra más que yo, le compadezco». Pero el formidable corazón de la masa popular latía sincrónicamente con el suyo. Los pobres tejedores de las fábricas europeas tocaban las consecuencias de la escasez de algodón; pero nunca solicitaron de sus gobiernos que rompieran el bloqueo decretado por Lincoln, pues simpatizaban con él.

De nadie como de Lincoln pudo decirse con razón tan sobrada, que la naturaleza se irguió para ofrecerlo al mundo y exclamar: «Aquí hay un hombre».

Siempre trabajó Lincoln en definir su carácter con tal escrupulosidad, que sus colegas le calificaban de «perversamente honrado». Nadie lograba inducirle a defender contra razón una causa ni a persistir en la defensa de la que luego de comenzada tuviese por injusta. En cierta ocasión le encargó una señora el estudio de un pleito y entrególe por adelantado doscientos dólares. Examinado el caso, devolvió el dinero a la cliente, diciéndole:

—Señora, no le queda a usted ni una alcayata de donde colgar su pleito.

La señora replicó entonces:

—Pero usted tiene bien ganado ese dinero.

A lo que repuso Lincoln:

—¡Oh! no; fuera injusticia. Yo no cobro nunca honorarios por cumplir con mi deber.

Hay en la vida del hombre algo más grande que su actuación profesional y que sus proezas; algo superior a la riqueza y al talento; algo más duradero que la fama. Hombres y naciones cifran su esperanza en la educación, en la cultura, en las refinadoras influencias de la civilización; pero estos elementos no podrán nunca de por sí engrandecer ni salvar a un pueblo. El arte, el lujo y la degradación han sido buenos camaradas en el curso de los siglos. El carácter es la única fuerza que actúa por su propia virtualidad en el mundo. Podrá tener un hombre escasa cultura, deficiente habilidad, pobreza material y modesta posición social; pero si su carácter es firme, recio y entero, derramará decisiva influencia en su derredor.

Una acción noble, recta y justa es como pulsada cuerda cuyas vibraciones se propagan por todo el universo, conmueven los corazones, rinden los entendimientos, invaden los mundos y dilatándose por el infinito llegan al seno mismo de Dios.

Preguntaba Luis XIV a Colbert cómo, a pesar de ser rey de la vasta y populosa Francia, le había sido imposible conquistar un tan pequeño país como Holanda. El ministro respondió: «Porque la grandeza de un país no depende de la extensión de su territorio, sino del carácter de sus habitantes».

Cuéntase de Franklin que reformó las costumbres de toda la dependencia de un almacén de Londres. Ariosto y Ticiano se inspiraron uno en otro con mutuo ensalzamiento de su gloria. Así dice un escritor: «Dime a quien admiras y te diré quién eres». La lectura de un libro o la contemplación de una obra de arte nos identifica con el pensamiento del autor. ¿Murió Miguel Angel? Preguntádselo a los centenares de miles que con arrobado ánimo admiraron sus obras en la ciudad cesárea. Miguel Angel vive y reina en miles de espíritus. ¿Murieron Washington, Lincoln y Grant? Nunca estuvieron tan vivientes como hoy día, pues ¿qué corazón o qué hogar americano no es relicario de su memoria? ¿Cómo fuera posible imaginarnos el Egipto sin Moisés, Babilonia sin Daniel, Atenas sin Demóstenes, Fidias, Sócrates y Platón? ¿Qué hubiera sido Cartago sin Aníbal? ¿Qué Roma sin César, Cicerón y Marco Aurelio? ¿Qué sería París sin Napoleón y Víctor Hugo? ¿Qué Inglaterra sin Newton, Shakespeare, Milton, Pitt y Gladstone?

Durante los siglos en que yació Italia sepultada bajo la losa de la dominación extranjera, el nombre del Dante fué consigna de patriotas, en cuyo cerebro resonaban los vehementes acentos de Cicerón, de los Escipiones y los Gracos. Decía a este propósito lord Byron: «Los italianos hablan hoy del Dante, escriben sobre el Dante y

piensan en el Dante tan copiosamente, que sería ridículo si en verdad no mereciese admiración». En la degenerada Grecia no se ha extinguido la influencia moral y mental de los colosos de su edad de oro, cuya memoria vibra todavía a través de la tierra helénica y viven en las regiones del pensamiento más robustamente que cuando alentaron en la carne.

Nuestras mentes están modeladas por la combinada influencia de los muertos, tan poderosamente como por la de los vivos. Nuestras creencias están santificadas por la abnegación de los mártires a cuyos sufrimientos acompaña y cuyas persecuciones ennoblece nuestra simpatía. Nuestras acciones son, por su ejemplo, tales cual sentimos que hubiera sido el ideal realizado en las suspiradas condiciones. Como dice el poeta:

> Aunque disperse el viento las cenizas del que con su espada o con su voz sirvió al linaje humano, ¿ha muerto aquel cuya gloriosa mente eleva la tuya? Vivir en el corazón de la posteridad no es morir.

Una vida rastrera y sin ideal deja su nefasta huella en el carácter tan hondamente como el estigma que Dios puso en el rostro del culpable Caín. Pero, en cambio, hay hombres en quienes confían hasta los perros de la calle.

Nos parecemos a esos insectos que toman el

matiz de las plantas de que se alimentan, pues tarde o temprano nos identificamos con el alimento mental que recibimos y con los seres a quienes amamos. Cada acción nuestra, cada palabra, cada pensamiento, quedan escritos con acerada pluma en la íntima contextura de nuestro ser. El espectro de las desperdiciadas coyunturas, del tiempo malgastado, se alzará sin desvanecerse para apostrofarnos. Mucho cuesta aprender que cada cosa engendra su semejante; que una bellota se convierte en roble; que siempre se juntan las aves de un mismo plumaje; que los seres y las cosas afines acaban por identificarse, comunicándose recíprocamente sus propiedades. La compañía de los buenos engendra el bien y la de los malos el mal. No importa que la compañía sea silenciosa, secreta y tenebrosa, porque sus resultados aparecerán más o menos tarde en nuestro semblante y en nuestra conducta. Los ídolos del corazón se asoman a nuestros ojos, se descubren en nuestros modales y traicionan a sus adoradores. Nuestras amistades, nuestros amores, odios, luchas, triunfos, derrotas, disipaciones, anhelos, intrigas, honras y deshonras dejan sus indelebles huellas en las ventanas del alma que al mundo entero las pregona. Los corazones negros cubren el rostro de negras sombras que todo esfuerzo es incapaz de disipar. El semblante del disoluto es

como siniestro panorama en que se reflejan la taberna, el lupanar, los compañeros de crápula, las escenas repugnantes, las incitaciones pasionales, las luchas por la victoria, las resoluciones quebrantadas, los penosos vencimientos. Pero ¡cuán gloriosamente resplandece el semblante del que venció la tentación y disciplinó sus fuerzas en la lucha por el propio perfeccionamiento! Para mí es verdaderamente grande el hombre que me redime de la esclavitud en que me aprisionan las influencias circundantes, que desata mi lengua y abre las puertas de mi actuación. Este hombre es como una lente para mi defectuosa vista, porque ve las cosas con luz más clara, dilata mis horizontes y reduplica mis posibilidades. Mis nervios se estremecen con acrecentada energía. Todo mi ser vibra al recibir la magnética corriente de otra alma. La cólera engendra cólera y el odio engendra odio, porque toda pasión es contagiosa. Sucede a veces que si los actores apesadumbrados o de mal humor han de representar un papel alegre o jocoso es tan poderosa la influencia sugestiva, que al punto se les altera la disposición de ánimo de conformidad con el carácter del personaje.

Dice Emerson:

El carácter no puede disimularse. Los ladrones nunca se enriquecen; las limosnas a nadie empobrecen; las paredes delatan a los criminales. La más leve mentira, un

tinte de vanidad, la afectación del bien parecer, os pondrán instantáneamente en evidencia; pero hablad la verdad sincera y de todos recibiréis inesperado estímulo.

Mientras Voltaire escribía su *Historia de Luis XIV*, le dijo a un amigo:

Al pediros anécdotas de la época de este monarca, no me refería yo precisamente a su persona, sino más bien al espíritu predominante en su reinado. Yo hubiese preferido pormenores de Racine, Boileau, Sully, Molière, Lebrun, Bossuet, Poussin y Descartes, a la descripción de la batalla de Steinkirk. De los que mandan ejércitos y armadas sólo queda el nombre; pero los genios preparan puros y duraderos deleites a las generaciones por nacer. Un canal que enlace dos mares, una tragedia conmovedora, una verdad descubierta son mil veces más valiosos que todas las crónicas cortesanas y todos los relatos de la guerra. Ya sabéis que para mí los genios van a la cabeza y detrás de ellos los héroes. Pero llamo genios a los que sobresalen en lo útil o en lo agradable. Los asoladores de países son para mí los héroes.

En la tumba de un monarca egipcio que floreció hace catorce siglos, se leía este epitafio:

No dañé a los niños ni oprimí a las viudas ni maltraté a los zagales. No hubo mendigos en mis días ni un hambriento en mi época. Goberné de manera que la viuda no echase de menos al marido.

¿Qué gobernante podría decir con razón otro tanto en nuestra época?

ADICIÓN DEL EDITOR

Vulgarmente se entiende por carácter la índole moral de un individuo; pero en su acepción psicológica es el carácter la suma algébrica de cualidades que latentes trae consigo al mundo todo ser humano.

El hombre de carácter hermana sintéticamente el talento con la virtud, la bondad con la sabiduría, la razón con el sentimiento y la convicción de las propias ideas con el respeto y tolerancia de las ajenas.

El carácter, como el genio, no es fruto exclusivo de tal o cual tierra; pues en todas las naciones florecieron hombres cuya excelencia de carácter les elevó a las altezas del prestigio sobre los demás.

Entereza de carácter demostró toda su vida la reina Isabel de Castilla, que con varoniles gallardías se mantuvo al frente del ejército en la memorable campaña contra los moros, cuyo término feliz fué la toma de Granada. Durante el cerco de Baza, revistó la reina al ejército sitiador ante los muros de la ciudad sitiada, desde cuyas almenas contemplaba el gobernador sarraceno el curioso espectáculo; y tan prendado quedó de la valentía de la soberana de Castilla, que diputando por inútil la resistencia, entregó las llaves de la ciudad, rendido más bien a la influencia de aquella animosa mujer, que a la expugnación de las armas cristianas.

El capitán del regimiento de Málaga, don Vicente Moreno, convertido en guerrillero después de aniquilado su regimiento en los pasos de Sierra Morena, cayó prisionero de los franceses en el recio combate sostenido en la madrugada del 2 de agosto de 1810. Conducido a Málaga y condenado a muerte en horca, prometióle el general Bertrand la libertad y la

vida, a condición de que diese palabra de honor de no hacer armas contra los franceses. La víspera de la ejecución, pusiéronle delante a su esposa y cuatro hijos, el mayor de nueve años, quienes, deshechos en lágrimas, le suplicaron que aceptara las proposiciones de los franceses, a lo que se negó resueltamente Moreno. Pero, al pie mismo del patíbulo, encontró nuevamente a su esposa, quien, aun con más vehemencia, le volvió a suplicar que aceptase la libertad por amor a sus hijos. El capitán, tranquilo y sereno, desenlazó de su cuerpo los amantes brazos que se le aferraban, y apartando cariñosamente a su esposa, le dijo:

—Sepárate, María, sepárate. Mi gloria es morir por la patria. Recuérdaselo a tus hijos para que aprendan de su padre a morir con honor.

Así murió, a los treinta y seis años de edad, aquel firmísimo carácter cuyo nombre debiera ser inolvidable para todo patriota.

Dejando aparte las opiniones políticas y religiosas del que fué presidente de la República española, don Francisco Pi y Margall, y deteniéndonos tan sólo a observar las cualidades intrínsecas de su personalidad, forzoso es reconocer en Pi y Margall, como sin excepción han reconocido sus más irreconciliables adversarios, voluntad indomable, convicciones profundísimas, clarividencia diáfana, intuición profética, austeridad eremítica e intrépido civismo. Era ministro de la Gobernación y estaban convocadas las elecciones generales de diputados a Cortes. Hasta entonces, como después de entonces, el ministro de la Gobernación encasillaba los diputados que habían de triunfar en cada distrito, legalmente y sin disturbios si la oposición era débil, o recurriendo a violencias, falsedades y toda clase de medios ruines si el candidato contrario al gobierno contaba con fuerzas suficientes para obtener el acta. Pi y Margall no intervino ni influyó absolutamente para nada en aquellas elecciones, donde por vez primera y acaso única en la historia parlamentaria de España resplandeció la sinceridad electoral en todo su esplendor. El gobierno obtuvo mayoría parlamentaria, a pesar de su rigurosa abstención, porque la casi totalidad de los distritos rurales votaron al candidato adicto, ya que, por interés y por costumbre, son ministeriales de todos los ministerios y agradadores de todos los Segismundos.

Elevado a la presidencia del poder ejecutivo (pues, en rigor, no hubo en España presidente de la República con índole de poder moderador), andaban por entonces enzarzados en áspera contienda los federales moderados y los exaltados o intransigentes, que recelosos de las vías legales aspiraban a dar forma federal a la República antes de que las Cortes votaran la constitución en proyecto. Los federales catalanes, dueños de los organismos oficiales, lo tenían todo dispuesto, con las tropas y milicias a su favor para proclamar en el acto el Estado catalán; pero quisieron contar con la aquiescencia de Pi y Margall, quien al enterarse del propósito y no obstante las vivas instancias que desde la Diputación provincial recibía por telégrafo, jamás quiso que por medios sediciosos pudiera establecerse el régimen político por que había suspirado toda su vida. Pi y Margall hirió aquel día de muerte a la República española, pero contra el egoísmo partidista prevaleció el amor a la justicia.

Mientras fué ministro de la Gobernación no tocó Pi y Margall ni un céntimo de los fondos secretos, que bien podía emplear sin dar cuenta a nadie, y al dimitir el cargo entregó al sucesor la cantidad íntegra; pero al llegar a su casa y como su esposa le pidiese con qué atender a las necesidades domésticas, echó de menos en la cartera un billete de mil pesetas que inadvertidamente había puesto en la gabeta de los fondos secretos. El ministro se convenció por el recuento de la justicia con que Pi y Margall reclamaba lo suyo y le entregó el billete.

También dió Salmerón loable ejemplo de entereza de carácter al dimitir la presidencia de la República por no firmar dos sentencias de muerte, contra cuya pena se había declarado en sus programas.

Caso ejemplar es también el del ministro de Hacienda don Angel Urzaiz, quien, a los pocos días de constituído el gobierno liberal bajo la presidencia de Montero Ríos, dimitió irrevocablemente la cartera antes de consentir en la transferencia de crédito de cinco millones que su colega de Gobernación, el conde de Romanones, exigía para aliviar la miseria de Andalucía, pero que la opinión pública recelaba se aplicaran a fines electorales.

En orden más modesto, pero tal vez más trascendental para el porvenir de la sociedad, nos ofrece ejemplo de firmeza de carácter el catedrático que fué de lengua griega en la Universidad de Barcelona, don Joaquín Garriga, entre cuyos alumnos se contaba un sacerdote cuya misa le ayudaba aquél diariamente; pero no obstante la intimidad de trato que con ello se estableció entre ambos, suspendió el catedrático al alumno por no creerlo suficientemente enterado de la asignatura.

XIII. EXACTITUD Y VERDAD

XIII. EXACTITUD Y VERDAD

La exactitud es hermana gemela de la honradez. — C. SIMMONS.

El genio es el infinito arte de trabajar con paciencia. — CARLYLE.

Me repugnan las cosas hechas a medias. Si una cosa es buena, hagámosla valerosamente. Si es mala, dejémosla por hacer. — GILPIN.

Si yo fuese zapatero remendón cifraría mi orgullo en ser de todos los remendones el mejor. Si fuese latonero, ningún otro compondría una cacerola tan bien como yo. — *Canto antiguo.*

Si un hombre sabe componer un libro, predicar un sermón o construir una ratonera mejor que su vecino, las gentes abrirán camino hasta su puerta, aunque tenga la casa en medio del bosque. — EMERSON.



NTRÓ un parroquiano en la relojería de Jorge Graham, de Londres, para comprar un reloj de buena marcha. El relojero le dijo:

— Aquí tiene usted uno que yo mismo construí y comprobé. Si dentro de siete años vuelve usted y me señala una diferencia de cinco minutos, le devuelvo el dinero.

Al cabo de siete años regresó el caballero de la

India, y como había descompuesto el reloj por quererlo arreglar demasiadas veces, fuese a la relojería de Graham, y le dijo:

— Vengo a devolver el reloj.

— Pues ya recordará usted las condiciones. Veámoslo. ¿De qué se lamenta usted?

— De que han pasado siete años y lleva más de cinco minutos de diferencia en la marcha.

— En tal caso le devuelvo a usted el dinero.

— Es que en composturas he gastado diez veces más de lo que me costó.

— Pero yo por nada faltaría a mi palabra.

Dicho esto pagó Graham la cantidad convenida, y se quedó con el reloj.

Había aprendido Graham su oficio en el taller de *Tampion*, el más hábil mecánico de Londres, si no del mundo entero, cuyo nombre en los relojes era prueba innegable de excelencia.

Graham inventó el péndulo compensador de mercurio, el escape y el mecanismo planetario, sin que desde entonces haya habido necesidad de perfeccionar estos aparatos. El reloj que construyó para el observatorio de Greenwich, hace 150 años que funciona y sólo se arregla cada quince meses. Tampion y Graham están sepultados en la abadía de Westminster por los méritos contraídos en la exactitud de sus obras.

Para no perder el rumbo necesitan los navegantes conocer la distancia a que se hallan del Norte o del Sur con relación al Ecuador, y por lo que toca a la distancia del Oeste o del Este han de tomar por punto de referencia el meridiano de Greenwich, París o Washington.

Un cronómetro absolutamente exacto podría auxiliarlos en la determinación de estas distancias, relacionando la marcha del reloj con el movimiento aparente del sol; pero todavía no hay un tan exacto cronómetro. En el siglo XVI, el rey de España ofreció mil onzas de premio al que descubriese un procedimiento para determinar muy aproximadamente las longitudes. Dos siglos más tarde, ofreció el gobierno inglés 5.000 libras al que inventase un cronómetro lo suficientemente exacto para que un buque pudiera calcular la longitud con error máximo de sesenta millas al cabo de seis semanas de haber salido del puerto. El premio aumentaba respectivamente hasta 7.500 y 10.000 libras esterlinas, según el error fuese de cuarenta y treinta millas, con otro de 20.000 libras para el método exacto en radio de treinta millas. Todos los relojeros del mundo quisieron disputarse el premio; pero el año 1761 todavía no estaba concedido, y Juan Harrison solicitó entonces que se probara un cronómetro de su fabricación, como así se hizo en un viaje de ida y vuelta entre Portsmouth y Jamaica, durante el cual va-

rió dos minutos, y tan sólo cuatro segundos en otro viaje. La variación fué de quince segundos en una travesía de 156 días a las islas Barbadas, por lo que se concedió el premio de 20.000 libras al relojero que había estado cuarenta años ocupado en su construcción y cuyas manos eran tan delicadamente hábiles como el mecanismo de su cronómetro.

Antes de que se trazara en los Estados Unidos la primera vía férrea, le dijo un carpintero de una aldea del Estado de Nueva York al herrero David Maydole:

— Fórjeme usted un martillo lo mejor que sepa. Hemos de ir a trabajar en las obras de la nueva iglesia y me he dejado el mío en casa.

— ¿Lo mejor que sepa? Tal vez no le convenga a usted el precio.

— Desde luego que sí. Necesito un martillo de primera calidad.

En efecto, el carpintero recibió el mejor martillo que sin duda alguna se había construído hasta entonces, pues por medio de un ojal mayor que los acostumbrados logró David Maydole sujetar la cabeza del martillo de modo que no pudiera saltarse, lo cual le pareció al carpintero un admirable perfeccionamiento con el que su martillo superaba al de sus compañeros, quienes se apresuraron a encargar al herrero otros martillos iguales. Cuando

el contratista de las obras vió las nuevas herramientas, quiso dos para él, con la condición de que todavía fuesen mejores, a cuya demanda replicó Maydole:

— No puedo hacerlos mejores, porque cuando ya hago una cosa, la hago lo mejor que sé, sin distinguir para quién la hago.

El guarda-almacén de las obras pidió en seguida dos docenas de aquellos martillos, cantidad desconocida en las anteriores vicisitudes de su oficio. Un ferretero neoyorquino que acertó a pasar por la aldea compró todos los martillos en existencia y comprometióse de antemano a quedarse con cuantos Maydole pudiera construir. Bien hubiera logrado enriquecer el herrero sin más que atenerse al tipo del martillo por él inventado, pero no cesó de ocuparse durante el resto de su vida en perfeccionarlo en todas sus minucias. Los compradores no necesitaban otra garantía que el nombre de Maydole estampado en el lugar de la marca, que muy pronto adquirió universal renombre.

Decía el director de un taller de forja, donde trabajaban miles de operarios.

— Nosotros no tenemos secreto alguno de fabricación. Procuramos dar a los aceros el mejor temple posible, y en esto consiste todo nuestro secreto, sin importarnos que otro lo conozca.

Decía el difunto Juan C. Whitin, de Northbrid-

go, a un parroquiano que se quejaba de lo caro de una máquina para la hilatura de algodón:

— Yo no procuro que las máquinas me salgan baratas, sino buenas.

Los negociantes se percataron muy luego del significado de estas palabras, y cuando los fabricantes de tejidos de Nueva Inglaterra habían de vender alguna de sus máquinas, cuidaban de advertir en el anuncio, además de los años de funcionamiento, la circunstancia de proceder de los talleres de Northbridge, cuyo nombre era de por sí garantía de bondad.

El escultor H. K. Brown tuvo ocasión de ver en casa de una señora que vivía en Newburgh del Hudson, una estatua de alabastro modelada por un adolescente llamado Ward, y al admirar la obra, exclamó:

— Señora, este jovencito tiene algo dentro de él.

Representaba la estatua a un obrero irlandés que trabajaba por cuenta de la familia Ward, de Brooklyn, y había el precoz artista ejecutado con admirable exactitud todos los pormenores de la figura, no sólo en cuanto a expresión y parecido fisionómico, sino en particularidades como los remiendos de los pantalones, los rasgones de la chaqueta y los pliegues del sombrero. Seis años después, era Ward el discípulo predilecto de Brown,

y con el tiempo llegó a ser el más famoso escultor de los Estados Unidos.

En el calor de la discusión, le decía un diputado inglés a su contendiente:

— Recuerdo cuando le limpiabais las botas a mi padre.

A lo que replicó el otro instantáneamente:

— Es verdad; pero ¿acaso no se las limpiaba bien?

Aquejado Wellington de sordera, consultó con un famoso médico, quien le aplicó en el oído un cáustico tan enérgico, que le produjo una inflamación en extremo peligrosa. El médico se deshizo en excusas con muestras de hondo pesar por lo ocurrido y manifestó su recelo de que aquella equivocación causara su ruina, a lo que respondió Wellington:

— No hay cuidado, porque a nadie he dicho ni una palabra del asunto.

— Pues entonces, ¿me permitiréis que os siga visitando, a fin de no despertar la desconfianza de las gentes?

— No, porque eso ya sería mentir.

Le decía un muchacho a su padre:

— Esta noche pasada vi en nuestra calle lo menos cien perros. Estoy seguro.

— No puede ser. No hay tantos perros en la aldea.

— Pues entonces no eran menos de diez.

— Tampoco creo que vieras diez, porque tan seguro estabas antes de haber visto cien como ahora los que dices.

— Pues bien, padre; por lo menos, vi a nuestro danés y a otro perro.

Vituperemos a este muchacho por su afán de dar desmesuradas proporciones a un suceso insignificante; pero ¿qué decir de quienes al caer un aguacero «nunca vieron una lluvia tan copiosa» o se quejan cada día de que aquel es «el más caluroso del verano» o «el más frío del invierno»?

Nada admira tanto a las gentes como la verdad sencilla, exenta de duplicidad, artificio y mala intención.

En cambio, son diversas manifestaciones de doblez, hipocresía y falsedad resultantes de vacilación mental, valerse de perífrasis para eludir la responsabilidad de la ofensa; recurrir a equívocos, evasivas y falacias para disfrazar la lisonja o el vituperio; encubrir la verdad y dar cara a todos los vientos; exagerar desconsideradamente los relatos; acomodarse a la opinión ajena sin compartirla; asentir con un movimiento de cabeza, una sonrisa y un gesto a lo que otro nos dice, sin atender a lo que dice; y en fin, toda insinceridad que se comete al fingir pensamientos o emociones.

La naturaleza no miente ni engaña. Las rosas florecen y los cristales se forman hoy con la misma precisión de matices y aristas que en la edénica mañana de la creación. La rosa de los jardines de la reina no es más hermosa ni más fragante ni más exquisitamente perfecta que la floreciente en las silvestres márgenes de los caminos o en algún valle escondido a las miradas del hombre. El cristal de las subterráneas minas es tan fielmente geométrico como el formado a flor de tierra. Hasta el sutilísimo copo de nieve, cuyo destino es formar insignificante e inadvertida parte del enorme alud, asume la configuración de etérea belleza cual si hubiera de ostentarse aparatosamente. Se mueven los planetas con vertiginosa celeridad en órbitas dilatadísimas; y sin embargo, acuden sin discrepancia de un segundo a la cita que les dan solsticios y equinoccios, como si en su movimiento manifestaran la invariable voluntad de Dios.

Las maravillosas riquezas del suelo americano y su creciente prosperidad han despertado una desdichada tendencia a la hipérbole, a pesar de que en estas tierras es la verdad mucho más admirable que la ficción y lo positivo más vigoroso que lo superlativo; pero desmentimos este hecho con nuestras palabras. Realmente es muy difícil establecer la exacta verdad en América. Muchas fortunas están fundadas en apariencias y no pueden resistir los embates de la verdad.

A Sir Tomás Browne le preguntaron si el demonio mentía y él contestó que no, porque si mintiera dejaría de existir. Tan necesaria es la verdad a la existencia.

En Siberia encontró un viajero a ciertos hombres que distinguían a simple vista los satélites de Júpiter, no obstante sus escasos adelantos en la civilización. Es curioso que ningún descubrimiento astronómico de importancia se haya hecho con telescopios de mucho alcance, pues los sabios que mayormente han contribuído al progreso de esta ciencia, efectuaron sus observaciones con instrumentos ordinarios, cuya eficacia consistía en la disciplinada mente y en la perspicaz visión del observador.

Una doble lente convexa de un metro de diámetro vale nada menos que sesenta mil dólores, pues su ajuste es tan sumamente delicado que, como dice Alvan Clark, sólo la mano del hombre tiene la necesaria habilidad para darle el exacto pulimento requerido por el servicio que ha de prestar. Durante las pruebas del gran objetivo que este óptico había construído para el gobierno ruso, un operario lo tocó apenas con la mano, y Clark mandó entonces que esperaran un rato antes de repetir la prueba, porque el natural calor del toque podría malograr el éxito a causa de haberse alterado el delicadísimo equilibrio de la masa. El

amor que Clark sentía por la exactitud dió merecida fama mundial a las piezas salidas de sus talleres.

En cierta ocasión, instaron a Webster para que hablara en una asamblea sobre determinado asunto puesto a deliberación. El célebre orador respondió diciendo:

— Me es de todo punto imposible. He de cumplir otros deberes de suma urgencia y no tengo tiempo de prepararme para hablar sobre este tema.

— Pero usted trata siempre magistralmente todos los asuntos. Nunca ha fracasado usted.

— Pues por esa misma razón. Porque nunca hablo sin antes estudiar la materia hasta dominarla. En el caso actual no tengo tiempo de estudiarla y de ahí mi negativa.

El abogado Rufo Choate actuaba ante un juez de paz, zapatero de oficio, en un caso de insignificante cuantía, con la misma diligencia y atención que al informar ante el Tribunal Supremo de Justicia.

Decía un eminente escritor:

Todo cuanto sea justo hacer, hagámoslo con el mayor cuidado, con firmeza y fidelidad de propósito, pues no hay balanzas de bastante delicadeza para pesar nuestra escrupulosidad en el cumplimiento del deber ni determinar su verdadera importancia a los ojos de Dios. Lo que a nosotros nos parece bagatela, puede ser el secreto resorte que abra las puertas de la vida y de la muerte.

Tan exacta les parecía a los florentinos la descripción del infierno en la *Divina Comedia*, que al pasar el Dante por la calle decían señalándole con el dedo: «Ahí va un hombre que ha estado en el mundo inferior».

El canónigo Farrar era de opinión que el único fracaso en la vida consiste en no acomodar nuestros actos a nuestros conocimientos.

Se maravillaba Grove de que cuanto más pulía y limaba Beethoven sus melodías instrumentales, más frescas y espontáneas pareciesen. Leonardo de Vinci se tomó el trabajo de atravesar todo Milán para corregir un leve matiz de un insignificante pormenor de su famosa pintura *La última cena*. Según declara su editor Dodsley, el célebre Pope corregía dos veces cada línea de sus manuscritos. Gibbon rehizo una memoria nueve veces y diez y ocho los primeros capítulos de su historia. Montesquieu le decía a un amigo, hablando de una de sus obras: «Tú la has leído en pocas horas, pero te aseguro que a mí me costó tanto trabajo componerla, que me salieron canas». Y en efecto, día y noche estuvo pensando en aquella obra, que era el alfa y el omega de sus anhelos y aspiraciones.

Sobre los hábitos del buen escritor afirmaba Jorge Ripley que quien en toda ocasión no escribe lo mejor que puede, muy luego contraerá el hábito de escribir mal.

Un entomólogo pensó que le sería fácil perfeccionar sus conocimientos con sólo asistir a unas cuantas lecciones del profesor Agassiz, quien le puso entre manos un pez para que por sí mismo examinara su estructura orgánica. Al cabo de dos horas, le hizo Agassiz algunas preguntas a su nuevo discípulo y no pudo por menos de decirle: «No ha observado usted bien el pez. Repita usted la observación». Después de preguntarle por segunda vez, meneó el profesor la cabeza con aire de duda, y le dijo: «Está visto que no sabe usted hacer el debido uso de sus ojos». La repulsa hirió el amor propio del discípulo, quien puso todo su empeño en el examen del pez, de modo que echó de ver pormenores hasta entonces inadvertidos. Al preguntarle Agassiz por tercera vez, quedó satisfecho del examen, y exclamó: «Así está bien. Veo que sabe usted hacer uso de sus ojos».

El famoso pintor Reynolds confesaba que por su gusto estaría retocando siempre sus lienzos. Esteban Girard era la exactitud personificada. No consentía que bajo ningún pretexto se apartaran sus dependientes de las órdenes recibidas, porque creía que no hay éxito posible sin la más escrupulosa exactitud en todo. Cuando daba una palabra la cumplía sin la más leve variación, y así las gentes confiaban *en él* con seguridad absoluta. Nada dejaba en manos del azar, sino que

sometía a escrupuloso cálculo y ordenación los más insignificantes pormenores de sus negocios. Era exacto y preciso hasta en las menudencias.

En 1805, levantó Napoleón el campamento que había establecido a orillas del canal de la Manga (1), y ordenó a sus poderosas huestes que se trasladasen al Danubio. Varios y vastos proyectos germinaban en su mente; pero no se satisfizo con dar la orden de marcha y confiar la ejecución del plan a sus mariscales, sino que por sí mismo se ocupó en pormenores que otros capitanes no tan previsores hubieran desdeñado por indignos de su atención. Así es que al sonar el toque de marcha, tenía ya Napoleón señalado el camino exacto que cada regimiento había de recorrer, el día y hora en que había de salir de cada punto y el preciso momento de llegar a su destino. Todos estos pormenores tan escrupulosamente premedi-

(1) Aunque por uno de tantos abusos se suele denominar *Canal de la Mancha* al *Paso de Calais* que separa a Inglaterra del continente, su verdadero apelativo es *Manga*, como traducción exacta de *Manche*, que nunca significó *mancha*, sino *manga* de agua. Pero no hubiera yo empleado la verdadera denominación por temor a singularizarme, si no la empleara también, contra el admitido abuso, un escritor tan magistral, y académico de la Lengua por más señas, como Pérez Galdós, en uno de los *Episodios nacionales* de la cuarta serie. El insigne autor de *Fortunata* y *Jacinta* escribe *Canal de la Manga* que es como debe decirse y escribirse; y si el maestro enseña, los dicípulos no tienen más remedio que aprender.—*(N. del T.)*

tados se cumplieron al pie de la letra y dieron por resultado la esplendorosa victoria de Austerlitz, que vinculó por diez años los destinos de Europa.

Un famoso predicador atraía con su fascinadora elocuencia numeroso concurso de intelectuales anhelosos de oir su palabra. Sin embargo, nada había improvisado en aquellos sermones, que eran el último término de una serie de pacientísima labor.

En cierta ocasión visitó Walter Scott las ruinas de un castillo que había escogido por asunto de una novela, y tuvo la precaución de anotar en su libro de memorias los nombres de todas las plantas y flores silvestres que medraban en los contornos, pues decía que sólo así era posible dar la natural descripción del paraje.

El historiador Macaulay pulía sus escritos hasta que la frase quedaba tan correcta como le era posible.

Junto al estante de libros tenía Garfield un ordenador con cincuenta apartados cuyos marbetes indicaban los diferentes asuntos en estudio o que en determinada ocasión pudieran proporcionarle en el acto los datos que de otra suerte hubiera sido difícil encontrar; y así es que al tratar de cualquier materia, lo hacía con tal abundamiento y exactitud, que ningún otro orador lograba superarle.

Respecto al cuidado con que se han de redactar los telegramas, sirva de ejemplo lo sucedido a un comerciante de Sacramento, a quien le telegrafió otro de San Francisco, diciéndole: «Me han ofrecido por cuenta de usted diez mil sacos de trigo a un dólar; ¿compro, o le parece a usted caro? El de Sacramento respondió: «No. Precio demasiado alto». Pero el que redactó el parte lo hizo de modo que por la supresión de un punto vino a entender el receptor que el precio *no* era demasiado alto. Este error, al parecer insignificante, le costó mil dólares al comerciante de Sacramento. ¡Cuántos centenares de personas perdieron hacienda o vida y cuán terribles accidentes ocurrieron por el descuido en la redacción de telegramas!

Decía Tuttle:

El niño acostumbrado a la exactitud logra siempre feliz éxito. Los que tienen operarios a su servicio no querrán estar siempre con la vista encima como si se tratara de pícaros o mentecatos. Si un maestro carpintero hubiese de ponerse por lado del oficial para asegurarse de la exactitud de su labor, o si un cajero anduviera siempre examinando las columnas del tenedor de libros, mejor fuera que hiciesen por sí mismos todo el trabajo, en vez de emplear a otros en él, pues también el que se ve de continuo vigilado aprovecha la primera ocasión para sacudir la tiranía.

Un laborioso fabricante decía que quien sabe

hacer a la perfección un alfiler ganará más en ello que si hiciese una mala máquina de vapor.

En las tumbas de muchos fracasados pudieran ponerse epitafios tales como: «Descuido», «Indiferencia», «Apatía», «Desaliento», «Despilfarro». Multitud de dependientes, cajeros, clérigos, editores y profesores de colegio perdieron prestigio y colocación por negligencia y descuido en el cumplimiento del deber.

En cierta ocasión le dijo Curran a su amigo Grattan: «Sería usted el hombre más insigne de la época si comprara unas cuantas yardas de bramante encarnado para enlegajar sus papeles». Curran echaba de ver que las gentes metódicas cumplen exactamente sus tareas y, por lo general, tienen éxito feliz en sus empresas.

Refiere Bergh que un comerciante abría y cerraba la tienda diariamente a las mismas horas, sin que al empezar el negocio vendiese durante algunas semanas más allá de dos centavos; pero la exactitud en abrir la tienda acabó por llamar la atención del público, que premió con su confianza la constancia del comerciante y le puso en el camino de la fortuna.

A. T. Stewart era sumamente ordenado y exacto en todas sus operaciones comerciales. En su almacén regía el más riguroso método y cualquiera falta se castigaba sin remisión. Atendía cumplida-

mente a todos los pormenores de su negocio, que dominaba por entero, y jamás cedía en el trabajo. Desde que Jonas Chickering entró de aprendiz en una fábrica de pianos, puso exquisito cuidado en cuanto salía de sus manos, pues nada tenía por desdeñable en su labor y no le importaban tiempo ni trabajo con tal de hacerla con toda exactitud. Pronto tuvo fábrica propia y se propuso construir un piano que a sus robustas voces y delicados sonidos añadiese la cualidad de no fatigar al pianista y de resistir las variaciones atmosféricas sin detrimento de la pureza y fidelidad de tonos. Quiso, además, que cada piano salido de su fábrica aventajase en algo al precedente, de modo que se acercase progresivamente a la perfección. Ya viejo, daba el último toque a los pianos de su fábrica, pues nunca quiso confiar esta delicada operación a manos ajenas ni tampoco consintió fraudes en la fabricación ni en la venta. Era todo sencillez, sinceridad y rectitud, de suerte que sobrepujó a sus competidores; y tal fama cobró el nombre de Chickering, que otro fabricante de pianos solicitó y obtuvo del Parlamento de Massachusetts que le permitiese ponerlo como marca en los de su fabricación; pero Chickering reclamó en contra de este decreto y fué atendido de suerte que el astuto competidor no pudo lograr su propósito.

El padre de José M. W. Turner le puso de

aprendiz en una barbería; pero tanta afición y gusto demostró por el dibujo, que, aunque a regañadientes, consintió su padre en el cambio de profesión. Pronto dió prueba plena de su habilidad, y como carecía de medios se atuvo a dibujar lo que se le presentaba, especialmente almanaques y guías ilustradas, y aunque se lo pagaban mal, no por ello dejaba Turner de dibujar con todo cuidado. Su labor valía mucho más de lo que por ella le daban; pero poco a poco logró mayor estipendio en más importantes encargos, sencillamente porque siempre se estiman mejor los servicios de quienes se distinguen por su escrupulosidad. De esta suerte fué cobrando Turner honra y provecho, hasta que, ya seguro de mercado propio, pudo trabajar por su cuenta; y si bien al principio no obtuvo de su labor la recompensa merecida, la consiguió en cuanto los inteligentes echaron de ver la originalidad de un arte todavía no comprendido en nuestros días. Aventajó Turner a los más famosos paisajistas de su época y trasladó al lienzo escenas naturales de índole desconocida hasta entonces. Lo que Shakespeare en el drama, fué Turner en el paisaje.

Wendell Phillips buscaba de admirable manera la perfección en la naturaleza. Cada palabra había de expresar el preciso matiz de su pensamiento; cada frase había de tener su debida duración y

cadencia; cada cláusula había de quedar acabadamente equilibrada antes de salir de sus labios. La misma precisión caracterizaba su estilo, y así fué el más eminente orador forense de cuantos ha tenido América, que embelesaba al auditorio con la rítmica plenitud y armónico equilibrio de sus grandilocuentes períodos.

Alejandro Dumas ponía especialísimo cuidado en la preparación de sus manuscritos. Cierta vez le consultó un su amigo acerca de un artículo que le habían rechazado varios editores, y aconsejóle el famoso novelista que le mudara el título y lo mandase copiar en hermoso carácter de letra por un buen pendolista. Así lo hizo el amigo, quien tuvo la satisfacción de ver aceptado el artículo por uno de los editores que lo habían rechazado. Muchos valiosos trabajos literarios no alcanzaron los honores de la publicidad por estar escritos con pésima letra.

Debemos procurar ser exactos en todo, con igual esfuerzo que si quisiéramos lograr sabiduría o descubrir ocultos tesoros. Contraigamos hábitos de exactitud en todas nuestras operaciones económicas. El descuido y la negligencia arruinarían en poco tiempo a un multimillonario. El cuidado y esmero en hacer las cosas revela el carácter, y el carácter es poder.

ADICIÓN DEL EDITOR

Un industrial reusense, hombre de claro criterio y muy mirado en todas sus cosas, atribuía la prosperidad alcanzada en sus negocios al escrupuloso cuidado que puso siempre en tratar con exactitud y verdad cuanto a ellos se refería, sin recurrir a pomposos anuncios ni a propagandas artificiosas. La bondad de sus productos era el mejor reclamo, pues los mismos consumidores se encargaban de encomiarlo. Esta norma de conducta, que tan excelentes resultados da a la larga en el orden industrial y mercantil, tiene análoga aplicación a todas las fases de la actividad humana, y aun a las relaciones sociales que, para ser firmes y duraderas, han de apoyarse en la sincera expresión de todo cuanto puede agradar sin lisonja y en la caritativa omisión de todo cuanto puede ofender sin escarmiento.

Las informaciones periodísticas, tan abusivas desde que la fotografía les dió el auxilio de la representación gráfica, caen también en exageraciones, no sólo por lo difícil de relatar exactamente un suceso, aunque el relator sea testigo ocular, sino por la ligereza con que unos periódicos reproducen las noticias ya publicadas en otros, sin detenerse a comprobar su origen. Así es que, por la índole misma del trabajo periodístico, que no consiente demora en el tiempo ni laguna en el espacio que condiciona su publicación, no podrán servir los periódicos de documentos fehacientes en la labor de los investigadores que se propongan componer la historia de esta nuestra época, cuando los tiempos para nosotros presentes sean para ellos pasados.

A este propósito, recordaremos el curioso caso que

deliberadamente provocó el ingeniero español don Jerónimo Bolívar al insertar en su revista Industria e Invenciones *un artificioso suelto, diciendo que en tal comarca habían descubierto los ornitólogos un ave que fabricaba el nido con muelles de reloj. El caso fué que, no obstante la inverosimilitud de la noticia, la reprodujeron, sin citar la procedencia y como hecho comprobado, más de cincuenta periódicos y revistas de España y el extranjero.*

Cuentan los biógrafos del celebérrimo Castelar, que jamás improvisó sus admirables discursos, sino que trazaba de antemano el plan de conjunto y retenía en la memoria los párrafos que, airosamente enlazados, conmovían el corazón, persuadían la voluntad y convencían el entendimiento del auditorio. Nadie puede improvisar, en el riguroso sentido de la palabra; pues aun oradores de tan substanciosa elocuencia como Salmerón, de dicción tan elegante como Silvela, de frase tan gramaticalmente correcta como Martos y de tan concisa lógica como Pi y Margall conocían a fondo los asuntos de que trataban y el despliegue de sus labios era como vuelta de llave que da paso a la electricidad en espera de circuito.

XIV. LA PERSEVERANCIA

XIV. LA PERSEVERANCIA

Toda noble empresa parece imposible al principio. — CARLYLE.

La victoria es del más perseverante. — NAPOLEÓN.

El éxito en la mayor parte de las cosas consiste en saber cuánto ha de tardar. — MONTESQUIEU.

La continuada labor vence las dificultades y facilita lo que parecía imposible. — JEREMÍAS COLLIER.

Si eres inconstante como el agua, no llegarás a la cumbre.

El nervio que jamás se relaja; la mirada que nunca languidece; la mente que por nada se extravía; tales son los dueños del triunfo. — BURKE.



L célebre actor Edmundo Kean era de figura un tanto antipática y voz naturalmente áspera; pero se aplicó con tan enérgico ahinco al estudio de su profesión, que aun muy joven representó, después de paciente preparación, el papel de Sir Giles Overreach, en el drama de Massinger, como ningún otro actor lo había representado hasta entonces. Su perseverancia fué tan firme, que dominó plenamente la escena y vió a todo Londres

a sus pies. En su vida íntima expresaba los afectos del ánimo con tanta naturalidad como en las tablas, y parecía que su temperamento se hubiese infundido en las personas de su familia.

Cuando Sheridan pronunció su primer discurso en el Parlamento, le manifestó el periodista Woodfall: «Siento deciros que me parece veros fuera de vuestro elemento. Mejor hubierais hecho en seguir vuestras primeras inclinaciones. Sheridan, con la cabeza entre manos, repuso: «Sin embargo, esto está en mí y lo he de sacar de mí». Tiempo adelante pronunció Sheridan la famosa catilinaria contra Warren Hastings, que Fox calificó del mejor discurso oído en la Cámara de los Comunes.

En 1528, a los diez y ocho años de edad, salió Bernardo Palissy de su casa, diciendo: «No tengo más libros que el cielo y la tierra, abiertos para todo el mundo». Entró en un taller de vidrierías, y aunque su ocupación era pintar cristales tenía alma de artista. Acertó a ver una hermosa vasija italiana, y desde aquel punto se convirtió su existencia al firmísimo propósito de descubrir la composición del esmalte de porcelana, que le apasionó violentamente. Durante años hizo variados experimentos de análisis y construyó un horno sin resultado alguno, por lo que mudó la disposición en otro de distinto tipo, donde consumió tal cantidad de leña, drogas y cacharros, con pérdida de

tiempo y trabajo, que muy luego se le entró la pobreza en casa. Convencido por último de su falta de habilidad en la colocación y quema del combustible, quiso proseguir sus experimentos en un horno ordinario, pero fracasó tan por completo como en sus anteriores tentativas. Sin embargo, fué perseverante hasta la obstinación, y reanudando con mayor afán la empresa, obtuvo por fin, de trescientas piezas puestas al horno, una recubierta de hermosísimo esmalte. Animado por este primer triunfo, quiso perfeccionar el invento y construyó al efecto un horno como los de vidrio, cuyos materiales transportaba él mismo a brazo por falta de acarreos. Llegó la ocasión de hacer la prueba, y aunque ya desde una semana estaba ardiendo el horno sin fundirse el esmalte y se le habían acabado los recursos, tomó en préstamo algún dinero para comprar más leña con que acrecer la temperatura del horno; pero como tampoco así se fundiera el esmalte, echó mano de cuantos muebles había en la casa, hasta de los anaqueles de la despensa, y esta sobrealimentación del horno fundió por fin el esmalte. Estaba descubierto el misterio. La perseverancia había alcanzado una nueva victoria.

Le escribía un editor a su viajante: «No importa que pase usted quince días sin vender un libro

con tal que durante este tiempo persevere usted en la propaganda».

Decía Carlyle: «Has de conocer a fondo tu labor y trabajar en ella como un Hércules».

Por su parte opinaba Reynolds: «Quien desee sobresalir en la pintura o en cualquier otro arte ha de estar pensando continuamente en él, desde que se levante hasta que se acueste».

«Para mí no hay otro secreto que la laboriosidad» — decía el pintor Turner.

Oigamos ahora a Guillermo Wirt:

El que vacila en elegir cuál de dos cosas ha de hacer primero, no acaba ninguna de las dos. El que se resuelve a la obra, pero muda de propósito por contraria sugestión de un amigo y fluctúa entre diversas opiniones, planes y rumbos, como veleta que movida por leve brisa tan pronto señala a uno u otro punto del cuadrante, jamás llevará a cabo obra alguna de verdadera utilidad, pues en vez de progresar se estacionará y es muy posible que retroceda.

La perseverancia erigió las Pirámides en las planicies egipcias, edificó el grandioso templo de Jerusalén, mantuvo en impenetrable apartamiento el imperio chino, escaló los tormentosos y nevados Alpes envueltos en nubes, abrió ancha calzada a través de las solitarias aguas del Atlántico, desintrincó las vírgenes selvas del nuevo mundo y asentó sobre sus arrasadas áreas una

comunidad de pueblos y naciones. La perseverancia arrancó de los marmóreos témpanos las sublimes creaciones del genio, trasladó a los lienzos el grandioso remedo de la Naturaleza y retuvo en una placa metálica la incoercible substancia de la sombra. La perseverancia ha puesto en movimiento millones de envarados husos y de aladas lanzaderas; ha uncido a pesadísimos vehículos miles de férreos caballos, que a escape desbocado cruzan de ciudad en ciudad y de nación en nación a través de horadadas montañas aniquilando el espacio con la velocidad del rayo. La perseverancia nevó las aguas de los mares con las velas de cien naciones para surcar las olas y explorar las tierras, y redujo las mil fuerzas de la Naturaleza al servicio de otras tantas ciencias que descubrieron sus leyes, vaticinaron su porvenir, midieron sus inhollados espacios, contaron las miriadas de sus mundos y determinaron sus distancias, dimensiones y movimientos.

El lento penique es más seguro que el rápido dólar. El que anda pasito a paso adelanta en último término al veloz carrerista. El genio se arroja, se agita y se rinde; la perseverancia camina y llega. El caballo de silla vence al de carrera. Los últimos son los primeros. El postrer golpe forja el clavo.

Le preguntaba un periodista a Edisson:

¿Ha tenido usted la inspiración de sus descubrimientos? ¿Se le ocurren a usted en noches de vela?

Edisson respondió:

Nunca hice nada por casualidad ni mis inventos fueron hijos de la coincidencia, excepto el fonógrafo. Cuando me convenzo de que vale la pena de obtener un resultado, me echo de cabeza en los experimentos y repito prueba tras prueba hasta que doy con él.

Siempre tuve en cuenta las condiciones de utilidad comercial de mis inventos y huí de maravillas eléctricas, propias tan sólo para rendir la curiosidad de las gentes. Tengo afición al estudio experimental y no veo otro motivo. Todo cuanto emprendo está de antemano en mi mente y no me quedo tranquilo hasta que salgo airoso de mi labor.

El hombre que por entero se entregue a su obra ha de estar seguro de cumplirla; y si a la perseverancia añade la habilidad y el buen sentido, será todavía mayor su triunfo.

Lytton Bulwer luchó con el hado hasta invertir su presunto destino. Fracasó en su primera novela y en sus primeros versos, y los discursos que pronunció en su mocedad fueron la chacota de sus adversarios; pero entre los breñales del ridículo y del fracaso encontró el camino de la cumbre.

Gibbon tardó veinte años en componer su *Decadencia y caída del Imperio Romano*. Noé Webster empleó treinta y seis años en su diccionario y

con sublime paciencia consagró su vida al ordenamiento y definición de voces. Jorge Bancroft estuvo veintiséis años para escribir su *Historia de los Estados Unidos*. Newton rehizo cincuenta veces la *Cronología de las naciones antiguas*. Ticiano le escribía al emperador Carlos V, diciéndole: «Envío a V. M. la *Cena*, en la que he trabajado casi diariamente por siete años». Ocho empleó en pintar su *San Pedro en el martirio*. Quince tardó Stephenson en perfeccionar la locomotora y veinte Watt en construir la máquina de vapor. Harvey estuvo experimentando durante ocho largos años antes de descubrir la circulación de la sangre (1), por lo que sus compañeros de profesión le vituperaron de impostor y hubo de esperar veinticinco años antes de que la medicina oficial reconociese la verdad del principio circulatorio.

Newton descubrió la ley de la gravitación universal antes de cumplir los veintiún años; pero un leve error en la medida de la circunferencia del globo terrestre le impidió demostrar exactamente esta teoría, hasta que corregido el error veinte años más tarde, evidenció matemáticamente que los planetas se mueven en sus órbitas con arreglo a la misma ley por que cae una manzana al suelo.

---

(1) Ya la había descubierto antes un médico burgalés y estudiado después el español Miguel Servet.—*(N. del T.)*

Las circunstancias adversas engendran fortaleza. La oposición acrece nuestra resistencia y el vencimiento de una dificultad nos robustece de modo que podamos vencer también la próxima.

En febrero de 1492, un hombre de cabellos grises entraba caballero en su mula por la hermosa puerta de la Alhambra, con tal aire de desaliento, que la cabeza se le caía sobre los lomos del animal. Desde niño le dominaba la idea de que la tierra era redonda y creía que los trozos de madera esculpida encontrados a cuatrocientas millas de la costa y dos cadáveres humanos que arrojados por las olas a las costas de Portugal no ofrecían semejanza alguna con las razas por entonces conocidas, eran vehementes indicios de que hacia Occidente se dilataban tierras ignotas. Pero se había desvanecido la última esperanza de obtener auxilio para su proyectado viaje. El rey Juan de Portugal, mientras le engañaba con fingidas promesas de protección, había despachado por su cuenta naves exploradoras con intento de adelantársele en la empresa. Para vivir pidió limosna y vendió mapas trazados de su propia mano; se le había muerto su mujer, y sus amigos le despreciaban llamándole loco y visionario. La asamblea de prudentes varones convocada por Fernando e Isabel ridicularizaron su teoría de que fuera posible arribar a Oriente navegando hacia Occidente. A las burlas de los doctos objetó Colón diciendo:

— Si el sol y la luna son redondos, ¿por qué no ha de serlo la tierra?

Los doctos le replicaron:

— Pero si la tierra fuese redonda ¿cómo y dónde se sostendría?

— ¿Y cómo se sostienen el sol y la luna?—repuso Colón.

A esto redarguyó uno de los del Consejo:

— ¿Pero será posible que haya gentes que anden pies arriba y cabeza abajo, como las moscas por el techo y que los árboles crezcan con las raíces en lo alto?

— Las aguas se derramarían de los estanques y las gentes no podrían sostenerse—replicó otro filósofo.

— Esa teoría es contraria a la Biblia, que dice: «Los cielos están extendidos como una tienda». Por lo tanto, han de ser planos y es herejía decir que son redondos — añadió un clérigo.

Colón partió desalentado de Granada con propósito de ofrecer sus servicios a Carlos VIII de Francia, pero a poco camino oyó que le llamaban. Un antiguo amigo suyo, el P. Marchena, guardián del convento de capuchinos de la Rábida, había representado a la reina Isabel cuanta gloria podría alcanzar a leve costa si fuese verdad lo que

el navegante afirmaba; y persuadida de aquellas razones, mandó que llamasen al ya partido Colón, quien al volver a presencia de la reina llevaba consigo todo un continente, cuyo descubrimiento iba a trastornar el mundo.

Ningún marinero quiso formar voluntariamente parte de la expedición, que costeaba la reina con el producto de la venta de sus joyas (1).

Tres días después estaba armada la frágil flota de tres embarcaciones no mucho mayores que lanchas pesqueras. La *Pinta* vió flotar los restos de un buque naufragado, y ante aquel espectáculo se atemorizaron los marineros; pero Colón los calmó con la descripción de las riquezas de oro y piedras preciosas que les reservaban las Indias. A unas doscientas millas al Oeste de Canarias, cesó la brújula de señalar al norte, por lo que se amotinaron las tripulaciones contra Colón, quien les dijo que la estrella polar no es el punto exacto del norte. A 2.300 millas de navegación, aunque Colón les redujo el cómputo a 700, vieron los expedicionarios una rama flotante, algunas aves terrestres que volaban por allí cerca y un pedazo de madera extrañamente labrada. El 12 de oc-

(1) Las últimas investigaciones han comprobado que la expedición fué costeada por el tesoro de Aragón.—*(N. del T.)*

tubre de 1492 enarbolaba Colón la bandera de Castilla en el nuevo mundo.

Declaraba Dickens que le había costado muchísimo trabajo el aprender y perfeccionarse en la taquigrafía, pero que lo consiguió a copia de perseverancia.

Ciro W. Field, retirado ya de los negocios y dueño de pingüe fortuna, tuvo la idea de que por medio de un cable tendido en el fondo del Atlántico sería posible la comunicación telegráfica entre Europa y América. Se dedicó Field a esta empresa con todas sus fuerzas, y su primer intento requería de antemano el establecimiento de una línea telegráfica de mil millas de longitud, desde Nueva York a San Juan de Terranova, para la cual era también preciso construir un camino a través de cuatrocientas millas de selva virgen y otra línea telegráfica en el interior de Terranova, así como también el trozo de 140 millas a través de la isla de Cabo Bretón y el cable tendido a través del río San Lorenzo. Tras laboriosas gestiones logró que el gobierno inglés subviniese a los gastos de la empresa; pero en el Parlamento encontró tan acerba oposición el proyecto, que al votarse la subvención sólo obtuvo un voto de mayoría. Se embarcó el cable parte en el *Agamemnon*, buque almirante de la escuadra inglesa de Sebastopol, y parte en la *Niágara*, nueva y hermosa fragata

de la marina norteamericana; pero cuando ya estaban tendidas cinco millas de cable, se rompió a causa de haberse enredado en la maquinaria. En la segunda prueba se interrumpió de pronto la corriente eléctrica a doscientas millas de la costa, y los operarios quedaron tristes y nerviosos como si presintieran la muerte, por lo que ya iba Field a ordenar que cortaran el cable, cuando se reanudó la corriente de tan misteriosa manera como se había interrumpido. A la noche siguiente, mientras el buque navegaba a cuatro millas por hora y el cable se desarrollaba a razón de seis millas de longitud también por hora, se rompió otra vez por haber aplicado las bridas bruscamente.

Pero Field no era hombre capaz de darse por vencido. Mandó construir 700 millas más de cable y encargó a un mecánico habilísimo la construcción de una máquina mucho mejor para colocarlo. Al fin, en pleno Océano se empalmaron de bordo a bordo las dos mitades del cable y los buques empezaron a tenderlo navegando uno con rumbo a Irlanda y otro a Terranova, con la esperanza de poner en comunicación ambos continentes; pero apenas se habían alejado los buques tres millas uno de otro, cuando se rompió el cable. Volvieron a empalmarlo y a las ocho millas se interrumpió la corriente y fué preciso el tercer empalme. Ya estaban tendidas doscientas millas cuando

volvió a romperse el cable a unos seis metros de distancia del *Agamemnon* y los buques regresaron a la costa de Irlanda.

Tan reiterados fracasos descorazonaron a los operarios, agravaron el pesimismo del público, retrajeron a los capitalistas y seguramente hubiera quedado abandonada allí mismo la empresa a no ser por la inquebrantable y enérgica perseverancia de Field, que día y noche trabajó sin dormir ni comer apenas. Por último, se aventuró el tercer intento con tan feliz éxito, que todo el cable quedó tendido sin el menor incidente y por él circularon varios partes a través de 700 leguas de océano. Pero de pronto se interrumpio la corriente.

Este postrer desengaño extinguió la confianza en todos los pechos menos en el de Field y dos o tres admiradores; y con tanto ahinco perseveraron en su propósito, que consiguieron reunir capital suficiente para construir un nuevo y mejor cable, que lentamente fué tendiéndose desde a bordo del *Great Eastern* sin el menor tropiezo, hasta que a seiscientas millas de Terranova la ruptura del cable se lo llevó a fondo, y después de varias tentativas estériles para recogerlo, quedó abandonada la empresa.

Pero la inagotable voluntad de Field constituyó al cabo del año una nueva compañía para fabricar otro cable todavía mucho mejor, y el 13 de julio

de 1866 se efectuaron las pruebas definitivas, cuyo resultado triunfal fué el siguiente calograma transmitido a Nueva York:

Alegría del corazón, 27 de julio. Llegamos aquí a las nueve de la mañana. Todo va bien. Gracias a Dios, el cable está tendido y funciona perfectamente. — CIRO W. FIELD.

El cable viejo fué recogido del mar, empalmado y tendido hasta Terranova. Los dos están todavía en servicio con esperanza de prestarlo por muchos años.

Los hombres que lograron su propósito lo debieron a su perseverancia antes que al auxilio de los amigos o al favor de las circunstancias. Deseable es el talento, pero mucho más lo es la perseverancia.

Un joven le preguntó al violinista Geradini:

— ¿Cuánto tiempo tardó usted en aprender?

— Doce horas al día durante veinte años.

Desalentado un estudiante chino por sus repetidos fracasos en el estudio, estaba a punto de tirar los libros, cuando vió a una pobre mujer que aguzaba una barra de hierro en una piedra para hacer una aguja. Aquel ejemplo de perseverancia le movió a reanudar los estudios y llegó a ser uno de los más eruditos letrados de China.

La Malibrán decía: «Si descuido un día el ejer-

cicio de mi arte, advierto en seguida la diferencia de ejecución; si lo descuido dos días, la advierten mis amigos, y si una semana, todo el mundo echa de ver el fracaso».

Benjamín Franklin sobresalía por la perseverancia en el propósito. Cuando estableció su imprenta en Filadelfia, transportaba los materiales por la calle en un carrito de mano. Alquiló un local que le servía de taller, oficina y dormitorio. Como en la misma ciudad hubiese otro impresor que le hacía formidable concurrencia, le invitó a su taller, y señalándole un mendrugo del pedazo de pan que había tenido por toda comida, exclamó: «A menos que sea usted más sobrio que yo, no me rendirá usted por hambre».

Sabido es cuán necesitado andaba Carlyle mientras escribía su *istoria de la revolución francesa*. Al dejar listo el primer tomo para la imprenta, prestó el manuscrito a un vecino, quien descuidadamente lo dejó por el suelo, y la criada lo recogió para encender la lumbre, creída de que eran papeles inútiles. Cabe suponer el amargo disgusto del escritor; pero no era Carlyle hombre que fácilmente cediese a la desesperación, y al cabo de algunos meses había rehecho el quemado manuscrito, después de volver a compulsar cientos de volúmenes.

Sin más compañía que el fusil y el libro de me-

morias, anduvo dos años por las selvas de América el naturalista Audubon dibujando aves, cuyas láminas guardó luego de la excursión en una caja de madera. Ausentóse de casa en tiempo de vacaciones, y al regresar tuvo el desconsuelo de que los ratones hubiesen echado a perder los inapreciables dibujos; pero reponiéndose del disgusto, volvió con el fusil y el libro de memorias a las selvas de América, donde reprodujo los dibujos mucho más hermosos que la vez primera.

Le rogaron a Dickens que leyera en público alguna de sus narraciones, y respondió diciendo que le faltaba tiempo, pues tenía la costumbre de leer diariamente un mismo trabajo durante seis meses antes de leerlo en público, porque confesaba que el único mérito de sus producciones era la humilde, paciente y prolongada atención con que las componía.

Adisson amontonó tres volúmenes de manuscritos antes de principiar su famoso *Espectador*.

Todo el mundo admira al hombre perseverante. Marcos Morton se presentó diez y seis veces consecutivas candidato al cargo de gobernador de Massachusetts, hasta que admirados por fin sus contrarios de tal perseverancia, votaron a su favor y resultó elegido por unanimidad. Siempre triunfa la perseverancia.

Refiere Webster que, cuando era alumno de la

Academia Phillips de Exeter, no podía declamar en las fiestas escolares. Aprendía las composiciones en su cuarto y las ensayaba cuidadosamente; pero cuando le llamaban para subir a la tarima y todas las miradas se volvían hacia él, se le marchaban las ideas del cerebro. Sin embargo, llegó a ser el más elocuente orador de América, pues cabe la duda de si el mismo Demóstenes le hubiese superado en su famosa réplica a Hayne en el Senado de Washington. La perseverancia de Webster está demostrada por un incidente que le ocurrió en la academia. Por haber ido al tiro de pichón, le castigó el director con recitar de memoria cien versos de Virgilio; y noticioso de que aquél se iba a marchar en el primer tren de la tarde, fuese a su cuarto y aprendió setecientos versos para recitárselos antes de que tomara el tren. Al terminar los primeros cien versos continuó hasta los doscientos; y como al director se le pasaba la hora, se puso agitado y nervioso mirando continuamente el reloj, mientras que Webster se mantenía fríamente tranquilo. Por fin, no pudo contenerse el director, y atajando la voz del alumno, le preguntó hasta cuantos versos había aprendido, a lo que respondió Webster que todavía le faltaban recitar otros quinientos. «Pues entonces — replicó el director impaciente — puede usted marcharse toda la tarde al tiro de pichón.»

Los autores eminentes se distinguieron siempre por la perseverancia en su labor. No brotaron sus obras con la impetuosidad del rayo, sino que las elaboraron pacientemente con belleza y gracia, sin dejar en ellas vestigio del esfuerzo realizado al componerlas.

El obispo Butler trabajó sin cesar durante veinte años en su *Analogía* y no le satisfizo la obra, por lo que le dieron tentaciones de quemarla. Rousseau confesaba que sólo a fuerza de inquietudes había logrado dar a su estilo facilidad y galanura, después de mucho pulimento y lima. Virgilio trabajó once años en la *Eneida*. Los cuadernos de memorias de hombres tan eminentes como Hawthorne y Emerson nos enteran del enorme y perseverante trabajo que emplearon en libros cuya lectura acabamos en una hora. Montesquieu tardó veinticinco años en componer *El Espíritu de las leyes* y Adán Smith estuvo diez atareado en *La riqueza de las naciones*. Un condiscípulo se burló cierta vez de Eurípides, porque había estado tres días para escribir tres líneas, cuando él había escrito ya quinientas, a lo que repuso Eurípides: «Pero tus quinientas líneas quedaran muertas y olvidadas, mientras que mis tres vivirán eternamente».

Ariosto escribió de diez y seis distintas suertes su *Descripción de una tempestad* y empleó diez

años en *Orlando Furioso*, del que sólo pudo vender cien ejemplares a seis reales. Una de las más hermosas obras literarias, las *Cartas a un noble* de Burke, quedaron en las primeras pruebas de imprenta tan enmendadas, que el impresor no quiso en modo alguno corregirlas y fué necesario que el autor rehiciese el manuscrito. Adán Tucker trabajó diez y ocho años en su *Luz de la naturaleza*. La pastorela de Thoreau: *Una semana en las márgenes del Concordia y del Merrimac*, fué al principio un completo fracaso, pues de mil ejemplares sólo se vendieron trescientos, y sin embargo, no desmayó el autor, sino que después de anotar en su dietario: «Tengo en mi librería unos novecientos volúmenes, de los que setecientos son de mi pluma», volvió a escribir con el mismo fervor que antes.

La piedra movediza no cría musgo. La perseverante tortuga adelanta por fin a la veloz pero inconstante liebre. Una hora diaria de estudio durante doce años supera a cuatro cursos normales en una escuela superior. Muchos hombres se formaron leyendo y releyendo atentamente un solo libro. A este propósito dice Bulwer Lytton:

La perseverancia es la virtud propia de los vencedores. Es la preeminente virtud del hombre contra el destino, del individuo contra la colectividad, del espíritu contra

la materia. Es el valor evangélico de incalculable trascendencia en el orden social de pueblos e instituciones.

A inconstancia y veleidad cabe atribuir muchos fracasos y entre ellos la conversión del millonario de hoy en el pordiosero de mañana. Todo vencimiento es recompensa de la perseverancia. Ocho años una y siete otra estuvieron en el caballete del Ticiano las dos telas que más fama le allegaron. ¿Cómo logra celebridad un escritor? Laborando años y años sin apetencia de lucro; escribiendo centenares de páginas por estímulo de su vocación; aplicándose a las tareas literarias como remero de galeras al barco, sin otra recompensa que la fama.

Dice Burke: «No desesperéis jamás; pero si desesperáis, seguid trabajando».

La mitología representa a Hércules con la cabeza envuelta en una piel de león cuyas garras le acarician la barba, para demostrar que toda dificultad vencida y todo infortunio sobrepujado se convierten en nuestros sostenes y auxiliares. ¡Cuán esplendente gloria le está reservada a la indomable voluntad!

Del espíritu de continuidad o perseverancia nos ofrecen ejemplo notable dos españoles ilustres que, por cierto, siguieron muy diferentes rumbos en la vida. Uno fué pintor, Murillo; el otro actor, Máiquez.

El famoso autor de las Concepciones *y* San Antonio *tenía el taller convertido poco menos que en degolladero cuando la visita del pintor Pedro Moya y las referencias que de la corte traía le descubrieron las hasta entonces ignoradas sendas por donde paso a paso había de llegar al pináculo del arte. Desde aquel punto dió Murillo de mano a sus trajines de pinturería mercantilera y se entregó ardorosamente al estudio serio y perseverante de los pintores en cuyas manos era a la sazón cetro el pincel. Años enteros trabajó Murillo en transmutar su temperamento artístico, hasta producir las obras portentosas que perduran a través de los siglos y de las generaciones y a despecho de las vicisitudes del gusto y de la crítica.*

Notable ejemplo de perseverancia nos ofrece asimismo el actor Máiquez, no ya, como Edmundo Kean, para autoeducarse en su arte, sino para vencer los prejuicios del público que, sin distinción de docto y vulgar, se deleitaba en la declamación ampulosa, el verso campanudo, el latiguillo a modo de morterete final de traca y el violento manoteo de las actitudes. En cuantos escenarios aparecía Máiquez declamando con naturalidad y moviéndose con modales y actitudes correspondientes a la disposición de ánimo supuesta en el personaje, estallaban en cazuela y patio airadas protestas contra la que les parecía insubstancial y desmayada

manera de representar. Pero Máiquez, convencido de la razón que le asistía y firmemente confiado en el triunfo definitivo, perseveró en su empeño hasta que, por una de esas misteriosas mudanzas que se operan en el ánimo colectivo de las multitudes, se convirtieron los silbidos en aplausos y los fueras en aclamaciones al verle representar una noche su papel con tan portentoso arte, que el público perdió por completo el sentido de la ficción para transportarse emotivamente al de la realidad.

La perseverancia en el trabajo ha dado a Cataluña la primacía fabril, a Valencia la primacía agrícola y a Vizcaya la primacía metalúrgica de España.

A la perseverancia en el estudio debe Cajal la nombradía de que goza en el mundo científico, pues de seguro que sin esta virtud no hubiera impulsado tan hacia adelante la naciente histología. Es Cajal uno de los pocos españoles de fama mundial, en cuyo carácter resplandece la rara virtud de la perseverancia. Aunque en los primeros años de su carrera científica no disponía de medios de investigación, logró adquirirlos a costa de tiempo, trabajo y privaciones, perseverando en el estudio experimental hasta descubrir que entre las dendritas o filamentos nerviosos del protoplasma no había relación de continuidad como hasta entonces se creyera, sino de contigüidad, por lo que mereció el aplauso unánime de los congresistas científicos reunidos en Berlín, en cuya presencia realizó concluyentes experimentos. Los histólogos alemanes han dado el nombre de Cajal a ciertas células cerebrales.

XV. BREVEDAD Y CONCISIÓN

XV. BREVEDAD Y CONCISIÓN

Advertí la excelencia de la brevedad y me propuse lograrla. — JAY.

La concisión es el mayor mérito de la palabra hablada. — CICERÓN.

Las palabras son como las hojas Cuando abundan, poco fruto hay entre ellas. — POPE.

La brevedad es el alma del ingenio.

Cuanto más breve, más eficaz la plegaria.

Sed concisos en todo cuanto habléis o escribáis. — JUAN NEAL.

Buena es la brevedad, seamos o no comprendidos. — BUTLER.

Únicamente vence la concentración. — BUXTON.



ED breves. Ceñíos a la cuestión. Principiad muy cerca de donde queráis concluir. La brevedad es el alma del ingenio y el espíritu de la sabiduría. Las joyas no se estiman ni los diamantes se aquilatan por su tamaño. El aire que partimos con nuestro aliento tiene tanta fuerza como la pólvora y hiende las rocas cuando se le comprime. Una suave corriente de persuasión puede fluir de

los labios sin dejar sedimento; pero si la concentráis en súbita caída de catarata, arrollará cuanto se le oponga. Las palabras cuestan poco y llenan mucho; pero las ideas que conmueven a las muchedumbres y las incitan a pensar, se encuentran como el oro en las minas.

Una bala es más mortífera de por sí que subdividida en perdigones. Si queréis que vuestra labor sea substancial, concentradla; si deseáis que los demás se aprovechen de vuestra obra, resumidla. Rufo Choate manifestaba en un minuto de conversación lo que sus contemporáneos tardaban una hora en explicar.

Mientras Horacio Greeley ocupaba una columna de *La Tribuna de Nueva York* para escribir un artículo, Thurlow Weed trataba el mismo asunto en pocas líneas del *Diario de la tarde de Albania* con tan poderosa argumentación, que convencía a los lectores.

Ciro W. Field decía a quienes iban a su despacho:

Sed breves, porque el tiempo vale muchísimo. Puntualidad, honradez y brevedad son las consignas de la vida. Nunca escribáis largas cartas, pues el hombre laborioso no tendrá tiempo de leerlas. Si habéis de decir algo, sed breves. Por importante que sea un asunto, se puede exponer en una cuartilla de papel.

Hace años, mientras tendía yo el cable del Atlántico, hube de mandar una muy importante carta a Inglaterra, que supuse leerían la reina y el primer ministro. Escribí todo cuanto necesitaba decir y después repasé veinte veces el escrito para eliminar las palabras superfluas, de modo que las frases quedaran lo más concisas posible, hasta que la carta cupo en una hoja de papel. Entonces la eché al correo. A su debido tiempo recibí la respuesta, muy satisfactoria por cierto; pero ¿hubiera sido tan favorable si mi carta llega a ocupar diez o doce carillas? Verdaderamente que no. La concisión es cualidad muy rara.

Id a ver al negociante en horas de negocio. Exponedle vuestro asunto en términos mercantiles, y una vez entendidos, marchaos con vuestro negocio y dejad al otro con el suyo.

A. T. Stewart diputaba el tiempo como parte de su capital. Nadie podía entrar en su despacho sin antes manifestar primero al conserje y luego al ordenanza el objeto que le traía. Si el visitante iba por asuntos particulares, ya desde luego le atajaba el conserje el paso, diciéndole que el señor Stewart no tenía negocios particulares. Una vez admitido, había de ser breve el visitante.

El grandioso establecimiento de Stewart estaba administrado con tan riguroso orden, que todo se despachaba con diligencia que sorprendía a sus competidores. No toleraba conversaciones, pasatiempos ni fruslerías, sino que el negocio era la palabra sagrada de mañana a noche. No perdía ni un momento.

Dice Fenelón:

El genuino buen gusto consiste en decir mucho en pocas palabras, en escoger nuestros pensamientos, ordenar las palabras y hablar serenamente.

Terminaremos con unas cuantas máximas:

De Southey:

Si quieres conmover, sé breve, porque las palabras son como los rayos solares: cuanto más concentrados, más queman.

De Steele:

Quien no tiene otro propósito que decir sencillamente la verdad, puede decir mucho en muy estrechos límites.

De Tyron Edwards:

Si tenéis algo que decir, decidlo y no digáis más.

Los siete sabios de Grecia cimentaron su fama en una máxima de tres o cuatro palabras.

Los proverbios son la sabiduría de las naciones.

FIN

ADICIÓN DEL EDITOR

Una de las más valiosas cualidades que pueden adornar a una persona es el acierto en el hablar. Pocas palabras dichas a tiempo producen en cuantos las escuchan el efecto del proyectil que da en el blanco o del martillazo que remacha el clavo. Dice el adagio que quien mucho habla mucho yerra y nuestro insigne aunque no muy conocido compatriota Gracián, feliz precursor y maestro de Emerson y su escuela, ya afirmaba con breve y concisa frase que los hechos son machos y las palabras hembras.

El ascetismo religioso tiene entre sus principales reglas la del silencio, en consideración a que hemos de dar cuenta a Dios de las palabras ociosas.

La brevedad y concisión son asimismo cualidades muy loables en toda discusión, a fin de ceñirla al asunto debatible sin andarse con rodeos y divagaciones que divierten la mente colectiva del verdadero punto de atención y trastornan siniestramente el debate razonado en violenta disputa.

Pero vaya también ahora el ejemplo unido a la lección y seamos breves y concisos en el adicional de este último capítulo diciendo, para terminar, que si cada cual por su parte empleáramos todos en la acción la décima parte de energías que se nos escapan por la boca, nadie pudiera disputarle a España la hegemonía del progreso humano.

CULTURA Y CIVISMO

OBRAS DE MARDEN

OBRAS DE TRINE

CULTURA Y CIVISMO

OBRAS DE MARDEN

OBRAS DE TRINE

CULTURA Y CIVISMO

OBRAS DE MARDEN

OBRAS DE TRINE

CULTURA Y CIVISMO

OBRAS DE MARDEN

OBRAS DE TRINE

CULTURA Y CIVISMO

OBRAS DE MARDEN

OBRAS DE TRINE

CULTURA Y CIVISMO

OBRAS DE MARDEN

OBRAS DE TRINE